



*De la autora de  
"Lágrimas de ángel"*

**...y  
navegar  
en tu mar**

*Juaní Hernández*

*Juani Hernández*

*...y navegar  
en  
tu mar*

*Serie Extrarradio*

2



1ª edición: junio, 2015

Copyright © Juani Hernández, 2015

Obra registrada en Safecreative: 1506164339837

Corrección: Juani Hernández, Elena García y Vanessa Moreno

Maquetación: Juani Hernández

Ilustración de cubierta: Tania Castaño

Impreso por CreateSpace

ISBN: 1514376261

ISBN-13: 978-1514376263

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Elena García Varela

Admiro tu fuerza y tu valentía

Tu corazón, querida amiga...

Te admiro

*Mouchos, coruxas, sapos e bruxas;  
demos, trasnos e diaños;  
espíritos das neboadas veigas,  
corvos, pintegas e meigas;  
rabo ergueito de gato negro  
e todos os feitizos das menciñeiras...*

*...Forzas do ar, terra, mar e lume!  
a vós fago esta chamada:  
se é verdade que tendes máis poder  
ca humana xente,  
limpade de maldades a nosa terra  
e facede que aquí e agora  
os espíritos dos amigos ausentes  
compartan con nós esta queimada.*

*Conxuro da Queimada, Fragmento*

# INDICE

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Prólogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Próximamente](#)

[Ya a la venta](#)

[Sobre la autora](#)

## *Nota de la autora*

Cuando nos sumergimos en el proceso creativo, siempre queda impregnado en la obra algo de nosotros mismos.

Esta novela ha estado marcada por una etapa de mi vida muy difícil, dura, de las que dejan cicatriz. Entraba en mi burbuja, haciendo y deshaciendo las vidas de Vanessa y Darío, aunque, por desgracia, luego asomaba la nariz a la realidad para darme cuenta de que, lo de ahí fuera, no se arregla con la tecla «delete».

Sin embargo, mis personajes no tienen la culpa y he tratado de no volcar en ellos mi frustración, que no lloren mis lágrimas, pero a veces no es posible separar ambos mundos y que uno no se vea salpicado del otro, no siempre para mal, por suerte...

Por eso, me atrevo a decir que la trama de esta historia es completamente ficticia, que los personajes son inventados, aunque, a su vez, no podrían ser más auténticos, porque todos y cada uno de ellos tienen un pedacito de mi corazón.

 *prologo*



## **Veinticinco años atrás...**

Para mí, a mis siete años, aquello no era más que un bicho cabezudo que escupía tinta, con ocho largas patas, y al que mi abuela le daba una buena paliza antes de meterlo en la olla. Para mi familia, sin embargo, era parte de nuestro sustento.

Esa tarde de julio, mi abuelo hizo que le acompañara al hórreo para recoger unos aparejos y luego nos dirigimos al barco. Aquel cascarón rojo con un par de franjas blancas y azules, en cuyo casco se podía leer «Carmen», medía diez metros de eslora por tres de manga... una caja de cerillas, vamos, pero para él, mi padre, el tío Esteban, y el orgullo de ser el propietario, era más que suficiente.

Toda nuestra familia estaba unida al mar, y a los que aún no lo estábamos, la tradición nos dictaba el camino directo hacia aquellas aguas de la ría de Pontevedra. Mi madre y mi abuela eran mariscadoras; no había centímetro cuadrado de la playa de Padrón que no hubieran removido con sus rastrillos en busca de los preciados berberechos y, sin duda, mi hermana Cristina, cuatro años mayor que yo, seguiría sus pasos. Por otra parte, nada hacía presagiar que yo o mi hermano Wences, que por aquellas fechas contaba con cuatro años, no continuásemos con la tradición, así que mi abuelo se había propuesto comenzar ya a aleccionarme en el apasionante y sacrificado mundo de la pesca artesanal.

Al poner los pies en la embarcación amarrada en el pequeño puerto de Combarro, sentí que me tambaleaba. No era la primera vez que subía al barco, aunque siempre había sido para dar un paseo. Sin embargo, aquella atmósfera de gravedad que se respiraba en aquella cubierta, a pesar de estar al aire libre, me dejaba bien claro que no estábamos allí para divertirnos.

Nos dirigimos a la popa, donde nos esperaba un montón de jaulas de metal y plástico, del tamaño de mi mochila del colegio, con un agujero en medio que era lo bastante grande como para que entrara un pulpo de más de un kilo, la talla legal.

—Hay que respetar al mar —dijo mi abuelo con voz grave, como si supiera lo que yo estaba pensando—. Y si su ciclo vital nos obliga a dejarlos descansar, se les deja.

Porque, aquel día, volvía a abrirse la veda tras dos meses de inactividad.

Comenzamos a revisar una por una lo que luego supe que se llamaban nasas para asegurarnos de que estaban en perfecto estado, al igual que sus cuerdas y brazoladas, por las que luego se unirían al cabo madre. ¿Cuántas habría? ¿Cincuenta o sesenta? Para mí eran infinitas y un verdadero coñazo, pues prefería estar jugando al balón en la plaza. Pero no me quejaba, y continuaba obediente con aquella tarea, tratando de imitar los movimientos de mi abuelo.

Su pelo, cubierto por una gorra gris oscuro, ya vestía canas, y su barba, blanca por completo, contrastaba con su piel morena, curtida por el mar. Tenía arrugas en la frente de fruncirla y entrecerrar los ojos para esquivar el sol, y siempre sostenía un mondadientes en la comisura de la boca. Sus manos



eran grandes y callosas, endurecidas por el duro trabajo en el mar, y el corazón unido a ese océano en el que desembocaba aquella ría.

—Darío, algún día tú serás el patrón de este barco —me dijo de pronto, sin alzar la vista de las nasas. Y su voz era potente, de las que afirman y sentencian, si dejar lugar a replica alguna—. Y aprenderás a conocer estas aguas; cada ola, cada cabrilleo; su furia en plena tormenta, y el agasajo de su calma... Como la palma de tu mano.

Tuve que tragar saliva. Mi abuelo se pasó el palillo de un lado a otro de la boca, mirándome por debajo de la visera, y yo sabía que esperaba una respuesta.

—No te decepcionaré, *avoiño* —le respondí con toda la seguridad que mis inocentes siete años podían ofrecer.

—Y tu hermano Wenceslao te seguirá —añadió—. Ya lo hace, y eso que aún no levanta un palmo del suelo, pero aprenderás a dirigirle y juntos conquistaréis la bravura de este mar.

Esta vez, me limité a asentir y, por suerte, fue suficiente.

Continuamos con nuestra tarea y ya anocheecía cuando emprendimos el camino de vuelta a casa. Lo que me había dicho mi abuelo pesaba sobre mis hombros como una enorme losa. Me habría encantado meterme en mi habitación, bueno, mía no pues la compartía con Wences, y echarme a dormir hasta el día siguiente, pero sabía a ciencia cierta que mi abuelo se daría cuenta del motivo y se sentiría decepcionado. En cualquier caso, se echarían a la mar con las primeras luces del alba, por lo que todos en casa se retiraron pronto.

Desde mi cama, me giré hacia la de Wences, donde mi hermano dormía como un tronco, mientras las palabras de mi abuelo seguían resonando en mi cabeza que parecía hueca, pues aquel eco era eterno y se repetían una y otra vez... ¿Tanto se esperaba de mí? ¿Y si no era capaz? Una parte de mí me decía que no era para tanto. Había crecido entre redes y sedales, formaba parte de mi corta vida. Pero seguía siendo un niño de siete años al que ya le estaban marcando un camino sin ninguna posibilidad de desvío, como si el resto del mundo estuviera vetado para mí. Y basta que te prohíban algo...

Creo que esa noche tuve fiebre, me costó mucho poder dormirme y, cuando por fin pude hacerlo, el Urco vino a visitarme en sueños. Lo sé, aquella criatura en forma de perro gigante, con cuernos, y que salía del mar para arrastrar sus cadenas en un aullido que presagiaba la muerte no era más que una leyenda propia de nuestra tierra... pero que portase entre sus fauces el cuerpo sin vida de mi abuelo le daba un realismo que aún hoy en día me licua las entrañas al recordarlo...

Mi tío Esteban se golpeó en la cabeza al ser lanzado contra el puente, quedando inconsciente, y mi padre solo era capaz de explicar que una brutal sacudida de proa a popa desestabilizó el barco en esa apacible mañana de julio, haciéndolo caer sobre la cubierta. Entonces, miró hacia la borda, donde mi abuelo estaba virando las nasas, pero había desaparecido. Ni escuchó su cuerpo golpear contra el agua al caer, ni su voz pidiendo auxilio; era como si se hubiera esfumado...

Sí hallaron su cuerpo sin vida horas después. Aún faltaban un par de años para la fundación del actual *Servizo de Gardacostas* de Galicia, por lo que las horas de búsqueda hasta que dieron con su cadáver fueron agónicas. Todo Combarro, conmocionado, acudió al puerto en busca de noticias, y yo no podía creer que horas antes le había echado una mano en aquel barco que no fue capaz de protegerlo, que no le dio el abrigo suficiente para que el mar no nos lo arrebatara.

El desgarrador llanto de mi abuela aún perdura en mi memoria, desesperado y roto, como lo estaba aquella familia con la muerte de Emiliano, *o pulpeiro*. Ya nada volvería a ser igual...

A mis hermanos y a mí no nos permitieron acudir al puerto a recibir sus restos. Wences apenas se enteraba de nada, pero Cris no paraba de llorar, mientras que yo me juraba una y otra vez que jamás volvería a navegar en ese infame y traicionero mar.

## capítulo uno



Darío vio cómo Ángel y Sofía volvían a besarse mientras subían las escaleras, y no pudo evitar sonreír; parecía que no iban a verse en un siglo, aunque lo hicieran a diario desde que se reconciliaran un par de semanas atrás. Sin embargo, no podía juzgarlos. Después de trece años de separación, esos dos necesitaban recuperar el tiempo perdido.

Conforme alcanzaba el rellano hacia casa de Sofía, llevando a la madre de la joven en brazos, notó que el cuerpo de Merche se afondaba en ellos, apoyándose en él. No era de extrañar que estuviese agotada, había sido un día lleno de sorpresas y emociones... incluso para él...

Tanto él como Raúl habían oído hablar de Merche, pero cuando Ángel les contó el impacto que le produjo verla en aquella silla de ruedas... No era para menos, sobre todo al estar ambos al tanto de la historia al completo, por lo que no dudaron ni un instante en ayudarlo.

A pesar de estar advertidos, Darío no pudo evitar sentirse afectado. La madre de Sofía era la dulzura personificada y mostraba una entereza que pocos tendrían en sus circunstancias. Nadie merecía correr con esa suerte, pero ella aún menos. Y si Ángel quería obsequiarle con un día especial, él lo ayudaría encantado.

Por lo tanto, después de la visita al cementerio, habían ido a un restaurante de la capital a comer. Merche estaba emocionada porque hacía muchísimos años que no tenía la oportunidad de comer fuera, así que Ángel los llevó a un bonito local situado en el paseo marítimo, para deleite de todos.

El mar...

Darío sintió un escalofrío cuando la brisa impregnada en salitre le golpeó el rostro... «Lo llevamos en la sangre... La sal corre por nuestras venas», le decía su abuelo. Y él siempre se había preguntado a lo largo de los años qué habría pensado ante su decisión de romper aquel lazo.

Tras dejar el restaurante, y para alargar un poco más la salida de Merche, Sofía les propuso ir a pasear un rato al Jardín de Viveros. Y no es que los chicos fueran unos entusiastas de la naturaleza, pero no les pareció mal.

Ciertamente era un lugar inmenso, espléndido, y a Darío le interesó mucho el dato que le dio Sofía acerca de que se solían realizar conciertos en la semana que se celebraban las Fallas. Era una lástima que fuesen en marzo, pero tanto él como sus compañeros estuvieron de acuerdo en hablar con Toni para que considerase la posibilidad de formar parte de aquellos conciertos. Aunque era muy probable que, para esas fechas, ya no estuviesen en la ciudad.

Darío no pudo evitar que esa idea forjase un nudo que le oprimió el pecho, sobre todo cuando Raúl se hizo eco de sus pensamientos.

—Lo dices como si quisieras irte hoy mismo —respondió Ángel a aquella afirmación hecha por su compañero con más acritud de la necesaria.

—No es que quiera irme hoy mismo —se defendió Raúl—. Pero mi idea sigue siendo volver a Madrid en cuanto grabemos el dichoso disco.

Y el tono seguía siendo más brusco de lo esperado... Darío y Ángel compartieron miradas llenas de significado.

—Hija, ¿por qué no nos vamos a casa? —dijo de repente Merche, tratando de romper la incomodidad del momento.

Sofía le hizo un gesto a Darío para que acercase la silla de ruedas a uno de los bancos situados a orillas del sendero de piedra, y ella tomó asiento frente a su madre, quedando los tres jóvenes de pie, como a la espera.

—Estoy haciendo tiempo —le respondió con aire travieso, y ni los chicos ni su madre entendían lo que quería decir—. Ya ni me acuerdo de cuánto hacía que no salías, y me gustaría aprovechar para llevarte a la peluquería.

Merche la miró con asombro; Raúl con hastío al imaginarse la tarde entre bigudís y revistas del corazón; Ángel le sonrió... y Darío se tensó como la cuerda de un arco.

—La jefa de Vanessa le ha hecho trabajar esta tarde a pesar de ser sábado...

De repente, la tensión se convirtió en una sacudida que lo recorrió de pies a cabeza, por lo que tuvo que apoyar ambas manos en el respaldo de la silla de ruedas con el único propósito de sostenerse.

—Sé que Vanessa se apaña muy bien haciéndote el pelo en casa —continuó Sofía con lo que a Darío le pareció un plan premeditado al percibir cierto brillo pícaro en la mirada de la joven—, pero seguro que te distraes y a ella le encantará atenderte y ver caras conocidas, para variar.

Y aquellos ojos propios de una niña traviesa convencieron a Darío de que aquella parada en la peluquería donde trabajaba Vanessa no era algo fortuito.

No le costó reconocer la zona. A pesar de que solo había ido por allí una vez y era de noche, Darío reconocía aquella avenida. Tras un par de giros en los que se adentraron en calles más estrechas, y siguiendo una indicación de Sofía, quien estaba sentada en el asiento del copiloto, Ángel aparcó. Darío, por su parte, salió escopeteado de aquel coche que le aprisionaba hasta el punto de dejarlo sin aire. Iba a volver a verla...

Sacó a toda prisa la silla del interior del maletero y se hizo cargo de Merche, pero cuando se encaminaban hacia la peluquería, Raúl enganchó a Ángel del brazo.

—No pretenderás pasarte la tarde ahí dentro, ¿verdad? —preguntó ceñudo.

—Saludamos, dejamos a Merche y nos vamos a tomar un café —repuso, señalando una cafetería situada en la acera de enfrente—. Mira que estás quisquilloso esta tarde —agregó, haciendo que su amigo resoplara, aunque lo siguió cuando puso rumbo hacia la puerta con los demás.

Darío iba delante con Merche y esperó a que Ángel se la abriese. Era una peluquería de barrio, con las paredes llenas de pósters de chicas con peinados de lo más complicado y la radio amenizando el ambiente, aunque apenas se escuchaba entre el ruido propio de una peluquería y las voces de las cuatro clientas que estaban siendo atendidas: una estaba con la cabeza metida en un gran secador de pie y que parecía un casco espacial; a otra le estaba lavando la cabeza una chica muy joven, tal vez una aprendiz; la

tercera estaba cerca de la caja, pagándole a un mujer de mediana edad que bien podría ser la jefa... y la cuarta hablaba muy animada con Vanessa, quien estaba tintándole el pelo.

Estaba guapísima... Bueno, Darío estaba convencido de que siempre se lo parecería, así se pusiera un saco de esparto a modo de vestido... Llevaba una bata que le llegaba hasta la mitad del muslo, sin mangas y muy curiosa pues era de color negro pero con dibujos estampados en diversos colores: tijeras, peines, rulos... Completaba el conjunto con unos *leggings* negros que le abrazaban deliciosamente las piernas, una camiseta interior también negra y unos cómodos zuecos del mismo color. Y aquella cascada de rizos rubios bailaba sobre su espalda, tentándolo a hundir su rostro en ellos...

—Buenas tardes —resonó su voz de barítono entre aquellas cuatro paredes, y el bol lleno de tinte que Vanessa sostenía entre sus manos cayó de forma estrepitosa contra el suelo, con paletina incluida, dejándolo todo perdido.

Las manos suspendidas en el aire, paralizadas, y su rostro directamente hacia él, con sus bellísimos ojos azules clavados en los suyos... Preciosa...

Darío no supo descifrar su mirada... estupefacción, asombro, indignación, emoción... Pero lo cierto es que le costó reaccionar pues, cuando la joven miró a su alrededor para ver el resultado del incidente, la aprendiz ya estaba agachada a su lado, tratando de arreglar aquel desaguizado. Así que la imitó, susurrando un «lo siento». Él se tragó una sonrisa de satisfacción y centró su atención en su jefa que se dirigía hacia ellos.

—¡Hola, Sofía! Qué sorpresa —saludó a la chica, dándole un par de besos en las mejillas—. ¿Esta es tu madre? Por fin voy a conocerla —añadió, saludando de igual modo a Merche, agradeciéndole esta su cordialidad y simpatía.

—Hola, Paqui —respondió la joven, sonriente—. Discúlpeme que venga sin avisar. Ya veo que tiene gente, pero hace mucho que mi madre...

—Me hago cargo —la cortó ella con entusiasmo, gesticulando de forma un tanto exagerada con las manos—. La atenderemos enseguida —añadió, tras lo que toda esa vivacidad pareció esfumarse de golpe—. Un momento... ¿Vosotros...?

Darío no pudo evitar sonreír complacido cuando aquella mujer comenzó a señalarlos uno por uno como si no hubiera reparado en ellos hasta ese instante.

—Vosotros sois ese grupo de rockeros... —continuó, claramente sorprendida—. ¡Tú! —Apuntó hacia Darío con ímpetu—. ¡Tú eres Darío! Lo sé porque mi hija tiene un póster tuyo que ocupa todo el ancho de la puerta de su habitación —sentenció notablemente orgullosa por haber sido capaz de recordarlo.

—El mismo —le confirmó él, lanzándole una de sus sonrisas deslumbrantes y, aunque le satisfacía sobremanera el hecho de que esa señora lo reconociera, lo hacía aún más la irritación que se podía apreciar en el rostro de Vanessa. Ya había terminado de recoger el desastre que provocó su llegada y había vuelto a añadir tinte al bol, removiéndolo, o más bien castigándolo con saña a golpe de paletina, y observando a Darío de reojo mientras se mordía el labio con rabia... esa sonrosada boca que no merecía otra cosa que ser besada...

—¿Y cómo es que...?

—Ángel es mi novio —le explicó entonces Sofía, haciendo que Paqui sonriera con cierto deje

divertido, y para reafirmar aún más esa información, el cantante le pasó el brazo por los hombros a la joven y le besó la frente.

—Y nosotros se puede decir que somos amigos de Vanessa —Darío se señaló a sí mismo y a Raúl, quien lo miró a modo de advertencia.

—Mira qué bien... —Ahora, aquel deje divertido se había tornado en picardía.

—De hecho, me preguntaba si podría robársela un momento —añadió él, desplegando todo su encanto con la única intención de convencerla. En las jovencitas funcionaba, y en Paqui también pues enrojeció como una quinceañera.

—Claro... claro que sí —titubeó, apartándose un mechón de la frente, azorada—. Marta puede rematar ese tinte perfectamente mientras yo atiendo a Merche.

—Entonces, nosotros nos vamos a tomar un café —anunció Sofía, rehuyéndole la mirada a su amiga que la asesinaba desde la distancia, lanzándole cuchillos invisibles, aunque letales, con los ojos.

Antes de marcharse, Ángel le hizo un guiño a Darío, haciendo que sonriera al verlo salir, pero se puso serio al volver a girarse, incluso carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Dónde...?

—Por favor, necesito lavarle la cabeza —le señaló amablemente Paqui, quien estaba organizando la marcha de la peluquería para acomodarla a su intrusión, y el batería cogió por enésima vez en ese día a Merche en brazos y la llevó hasta el lugar que le había indicado.

—¿Has visto esos bíceps? —le susurró Marta a Vanessa, quien se había acercado a ella para hacerle el relevo.

—Cierra la boca, anda —le contestó de malas maneras—. Se te cae la baba.

—A mí la baba, y a ti, el tinte —apuntó su compañera con fingida malicia—. De hecho, será mejor que me des el bol porque viene para acá —agregó, provocando que Vanessa le diera un codazo.

Marta no pudo evitar reírse, aunque no quiso tentar a la suerte y se apartó, dispuesta a continuar con su tarea... y Vanessa no sabía dónde meterse.

Darío, que iba enfundado en una camiseta negra y unos pantalones de cuero con los que estaba imponente, se acercaba a ella con paso decidido, como si no le importase que media docena de pares de ojos estuvieran sobre ellos, con una seguridad en sus andares que resultaba chocante... que le cabreaba.

Apoyó la cadera en un mueble cercano y se cruzó de brazos, esperando a que llegara a su altura.

—No tengo nada que hablar contigo y estoy trabajando, así que...

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios de Darío mientras apoyaba la mano en el mismo mueble, colocándose cerca de ella, más de lo que a Vanessa le habría gustado.

—Así que hablaré yo —continuó él con lo que era su ataque—, y no interrumpiré tu jornada laboral porque estoy pensando que necesito que me corten las puntas.

Vanessa lo miró con mal disimulada incredulidad y reprimiendo una risotada. Aquello era ridículo. Además, muchas mujeres venderían su alma al diablo por tener un cabello tan bonito y de aspecto tan cuidado como el de aquel hombre. Un poco más largo de los hombros, lo recorrían ondas suaves y

perfectas, y su tonalidad oscura rozaba el negro azabache... y aquel brillo de seda... No pudo evitar imaginarse sus propios dedos perdiéndose en aquellas finas hebras...

Tragó saliva y parpadeó un par de veces, obligándose a guardar la compostura y mantener su actitud fría y distante. Ese hombre era sinónimo de problemas... de desconfianza y desilusión, y no le apetecía nada pasar por aquello sin necesidad alguna.

—¿Me siento en el lavacabezas libre? —preguntó de pronto, devolviéndola a la realidad su voz grave—. Sé que es una peluquería de señoras... Tal vez no eres capaz de atender a un hombre...

Aquello la hizo reaccionar, viendo Darío cómo se le tensaba todo el cuerpo ante su provocación, tal y como pretendía.

—Siéntate de una vez —masculló entre dientes, mirándolo con rabia.

Sin embargo, Darío rebotaba complacencia a manos llenas y, aunque no entendía el motivo de su actitud, no saldría de allí sin saberlo.

Tomó asiento y notó las manos de Vanessa acomodándole el cabello, con suavidad... y de pronto un chorro de agua congelada lo sacudió hasta el punto de hacerle dar un brinco.

—Muchacha, va a darle una pulmonía —intervino Paqui que estaba situada en el lavacabezas de al lado, tras meter la mano bajo el chorro de agua.

—Le he dado sin querer a la manivela —se excusó Vanessa, con mal fingida culpabilidad.

—No se preocupe, Paqui —habló ahora Darío con tono conciliador—. Estoy seguro de que Vanessa es una excelente profesional.

¿Aquello había sido un tirón de pelo? Darío no cabía en sí de gozo. A Vanessa le provocaba cualquier comentario que él pudiera hacer, lo que indicaba claramente que no le era indiferente.

Después de aquel episodio «helado» y de que la joven regulase la temperatura del agua, Darío cerró los ojos y disfrutó que aquellas manos que le acariciaban el cabello con mimo... manos que se moría por sentir en cada rincón de su cuerpo... Necesitaba hablarle, pero Paqui y Merche estaban justo a su lado, por lo que esperó a que terminase de lavarle la cabeza y lo condujese a uno de los asientos frente al espejo.

Observó desde el reflejo su hermoso rostro concentrado mientras le quitaba la humedad del pelo con una toalla, y a él lo invadieron unas ganas locas de agarrarla del brazo, sentarla en su regazo y besarla hasta dejarla sin aliento... Quien se quedó sin aliento fue él ante la intensidad de aquel deseo que tuvo que reprimir, y no sin esfuerzo. Llevaba más de dos semanas sin verla, llamándola por teléfono sin recibir respuesta, pero insistiendo casi por cabezonería porque, total, con ella solo había compartido unos cuantos besos, ¿no?... pero qué besos... Sin embargo, algo lo impulsaba a seguir intentándolo. Ahora, volvía a verla, y ese impulso tomaba forma y, aunque aún no quería darle un nombre, no estaba dispuesto a renunciar sin saber lo que realmente era.

—¿Por qué no has querido hablar conmigo por teléfono? —preguntó de pronto, haciendo que Vanessa alzase el rostro para mirarlo.

—No tenía nada que decirte —respondió en tono seco.

—Pero yo a ti, sí —le aclaró él.

—No me interesa —espetó ella con desgana, mientras se zambullía en la tarea de desenredarle el cabello.

—Pues no me lo pareció la noche que llevé a Sofía a tu casa.

Un fuerte tirón de pelo le dio la señal inequívoca de que iba por mal camino. Vanessa había vuelto a bajar la mirada, completamente esquiva... Tal vez no le interesaba, aunque lo dudaba, pero no tendría más remedio que escucharlo.

—Fue una emergencia —dijo entonces—. A mi abuela le dio un infarto y estuvo en la UCI.

Vanessa alzó la vista, con los ojos como platos y la boca dibujando una O llena de sorpresa y culpabilidad, aunque pronto se recompuso.

—Espero que esté mejor —respondió seria, apartando la vista con rapidez. Sacó unas tijeras de uno de los bolsillos de su bata y comenzó a cortarle el pelo.

—Sí, ya está bien —le confirmó él—. Y tal vez hice mal en no decirte en el momento lo que pasaba, pero no estaba de ánimo, y decidí esperar a hablar contigo a mi vuelta.

—No tienes que darme ninguna explicación —fue su escueta y brusca respuesta.

—Teníamos una conversación pendiente...

—No hay nada de lo que hablar —insistió ella.

—Y una cita —agregó él.

—Un desayuno no es una cita, al menos para mí —sentenció—. Y suelo tener café en casa. Gracias —agregó con tono mordaz.

Darío iba a añadir algo, pero ella se guardó de pronto las tijeras y el peine en el bolsillo y cogió un secador del mueble, con la intención de secarle el pelo, sabiendo que, con aquel ruido ensordecedor, sería imposible escucharlo.

Estaba disgustada. Darío estudió su reflejo en el espejo, y no sabía si no le había creído o qué, pero la explicación que le había dado no era suficiente para que cambiase su actitud hacia él.

En cualquier caso, si Vanessa pretendía espantarlo con sus desaires estaba consiguiendo justo el efecto contrario. Tenía muy claro que él no le era indiferente, lo sabía por su reacción a sus besos, y su interés iba mucho más allá del simple deseo, de gustarle como hombre. Porque el beso que él le dio en su casa no tuvo nada que ver con aquel calentón en el camerino... La sintió temblar entre sus brazos, estremecerse, y él se esforzó en que ella entendiera que ese no era un beso con el que quería llevársela a la cama.

Aunque Vanessa no estaba dispuesta a captar el mensaje.

—Ya está. A tus fans les encantarás —soltó de golpe, dejando bruscamente el secador en el mueble, y sin decir nada más, ni darle a él ocasión de replicar, se fue hacia la clienta que tenía la cabeza metida en el secador de pie, dispuesta a atenderla y a dar por finalizada su conversación con él.

Y así fue, ya no tuvo más ocasión de acercársele sin correr el riesgo de fastidiarlo más... cómo si supiera lo que había hecho para cagarla.



Cuando Sofía abrió la puerta de su casa, Merche le pidió que la llevara a su cuarto. Estaba agotada y no era para menos. Sofía entró justo detrás de él con la intención de ayudarla y le pidió a Raúl que dejara la silla de ruedas cerca de la cama. Merche les agradeció a los tres chicos aquel día tan especial con un abrazo y Ángel le susurró a Sofía que la esperarían en el comedor.

—Has estado muy callado desde que saliste de la peluquería —le dijo el joven a Darío, quien se dejaba caer en el sofá. Tanto Ángel como Raúl eligieron sendos sillones—. ¿Ha pasado algo con Vanessa?

—Muchísimas gracias por este día tan estupendo. —Sofía irrumpió de pronto en la estancia, haciendo que los tres hombres se pusieran en pie.

—No hay nada que agradecer —le aseguró Ángel, quien se acercaba a ella, pellizcándole la mejilla.

—Pues yo sí que voy a pedirte algo a cambio —dijo Darío de súbito—. ¿Puedo hablar contigo a solas un momento? —preguntó al ver confusión en el rostro de la chica.

—Claro que sí —respondió, soltándose de Ángel, quien se mostraba un tanto reticente.

—Tranquilo —se rio Darío—. Ya me partiste la ceja una vez y no tengo ganas de volver a probar tus puños —agregó divertido, aunque Sofía miraba a uno y a otro sin comprender.

—Él fue quien me rompió la cara —le aclaró Ángel, sonriente, casi orgulloso, y Sofía frunció los labios en un gesto de interés.

—¿Qué necesitas? —le preguntó a Darío, haciendo que los tres amigos rompieran a reír.

—Si es lo que creo, mejor te esperamos tranquilamente en el coche —apuntó Raúl, encogiendo los hombros con resignación—. Nos vemos, guapa —se despidió de Sofía, dándole un par de besos.

Ángel también se acercó a despedirse, aunque con un beso intenso y profundo en la boca.

—Os acompaño a la puerta —dijo ella algo aturdida, notando que le ardían las mejillas.

—Tranquila, conozco perfectamente el camino —negó él, acariciándole con suavidad el rostro una vez más—. Luego te llamo —murmuró antes de irse, viéndolo ella marchar con una sonrisa en los labios.

—Si hace un par de meses alguien me hubiera dicho que iba a ver a Ángel así, babeando por amor, me habría reído en su cara —se mofó Darío, que se había vuelto a sentar en el sofá.

—Pues no sé por qué, tengo la sensación de que no te importaría babear por cierta mujer —apuntó divertida, sentándose a su lado.

—No te creas, estoy a punto —se rio, aunque su risa no sonaba tan alegre como era de esperar.

—Quieres hablarme de Vanessa —supuso Sofía.

—En realidad, esperaba que fueras tú quien me hablara de ella.

Sofía no pudo evitar tensarse.

—Ya sé que es madre soltera, que el padre de Alejandro fue un desgraciado que no quiso hacerse cargo —le explicó él, y la joven frunció los labios.

—¿No te parece suficiente? —preguntó, curiosa—. ¿Necesitas saber la historia al completo para tener un motivo definitivo para echar a correr?

—¿Eso es lo que crees? —Darío la miró con espanto.

—No. Eso es lo que cree Vanessa —le aclaró con firmeza.

—¿Y todo porque me fui a Pontevedra de improviso? —exclamó con malestar.

—Claro que no —le confirmó la joven—. Pero a ella le dio tiempo para pensar, y una excusa, aunque no se la crea ni ella, para recular. En estas semanas, podrías haber ido a verla —le reprochó.

—No creí que fuera buena idea, y no me equivocaba, visto lo visto... En cualquier caso, no pienso dejar las cosas así —sentenció él, cruzándose de brazos y recostándose contra el sofá, enfurruñado.

—Darío, es que... ¿estás enamorado de ella? —le cuestionó con cautela, haciendo que él volviera a aguirse al no esperar su pregunta.

—Bueno... —titubeó, rascándose la nuca—. Una vez estuve enamorado de una mujer... creo —dudó—. Y me confunde el hecho de que, lo que siento ahora, no tiene nada que ver con aquello, pero tampoco con mis ligues de una noche, te lo garantizo —suspiró profundamente—. Necesito saber lo que es. Es que... yo... —dudó de nuevo—, tal vez te parezca lo más cursi que has oído en tu vida pero, cuando la he visto esta tarde, temía que me estallase el corazón.

Sofía sonrió enternecida, aunque solo un segundo, un instante.

—¿Y si no es lo que ella quiere? —inquirió con desconfianza, y él resopló.

—Ya sé que tengo fama de mujeriego. Lo soy. Lo era —puntualizó ante su mirada reprobatoria—. Por eso mismo... ¿Tú crees que me tomaría tantas molestias si Vanessa solo me interesara para un polvo rápido? —espetó enfadado—. Para tener eso no necesito más que guiñarle el ojo a una mujer y pedirle a los de seguridad que la dejen pasar al terminar un concierto. Pero Vanessa no es como ellas.

—No, Vanessa no es una mujer cualquiera —lo secundó—. Y no creas que te lo está poniendo difícil para aumentar tu interés hacia ella.

—Lo hace porque no se fía de mí —admitió—. Pero tampoco me deja acercarme para demostrarle que se equivoca.

—¿Y qué puedo hacer yo si...?

—Necesito la dirección del colegio de Alejandro —dijo, aguantando el aliento por si Sofía ponía el grito en el cielo.

—¿Vas a utilizar a Alejandro para acercarte a ella? —preguntó muy seria, o lo intentó, pues una sonrisilla se le escapaba por la comisura de los labios.

—Después de lo de hoy... Estoy recurriendo al plan Z —se excusó.

—Vas a utilizar a un niño... —repitió como si no lo pudiera creer.

—Mira, no me lo digas si no quieres. —Sacudió las manos, dando el tema por zanjado—. Me bastará con esconderme en una esquina de buena mañana y seguirla cuando lleve a Alejandro al colegio.

Y, de repente, Sofía rompió a reír.

—Tranquilo —le dijo—. Te ahorraré el esfuerzo, Sherlock.

Y quien ahora la miró con completa incredulidad fue él.

—¿Me vas a ayudar? —quiso asegurarse.

—Se podría decir que voy a ayudarlos a los dos —alegó con sonrisa pícaro—. Y también te diría que te haré picadillo como le hagas daño a mi amiga.

—No pretendo...

Sofía agitó las manos, cortándole.

—Vanessa sabe cuidarse muy bien sola —le garantizó—. Además, como le hagas daño, te los cortará ella misma.

## capítulo dos



Cuando sonó su teléfono móvil, Sofía corrió a buscarlo al comedor creyendo que sería Ángel, pero al ver en el visor el nombre de Vanessa... casi se santigua.

Sabía perfectamente que su amiga no le había montado un pollo al verlos entrar en la peluquería porque estaba en su trabajo, por respeto a su jefa y las clientas, no por falta de ganas. Pero ese momento iba a llegar, mejor dicho, había llegado.

—Hola, guapa —la saludó como si nada, aunque se encerró en su cuarto para tener más privacidad.

—Déjate de «hola, guapa» —le soltó—. ¿Se puede saber qué narices te pasa?

—¿Y a ti? —No se hizo la esquivada—. ¿Desde cuándo te dan miedo los tíos?

—¿Miedo? ¿Quién tiene miedo? —inquirió, indignada.

—Un hombre se interesa por ti y tú...

—¿Estás hablando de Darío? —preguntó con ironía.

—El chico lleva más de dos semanas llamándote y no te dignas a cogerle el teléfono —le recordó.

—Y por eso tú ya llegas a la conclusión de que está interesado en mí —se mofó—. Está interesado en un polvo. Punto.

—Si solo fuera eso, te habría llamado dos veces, tres a lo sumo...

—Debería haber captado el mensaje —alegó con suficiencia—. Se ve que lo que tiene de buen músico lo tiene de cortito.

Sofía tuvo que reprimir una carcajada. Conocía a Vanessa demasiado bien como para no creerle una sola de sus palabras.

—Obviamente no lo ha hecho si ha seguido insistiendo, ¿no crees? —dijo sin embargo.

—¿Y? —inquirió con impaciencia.

—Que te habría bastado cogerle el teléfono y haberle dicho «no me interesas, no me vuelvas a llamar».

—Bueno... —titubeó—. Gracias a ti he podido hacerlo esta tarde —le informó con lo que parecía satisfacción.

—¿Eso ha sido antes de congelarle el cogote o de arrancarle un par de mechones de pelo? —se mofó, y el silencio se hizo al otro lado de la línea—. Lo que me extraña es que no le hayas aplicado la decoloración para dejarlo rubio platino... —continuó.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó muy seria, como si el hecho de que Sofía estuviera al tanto de todos esos detalles le hubiera afectado realmente.

—¿Y tú qué crees? —espetó Sofía—. El tipo no entiende nada —le aclaró—. Y yo que te conozco de tantos años, tampoco.

—Sofía...

—Nunca has tenido problemas en ligar con un tío, acostarte con él la misma noche y, luego, si te he visto, no me acuerdo —le recordó—. Y, si no me equivoco, esos eran tus planes aquella tarde en la prueba de sonido.

—No vayas por ahí —le advirtió su amiga.

—Claro que voy por ahí —insistió ella—. Nunca me has querido contar qué pasó en aquel camerino. No lo hagas si no te da la gana —agregó antes de que Vanessa replicara—, pero no se me escapa que Darío la cagó de algún modo y quiere arreglar las cosas contigo.

—No hay nada que arreglar —soltó Vanessa, notablemente furiosa—. Fue un gilipollas, y ya he conocido suficientes gilipollas en mi vida como para sumar uno más.

—Entonces me estás dando la razón —alegó Sofía con voz un poco más calmada—. Con más motivo le habrías cogido el teléfono la primera vez que te llamó y le habrías dicho que pasara de ti. No —negó rotundamente—. Tú nunca has actuado así con otro hombre, porque ninguno te ha gustado tanto como Darío. Y no me vas a convencer de lo contrario.

—Te convencerás cuando tu nuevo amigo te cuente que sigo sin cogerle el teléfono —replicó con retintín.

—¿Y si te equivocas? —le sugirió ella—. ¿Y si realmente está interesado en ti?

El silencio volvió a hacerse al otro lado de la línea...

—Darío podría tener a cualquier mujer que quisiera —añadió con un toque de malicia.

—Tal vez le supongo un reto que se ha propuesto ganar...

—Pues te has convertido en un reto bastante puñetero —respondió su amiga con guasa—. Ningún hombre tiene tanto aguante por muy buena que esté una tía... a no ser que no le interese únicamente acostarse con ella...

—Más vale que lo dejes estar —la cortó Vanessa con brusquedad—. No me importan ni sus intereses ni él —espetó con desdén—. Y que tú estés con Ángel no me obliga a confraternizar con él, así que, la próxima vez que lo veas, dile que me deje en paz o me olvidaré de la cortesía y ni siquiera le responderé cuando me salude, ¿está claro?

—Cristalino —respondió Sofía, aguantando la risa.

Porque, lo que estaba claro, era que toda esa muralla que estaba alzando entre ella y Darío era fruto de la inseguridad y el miedo, y la causa tenía un nombre: amor.



Darío iba arrastrando sus pasos por el corredor que conducía a su habitación en el hotel. Con las manos en los bolsillos del pantalón, cabizbajo y pensativo, apenas se dio cuenta de que Ángel le salía al paso, dando un respingo cuando lo tuvo enfrente.

—Coño, qué susto me has dado —espetó el batería, deteniéndose en seco—. ¿Me estabais vigilando o me habéis puesto un GPS en el culo?

—Será un cinco estrellas pero las paredes son de papel, ¿recuerdas? —respondió en tono burlón—. Además, después de habernos despachado nada más llegar al hotel para irte al bar solo... —Se acercó a su amigo e inspiró profundo, tratando de captar su aroma—, y ponerte hasta arriba de whisky...

—Sólo me he tomado uno —le aclaró, molesto.

—Mejor, así no podrás alegar estado de embriaguez cuando te sometamos a un tercer grado —le advirtió con guasa.

—Joder... —murmuró sin poder reprimir una sonrisa.

—¿En tu habitación o en la mía? —preguntó Ángel imitando una voz femenina y batiendo rápidamente las pestañas.

La carcajada de Darío resonó en el corredor, haciendo que Raúl asomase la cabeza por la puerta de la suite de Ángel.

—Así que has traído una amiguita —Darío siguió su juego—. Pues mejor vamos a tu habitación, así me puedo pirar cuando me toquéis mucho las narices —decidió, echando a andar.

Cuando llegaron a la habitación, Ángel fue directo hacia la cama. Apartó su guitarra y se sentó. Raúl, por su parte, lo hizo en una de las butacas, tras quitar un libro del asiento y dejarlo en el suelo, así que Darío no tenía más opción que la que quedaba libre.

—¿Empiezas a hablar tú o prefieres que comencemos con el interrogatorio? —demandó el bajista con tono burlón.

—¿Por qué no me cuentas primero el motivo por el que estabas tan cabreado esta tarde? —contraatacó su amigo, en cambio.

—A mí no me metas en esto —replicó, levantando las manos a modo de defensa.

—Yo te cuento, tú me cuentas. Es lo justo —decidió—. ¿O consideras una humillación admitir que te toca la moral no saber nada de Diana desde que fuiste a por la ropa de Sofía?

Ya no había mofa, ni diversión en su tono de voz, y Ángel observó cómo la expresión de Raúl también se transformaba, en una mezcla de asombro y resignación.

—Eso es precisamente lo que me toca la moral —reconoció de pronto, hundiéndose en la butaca—. No debería importarme si sé o no sé nada de ella, ni debería preguntarme cuándo la volveré a ver.

—Coño... —murmuró Ángel por lo bajo, irguiendo la postura.

—No os confundáis —les advirtió, alzando un dedo—. Ni pienso buscarla, ni provocar «encuentros fortuitos» —dijo con retintín, refiriéndose a la visita a la peluquería—, ni nada por el estilo. Diana tiene sus movidas y yo las mías, y sé perfectamente que no tengo nada que ofrecerle a una mujer como ella.

—¿Te das cuenta de que no has dicho que ella no puede ofrecerte nada a ti? —preguntó Darío con malicia.

—¿Y tú te das cuenta de que el sujeto a interrogar eres tú? —replicó, forzando una sonrisa—. ¿Qué ha pasado en la peluquería y por qué querías hablar con Sofía? —añadió, tratando de apartar la atención de

sí mismo.

—Así que tú eres el poli malo —susurró el batería, provocando que sus dos amigos se rieran, aunque tampoco se hizo de rogar y les contó todo lo sucedido.

—Ufff... —resopló Ángel—. Por lo poco que conocemos a Vanessa, yo diría que Sofía se ha jugado el tipo por ti.

Darío se echó a reír.

—Te veo preocupado, colega. ¿Por qué no la llamas y te aseguras de que está bien?

Y como si ciertamente Sofía hubiera estado al alcance del peor de los peligros, Ángel sacó con rapidez el móvil del pantalón mientras bajaba de la cama y se retiraba un poco para realizar esa llamada.

—Toda esa maniobra con el niño... ¿Qué piensas hacer? —le cuestionó Raúl.

—Cuanto menos sepas mejor —repuso serio—. Así no tendrás nada que contarle a Vanessa cuando te torture —añadió con una repentina carcajada.

—Estás pilladísimo con esa tía —murmuró, negando con la cabeza, como si no pudiera creerlo.

—Pues igual que tú con Diana. La única diferencia es que yo sí pienso hacer algo al respecto —agregó a pesar de los aspavientos de su amigo.

—Ese es problema mío —le advirtió, apuntándole de modo acusatorio.

—Pareciera que has sufrido un ataque de amnesia —replicó Darío con mirada reprobatoria—. No hace mucho que Ángel estaba en tu piel, sin escuchar nuestros consejos y sin querer mover ni un solo dedo.

—No compares —se mofó—. Lo suyo es un amor de juventud, eterno —puntualizó—. Yo a Diana apenas la conozco.

—¿Y si es la indicada? —preguntó, frunciendo los labios con gesto elocuente.

—¿Crees que Vanessa lo es? —quiso desviar de nuevo la atención de él.

—Desde luego, si me quedo sentado, de brazos cruzados, no lo averiguaré. Es más... —intensificó el tono de voz, inclinándose hacia adelante, como si lo que estaba a punto de decir fuera de lo más relevante—, puede que sea la mujer de mi vida y no pienso dejar escapar esta oportunidad.

La respuesta de Raúl fue una risotada que resonó en toda la habitación.

—¿Tú te estás oyendo? ¿Quién coño eres tú y qué has hecho con el batería de Extrarradio, el que se llevaba a su habitación a las tías a pares?

—Bla bla bla... —lo imitó, haciendo una desagradable mueca—. Déjate de coñas. ¿Has visto a ese tío de ahí? —Señaló con el dedo a un sonriente Ángel que seguía hablando por teléfono con Sofía—. Era un desgraciado. Mucha fama, mucho dinero, decenas de mujeres a sus pies con solo chasquear los dedos... —Reprodujo el gesto con los suyos—, pero seguía siendo un muerto en vida. ¿Y ahora? Es el tío más feliz de la Tierra. Joder —exclamó, sobresaltando a su amigo—, ¡si hasta toca mejor que antes! Como si eso fuera posible. Incluso los de la discográfica le han tenido que pedir que no les pase más composiciones porque a cual de todas mejor y no saben las que elegir para el puñetero disco.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —replicó Raúl, serio, estoico.

—Que existe —respondió, apretando el puño y las mandíbulas con fuerza—. Que la mujer que nos completa está ahí fuera. —Alargó el brazo, apuntando en la lejanía.

—Y es Vanessa —se burló, escéptico.

—¿Quieres que pruebe con Diana? —dijo como si nada, bromeando, pero ver que el cuerpo de su amigo se convertía en un bloque rígido mientras los dedos se hundían en forma de garras en los brazos del sillón hizo que estallara en carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó de pronto Ángel, que se acercaba a ellos guardándose el móvil en el bolsillo.

—¿Cómo está tu chica? —demandó Darío, en cambio, todavía sonriente.

—Bien —repuso con un deje de orgullo, sentándose de nuevo en la cama—. Ha sabido lidiar con la fiera en la que se había transformado la tuya.

—Mola... —Sonrió satisfecho.

—¿El qué? —preguntó sin comprender.

—Cómo suena eso —se regodeó, repantigándose en el sillón.

—Tú estás peor de lo que yo creía —se cachondeó su amigo.

—Mírate en el espejo, anda —le devolvió la burla—, pero me da igual lo que digáis —añadió, señalando a uno y a otro—. Voy a intentarlo.

—Bueno, la propia Sofía me ha dicho que deberías.

Y los ojos de Darío se abrieron como platos.

—Sólo me ha dicho eso —insistió, alzando las manos a modo de defensa—. Hay cierto círculo entre las amigas que ni un novio puede traspasar —lamentó.

Sin embargo, una sonrisa triunfal se dibujó en el rostro de Darío, de oreja a oreja.

—Lo que le faltaba —dijo Raúl por lo bajo, riéndose.

—En fin... —Dio un par de palmadas a los brazos del sillón—. Si ya ha acabado el interrogatorio, me voy a la cama —les informó, poniéndose en pie.

—Que sueñes con los angelitos —bromeó cuando ya iba hacia la puerta, aunque, antes de irse, Darío se giró hacia él.

—Raúl, de angelitos, nada —replicó con sonrisa torcida—. Mejor una preciosidad rubia que me trae loco.



Aún no habían cubierto a Han Solo de carbonita cuando Alejandro se quedó dormido en el sofá. No es que se fuera a perder el final de «el Imperio contraataca», desde su cumpleaños en marzo, Vanessa había perdido la cuenta de las veces que su hijo la había visto, pero era muy posible que volviera a ponerla al día siguiente con la excusa de haberse dormido.

Vanessa contempló con satisfacción cómo Han Solo se convertía en una masa sólida de lo que para



ella era chocolate, tras lo que apagó la película. Se lo tenía merecido por fanfarrón. ¿Cómo puedes contestarle a una mujer que te dice «te quiero» con un «lo sé»? Hasta en las películas había gilipollas, aunque más idiota era la tal Leia por dejarlo pasar.

Se levantó del sofá y cogió a su hijo en brazos quien, aun durmiendo, le enroscó las piernas por la cintura como si fuera un monito. Por suerte, había sido previsora y le pidió que se pusiera el pijama antes de empezar a ver la película, así que solo tuvo que acostarlo en la cama.

Su Alejandro...

Le dio un suave beso en la frente para no despertarlo y se marchó de la habitación.

A pesar de los años, era imposible olvidar la de veces que sus «amistades» le habían aconsejado que abortase... y ni qué decir tiene su familia. Y ella lo consideró. Sólo tenía veintitrés años y mucho miedo. Pero no fue capaz... Cometió el error o el acierto de ir al médico y hacerse una ecografía, y cuando la ginecóloga activó el altavoz y escuchó aquel latido... Al principio creyó que era el suyo, aunque no le cuadraba; a pesar de que estaba muy nerviosa, no notaba que el corazón le fuese tan rápido... Y entonces fue cuando le confirmó que aquel sonido era el corazón del bebé, un latido rápido y lleno de vida... que pedía vivir.

Y no pudo hacerlo. A pesar de que su propio padre le abrió la puerta de la calle para que se marchase si se mantenía firme con su idea, tuvo a su hijo... y fue la mejor decisión que había tomado en toda su vida.

No fue nada fácil... sobre todo los primeros años. Sacudió la cabeza queriendo espantar aquellos pensamientos; lo único que valía la pena rescatar era que aquel esfuerzo le había obsequiado con el mayor tesoro: el amor de su hijo, y no lo cambiaba por nada del mundo.

Volvió al comedor para recoger la mesa. Le daba una pereza negra ponerse a fregar los platos a esas horas... cuando sonó el móvil, un único tono. Le sorprendió ver en el visor un gran sobre: era un mensaje de texto... ¿Quién en la era del *Whatsapp*, gratuito, pagaba un SMS? ¿Y por qué narices se dejó llevar por la curiosidad y no por la cautela?

«Buenas noches, muñeca. Espero que duermas bien. Yo sigo pensando en ti. Y ya sé cómo saben tus labios, por lo que me resulta muy fácil perderme en el recuerdo de nuestros besos... hasta que vuelva a sentir tu boca sobre la mía... pronto...»

Vanessa cayó sentada en el sofá mientras volvía a leer el mensaje. Tuvo que llevarse una mano al pecho... Temía que le estallase el corazón...

## capítulo tres



Había sido un domingo eterno... Ángel pasó todo el día con Sofía; Raúl, encerrado en su cuarto enfrascado en uno de sus libros... y él parecía un león enjaulado. Tuvo que alargar la sesión de gimnasio, tratando de deshacer la tensión de su cuerpo, aunque aliviar el nerviosismo era harina de otro costal.

Debía aceptarlo. Nunca había tenido la necesidad de conquistar a una mujer; prácticamente se le echaban en sus brazos sin apenas mover un dedo. Sin embargo, con Vanessa, se lo iba a tener que currar.

Mientras aparcaba el coche cerca de casa de la joven, la idea de que no sabía qué tipo de hombres le gustaban se cruzó por su mente. Aunque antes de que un escalofrío dominara su cuerpo se dijo que sí sabía perfectamente lo que no soportaba en un tío. Su actuación en el camerino fue de lo más esclarecedora.

Recordó las palabras de Raúl. Las mujeres que se le acercaban lo hacían atraídas por el músico, el personaje. En cambio, Vanessa buscó en él al hombre, a Darío, el auténtico, así que se convenció de que un buen inicio era ser él mismo.

Comprobó la dirección del colegio de Alejandro en el navegador de su teléfono móvil y no tardó en recorrer las dos manzanas que había de distancia. Al llegar, la situación le recordó a la gente que hacía cola en las puertas de los recintos donde celebraban sus conciertos. La zona estaba infestada de mamás, tanto que incluso cortaban la circulación de la calle frente a la escuela. No pudo evitar sentirse fuera de lugar; si bien era cierto que también había padres, ninguno tenía pinta de rockero.

De pronto, la puerta de la verja se abrió, y Darío se dirigió hacia el edificio que le había indicado Sofía. No tardó en divisar a Alejandro. Con una sonrisa en la cara, corría en dirección a una mujer que rozaría los cuarenta, y que lo recibió con alegría. La novia de Ángel le había contado que acostumbraba a recogerlo la vecina y que era bastante simpática. Ojalá no se lo pusiera muy difícil...

—Hola, Matilde... —escuchó a Alejandro decirle, aceptando la mano que la mujer le ofrecía, y él se detuvo un par de pasos atrás; tomó aire, se armó de valor, y se acercó, plantándose frente al niño.

—Hola, colega —lo saludó, y el chico se detuvo en seco.

—¿Darío? —preguntó con una mezcla de asombro e ilusión, aderezado con un brillo de admiración en los ojos que hizo que al joven le diera un vuelco el corazón—. ¿Qué haces aquí?

—Alejandro, ¿conoces a este señor? —inquirió la vecina, mirando al batería de arriba abajo con desconfianza. De hecho, tiró de la mano del niño y puso rumbo hacia la salida.

—Me llamo Darío y soy un amigo de Vanessa —se presentó, apresurándose a seguirla, aunque eso no animó a la mujer a detenerse—. Me gustaría llevar al chico a dar una vuelta —añadió, y eso sí que hizo que Matilde frenase de golpe, provocando que casi tropezase con ella. Se giró a mirarlo bastante enfurruñada. Menos mal que era simpática...

—Mire, yo no sé qué tipo de amistad tiene con Vanessa —se le encaró—, pero entienda que no le

conozco de nada y no puedo dejar que Alejandro se vaya con el primer extraño que se presenta.

—Pero yo no soy un extraño —se defendió—, ¿verdad, chaval?

—No —respondió Alejandro con rotundidad—. Ha estado en mi casa y también es amigo de tía Sofía.

—Escuche, hagamos una cosa —decidió jugársela—. Llame usted a Vanessa y que Alejandro le pida permiso a su madre para venir conmigo a dar un paseo.

Matilde achinó los ojos, mirándolo con recelo, y Darío tuvo que reprimir el impulso de cruzar los dedos al saber que ahí era donde residían las debilidades de su plan. Si daba la casualidad de que esa mujer no tenía móvil, tendría que llamarla él mismo, y con seguridad no le cogería el teléfono. Por otro lado, aunque fuera ella quien hiciera la llamada, si no dejaba que el chico hablara con su madre y lo hacía ella directamente, Vanessa la prevendría contra él y fracasaría de forma estrepitosa.

Para su fortuna, la vecina sacó un teléfono del bolso, y el batería casi se pone a gritar del alivio al verla marcar y, sin esperar respuesta, pasarle el teléfono a Alejandro.

—¿Qué pasa, Matilde? —contestó Vanessa al otro lado de la línea.

—Hola, mamá. Soy yo —respondió su hijo con notable alegría, aunque sometido a la mirada escrutadora de la mujer.

—Hola, mi vida —repuso ella más calmada—. ¿Qué...?

—Quería pedirte permiso para ir a dar una vuelta con Darío —le soltó de sopetón, y la sonrisa del niño se diluyó ante el largo silencio de su madre—. ¿Mamá?

—Alejandro... —carraspeó—. ¿Estás diciéndome que Darío está ahí, contigo? —inquirió sin ocultar su incredulidad.

—Me estaba esperando a la salida del cole —le dijo, recuperando con rapidez su entusiasmo—. ¿Puedo ir con él al parque? —insistió.

—Pásamelo, anda —le pidió, obedeciendo el niño al instante.

Cuando Darío vio que Alejandro le alargaba el teléfono, todos sus músculos se tensaron. Había contado con ello, de hecho, era una de las cosas que esperaba conseguir, pero una cosa era imaginárselo y otra muy distinta coger ese móvil sabiendo que Vanessa aguardaba al otro lado de la línea.

—Hola, muñeca —dijo muy suave.

—¿Qué es lo que pretendes? —espetó ella con voz dura y cortante.

A Darío le habría encantado contar con un poco más de intimidad, pero se limitó a darse la vuelta y bajar la voz.

—Creí que te había quedado claro lo bien que me cae tu hijo —le recordó sin abandonar el tono suave—. Mi única intención es pasar un rato con él. Es un chico muy inteligente y, además, un fan —bromeó aun sabiendo que no era lo más conveniente—. Aunque no lo creas, soy de fiar —añadió, dejando entrever un deje de resentimiento y arrepintiéndose al instante. Vanessa creía tener razones de peso para desconfiar y él no debía reprochárselo, sino convencerla de lo contrario.

—Porfa, mamá —exclamó Alejandro a sus espaldas, haciendo que Darío se girara a mirarlo.

—Joder... —masculló Vanessa por lo bajo.

—Voy a activar el altavoz —anunció Darío, con el único propósito de presionarla un poco.

—¡Espera! —le exigió ella, sabiéndose entre la espada y la pared.

—¿Puedo, mamá? —gritó el chico, acercando el rostro al teléfono.

El resoplido de Vanessa no le pasó desapercibido a ninguno de los tres, y la expresión de Alejandro se ensombreció, temiéndose lo peor, compartiendo pensamientos con Darío...

—Es que... seguro que tiene deberes... —razonó su madre—. ¿A que sí?

—Bueno... tengo que practicar con la flauta para mañana —murmuró Alejandro con un tizne de vergüenza en su voz, y el joven lo miró con extrañeza ante su actitud—. Aún no soy capaz de reproducir la escala musical —reconoció cabizbajo.

Darío no pudo evitar una repentina carcajada, y no porque se estuviera burlando del chico. ¿Una flauta dulce...? ¿En serio?

—Me parece que soy capaz de lidiar con ese instrumento diabólico —se ofreció el batería, viendo una grieta en la obstinación de Vanessa y cómo se instalaba una gran sonrisa en el rostro del chico—. No necesitas mi curriculum, ¿verdad, preciosa? —se dirigió ahora a Vanessa con cierto tono socarrón.

La oyó resoplar por segunda vez, y su silencio lo mantuvo en vilo más tiempo de lo que hubiera deseado.

—Matilde, dale las llaves, por favor —accedió por fin, y mientras él dejaba escapar el aire que retenía en los pulmones, Alejandro dio un salto, aplaudiendo con entusiasmo.

La vecina, que se había mantenido al margen en toda la conversación, sacó un llavero del bolso y se lo entregó, no sin dedicarle una mirada de advertencia.

—Se las llevaré a su casa en cuanto lleguemos —le dijo él, tratando de congraciarse con ella, aunque parecía un hueso duro de roer.

—Gracias, Matilde —añadió Vanessa—. Luego hablamos. Y tú, pórtate bien.

—¿Me dices a mí o a él? —bromeó Darío, notablemente satisfecho.

—A ti —sentenció ella—. Os dejo que tengo que seguir trabajando.

Y colgó.

Darío le pasó un brazo por los hombros a Alejandro con gesto protector, detalle que no se le escapó a Matilde, quien ya guardaba el teléfono.

—Luego nos vemos —le aseguró él, asintiendo la mujer.

—Hasta luego —se despidió por fin.

—Bueno, ¿vamos a casa entonces? —le propuso el chico.

—¿A qué hora suele llegar tu madre? —le preguntó el batería en cambio.

—Sobre las ocho, ¿por? —Lo miró con extrañeza.

—Porque seguro que le gustará llegar a casa y que le espere la cena hecha —respondió, guiñándole el ojo al niño, quien sonrió.

Así que, en vez de volver directamente a casa, pusieron rumbo al supermercado.

Alejandro veía con asombro todo lo que Darío iba metiendo en la cesta de la compra... ¿Tanta cosa para una cena? Pero, a veces, era una causa perdida entender a los mayores, así que no dijo nada.

Al llegar a casa, tras guardar las cosas en la cocina, ambos se dirigieron al comedor, pues estarían más cómodos, aunque Alejandro se ausentó un momento para ir en busca de la flauta. Cuando volvió, por la expresión de su rostro, el niño parecía portar en su mano un instrumento de tortura, en lugar de musical.

Darío, que ya estaba sentado en una de las sillas, lo instó a sentarse a su lado. Apoyó los codos en la mesa y lo miró con gran interés.

—Veamos qué sabes hacer.

Sin embargo, el chico no parecía por la labor.

—Seguro que lo haces mejor de lo que crees —lo animó—. Yo era un petardo de pequeño —añadió, provocando que Alejandro abriera los ojos como platos. Darío, por su parte, no pudo evitar reírse—. ¿Qué pensabas? Nadie nace enseñado, y en esto de la música se necesita mucha práctica y tesón. Tal vez pueda darte un par de consejos para mejorar.

Sus palabras le dieron algo de confianza al chico quien, con decisión, cogió la flauta dispuesto a reproducir la dichosa escala. Darío observó la colocación de sus dedos: del índice al anular de la mano izquierda en los orificios superiores, y del índice al meñique de la derecha en los inferiores. Pero, en cuanto empezó a tocar, supo dónde estaba el fallo: en el pulgar que se colocaba en la parte posterior del tubo. Además, se le notaba tenso, y las uñas de los dedos llegaban a blanquearse de tanta presión como ejercía.

—Espera —le pidió con un gesto que dejara de tocar, tras lo que empezó a masajearle los hombros con brío y cara de guasa—. Relájate o vamos a tener que llamar a Diana para que venga a arreglarte la espalda porque se te van a agarrotar todos los músculos.

En efecto, su tono bromista le hizo sonreír, incluso tranquilizarse un poco, tal y como el batería pretendía.

—Primero de todo —comenzó a decirle—, los orificios deben estar tapados, de acuerdo, pero no hace falta reventarlos —añadió con actitud distendida y un tanto exagerada—. Además, les prestas tanta atención a los delanteros que te olvidas del posterior, que es tanto o más importante que los demás.

Como en un acto reflejo, Alejandro le dio la vuelta a la flauta, comprobando el modo en que su dedo pulgar cubría el agujero.

—Y, por último —prosiguió Darío—, debes soltar el aire de forma más suave. Cuando oigas la flauta que desafina, imagínate que se está quejando porque le duele que soples tan fuerte.

Aquella comparación tan infantil podría parecer ridícula. Sin embargo, Alejandro empezó a revisar el instrumento un tanto preocupado, como si quisiera comprobar que su flauta estaba bien. En realidad, la intención de Darío era que la viese con otros ojos, y lo había conseguido.

—¿Estás preparado? —le preguntó, y el chico asintió.

Volvió a tomar el instrumento, corrigió la postura, y comenzó a tocar... Reprodujo la escala musical a

la perfección.

—¡Toma ya! —exclamó Darío alzando la palma de la mano para que Alejandro la golpease con la suya.

—¡Me ha salido! —gritó, sin poder creérselo.

—Pero ¿ha sido potra o serías capaz de volver a hacerlo? —demandó con tono travieso. De pronto, sacó su teléfono móvil, buscando a Vanessa en su *WhatsApp*. Esta es la prueba de fuego. —Le guiñó el ojo para darle confianza a pesar de la seriedad de sus palabras—. Grabaré el audio y se lo mandaré a tu madre, ¿vale? Seguro que te sale mejor que ahora.

Alejandro asintió y le hizo un gesto, dándole a entender que estaba preparado. La verdad es que sí que dio resultado aquel toque de presión, haciendo que la flauta sonara de maravilla.

Con un «a ver qué te parece esto, mami», Darío adjuntó el audio al mensaje que le envió a Vanessa, y la joven, a pesar de haberse arrepentido en un primero momento de revisar el *WhatsApp* que le enviaba el batería, se sentía tan orgullosa que contestó con una carita sonriente que tenía dos corazones a modo de ojos.

No entendía nada. No lograba comprender por qué Darío hacía todo aquello. Claramente estaba utilizando a su hijo con la intención de acercarse a ella, pero... ¿para qué? Tenía que reconocer que, si buscaba un simple polvo, se estaba tomando demasiadas molestias, y sin embargo, se negaba a creer que tuviera otro tipo de interés.

La jornada acabó un poco más tarde que de costumbre... justo cuando necesitaba llegar antes a casa. Decir que estaba nerviosa era quedarse corto; estaba atacada, y lo cierto era que no sabía cómo actuar frente a Darío. Tras haberse negado a hablar con él durante semanas, lo más lógico era largarlo, que se fuera por donde había venido, pero quería saber qué estaba tramando, solo eso... ¿verdad? Porque ella no tenía ningún interés en él... Ni de coña...

Nada más entrar por la puerta, el aroma de lo que debía ser la cena invadió sus fosas nasales, haciéndosele la boca agua... ¿Darío estaba cocinando? Y antes de poder dar un paso o anunciar su llegada, vio que aquel metro noventa enfundado en cuero y negro se asomaba por la puerta de la cocina, llevando uno de sus delantales.

Joder...

Casi se cae de culo, literalmente, y no porque aquel macho fornido estuviese ridículo con aquel delantal verde que apenas le cubría los muslos sino porque, aun así, estaba de un guapo que quitaba el aliento.

—Hola, preciosa. Espero que tengas hambre —le dijo él con una sonrisa que hizo que le temblaran las piernas, tras lo que entró de nuevo en la cocina, y Vanessa tuvo que volver a repetirse que no quería tener nada que ver con aquel hombre que llevaba grabada la palabra «complicaciones» en la frente, porque, en ese mismo instante, su apetito no era precisamente de comida.

Sacudió la cabeza queriendo apartar aquellos pensamientos de su mente y atravesó el pasillo para ir a su encuentro, aunque no se adentró más que un par de pasos en la cocina. Sin darle el más mínimo crédito, creía que se la encontraría patas arriba, con la bancada llena de cacharros, y en cambio, en esos momentos, Darío estaba fregando los platos que había utilizado para cocinar.

—¿Te he impresionado? —preguntó él de pronto, sin girarse a mirarla y sin ningún tipo de pretensión

en su voz—. Reconozco que esperaba a la Vanessa guerrera, y me extraña que no hayas abierto aún la boca.

¿Es que acaso podía? Viéndolo así, de frente al fregadero, tenía un primer plano de su trasero que llenaba a la perfección esos pantalones de piel, y aquella espalda... El movimiento de sus brazos hacía que se le marcasen todos los músculos debajo de la camiseta... Por Dios... Si no abría la boca era porque estaba concentrada en mantener las manos quietas, pues la tentación de alargarlas hacia su cintura hasta rodearla y llegar a sus marcados abdominales era difícil de controlar.

—¿Dónde... dónde está Alejandro? —fue lo único que pudo decir, y esa pregunta sí provocó que Darío voltease ligeramente el rostro, mirándola con incredulidad, al no ser lo que esperaba oír.

—Está en su cuarto —respondió, volviendo su atención al plato que estaba enjuagando.

Como alma que lleva el diablo, la joven salió de allí y se encaminó hacia la habitación de su hijo. Al asomarse, la mandíbula casi le llega al suelo. No solo se había bañado ya sino que estaba recogiendo sus juguetes.

—Alejandro...

—¡Hola, mamá! —exclamó el pequeño, levantándose con premura de la alfombra para ir a darle un beso—. ¿Cómo te ha ido? Yo me lo he pasado genial con Darío —decía sonriente y de forma atropellada—. Espero que vuelva pronto a jugar conmigo.

—¡La cena está lista! Alejandro, a lavarse las manos —se oyó al batería gritar desde la cocina, y a Vanessa casi le da un ataque cuando su hijo salió escopeteado hacia el baño.

No es que el niño fuera un desobediente, pero que hiciera lo que se le mandaba tan alegremente...

—Tú podrías aprovechar para ponerte más cómoda mientras preparo la mesa —escuchó de repente a Darío cerca de ella y, cuando se giró a mirarlo, se percató de que estaba a un mísero paso de distancia.

¿Por qué tenía que oler tan bien? ¿Y por qué en su sonrisa no había ni una pizca de fanfarronería que le facilitara las cosas y así poder mandarlo a freír espárragos?

—¿Me... me da tiempo a darme una ducha rápida? —preguntó, sabiendo que tendría cara de boba.

—Claro que sí —respondió guiñándole un ojo—. Alejandro, ¿me ayudas? —alzó la voz para que lo oyera.

—¡Sí! —le contestó, saliendo del baño y dirigiéndose a la cocina a la velocidad de la luz.

—No tardes —le murmuró entonces Darío, con suavidad, y Vanessa escapó hacia el baño, preguntándose si bajo el chorro del agua se diluiría aquello que parecía un sueño perfecto.

La cena, desde luego, lo fue. Tampoco es que hubiera hecho un menú propio de un restaurante con estrellas Michelin; una buena ensalada y una tortilla española que, eso sí, estaba para chuparse los dedos: gordita, jugosa y muy sabrosa. Además, Darío había comprado un refresco sin cafeína para Alejandro y una botella de vino para ellos.

«¿Será que quiere emborracharme?», pensó la joven de modo absurdo, pero es que aquella puesta en escena propia de un galán de cine en blanco y negro era más ilógica aún.

Tenía que reconocer que, al llegar al postre, una deliciosa macedonia de frutas, estaba más relajada, y

ayudó el hecho de ver a Alejandro tan contento. No hacía más que hablar del colegio y de lo bien que se lo había pasado esa tarde con Darío, quien no podía ocultar su satisfacción. Sin embargo, no había ni un ápice de vanidad o arrogancia, y toda la velada estuvo ausente de comentarios con segundas intenciones o indirectas hacia ella que pudieran ayudarlo a esclarecer aquel misterio. Casi parecía verdad que la única intención de ese hombre era pasar un rato con ellos, nada más.

—Chaval, ¿no va siendo hora de que vayas a dormir? —dijo Darío de pronto, y Vanessa no pudo impedir que por su mente deambulase la idea de qué sucedería al quedarse los dos solos...

—Es que... me lo he pasado muy bien hoy contigo —reconoció el niño, haciendo que el batería sonriera.

—Vendré en otra ocasión —le prometió, obviando la mirada inquisidora de Vanessa.

—Ve a lavarte los dientes mientras yo recojo esto —le pidió a su hijo, quien se levantó, dispuesto a obedecer.

Aunque, antes de irse, fue hacia Darío y lo abrazó.

—Hasta pronto, campeón —le dijo, afianzando así su promesa, por lo que el niño salió hacia el baño.

Darío, por su parte, se puso en pie al mismo tiempo que la joven, dispuesto a ayudarla.

—Muchas gracias —murmuró ella.

—No voy a quedarme ahí sentado mientras tú te encargas de todo esto —respondió un tanto extrañado, casi molesto.

—No me refiero a eso —puntualizó ella, entendiéndola él al instante.

—Ha sido todo un placer —añadió sonriendo, al tiempo que dejaba algunos platos sobre la bancada.

Vanessa estuvo a punto de preguntarle si realmente volvería para ver a Alejandro, pero en ese momento su hijo la llamó, dándole a entender que había terminado.

—Yo me ocupo de los platos —le propuso el joven, para que así pudiera atenderlo.

Ella accedió y salió de la cocina hacia la habitación de su hijo, donde ya la esperaba. Decir que estaba entusiasmado era un eufemismo, y vaticinaba que le costaría mucho conciliar el sueño pero, aun estando tan animado, se metió en la cama sin rechistar.

—Gracias, mamá —le dijo de pronto, mientras ella se sentaba cerca de él.

—¿Por qué, cariño? —preguntó, sorprendida.

—Por haberme dejado pasar la tarde con Darío —le respondió— Sé que no te cae bien.

—¿Y tú por qué dices eso? —inquirió con asombro.

—Porque sé que te ha estado llamando y no le has querido coger el teléfono —le confesó—. Te escuché hablar con tía Sofía y tía Diana el otro día —añadió, vislumbrándose una sombra de culpabilidad en sus ojos.

Vanessa tomó aire, a la vez que ponía en marcha su cabeza para darle una explicación que comprendiera sin llegar a mentirle.

—Ya sé... —Alejandro interrumpió sus pensamientos—. Son cosas de mayores —agregó con tristeza—.



Pero a mí me cae muy bien.

En la mente de la joven comenzaron a activarse todas las alarmas habidas y por haber. Su hijo había crecido sin un padre, conforme pasaban los años acusaba cada vez más la ausencia de una figura masculina, y no quería que las tretas de Darío para acercarse a ella lo confundieran.

—Cariño, no olvides que Darío es un hombre muy ocupado —le recordó, acariciándole con dulzura el cabello—. Tal vez no le sea tan fácil venir a verte. Ya veremos qué pasa, ¿vale?

El niño hizo un mohín aunque asintió, aceptando que su madre tenía razón. Alzó el rostro para darle un beso y se arrebujo en las sábanas, mientras Vanessa lo tapaba bien.

—Buenas noches, tesoro —le murmuró, dándole otro beso en la frente.

—Buenas noches, mamá.

Vanessa apagó la luz y cerró la puerta, apoyándose unos segundos en la pared del pasillo. Que Darío hubiese irrumpido en su vida para trastocar su mundo por un simple rollo pasajero era lo que menos necesitaba, ni ella ni su hijo.

Volvió al comedor dispuesta a hablar con él, pero, cuando iba a entrar, se detuvo en seco. Darío estaba sentado en el sofá, con el mando en la mano, haciendo zapping, y no quiso renunciar al placer de observarlo unos instantes... Joder, parecía el típico marido preparado para ver la película de la noche. Sólo faltaba ella, llegando con una bandeja de café y acomodándose a su lado, abrazada a él a ser posible.

Negó con la cabeza y se obligó a despejar su mente de ideas absurdas. El hombre que estaba en su comedor no se parecía en nada al que besó en aquel camerino, y no era capaz de dilucidar cuál de los dos era el verdadero Darío. ¿Ciertamente era así, o todo aquello había sido una pantomima para camelársela?

En cualquier caso, si hubiera querido plantearle su desconfianza, no habría tenido ocasión, pues, en cuanto él se percató de su presencia, se puso en pie.

—Yo debería marcharme ya. Mañana tenéis que madrugar —anunció, y ella sintió que se le anudaba el estómago de forma dolorosa.

Se apoyó en la pared, cerca del marco de la puerta con las manos en la espalda, y a mitad camino entre la decepción y la irritación. ¿Eso era todo? ¿Después de la que había liado se iba a ir así, sin más?

Lo vio coger su cazadora, que había colgado en el respaldo de una silla, y se la puso con lentitud mientras la miraba. Vanessa, por su parte, no se contuvo y lo estudió, no solo sus movimientos armoniosos, sino todo su lenguaje corporal... porque no era capaz de comprenderlo.

De pronto, con desquiciante lentitud, Darío comenzó a caminar hacia la puerta, se plantó frente a ella y clavó sus ojos oscuros en los suyos. No habló, pero ahora, por fin, apreció en su mirada, en su expresión, cierta zozobra, como si estuviera siendo vapuleado por una violenta lucha interna justo en ese momento. Y ella aguantó la respiración, esperando que él...

Lo vio alzar una de sus manos, despacio, y pasó con suavidad la yema de los dedos por los labios femeninos, atrapando un repentino suspiro que Vanessa no pudo reprimir. Iba a besarla, habría podido jurarlo... cuando, de súbito, él se retiró, saliendo hacia el pasillo.

La joven no fue capaz de moverse, sumida en la confusión y en aquella nebulosa amarga que le producía el reconocer que había deseado ese beso más que nada en el mundo. Tanta era la desilusión que

hasta le dolían los labios por no haber podido sentir los de aquel hombre que la trastornaba como no lo había hecho ningún otro...

Y para hundirla aún más en aquella espiral que la llevaría a la locura, Darío no se había alejado ni un par de metros cuando se giró y volvió sobre sus pasos. Apoyó las manos a ambos lados de su cabeza y se inclinó, acercando su rostro al suyo, tanto que podía notar su aliento varonil y embriagador sobre sus labios.

—¿Crees que no quiero besarte? —preguntó con aquella voz suya, grave y profunda, que la hizo estremecer—. Me muero de ganas por volver a probar tu boca.

—¿Y... por qué no lo haces? —consiguió murmurar, intentando clavar los pies en el suelo, pues las piernas apenas la sostenían—. Acaba de una vez con esto...

Trató de hacerse la dura, pero sentía que todo su cuerpo se aflojaba a merced de aquel deseo que se revolvía en su interior y que ahora se rebelaba después de tratar de ahogarlo durante toda la noche.

Lo oyó suspirar mientras cerraba los ojos un segundo, mortificado, incluso se mojó los labios con nerviosismo, con la mirada ahora fija en los de la joven, sonrosados y apetecibles, y que temblaban de anticipación.

—Muñeca... —susurró, apretando la mandíbula—. Si te beso, seré incapaz de detenerme, no pararé hasta hacerte mía —admitió, mientras Vanessa sentía que se derretía por dentro—. Y aunque ardo en deseos de perderme en tu cuerpo, necesito que entiendas que no quiero ser uno más para ti.

Darío alzó el rostro, alejándose ligeramente, como si quisiera escapar del peligro de su cercanía. Y Vanessa podía escuchar cómo su cuerpo gritaba para que ese hombre no se alejara, ansiando que la estrechara entre sus brazos y mitigara aquel fuego que la consumía y que él alimentaba con cada una de sus palabras...

—Si te hago el amor esta noche, tal vez pienses que es lo único que quiero de ti, y temo que mañana no vuelvas a cogerme el teléfono —añadió, confundiendo aún más... ¿Qué narices quería de ella?—. Para mí, no será suficiente una sola noche —declaró, haciéndose eco de sus pensamientos.

—¿Y si yo no quiero ni una noche ni ninguna? —le replicó, casi por rebeldía, y por la impotencia de no poder evitar que su cuerpo temblara de pies a cabeza sin que ni siquiera la tocara.

Entonces, como si hubiera respondido a un impulso, Darío volvió a inclinarse sobre ella, acercándose hasta casi romper su propio límite, pues rozó con extrema suavidad, como si fuera el delicado aleteo de una mariposa, esa boca que lo atraía sin remisión. Vanessa sintió su aliento cálido en su piel, y apretó los puños para no hundir sus manos en su largo pelo y obligarlo a fundir su boca con la suya. Y, aunque no lo hizo, no fue hasta que él se alejó de nuevo, notando su ausencia, que no vino a darse cuenta de que había cerrado los ojos y entreabierto los labios, a la espera de aquel beso que Darío se negaba a darle aunque lo deseara con la misma intensidad que ella. Los ardientes destellos de sus ojos oscuros así se lo decían.

—Eso está por verse —murmuró él con gesto atormentado, mordiéndose el labio inferior, como si estuviera reprimiendo un último acceso de inconsciencia que le impulsaba a romper la regla que él mismo había impuesto.

Clavó sus ojos en ella, de modo penetrante, como si enviara una cadena invisible que la amarrase para

así no perderla. Después, sin decir o hacer nada más, se marchó. Vanessa permaneció allí estática, durante varios minutos, sin poder reaccionar. Y entonces comprendió que daba igual lo que ella se propusiera; ese hombre perturbaba sus sentidos, y su cuerpo reaccionaba aunque su mente se esforzara en dominarlo. Sólo esperaba ser lo suficientemente fuerte para que no se viera arrastrado también su corazón.

## capítulo cuatro



Ese sábado, las chicas quedaron en verse en casa de Vanessa a comer. El hecho de que Ángel hubiera contratado a una enfermera, para que supliera a la señora Estela cuando no estaba, le daba a Sofía más libertad, además de la tranquilidad de saber que su madre estaba atendida en todo momento.

Como aparcar en Valencia era un infierno, Sofía recogió a Diana para ir las dos en un solo coche. En el camino estuvieron haciendo conjeturas sobre lo que su amiga quería contarles. En realidad, Sofía sabía que tendría que ver con que Darío se hubiera presentado en el colegio de Alejandro, pero había concretado con el batería que no dirían que ella había sido la fuente de información, así que disimuló todo lo que pudo frente a Diana.

—Desde luego, tiene que ser algo muy gordo para no haber querido contárnoslo por *WhatsApp* —concluyó la otra joven cuando Sofía terminaba de aparcar.

—Ahora saldremos de dudas —concordó con ella—. Y espero que nos lo cuente todo con lujo de detalles.

—Eso, sin dudarlo —se rio Diana.

Al llegar, las recibió un sonriente Alejandro dándoles un par de sonoros besos en las mejillas.

—Hola, tías. ¿Sabíais que Darío vino a recogerme al colegio el otro día? —anunció con entusiasmo mientras dejaba entrar a las jóvenes, quienes compartieron miradas llenas de asombro.

—Ya me imaginaba yo que este mozalbete me iba a dejar sin la primicia —lamentó Vanessa, yendo a saludarlas—. ¿Me acompañáis a la cocina? Estoy terminando de hacer la comida —les dijo al ver que su hijo volvía a su habitación, y teniendo así un poco de intimidad.

Por suerte, la cocina contaba con una mesita con sillas, porque sus amigas necesitaron tomar asiento al enterarse de todo lo sucedido aquella noche, incluida Sofía. Se había negado a que Ángel la hiciera partícipe de la versión de Darío sobre aquella historia, pues sentía que estaba inmiscuyéndose más de la cuenta... Y vaya con el batería...

—Está coladito por tus huesos —declaró ante una escéptica Vanessa.

—Yo solo sé que es el tío más raro con el que me he topado jamás —reconoció, levantándose para servir algunos refrescos para todas.

—Lo que pasa es que ningún hombre se había mostrado tan interesado como él —agregó Diana.

—¿Tú de parte de quién estás? —se quejó Vanessa, sentándose de nuevo.

—Y vuelta la mula al trigo —farfulló por lo bajo—. ¿Queréis olvidaros de una vez de mi opinión personal con respecto a los hombres? —inquirió molesta, cogiendo el vaso de mala gana para beber y así mantener la boca ocupada y no hablar más de la cuenta.

—Más que opinión, es inquina —apuntó su amiga.

—Y no es para menos, ¿no te parece? —se defendió.

—Claro que sí —la apoyó Sofía—. Pero creo que ambas estamos de acuerdo en que ya va siendo hora de que te abras un poco más.

En ese instante, Vanessa casi se atraganta con el refresco, viéndose obligada a escupirlo en la mesa.

—Déjala que primero hable un poquito antes de «abrirse», ¿no? —agregó con tono pícaro e, inevitablemente, las tres jóvenes rompieron a reír, esfumándose la tensión que comenzaba a formarse en el ambiente.

—Aquí, la que suele ir a velocidad supersónica eres tú —la acusó Diana, aún sonriente por su broma, mientras su amiga limpiaba el desastre que había organizado.

—De eso nada —negó Sofía—. Ahora está yendo a paso de tortuga —se mofó.

—Es que el gallego este es duro de pelar —refunfuñó Vanessa, cruzándose de brazos y haciendo un mohín infantil. Las carcajadas no se hicieron esperar de nuevo.

—Si aún no ha querido acostarse contigo, será porque le interesas de verdad, ¿no crees? —repuso su amiga.

—Más que eso —intervino Diana—. Quiere que tú te intereses por él.

—No lo tengo yo tan claro —aseveró ella, removiéndose en la silla, incómoda.

—Pues es muy sencillo —añadió—. Imagínatelo a la inversa. Cuando a una mujer le interesa un hombre para algo más que un simple rollo, dilata todo lo posible que se dé la relación sexual con el fin de conquistarlo. Siempre tememos que después del sexo pierdan su interés por nosotras. Les hemos dado lo que querían así que... a otra cosa, mariposa —concluyó, encogiéndose de hombros a modo de ilustración.

—Creo que Diana tiene razón —la apoyó Sofía, para desagrado de Vanessa, quien le hizo una mueca—. Darío te ha dado claras muestras de que te desea, pero no quiere dar el paso porque quiere darse la oportunidad de que haya algo más que sexo entre vosotros.

—Yo no sé si quiero algo más... —murmuró, cabizbaja.

—¿Por qué? —inquirió Diana con cierto tono de reproche que sorprendió a sus amigas.

—Mi vida no es nada sencilla —le recordó, un tanto molesta de que ella se lo cuestionara.

—¿Y eso te quita el derecho a querer a alguien?

—Te olvidas de mi pasado —apuntó con dureza.

—¿Tu pasado? —Diana soltó una desagradable carcajada—. Pasado, el mío, que aún lo llevó sobre mis hombros como un lastre, pero de tu pasado no queda nada, porque Alejandro es tu presente —señaló, apuntándola con el dedo—. Y me parece a mí que Darío lo ha aceptado de maravilla.

—¿Te ha vuelto a llamar? —quiso Sofía cambiar de tema, pues el ambiente volvía a caldearse.

—Sí, me llamó la otra noche —le contó.

—Vaya, ya le coges el teléfono —apuntó Diana con retintín, aunque una sonrisita se le escapaba por la

comisura de los labios.

—Mira que eres borde —la acusó Vanessa con fingido reproche, no tardando en echarse a reír como Sofía.

—Sólo te estoy poniendo las pilas para que dejes de hacer el tonto —se defendió con sonrisa traviesa.

Su amiga chasqueó la lengua, pero Sofía no le dejó espacio para replicar.

—¿Y qué te dijo? —le preguntó con interés.

—Hablamos poco porque yo estaba liada en el trabajo y él, en mitad de un ensayo —le contó—. Me preguntó si iba a ir a la actuación de esta noche.

—¿Actuación? —inquirió Diana, recelosa, como si se le hubieran activado todas las alarmas.

—Sí, en un local por el Barrio del Carmen —le confirmó Sofía—. Empieza a las...

—Mierda... Y yo, sin coche —masculló, molesta.

—¿Es que no piensas venir? —se sorprendió Vanessa, al igual que su otra amiga.

—También vamos a celebrar el cumpleaños de Ángel —añadió la maestra.

—Mejor me lo pones... —hizo un aspaviento—. Tú estarás con Ángel, y Vanessa, con Darío —le recordó—. ¿Me explicas qué pinto yo allí? Y que no se os ocurra a ninguna de las dos nombrarme a Raúl —les advirtió, alzando un dedo y con actitud firme.

—Por mucho que trates de disimularlo, sabemos que te gusta —le aclaró Sofía con tono comprensivo.

—Y yo no quiero que me guste —espetó, sacudiendo las manos y agitándose su corta melena. Sin embargo, Sofía alargó el brazo para atrapar una de ellas entre la suya, y mirándola de modo indulgente—. Mirad, reconozco que... —Diana tomó aire profundamente—, que me ha hecho sentir «cosas».

—¿Y entonces? —la alentó Sofía.

—Entonces, nada —sentenció ella—. Raúl es un artista famoso que podría tener a cualquier mujer, y yo no soy más que una fisioterapeuta de pueblo, sin ningún tipo de encanto, y a la que no le van las relaciones esporádicas.

—Pero... él...

—Joder, Sofía, que es imposible que se fije en mí, ¿no lo entiendes? —exclamó. Parecía dolida ante aquella aseveración que ella misma había lanzado con tanta seguridad.

—Cariño... —Ahora fue Vanessa quien trató de animarla.

—Llevo años con el corazón hecho pedazos, convencida de que no hay hombre en el mundo que pueda sanarlo —murmuró con la mirada gacha—. Y ese idiota, con un mísero y accidental beso, lo hizo volar.

Tanto Sofía como Vanessa compartieron miradas llenas de significado, aunque no dijeron nada, a la espera de que su amiga prosiguiera.

—Y temo que vuele demasiado alto para acabar estrellándose contra el suelo —sentenció, alzando la vista hacia ellas, con ojos brillantes por unas lágrimas que le daba rabia derramar, así que soltó la mano de su amiga y las enjugó con rapidez—. Prefiero seguir regodeándome en el odio que provocó la traición

de Alfonso, porque ya sé lo que es, me acostumbré a vivir con ello. Pero no puedo alimentarme de la ilusión de que eso puede cambiar, y menos con un hombre con el que solo he hablado en dos ocasiones y en las que me limité a lanzar sobre él toda mi frustración, como si fuera el culpable de todo, cuando, en realidad... —chasqueó la lengua.

—Eso... no nos lo habías contado —dijo Sofía con voz sosegada, animándola a que siguiera confiándose a ellas.

—Creo que desde el principio supe que era peligroso para mí y... —La joven sonrió de pronto, con mirada ausente, como si estuviera recordando alguna escena en particular—. Debe creer que soy una débil mental. Hasta llegué a insultarlo —admitió con cierto aire de orgullo por su hazaña—. De un modo muy sutil y elegante, pero lo hice.

Vanessa no pudo evitar reírse, acompañándola Sofía.

—Seguro que lo dejaste loco —apuntó con divertimento la primera.

—Tanto si es así como si no, no quiero saberlo, ¿está claro? —les advirtió muy firme—. Así que... —se dirigió ahora a Sofía—. ¿Me dejas tu coche esta tarde para volver a casa?



Darío se sentía pletórico aquella noche, sentado tras su batería, y podía comprender a la perfección a lo que se refería su amigo Ángel. Desde el escenario no podía verla, la luz de los focos formaba una barrera entre ellos y el público, pero sabía que Vanessa estaba allí, podía notar su presencia, y le hacía sentirse capaz de cualquier cosa. Podrían echarle encima dos actuaciones más y ni se enteraría; seguía lleno de energía y de ganas de darlo todo.

Les había pedido a los chicos que incluyesen en la escaleta «Rosas negras». No le importó explicarles el motivo, y Ángel no dudó en dedicarle el tema al niño antes de tocarlo.

—Para uno de nuestros fans más jóvenes: Alejandro —dijo, y aunque el chico no estaba presente, Vanessa no tardaría en contárselo y confiaba en que le hubiera gustado el detalle... Tanto a él como a ella.

Mientras terminaban de tocar «El fin», el acostumbrado cierre en todos sus conciertos, notó cierta humedad bajo el guante de su mano derecha. Era una herida sin importancia, aunque sangraba, así que, al finalizar, les comentó a sus compañeros que iba echarle un vistazo y a curarse un poco.

—Espera, que te ayudo —se ofreció Raúl.

—Vale —respondió, encaminándose hacia el camerino donde habría un botiquín.

—Darío, si me haces el favor de traerme la cazadora, yo voy ya con las chicas —dijo en cambio, por lo que sus amigos se detuvieron.

—No puedes esperar ni un minuto, ¿eh? —se mofó el batería.

—Tú, porque tienes que mirarte esa mano, que si no, irías delante de mí como un perrito faldero en busca de Vanessa —se burló de él, y Darío se rio porque tenía razón.

Sin perder más tiempo, Ángel se dirigió a la zona VIP. Le sorprendió ver a Toni hablando con un periodista en uno de los reservados; no contaba con que fueran a hacerles una entrevista. Su

representante se levantó al verlo con la intención de interceptarlo, y el cantante miró hacia los sofás en los que estaban Sofía y Vanessa y le hizo un gesto para que aguardase. Su novia le sonrió, comprendiendo. Al fin y al cabo, ese era su trabajo.

Por suerte, sus dos compañeros llegaron enseguida para echarle un capote, aunque la entrevista no fue nada del otro mundo. Hablaron sobre el nuevo disco, su estancia en Valencia y poco más. Cuando acabaron, Toni y el reportero se retiraron, dándoles vía libre.

—Hola, pequeña —saludó a su chica, levantándose ella para acercarse a darle un beso.

—Habéis estado magníficos —le dijo, sonriéndole Ángel con el pecho henchido de orgullo.

—Muchas gracias por dedicarle la canción a mi hijo —le agradeció Vanessa que seguía sentada en el sillón, notándose en su rostro cuánto le había emocionado.

—Bueno, no ha sido cosa mía —respondió, como si no tuviera importancia, tras lo que hizo un gesto con la cabeza, señalando a Darío que llegaba en ese momento junto con Raúl.

—Vaya... —murmuró, estudiando al joven con detenimiento. Había sido un detallazo, pero...

—¿Y Diana?

Que Raúl hubiese formulado aquella pregunta con ese tono mezcla de incertidumbre y decepción, provocó que todos se girasen a mirarlo, llenos de curiosidad, aunque, en el caso de las chicas, también hubo sorpresa.

—Bueno... —vaciló Sofía. La actitud del bajista dejaba entrever demasiadas cosas, así que decidió que no era conveniente decirle la verdad, o al menos no toda—. Dentro de nada comienzan los exámenes, así que se ha quedado estudiando en casa.

Raúl la miró con cierto escepticismo, mientras que Ángel y Darío no entendían nada.

—Creí que te lo había dicho —se excusó, dirigiéndose a su novio—. Diana es fisioterapeuta y trabaja en una clínica del pueblo, pero también está estudiando enfermería.

—Que estaba estudiando para ser enfermera es un dato que se me había escapado —reconoció Ángel, observando con disimulo a su amigo, quien parecía aliviado por una parte aunque enfadado por otra—. Siempre fue muy aplicada —añadió.

—Es una lástima que no haya venido —comentó Darío, que tampoco se perdía detalle.

—Pues sí —espetó Raúl en tono cortante—. ¿Me das las llaves de tu moto? —soltó de pronto, alargando la mano hacia Ángel con postura exigente.

Su amigo frunció el ceño y se giró hacia él.

—¿Cómo?

Raúl resopló, agachando la cabeza y poniendo los brazos en jarras.

—Que me piro —especificó, como si hiciera falta—. ¿Me prestas tu moto, por favor? —agregó con retintín.

—¿No quieres quedarte un rato? —intervino Darío, que estaba atónito ante la actitud de su compañero.



Raúl no contestó. Alzando las cejas con expresión indolente, miró de arriba abajo a Ángel y a Sofía, a quien tenía agarrada por los hombros. Después hizo la misma operación con Darío, que estaba posicionado al lado de Vanessa, quien seguía sentada. Luego lanzó una carcajada mordaz y forzada y volvió a alargar la mano.

—La compañía es muy grata, pero prefiero irme —insistió de modo inamovible.

Ángel sabía que no habría forma humana de hacerlo cambiar de opinión y tampoco valía la pena discutir con él. Cogió la cazadora que había dejado en el respaldo del sofá y sacó un llavero del bolsillo y un ticket de aparcamiento.

—Está en el parking que hay a un par de manzanas de aquí —le dijo, tras lo que le entregó las llaves, aunque antes le dedicó una última mirada de advertencia.

—Sé conducir una moto —le recordó el bajista, arrancándole las llaves de la mano de un tirón.

—Sí —asintió él—. Lo que no sé es si estás bien para conducir.

—¿Yo? Estoy de puta madre —respondió, riéndose como si no viniera a cuento su preocupación. Sin embargo, esa risa sonaba demasiado falsa—. Ahí os quedáis, chavales —añadió, y dicho eso, se fue.

La marcha de Raúl dejó cierta atmósfera de incomodidad en el ambiente. Para sus compañeros, estaba claro que su amigo se sintió demasiado decepcionado al no ver a Diana, tanto que no había sido capaz de disimularlo. Ellas, sin embargo, se encargarían de darle de tortas a su amiga por no haberlas acompañado, pues todo parecía indicar que el bajista esperaba encontrarla allí.

—¿Vamos a pedir algo de beber? —le propuso Sofía a Ángel, rompiendo por fin aquel silencio.

—Vale —le respondió—. ¿Queréis algo?

Tanto Darío como Vanessa negaron con la cabeza, así que la pareja se encaminó hacia la barra, dejándolos solos... por fin.

Vanessa no se reprimió y estudió al batería; desde su posición parecía aún más imponente. Había dejado su cazadora cerca de la de Ángel, por lo que la camiseta de manga corta que llevaba puesta le permitía disfrutar de la visión de sus magníficos bíceps que aún parecían tensos tras el esfuerzo del concierto.

—Hola, preciosa... —le escuchó decir, obligándose a alzar la vista para mirarlo a la cara... Era guapo a rabiar...

—Hola... —Se mordió la lengua para no decirle «bombonazo»—. ¿Quieres sentarte? Me va a dar tortícolis —bromeó.

—¿Estás segura? —preguntó con falso temor, aunque ya le obedecía, sentándose justo a su lado, sintiendo su cadera contra la suya. Y ella no se quejó, así que...—. Aún sigo esperando a la Vanessa guerrera.

—Pues está a punto de hacer su aparición porque eres un tramposo —dijo, siguiendo su juego.

—¿Yo? —se hizo el inocente—. Nada más lejos de la realidad.

—Sabías que me haría mucha ilusión que le dedicaseis esa canción a mi hijo, manipulador —le reprochó, aunque su tono de voz lo hacía poco creíble.

—Pero ¿qué dices? —exclamó con tono exagerado—. La hemos tocado porque nos apetecía —añadió como si estuviera equivocada por completo.

Ella rio al igual que él, aunque la expresión de la joven pronto se tornó seria.

—Darío, de verdad. Muchas gracias.

La intensidad con la que lo dijo lo aturdió. No es que estuviera avergonzado, pero... Se rascó la nuca mientras ideaba qué decir.

—¿Qué es eso? —preguntó ella de pronto, con preocupación, señalándole la venda.

—¿Esto? —Se encogió de hombros—. Nada. Un par de pústulas sangrantes —dijo con gesto exagerado, buscando que ella se riera. En cambio, su expresión se llenó de inquietud—. Tranquila, no es para tanto —trató de calmarla.

—¿Seguro?

Dios... Esa mujer era preciosa, cuando se enfadaba, cuando se reía, y hasta preocupada... Y a él el corazón le latía tan fuerte que le iba a dar un infarto. Un tanto temeroso a su posible reacción, acunó su mejilla con la mano dañada, y la asombrosa respuesta de Vanessa fue apretarla ligeramente hacia su rostro con la suya.

—Sé que esa canción es bastante dura —alegó ella con cierta culpabilidad.

—Bueno... un poco, sí —admitió—. Pero ha valido la pena.

Porque tenerla así, tan cerca...

La joven asintió y entonces, como si no lo hubiera sorprendido ya lo suficiente, giró un poco su rostro y depositó un suave beso sobre la palma vendada. Aquel gesto lleno de dulzura hizo que a Darío le diera un vuelco el corazón. Y ya no pudo resistirse más.

Deslizó la mano hasta la fina nuca y la acercó con lentitud a él. Vio los ojos de Vanessa brillar, como si ansiara ese momento, y casi se lanzó en busca de su boca cuando su lengua se asomó con timidez para humedecerse los labios. Pero dilató unos segundos más ese instante, podía notar sobre la palma de la mano el pulso acelerado en la suave piel de su cuello, el mismo palpar desbocado que dominaba a su propio corazón. Y ese cálido aliento...

Lo atrapó dejando escapar un suspiro. Llevaba semanas queriendo besar esa boca, conformándose con el recuerdo de los dos únicos besos que habían compartido, rememorando su sabor embriagador y que ahora, por fin, volvía a aturdir sus sentidos, como si fuera el conjuro propio de una meiga... su meiga. Esa mujer lo tenía sometido bajo su influjo sin ser ni siquiera consciente de ello. Deliciosa, exquisita, y capaz de hacerlo enloquecer con ese beso que tanto había deseado.

Para su regocijo, Vanessa también parecía esperarlo. Notó que anclaba sus manos en su cabello y lo atraía hacia ella, prohibiéndole separarse de su boca, en la que él no quería otra cosa que perderse. Acarició con la punta de la lengua sus labios, pidiéndole acceso, y se lo concedió de inmediato, gimiendo ambos sin poder evitarlo en cuanto aquella caricia se tornó más íntima y ardiente.

Saboreó la miel de su boca, un dulzor del que sabía que jamás tendría suficiente, mientras la calidez de su aliento le llegaba a lo más hondo... hasta el corazón. Le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra él. Necesitaba estremecerla, que sintiera aquella sacudida que lo desarmaba por completo y que lo

dejaba indefenso, que ese soplo sobre su piel de pura magia, que lo hacía temblar en ese instante, también la hiciera temblar a ella. Porque esa mujer debía sentir lo mismo que él, debía ser suya.

Sus bocas no se alejaron mientras les quedó algo de aliento, aunque sus miradas sí quedaron fijas, el uno en el otro. Y Darío quería decirle tantas cosas. Sin embargo, se contuvo. Ni quería apresurarse ni quería asustarla, pero ahora sabía con certeza que jamás había sentido por nadie lo que sentía por ella, aunque aún no se atreviera a ponerle un nombre a ese sentimiento.

—Si cada vez que toquemos esa canción me vas a besar así, voy a pedirle a los chicos que la pongamos entre las fijas —murmuró sobre sus labios.

—No ha sido por la canción —le dijo con sonrisa coqueta, sin separarse de él—. Esto sí.

Asió su negro cabello entre sus puños y tiró para asaltar su boca, y Darío se sintió enloquecer con su arrebató. La tomó de la cintura y la colocó a horcajadas sobre sus muslos. Estaban solos en la oscuridad de aquel reservado, incluso la barra estaba en el otro extremo de la sala, pero se sorprendió al pensar que le habría dado igual si hubiera estado llena de gente. Sentir el voluptuoso cuerpo de esa mujer contra el suyo...

Vanessa entreabrió los labios y su lengua traviesa fue en busca de la suya, exigente y sensual, en una caricia demasiado ardiente para su sosiego. Bajó las manos hacia su estrecha cintura y sorteó la camiseta hasta alcanzar su suave piel. La apretó contra él, de forma premeditada, y lo suficiente para que sus sexos entrasen en contacto. La sensación fue electrizante a pesar de la barrera que suponían sus ropas y ambos gimieron en la boca del otro, intensificando ese beso lleno de ansia y pasión. Hasta que Vanessa movió las caderas...

Joder... Era capaz de llevarlo al límite de la excitación con un beso y el solo roce de su cuerpo, aun con los vaqueros de por medio... Parecía un muchacho sin experiencia, quién lo diría, pero su miembro, que debía asemejar a una roca en ese mismo instante, era buena prueba de que esa mujer mermaba toda su resistencia en un abrir y cerrar de ojos.

—Será mejor que nos detengamos —murmuró, no sin esfuerzo.

—¿Por qué? —respondió Vanessa con voz entrecortada.

Él la miró un tanto asombrado; no era el lugar ni el momento, aunque, al separarse de ella y observarla... Era el mismísimo deseo personificado en el rostro de una mujer... La boca entreabierta, roja e inflamada por la intensidad de sus besos; mejillas tiznadas de rubor, reflejo del ardor que emanaban sus cuerpos; su pecho oscilante al ritmo de su respiración agitada; y la mirada velada por una pasión que cegaría a cualquiera... A los dos.

Acarició sus labios con el pulgar, y ella suspiró, besando la yema levemente.

—¿Por qué no nos vamos? —le preguntó, lanzando su cálido aliento sobre su piel—. Alejandro está con mis padres.

Darío pasó saliva pues se le secó la garganta; aquella era una invitación difícil de rechazar. Sin embargo, aunque la chispa de la pasión saltaba entre ellos a la velocidad de la luz, él seguía temiendo que fuera demasiado pronto.

Sí, era cierto que había derribado la barrera entre ellos, pero él quería ir más allá, y acostarse con ella esa noche le haría quedarse en la superficie. ¿Y si después no quería saber nada más de él? Que por fin le

cogiera el teléfono no tenía por qué significar que ya no pensaba que era un capullo.

No supo si ella se tomó su silencio como una negativa o una afirmación, pero, de súbito, con una sonrisa pícaro en los labios, se levantó, cogiendo su mano para tirar de él. Darío se dejó llevar, aunque sin saber cómo acabaría la noche, y caminó junto a ella, sin soltarse, en dirección a la barra. Todavía estaban allí Ángel y Sofía, quien sonreía mientras él le decía algo al oído.

—Siento estropear tan idílica escena —bromeó Vanessa a modo de interrupción, llamando la atención de la pareja—. Me voy —le dijo a su amiga—. Y como hemos venido en mi coche...

—Tranquila —intervino Ángel—. Yo me ocupo de ella —repuso impostando la voz, adoptando el papel de caballero andante.

Su novia le golpeó en el brazo, bromeando, y luego se giró hacia Vanessa para despedirse, dándole un beso en la mejilla, y sin evitar sonreír al ver que no se iba sola.

—Mañana hablamos. —Ángel palmeó la espalda de Darío, quien le guiñó el ojo.

—Que paséis buena noche —dijo a modo de despedida, tomando a Vanessa de los hombros para marcharse.

Cuando por fin se quedaron solos, Sofía miró a Ángel de arriba abajo, escudriñándolo más bien.

—Así que, quedo a tu cargo —comentó, como si no estuviera muy conforme.

—Eso es —murmuró él, cogiéndola de la cintura y acercándola a él—. Hasta mañana —le anunció, abriendo ella los ojos ampliamente—. Llamé a tu madre esta tarde para avisarla, y la enfermera se va a quedar con ella —le aclaró.

—Entonces...

—Me gustaría que pasaras la noche conmigo —le pidió, acariciando su mejilla.

Sofía no respondió. Alzó sus brazos para rodear su cuello y lo besó. Y ese era el mejor sí.

## capítulo cinco



Raúl se encontró a sí mismo conduciendo la moto hacia la salida de Valencia, y no tenía claro si podía echarle la culpa a su subconsciente, a un impulso o a un ataque de locura. Pero, allí estaba, tomando la salida que iba directo a Aldaia en vez de volver al hotel.

Aparcó cerca de casa de Sofía y comenzó a caminar; no sabía hacia dónde debía ir, aunque no le importó... era como si esa noche no le importara nada. Giró a la derecha en el primer cruce que encontró y le sorprendió el ambiente que había al final de la calle. Justo frente a él, vio un local con las puertas abiertas y gente en las inmediaciones, bebiendo y fumando. Al principio creyó que era un pub, pero conforme se acercaba, la música se volvía más clara, percatándose de que, en ese instante, sonaba un pasodoble. Parecía una verbena, aunque... ¿dentro de un local? Entonces, vio que en una de aquellas hojas metálicas color gris claro, había pintado una especie de escudo. No quiso detenerse a estudiar aquel emblema en el que le pareció distinguir un murciélago y una fábrica, pero sí pudo leer un rótulo que rezaba «Falla Sta. Rita». Tal vez le preguntase a Sofía qué era ese sitio, aunque más útil que aquella información hubiera sido saber dónde vivía Diana.

Al sobrepasar a esas personas, vio que un par de chicas se le quedaron mirando. Casi por instinto se alzó el cuello de la cazadora, aun si dudaba que le hubieran reconocido; Ángel, por ser el líder, era «el rostro» del grupo. En cualquier caso, se sintió incómodo, y se preguntó, por primera vez en todo ese tiempo, qué narices estaba haciendo allí.

Se alejó del ambiente festivo y penetró en las sombras de aquella calle, aunque echó la vista atrás por un instante. Tal vez Diana estaba allí dentro, divirtiéndose... y ese pensamiento le pateó el estómago. Pero tenía que aceptarlo. Era muy posible que ella quisiera estar en cualquier parte menos donde estaba él, no en vano le había mostrado su antipatía, por llamarlo de algún modo, desde el primer instante en que se conocieron.

Esa misma idea le trajo a la mente otro pensamiento: si ya lo tenía en tan bajo concepto sin ni siquiera conocerlo, estaría cavando su propia tumba si ella llegase a averiguar que él estaba en su calle para... No, no sabía para qué cojones había ido hasta allí.

Estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando, a su derecha, se abría un callejón, estrecho y oscuro. Entró, apoyó la espalda contra la pared y se encendió un cigarro. Necesitaba pensar y, sobre todo, calmarse.

El humo le raspó los pulmones, sintiendo los primeros efectos de la nicotina. Se consideraba lo suficientemente inteligente como para saber que aquel veneno era perjudicial para la salud, pero no había sido lo bastante sensato como para dejarlo, al contrario que Ángel, que les sorprendió abandonando el hábito de un día para otro. No, él no era sensato, y a la vista estaba que debería estar descansando en su lujosa habitación del hotel y, en cambio, estaba en aquel callejón haciendo el imbécil.

Decidió que se terminaría el cigarro y se marcharía, así que deslizó la espalda por la pared para

sentarse en el suelo con la intención de disfrutar de aquel pitillo. Dio una profunda calada y alzó la cabeza para soltar el humo, deteniéndose su mirada en la única ventana iluminada de la calle de la que se había desviado... viendo a través de ella a Diana, sí, su Diana...

Apagó con premura el cigarrillo en el suelo y se aseguró de estar en la zona de mayor penumbra. Apenas podía respirar, y no por efecto del tabaco, porque ni le respondían los pulmones ni el corazón, que parecía haberse detenido.

Diana...

Se tomó el lujo de observarla con detenimiento. Estaba de perfil y parecía sentada en un escritorio, iluminada por la luz de un flexo. Llevaba puesto un pijama de color rosa y su corta melena recogida en una coleta, como la última vez que la vio, a diferencia de que, en esta ocasión, llevaba gafas... ¿Un aspecto ridículo? En absoluto. Le otorgaba una mezcla de candor con un toque intelectual. Interesante, atractiva... preciosa.

Dedujo que estaba leyendo, pues solo la veía hasta los hombros, y justo en ese instante, como si le hubiera leído la mente, ella cambió de postura, sacándolo de dudas. En su mano sostenía un libro en cuya tapa había una ilustración del cuerpo humano...

Se puso a sonreír como un completo idiota. ¡Era cierto que se había quedado en casa estudiando!

El sentido común no tardó en hacer su aparición; eso no significaba que no hubiera preferido quedarse en casa a verlo a él. Sin embargo, no podía dejar de sonreír. ¿Por qué? Pues no tenía ni idea.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, contemplándola, escondido en las sombras, estudiando cada uno de sus detalles. Cómo humedecía la punta de un dedo para pasar la hoja, cómo mordisqueaba la parte superior del lápiz, la forma en que fruncía el ceño cuando estaba más concentrada, sus delicados bostezos...

De pronto, se levantó, estiró los brazos, desperezándose, y encendió la luz de la habitación, antes de apagar la del flexo. Al parecer, iba a acostarse. Pero, antes de hacerlo, se detuvo en seco. Luego, miró a su alrededor, un tanto confusa para, finalmente, detener su mirada en la ventana.

Raúl contuvo el aliento mientras se aseguraba de estar refugiado en la oscuridad, aunque se arrebujó con la chaqueta, haciéndose un ovillo. Así, si se diera el caso de que ella lo viera, no podría reconocerlo. Sin embargo, la joven no dio muestras de verlo y se alejó de la ventana. A los pocos segundos, se apagó la luz, y Raúl volvió a respirar con alivio, a pesar de que un extraño cosquilleo le recorría las venas.

—Buenas noches, Diana —susurró.

Después, se puso en pie y emprendió el camino de vuelta hacia la moto. Al pasar otra vez por aquel local, se alzó de nuevo el cuello de la cazadora y metió las manos en los bolsillos, sin levantar la vista del suelo. Así que nadie pudo reconocerlo, ni tampoco ver la gran sonrisa que se dibujaba en sus labios.



Ángel le abrió la puerta del taxi a Sofía quien se acomodó en el asiento, haciéndolo él a su lado. En cuanto lo hubo hecho, ella se inclinó apoyando la cabeza en su hombro y enlazando su mano con la suya. Seguía siendo una sensación sublime el tenerla cerca, saber que no se iría y que sería suya para

siempre. Y de igual modo le resultaba increíble. Estuvo demasiados años añorándola al mismo tiempo que convenciéndose de que no tenía derecho a amarla, y menos a que ella lo amase. Sin embargo, así era; Sofía lo amaba y no dudaba en demostrárselo cada vez que estaban juntos.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella cuando escuchó que no le daba al taxista la dirección del hotel.

—Tengo una sorpresa para ti —le anunció con sonrisa traviesa.

—¿Qué has hecho? —inquirió con falsa desconfianza, pues sonreía también. Ángel la miró y soltó una carcajada al ver su expresión de fingido reproche.

—Ya estaba un poco harto del hotel —le confesó.

—¿Has alquilado un piso? —preguntó asombrada.

—No te enfades —dijo con premura, dándose cuenta de que tal vez le molestase que no hubiera contado con ella—. Trabajas todo el día y yo... En realidad, se ha encargado la inmobiliaria y, cuando lo vi, pensé que te habría gustado. Yo... quería sorprenderte —agregó como última justificación.

—Veremos si merece mi visto bueno —entrecerró los ojos, haciéndose la dura, y la respuesta de Ángel fue un sentido beso en los labios.

Desde luego, aquel edificio de la Avenida de Francia era impresionante, y el alquiler debía costar un dineral.

—Ya sabes que es algo temporal —le advirtió él, ayudándola a salir del coche.

Ella se limitó a asentir, dispuesta a no volver a discutir con él sobre el tema de siempre, o al menos, no lo haría esa noche. Prometía ser especial y no iba a estropearla.

El portero que hacía el turno de noche los saludó amablemente, y Ángel la tomó de la mano de camino al ascensor.

—Creo que aquí no hay cámaras —le susurró travieso al oído en cuanto entraron, haciéndola reír, aunque se separó de él.

—Necesito todos mis sentidos en perfecto funcionamiento para inspeccionar el nidito de amor que nos has preparado —respondió coqueta.

—Está bien —accedió él y, cuando se detuvo el ascensor, demandó su mano para conducirla hasta el apartamento.

Al abrir la puerta y encender la luz, Sofía no pudo ocultar su asombro al ver aquel amplio salón que era casi tan grande como su piso. Había dispuesto un conjunto de cómodos sofás de piel oscura, con una mesa auxiliar y una gran pantalla plana en la pared de enfrente, creando el ambiente del salón. Desde allí se divisaban las luces del puerto, y con seguridad la vista diurna les traería el mar hasta esos grandes ventanales.

Al otro lado de la amplia estancia, cerca de una barra americana, había una mesa con sillas, haciendo aquel espacio las veces de comedor y cocina. Y todo ello decorado con un gusto exquisito, moderno, aunque nada ostentoso.

—Y eso que no has visto el resto —dijo con satisfacción mientras la abrazaba por detrás y besaba su mejilla—. No es más que un estudio —añadió, apuntando hacia la única puerta con la que contaba el

salón.

Se separó para cogerla de la mano y la guió hasta ella. Tal y como la joven supuso, era la suite, gobernada por una monumental cama que debía ser de dos por dos.

—Ahí dentro hay una bañera de hidromasaje impresionante —anunció Ángel señalando en dirección al baño—. ¿Te gustaría probarla? —preguntó con voz grave en su oído, girándola hacia él y besando sus labios con deseo.

—Me encantaría —asintió Sofía, dejándose llevar.

—Aunque, antes...

Ángel se separó un paso de ella, metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero con una gran S y un par de llaves, tras lo que se lo ofreció. Y Sofía lo aceptó con los ojos llenos de lágrimas.

—Comprendo que, hasta que no se normalice la situación, debes vivir con tu madre —le dijo él con el corazón sobrecogido al ver la emoción brillar en la mirada de su novia—. Pero quiero que sepas que esta también es tu casa.

Sin poder contenerse ni un segundo más, la joven se echó en sus brazos, estrechándola él con fuerza.

—No llores...

—Te quiero tanto —musitó, tratando de obedecer y de no derramar más lágrimas.

—Y yo a ti, pequeña, más que nada en el mundo —declaró, buscando sus labios.

Se fundieron en un beso lleno de necesidad y emoción contenida, dejando que sus corazones marcaran el ritmo de sus bocas que se acariciaban con deleite y pasión, expresando lo que no se podía decir con palabras.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —quiso asegurarse él, aunque hablaba con dificultad.

—Me encanta —le confirmó, mordiéndose el labio como si tuviera algo en mente. De hecho, Ángel se apartó un poco, mirándola con recelo.

—¿Qué estás tramando?

Sofía no dijo nada. Sin embargo, le hizo un gesto para que aguardara. Luego, se aseguró de que las cortinas estuvieran cerradas, encendió la lamparita de una de las mesitas de noche y apagó la luz de la habitación.

Él, mientras tanto, se limitó a contemplarla, sintiendo a cada segundo cómo crecía la expectación en su interior ante lo que les podía deparar la noche. Finalmente, se detuvo a un par de pasos, frente a él y clavando su mirada en la suya, comenzó a desnudarse.

Ángel contuvo el aliento, recreándose en la escena: la camiseta de Sofía acabó en el suelo, y los vaqueros, que descendían con lentitud por sus preciosas piernas terminaron igual, dejando a la vista su cuerpo desnudo, a excepción de un bonito conjunto de lencería de encaje color borgoña. Suspiró, tragándose un gemido ante tan sensual y excitante imagen de esa mujer que, para su fortuna, era suya. Sin poder estar ni un segundo más alejado de ella, se acercó, sin dejar de observarla en el proceso.

—Feliz cumpleaños —musitó Sofía con un deje de timidez y el rubor adornando sus mejillas—. Espero que te guste tu regalo.



Ángel no contestó. Deslizó suavemente una de sus manos por su cadera, llevándola hacia su trasero, abarcando con la palma una de sus nalgas y apretándola contra él, contra su miembro hinchado que le dio la respuesta esperada por sí solo. Ella exhaló una exclamación ante tan sorprendente reacción, y tuvo que sostenerse de los hombros de Ángel al sentir la sacudida de su propia excitación en su interior.

—Me alegra que te guste —ronroneó con voz melosa y su mirada de gata incendiada.

Él siguió callado, pero acercó su boca al oído de la joven y dejó que su lengua acariciase aquel punto que sabía que la conduciría al delirio. Tal y como esperaba, le arrancó un cálido jadeo que lo llenó de satisfacción, aunque fue más allá. Con la otra mano, comenzó a delinear la curva de su costado, desde su muslo hasta el pecho, surcando el dedo pulgar la curva de su seno hasta el pezón que no tardó en erguirse con su contacto. La sintió estremecerse contra su cuerpo, y aquel gemido ardiente que escapó de sus sonrosados labios lo recorrió de pies a cabeza, elevando su excitación a un nivel difícil de soportar.

—Pequeña, me vuelves loco... —murmuró mientras sus dedos seguían torturando el endurecido pezón. Entonces, su otra mano serpenteó en busca de su piel, esquivando el elástico de las braguitas para acceder a su nalga y masajearla, al tiempo que seguía presionándola contra él.

—Ángel... —gimió.

La joven dio un respingo cuando notó cómo sus dedos se aventuraban un poco más lejos y alcanzaron su sexo.

—Oh, Dios... Sofía... —susurró él con voz ronca contra su cuello al acariciar su satinada humedad—. Me encanta cómo queda el conjunto en tu precioso cuerpo, pero necesito quitártelo ya, saborearte por entero...

—Mi intención no era llevarlo puesto mucho tiempo —le confesó, arqueándose contra él—. Ángel... —volvió a gemir, mientras se deleitaba la calidez de la boca masculina en su piel y en la maestría de sus dedos que seguían acariciándola—. Me encantaría probar esa bañera de hidromasaje —le propuso con un ronroneo insinuante.

—Sí... —casi rogó.

—O esa cama de dos por dos... —añadió, bajando ahora su mano y colocándola sobre su enhiesto miembro, haciéndolo jadear con su toque.

—Es el mejor cumpleaños de toda mi vida...

Sin poder resistirlo ni un segundo más, Ángel se separó y la alzó entre sus brazos. Sofía lanzó un suspiro, echándole las manos al cuello y recibiendo el apasionado beso que su hombre le dio en la boca.

—Primero baño; después, cama... y no precisamente para dormir —sentenció él, llevándola hacia el interior de la suite, dispuesto a compartir con ella una noche llena de caricias, placer y amor infinito.



—Cuando pases el semáforo, a la derecha —indicó Vanessa.

A pesar de su reticencia, Darío se salió con la suya y conducía él. Ni se las quería dar de chapado a la antigua ni dudaba de las dotes de la joven al volante. Simplemente necesitaba una distracción para sosegar sus nervios tras el calentón de hacía un rato, y estaba funcionando bastante bien. Ahora, solo

necesitaba que ella también dejase de pensar en lo que había ocurrido en aquel reservado, y en lo que creía que podría pasar entre ellos al llegar a su casa. Y, tal vez, una conversación que no tuviera nada que ver con ellos, ayudaría.

—Así que Diana estudia enfermería... ¿Le queda mucho para terminar? —preguntó.

—Pues creo que le quedan las últimas asignaturas —respondió, aunque le extrañase su interés—. ¿Queda bien llamar «empollona» a una mujer de treinta años? —añadió en actitud bromista.

—Yo se lo digo a Raúl, y tiene treinta y uno —respondió, riéndose.

—No me digas que es un rockero «ilustrado». —No ocultó su sorpresa.

—Oye, que yo también lo soy —le recordó, ceñudo, y ella le hizo un mohín.

—¿Y tú no te has enterado de que soy tu fan? —apuntó, con una mueca burlona.

—¿Así que te sabes toda mi vida? —preguntó sin poder esconder un deje de orgullo en su voz, golpeándole ella en el brazo como respuesta.

—Sé lo que has querido que se publique en las revistas —contestó, dándole a entender que no conocía de él más allá de la superficie—. Pero sí sé que no se entra a formar parte de la *Filharmonía* por casualidad.

—Ya...

—Me refería a si Raúl había estudiado alguna carrera —retomó la anterior conversación, lo que alivió a Darío.

—Estudió Ingeniería de Telecomunicaciones —le dijo, y no le hacía falta girarse para ver la gran O que se había formado en los labios de la joven, producto del asombro.

—Qué me dices... —Se inclinó ligeramente hacia adelante en el asiento.

—Sólo le faltó el proyecto fin de carrera —le explicó.

—Menuda sorpresa —murmuró ella, volviendo a acomodarse—. No si con razón Diana dice que es un listillo —añadió por lo bajo, incluso había girado el rostro hacia la ventanilla, pero no fue suficiente como para que Darío no la escuchara.

—¿Perdona? —exclamó, reprimiendo una carcajada—. A tu amiga no le cae bien Raúl, ¿no?

Vanessa frunció los labios, guardando silencio. Aquello no era completamente cierto, y si no lo desmentía... A ver, no es que tuviera la esperanza de que pasara algo entre ellos dos; Diana, desde luego, estaba cerrada en banda. Pero la actitud del bajista al no verla con ellas...

Estiró el brazo para indicarle el último cruce antes de llegar a su casa y Darío asintió; ya comenzaba a conocer la zona como la palma de su mano. Entró en una calle cercana para buscar aparcamiento y no tardó en encontrarlo. Luego, giró la llave, apagando el coche y se cruzó de brazos, esperando una contestación. En principio, aquella no había sido más que una conversación disuasoria, aunque, ahora... ¿Sería que Raúl estaba equivocado? Así que, miró a Vanessa, en silencio, en actitud inflexible, dándole a entender que le interesaba mucho su respuesta.

—Creo que empezaron con mal pie —se limitó a decir ella.

—Nosotros tampoco empezamos muy bien que digamos —le recordó—, pero eso no significa que no

se puedan enderezar las cosas. ¿Le gusta? —desvió de nuevo el tema de ellos dos.

—¿Y a él? —preguntó, no queriendo ser ella la que hablase primero para no fastidiarla—. Porque lo de esta noche...

—Algo de eso hay —repuso él, volviendo a sorprender a la joven, quien lo miraba llena de incredulidad—. Si no quieres crear una crisis en el grupo y que Extrarradio se separe definitivamente, no digas ni una palabra —le advirtió, alzando un dedo, con seriedad.

—Pues, si tú también me guardas el secreto... —murmuró con cautela—, te diré que «algo de eso hay» —repitió sus mismas palabras.

—Entonces, no se ha quedado estudiando —aventuró él.

—Lo más seguro es que sí esté estudiando —se mordió el labio, insegura—, pero se ha negado a venir.

Darío frunció el ceño, un tanto molesto.

—Oye, pues Raúl es un tío de puta madre —lo defendió—. Aquí, el que tiene fama de capullo y mujeriego soy yo. Y si dices que le gusta...

—No va por ahí la cosa —quiso aclararle al ver que se enfadaba—. Es solo que Diana tuvo una mala experiencia, de esas que te dejan marcada de por vida, y tiene miedo.

—Pues ya son dos —dijo por lo bajo.

—¿Cómo?

Darío resopló.

—Nada —negó—. Que todos tenemos nuestro pasado —agregó con tono grave.

—¿Incluso tú? —preguntó y, aunque era una ocasión perfecta para contarle más cosas sobre él...

—Preferiría que, por el momento, conocieras mi lado bueno —bromeó, alzando las cejas varias veces, haciéndose el interesante—. Mi pasado es muy aburrido. Mejor háblame del tuyo —le propuso.

—El mío es aún peor —repuso haciendo un aspaviento y saliendo del coche, dando así por zanjada la conversación.

Darío supo que llegaba el momento. Tomó aire antes de seguirla. Ella decidió subir por la escalera, raro pues vivía en el segundo piso, y al instante se maldijo por no haber ido él delante, porque el vaivén de sus caderas era demasiado atrayente como para obviarlo.

Al llegar a su casa, Vanessa abrió la puerta y se hizo a un lado de forma sutil, aunque él se limitó a apoyarse en el marco, alzando entre dos dedos el llavero del coche para que ella lo cogiera.

—No vas a pasar, ¿verdad? —preguntó con un visible tono de decepción que se esforzaba en ocultar.

Él, sin embargo, sonrió, negando con la cabeza mientras se rascaba la nuca.

—Si fueras una mujer, pensaría que te estás haciendo «la estrecha» —le reprochó ella en tono burlón, y él soltó una carcajada. Apoyó una mano en el marco, por encima de su cabeza, y se inclinó ligeramente, acercando su rostro al suyo.

—Vosotras lo hacéis cuando queréis engancharnos —se defendió, esbozándose una sonrisa pícaro en su cara.

—¿Y tú quieres engancharme? —le cuestionó, tratando de que no se le notara en la voz la inesperada y placentera sensación que aquella idea le produjo.

Darío se cernió sobre ella y le pasó un brazo por la cintura, tirando para aplastarla contra su cuerpo. Luego atrapó su boca con un beso lleno de deseo y con el sabor de una promesa que a Vanessa le resultó demasiado succulenta, a la vez que peligrosa, para su paz mental.

—Para no soltarte nunca —murmuró él de pronto sobre sus labios, volviéndolos a capturar con ardor.

Vanessa hundió sus dedos en su largo cabello, atrayéndolo más a ella, y Darío sentía que se sumergía en una espiral en la que todos sus sentidos quedaban anulados, embrujados por el dulzor de esa boca deliciosa. Era demasiado fácil abandonarse, dejarse llevar por sus propias ansias de perderse en su cuerpo, hacerle el amor hasta que amaneciera... pero temía lo que sucediera con la salida del sol, cuando el embrujo se quebrase... No quería leer en sus ojos que volvía a ser el gilipollas que la decepcionó en aquel camerino.

—Vanessa... —Abandonó sus labios a duras penas.

—Creo que es la primera vez que te escucho decir mi nombre —dijo con coquetería—. Me gusta.

—Y a mí me gustas tú —le confesó, acariciando su mejilla—. Me encantas —añadió con gesto mortificado—. Pero quiero hacer las cosas bien contigo.

—Eso no sería muy propio de un mujeriego —dijo, recordándole su conversación en el coche.

—Estoy tratando de resarcirme, muñeca, aunque no está siendo nada fácil. Eres una tentación a la que apenas me puedo resistir —susurró sobre su boca. Luego, mordisqueó con suavidad su labio inferior, escapándosele un leve gruñido, como si el esfuerzo por controlar las ansias de devorarla rozase el dolor físico.

Sin embargo, no se dejó llevar por sus instintos y se retiró, sin decir nada más, y Vanessa sintió una fría oleada de miedo recorrer su cuerpo al ver que se marchaba.

—¿Me llamarás? —atinó a decir, asomándose al rellano.

Darío se detuvo en seco y volvió sobre sus pasos hasta quedar pegado a ella.

—¿Acaso lo dudas? —murmuró clavando sus ojos en los labios de la joven—. Aunque tú puedes llamarme siempre que quieras. De hecho, me encantaría que lo hicieras —añadió un instante antes de atraparlos en un último beso ardiente, rebotante de pasión reprimida.

Esta vez, Vanessa no lo detuvo cuando hizo ademán de irse, quedando allí, estática hasta que lo vio desaparecer por la escalera. Al cerrar la puerta, se apoyó en ella y dejó libre un suspiro que le había estado anudando la garganta. Aquel hombre la iba a llevar a la perdición...

Siguiendo un impulso y sin querer planteárselo siquiera, sacó su teléfono móvil y marcó, aunque no estaba segura de recibir una respuesta. Sólo tuvo que esperar un par de tonos...

—Ya te echo de menos, mi preciosa muñeca —lo escuchó susurrar al otro lado de la línea, y ella se alegró de que no estuviera cerca para que no la viera temblar como una hoja.

—Eso no sería necesario si te hubieras quedado conmigo —dijo, como si aún tuviera la esperanza de que volviera.

Él rio por lo bajo.

—Tienes razón, pero confío en que este sacrificio tenga su recompensa.

—Que sería...

—Tenerte —sentenció con un murmullo ronco.

Y Vanessa tuvo la certeza de que aquel «tenerte» abarcaba el sentido más amplio de la palabra...

—Ya está aquí mi taxi. Debo dejarte. Buenas noches.

—Buenas noches.

...aunque no supo qué le asustaba más, que Darío lo pretendiera, o que ella lo deseara.

## capítulo seis

La primera vez me pareció un juego de niños.

Estaba en el bar de Anselmo echando un billar con un par de amigos, un viernes por la noche más, cuando un tipo se sentó en una de las banquetas, poniendo un fajo de billetes sobre la barra, y nos invitó a una ronda. Luego se acercó a nosotros y nos preguntó si queríamos ganar una cantidad así en cuestión de unas horas; solo hacían falta brazos fuertes y la boca cerrada. Y así me vi, a las cuatro de la madrugada de una noche sin luna, cerca de Punta da Pinela, con el agua por las rodillas y recogiendo fardos de una planeadora para llevarlos a la orilla. Mis únicos escauceos con la droga no pasaban de unos cuantos porros, pero no había que ser muy listo para saber que lo que contenían los fardos no era costo ni hachís, y tampoco me importó...

Tenía veinte años... y ya han pasado diez desde entonces.

No es ninguna justificación, pero el mundo es así; si no era yo, sería otro. Además, el dinero es muy goloso y yo, ambicioso, y esperaba aquellas «partidas de billar» como agua de mayo. Siempre hacía lo mismo: esperar la planeadora y vaciarla con el mayor sigilo y rapidez posible. Hasta que me propusieron dar «el gran salto».

Romper con la tradición no iba a ser fácil, y menos aún lo fue decirle a mi padre que abandonaba el «Carmen» para embarcarme en un pesquero del doble de su eslora y que dejaba atrás las aguas que bañaban nuestra costa para adentrarme en el Atlántico y aventurarme en la captura de la caballa. Ingenuo de él... Creyó que a mi espíritu de marinero le quedaba pequeña nuestra ría y se sintió orgulloso por mis deseos de avanzar... y tanto que avancé.

A partir de entonces, el trabajo era más peligroso, aunque del mismo modo era sustancioso el fajo de billetes resultante y, una vez controlados todos los factores, el procedimiento era siempre el mismo. Debíamos ir al encuentro de un buque procedente de Sudamérica y recoger el cargamento de cocaína. Después, eran las planeadoras las que acudían a nosotros en busca de la droga y, de paso, abastecerse de combustible para el trayecto de vuelta a la costa gallega, donde un grupo de pardillos, como lo fui yo, aguardarían para recoger los fardos y, desde ahí, a su distribución.

En poco tiempo, me familiaricé con la logística, conociéndola como la palma de la mano. *El literato* me llaman, por avisado y por un escritor gallego muy famoso, Wenceslao Fernández Flórez, sí, el de «El bosque animado», seguro que habéis oído hablar de él. Me saqué algunos truquillos de la manga que nos salvaron el culo en más de una ocasión, y ganándome la confianza de los *calvos* —así nos referimos a los traficantes colombianos por si hay oídos indiscretos— y de nuestra gente. Así que ya no hablamos de controles policiales, sino de *marcas*, la lanzadera es nuestra *novia*, y los códigos de navegación numerados, que todos nuestros planeadores conocen, son de gran utilidad; solo hay que aprenderse lo que significa cada número: *ya cargamos, todo OK, tenemos mal tiempo, estamos averiados, nos pasó el avión, salió el helicóptero...*

Toda precaución es poca y, si para ir a nuestras *partidas de billar* debemos dar un rodeo, pues se da, y los móviles, desechables y nuevos en cada operación. Y nada de consumir, no cagues donde comes; ponerse

hasta el culo no te permite estar sereno y te conduce a errores y derechito a la cárcel.

También hay que ser cuidadoso con la gente que nos rodea y cubrirse las espaldas. Lo de «no fiarse ni de tu sombra» viene al pelo. Estoy felizmente casado, es decir, felizmente si obviamos el hecho de que mi mujer estuvo durante años enamorada de mi hermano, puede que aún lo esté. Pero a Verónica le gusta el dinero, como a mí, y eso, y el hecho de que Darío se largara a Santiago para estudiar música, desatando la hecatombe en casa, me facilitó las cosas para quedarme con ella. Suelo conseguir lo que quiero y ella no fue la excepción. La deslumbré con regalos caros y prometiéndole una vida que él, como musiquillo, jamás podría darle. Bueno, no contaba con que se hiciera famoso pero, para aquellos entonces, Vero ya era mi mujer.

No creo que se haya arrepentido, como se suele decir, ojos que no ven, corazón que no siente, y hace años que no le vemos por aquí. Rectifico, vino a visitar a la *avoiña* Carmen cuando estuvo ingresada, pero nosotros no llegamos a coincidir con él. Además, le doy todo lo que quiere: dinero y marcha en la cama para tenerla contenta, así que no temo ni que me deje ni que se vaya de la lengua porque, además, tengo un as bajo la manga... ¿A que no sabéis quién nos provee de repuestos para las planeadoras? Os daré una pista: su padre es uno de los mejores mecánicos de Combarro.

Seguro que pensáis que soy un cabrón... ni por asomo. Como dije antes, toda precaución es poca, y en esta vida que he elegido, no se puede dejar nada al azar. Y a mí me gusta controlarlo todo para poder dormir tranquilo.

Sí, reconozco que me dejé engatusar para meterme en esta mierda, aunque, la vida del pescador artesanal también lo es. De acuerdo, no corres el riesgo de que te metan en la cárcel por narcotráfico, pero un golpe de mar te puede mandar al carajo, tan profundo que jamás encuentren tu cuerpo, acabando como pasto de los peces. Al menos, el sacrificio me permite vivir mucho mejor, sin dar el cante, por supuesto, que la época de los capos que se paseaban en cochazos y se compraban siete pazos para vivir en uno diferente cada día de la semana ya pasó a la historia.

Pero se me da bien, y puedo permitirme el lujo de vender mi talento al mejor postor, cobrando mi buena comisión sin ser dueño de la carga. Aunque sí lo soy de un bonito pesquero que me da libertad para organizar mis operaciones y me permite mantener en pie mi mascarada y mi fachada de pescador... algo habrá que llevar a la lonja para dar el pego, ¿no?

Esta tarde hemos tenido partida de billar; ya está todo dispuesto. Le hago el amor a mi mujer, dos veces, para dejarla bien satisfecha y, antes de amanecer, me despido de ella.

—¿Cuánto tiempo te vas esta vez? —me pregunta cuando ya camino hacia la puerta.

—Imagino que un par de semanas, puede que un poco más —le respondo, estudiando la expresión de su rostro. En verdad, parece preocupada.

—Ten cuidado —me dice, confirmándolo.

—Siempre lo tengo —me jacto, tras lo que le doy un beso.

—Me gustaría que estuvieras aquí para las fiestas del Corpus —añade entonces, y yo le sonrío.

—¿Vas a estrenar algún vestido para presumir? —bromeo, pues tiene bien aprendida la lección sobre no llamar mucho la atención, y ella refunfuña, cruzándose de brazos. La verdad es que está para comérsela con ese minúsculo camisón y el morro fruncido, enfurruñada... Miro el reloj con disimulo;

tal vez tenga tiempo para uno rapidito. Suelto el petate.

—Me gustaría ir a la procesión con mi marido, eso es todo —espeta, molesta.

—No te enfades —le pido con una sonrisa de medio lado, acercándome a ella. Ella separa los brazos y pone las manos frente a sí.

—Eres un idiota —me suelta, apoyando las palmas en mi pecho para que no avance... Mido cerca de uno noventa frente a su metro setenta y cinco, así que no lo tiene fácil. Sigo caminando y, tras unos cuantos pasos, da con la parte trasera de sus muslos en la mesa del salón.

Me mira con los labios entreabiertos. Sé que le gusta que aproveche mi tamaño y mi fuerza para sentirse pequeña y delicada a mi lado. La excita que la domine...

—Tal vez —murmuro, acercando mi rostro al suyo—, pero este idiota va a volver a follarte tan duro que no lo vas a olvidar en estas semanas.

La beso con ansia y ella no tarda en echarme los brazos al cuello, gimiendo porque sabe que voy a cumplir con mi palabra. Bajo la mano, no se ha puesto las braguitas, y noto que ya está empapada, así que la acaricio, haciéndola jadear. Me pongo duro solo con oírla y le meto dos de mis dedos para que lo haga más alto. Se mueve sobre ellos y yo sé que está lista.

Le doy la vuelta y la hago apoyarse en la mesa, con su trasero redondeado y apetecible hacia mí. Ella da un respingo cuando alzo el camisón, dejándola descubierta, expuesta, y comienzo a acariciar su abertura mientras con la otra mano me desabrocho los pantalones y me los bajo hasta las rodillas. Abre las piernas y se retuerce, gimiendo, y, agarrándola con fuerza de las caderas, la penetro de una sola vez.

Nuestros gemidos se unen ante la rápida y repentina unión, pero no tardo en empezar a moverme para aumentar el roce y el placer, y Vero eleva su trasero en mi busca, deseosa de recibir lo que le doy, excitándome aún más... ella también sabe cómo manejarme y ponerme a cien. Acelero mis embestidas y se agarra de los lados de la mesa, jadeando con fuerza. No voy a aguantar mucho más, así que deslizo la mano por su cadera hasta llegar al lugar que la hace enloquecer. Acaricio su centro húmedo a un ritmo acompasado con mis movimientos y no tardo en sentir cómo se estrecha fuertemente a mi alrededor.

Ambos nos dejamos ir con un grito de éxtasis y me vierto por completo en su interior, sin salir de ella hasta haberlo hecho. Luego, me voy al baño para asearme con rapidez y vuelvo al salón. Ya se ha dado la vuelta y está con ambas manos apoyadas en la mesa, recuperando el aliento. Me acerco y la cojo de la cintura, besando sus labios.

—Se me hace tarde —le digo—. Y estaré aquí para el Corpus —le aseguro.

Ella no contesta pero me da otro beso, tras lo que me marchó.

Ya en la calle, echo la vista atrás. Tengo la vida que he elegido: un trabajo que me llena los bolsillos y una mujer que espera mi regreso y calienta mi cama. ¿Qué más puedo pedir?



## capítulo siete



Esa semana fue una completa locura en la peluquería. Tras la actuación del sábado, no supo nada de Sofía o Diana... ni de Darío. No era que estuviera esperando su llamada... aunque ella tampoco se había animado a llamarlo. Sí se había planteado mandarle algún mensaje, pero ¿qué iba a decirle, que no había dejado de pensar en él en toda la semana o que le tenía de los nervios no saber nada de él? Y ya estaban a viernes...

De pronto, sonó el teléfono en el bolsillo de su bata y casi se le cae de la mano el rulo que le estaba poniendo a una clienta.

—Discúlpeme —le dijo a la señora mientras tomaba el móvil con dedos temblorosos.

Sin embargo, todo el nerviosismo se convirtió en desilusión cuando vio que era su vecina.

—Hola, Matilde —respondió un tanto intranquila, pues a esa hora Alejandro estaba en su casa—. ¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes, aunque me ha surgido un imprevisto —añadió con pesar—. Tengo que salir.

—Entiendo —murmuró, frunciendo los labios ante esa contrariedad—. Si me das un minuto, llamo a mi madre para ver si está en casa. ¿Tú podrías llevar a Alejandro allí?

—Por supuesto que sí —le contestó—. Y, de verdad que lo siento.

Vanessa sabía perfectamente a lo que se refería su vecina, así que trató de tranquilizarla.

—Faltaría más, mujer —exclamó—. Es mi madre la que se va a encargar de mi hijo, no él. Además, manda narices que me tengas que estar ayudando tú, cuando está ahí mi familia.

De modo inconsciente, se giró hacia su jefa quien la miraba con ojos comprensivos.

—Tú sabes que lo hago muy a gusto —le aseguró Matilde un tanto culpable—. Alejandro se porta de maravilla.

—Y tú ya sabes por dónde voy —puntualizó con tono incisivo—. Si no le gusta, que se vaya al bar a jugar al *truc* con sus amigotes. En fin... —suspiró—, dame un minuto y te vuelvo a llamar.

Por suerte, su madre estaba en casa, pero no habría sido la primera vez que Alejandro tenía que quedarse en la peluquería. Era afortunada al tener una jefa como Paqui, que la había sacado de infinidad de apuros y, además, la vida le había obsequiado con un hijo que le facilitaba la tarea de ser madre, poniéndole las cosas todo lo fáciles que puede ponerlas un niño pequeño que no comprendía ni la mitad de lo que sucedía. Y, aunque para los adultos era fácil comprender, no así aceptar.

—¿Va todo bien? —le preguntó Paqui al verla resoplar y secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Sí, tranquila —respondió, tratando de sonreírle.

—Gracias por quedarte esta semana a hacer horas —murmuró, acercándose a ella—. Sé que, con tu hijo...

—Paqui, después de todo lo que has hecho por mí, que me quede un poco más tarde de la cuenta es una verdadera chorrada. —La miró haciendo un mohín condescendiente.

—Eres muy buena chica —dijo, posando una mano en su hombro con gesto fraternal—. Te mereces lo mejor.

—Gracias —repuso con una sonrisa, antes de que su jefa se marchara.

Luego, bajó la cara y se sumergió en la tarea de llenar de rulos la cabeza de la clienta, sin querer que los buenos deseos de Paqui le afectasen. Hacía mucho tiempo que había dejado los sueños atrás, la esperanza de ser feliz, de sentir que su vida era plena... Y sin pretenderlo, el rostro de Darío se enredó entre sus pensamientos.

Aún no podía comprenderlo, porque no era posible que un hombre como él quisiera algo serio con una mujer como ella. Podría tener a cualquiera, así que ¿por qué elegir a una con un pasado que podía salpicarle, y con un hijo, ni más ni menos? ¿Acaso Darío era capaz de criar al hijo de otro como si fuera suyo? Ciertamente, no lo tenía nada claro, pero de lo que sí estaba segura era de que, cuando decidió tener a Alejandro, renunció al amor, porque no era amor para ella el único que exigiría, sino también para él. Si quien lo engendró no lo quiso, difícilmente querría otro hombre a una criatura que no llevara su sangre. Y no creía que Darío fuera una excepción...

Cuando salió de la peluquería era de noche, y estaba deseando llegar pronto a recoger a Alejandro, por lo que no vio que alguien la estaba esperando. Fue al echar a andar que notó que la cogían del brazo, dando un respingo, espantada.

—Tranquila, preciosa, soy yo —sonó la voz de barítono de Darío cerca de su oído—. Perdona si te he asustado —se disculpó.

Vanessa asintió, aunque se llevó la mano libre al pecho, tratando de acompañar su respiración.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin ocultar su sorpresa, y Darío aprovechó que la tenía agarrada del brazo para tirar y acercarla a él.

Ignoró su pregunta como si no tuviera importancia y la besó. Aunque ese beso era mucho más que un simple «hola». La estrechó entre sus brazos con fuerza, como si quisiera encajarla en su pecho, y devoró su boca con necesidad, poseyéndola con exigencia, robándole el aliento.

—Te he echado mucho de menos, mi muñeca —confesó sobre sus labios, y manteniéndola aún abrazada.

—Pues no lo parece —quiso reprocharle, aunque le costaba un mundo poder hablar—. No he sabido nada de ti en toda la semana.

—Ya hemos empezado con la grabación del disco —le contó—. Además, tenía la esperanza de que me llamas tú.

—He estado hasta arriba de trabajo —admitió—. Fíjate a la hora que he salido —se quejó.

—Ya... Llevo casi dos horas esperándote.

Vanessa se separó un poco, sin poder esconder su asombro y que rozaba la incredulidad.

—¿Por qué?

Aquella pregunta le arrancó una risotada a Darío.

—¿Crees que soy tan inconstante que voy a cambiar de idea de un día para otro?

El tono no era acusatorio pero, aun así, Vanessa agachó la cabeza al sentirse culpable por haberle mostrado sin reparos su desconfianza.

—¿Hasta cuándo? —preguntó él con voz queda, haciéndose eco de sus pensamientos, y ella cerró los ojos, fuerte, mordiéndose el labio.

—Perdóname, yo...

No quiso dejarla terminar. La agarró por la barbilla, obligándola a alzar el rostro, y volvió a besarla, mucho más suave en esta ocasión, acariciando sus labios con dulzura, saboreándola, y emborrachándola a ella de su sabor masculino. Vanessa tuvo que agarrarse de sus musculosos bíceps al notar que las piernas se le debilitaban, al igual que se estremecía hasta el último rincón de su ser como respuesta a aquel beso abrumador.

—No me importa lo que creas —lo oyó murmurar—. No pienso dar mi brazo a torcer tan pronto. Y sé que al final habrá valido la pena.

—Tal vez no sea así —dijo con la única intención de protegerse, aunque se dejaba refugiar en su fuerte pecho—. Tal vez no soy lo que esperas, lo que imaginas.

La risa del joven resonó contra su mejilla.

—Yo no imagino nada —le aclaró—. Sólo me dejo guiar por lo que he visto, por lo que veo en este momento —añadió mientras la separaba de él para que lo mirara—. Y déjame decirte que me encanta. Y me muero por descubrir la parte de ti que aún no conozco.

—Pues he tenido una tarde infernal, así que puedo ser muy gruñona, por lo que entendería perfectamente que no quisieras arriesgarte a estar cerca —bromeó.

—Quiero estar tan cerca de ti como se pueda estar —le aseguró con voz profunda, rodeándole la cintura con los brazos, provocando que a Vanessa le diera un vuelco el corazón al escuchar sus palabras.

—Darío, yo...

—¿Me invitas a cenar? —preguntó como si no quisiera escuchar lo que iba a decirle, como si lo temiera—. Yo cocino —añadió, guiñándole un ojo y haciéndola sonreír.

—Está bien —accedió—, pero tengo que ir a casa de mis padres a por Alejandro.

Darío la miró extrañado.

—Matilde ha tenido que salir.

Aquella afirmación inspiró un caudal de preguntas que el joven obvió. Se veía a una legua lo cansada que estaba y no quería agobiarla aún más. Así que le pasó un brazo por encima de los hombros y pusieron rumbo a casa de sus padres.

Por suerte, vivían en ese mismo barrio, aunque, a pesar de lo corto del trayecto, Vanessa tuvo el

tiempo suficiente para tensarse como la cuerda de un violín, y con solo llevarla pegada a su costado, él podía apreciar que tenía los nervios crispados. Iba a preguntarle, finalmente, lo que sucedía cuando la vio detenerse frente a un portal. Sin embargo, no tuvo tiempo de llamar al timbre pues alguien abrió la puerta para salir a la calle. Era un hombre de avanzada edad, medio calvo, con un puro en los labios y cara de malas pulgas, y Vanessa se puso tan pálida que parecía al borde del desmayo... aunque Darío no supo qué le gustó menos, si la reacción de Vanessa o la expresión belicosa que se reflejaba en el rostro de aquel hombre.

—Por fin llegas —lo oyó rezongar de muy malas maneras, mirando de arriba abajo a la joven, y haciendo lo mismo con él, de modo tan acusatorio que Vanessa huyó de su agarre, separándose un paso.

Darío no sabía muy bien cómo actuar, pues imaginaba que aquel viejo antipático era el padre de Vanessa y no quería complicar más lo que ya de por sí se veía que lo era.

—Vengo de trabajar, papá, ¿te enteras? —se defendió ella, tratando de no amilanarse.

El hombre volvió a echarle una mirada a Darío y rio por lo bajo, sosteniendo el puro entre los dientes.

—Sí, claro... Lo que tú digas —se mofó—. Y este es tu cliente, ¿no?

Lo que dejaban entrever aquellas palabras tenía un sentido inequívoco, y Darío no pudo evitar apretar los puños mientras daba un paso al frente, aunque Vanessa le cortó el paso, impidiéndole que avanzara y le rompiera la cara a ese energúmeno. Si su padre se dio cuenta de eso, no lo supo, pues se había dado la vuelta y estaba llamando a uno de los timbres. Una voz femenina respondió.

—Que baje el niño. Ya está aquí tu hija —le ordenó.

Tras eso, se giró y se colocó de nuevo frente a ellos, con la única intención de volver a escudriñar minuciosamente al joven, quien se mordía el interior de la mejilla para no saltar sobre él y machacarle todos los huesos.

—¿De dónde los sacas? —espetó con tono burlón y mirada de desprecio, y Darío ya no pudo callarse por más tiempo.

—Oiga, no le permito...

—¿Que no me lo permites? —ironizó, alzando la vista para mirarlo a la cara, sin amilanarse ni un ápice—. Que tu hija, con apenas veinte años, se porte como una ramera y te traiga un bombo a casa te da derecho a eso y más —sentenció con una mueca de asco.

—¿Por qué no te callas de una vez y te largas al bar a hincharte a carajillos y coñac? —saltó ella, con el rostro enrojecido de la rabia y la vergüenza—. Si yo soy una ramera, tú eres un borracho —remató, y una mano amenazante se alzó sobre ella, dispuesta a caerle encima duramente.

Sin embargo, Darío se interpuso entre ellos y le agarró el brazo con fuerza.

—Ni se le ocurra —le advirtió con gesto amenazante cuando lo vio revolverse y tratar de liberarse de su agarre para continuar con lo que se proponía—. Vanessa ya no está sola. Si me entero de que le toca un solo pelo a su hija, volveré y le romperé hasta el alma.

A pesar de su corpulencia y del tono conminatorio de sus palabras, tal era la necedad de aquel hombre que nada parecía intimidarle, así que Darío no lo soltó hasta que no estuvo seguro de que, ciertamente, lo había disuadido. Además, justo en ese instante, la puerta del portal se abrió, y la llegada de Alejandro

terminó de romper la tensa situación.

—Desde luego, los chulos camorristas son lo que más te pegan —susurró su padre, sin privarse de la satisfacción de poner la puntilla final al asunto, pues, se marchó antes de que pudieran replicarle.

—¡Mamá! ¡Darío! —exclamó el niño con alegría al verlos, totalmente ajeno a lo que allí había ocurrido.

Haciendo de tripas corazón y rehuyendo la mirada del batería, Vanessa se arrodilló y recibió a su hijo con un abrazo y una sonrisa. Darío, por su parte, palmeó su mano, saludándolo como lo hacían los chavales de su edad y, luego, se la pasó por la cabeza, despeinándolo.

—¿Qué tal, campeón?

—¿Cómo lo has pasado en casa de los yayos? —quiso asegurarse Vanessa.

—Muy bien —respondió Alejandro—. He estado con la yaya en la salita viendo la tele mientras ella hacía ganchillo.

—Genial —dijo, aliviada—. ¿Nos vamos a casa?

Cuando la joven se puso en pie, Darío sabía perfectamente que esa pregunta no iba dirigida a él. Tras lo sucedido podía entenderlo, pero, aun así...

—Déjame que, al menos, te acompañe a casa —le pidió al oído antes de que dijera algo más.

—Darío, después de...

—Sí... —la interrumpió sin querer que siguiera por ahí—, después de esperarte casi dos horas, creo que me merezco robarte un par de besos en la oscuridad de tu portal, ¿no? —añadió, bromeando, con la intención de arrancarle una sonrisa y borrar de su mente lo ocurrido, aunque fuera por un rato.

La verdad es que lo consiguió, haciéndola sonreír y que asintiera a su propuesta, pero su silencio durante todo el camino dejaba de manifiesto que no estaba bien. Al llegar, Vanessa le pasó las llaves a su hijo para que fuera subiendo, reflejándose en el rostro del chico su decepción.

—Nos vemos otro día —le aseguró el batería, y Alejandro asintió con resignación, tras lo que se dispuso a subir las escaleras.

Vanessa lo observó hasta que desapareció de su vista, girándose entonces hacia Darío.

—Escucha, lo de antes...

Pero él no la dejó continuar. La tomó de las mejillas y la empujó con suavidad hasta la pared, aprisionando a la joven entre el muro y su poderoso cuerpo. Luego asaltó su boca en un beso arrebatador que le robara el aliento y el raciocinio, que le hiciera olvidar todo, quedando únicamente ellos y el ardor de sus bocas, devorándose. Vanessa le echó las manos al cuello, apresando su nuca, como si quisiera pegarlo más a ella, y Darío le rodeó la cintura con los brazos, aumentando el contacto de sus cuerpos y la intensidad de su beso, que se tornó voraz.

—Nada ha cambiado —murmuró con voz ronca sin apenas separarse de sus labios—. Bueno, sí... —quiso rectificar—, hoy te deseo mucho más que ayer.

Y Vanessa no pudo evitar gemir al sentir la protuberancia de su miembro henchido contra su abdomen.

—No pararé hasta que seas mía —le aseguró, y puso sentencia a sus palabras atrapando de nuevo su

boca con pasión.

Sus lenguas se buscaron con necesidad, sedientos del sabor del otro, entremezclándose su aliento y el deseo que les templaba la sangre. Pero ambos, cada uno por sus propios motivos, sabían que no era el momento y, a pesar de que sus cuerpos les pedían lo contrario, se separaron.

—Te llamaré —dijo con firmeza, saboreando sus labios una vez más antes de irse.

Ella aguardó unos momentos en el zaguán a oscuras después de que Darío se hubiera ido, y un par de lágrimas amargas como la hiel le recorrieron las mejillas. Porque por mucho que se empeñara en no hacerlo, su corazón volaba por su cuenta en busca de su propio sueño. Pero lo ocurrido minutos antes no era más que su innegable realidad y se había manifestado de un modo bastante efectivo, como una bofetada en plena cara que te hace recuperar el sentido. Y lo peor era que Darío había estado presente, para que a él tampoco le quedaran dudas: esa era su vida y él no tenía cabida en ella.

## capítulo ocho



Cuando Raúl abrió la puerta de su habitación, no pudo ocultar su asombro al ver a su compañero aguardando en el umbral.

—Creí que estarías con Vanessa —comentó, dejándole pasar.

—Eso pensaba yo también —replicó Darío con un resoplido.

Después de tantos años, al bajista no le fue difícil apreciar que algo sucedía. Cerró la puerta y soltó el libro que llevaba en la mano en el primer mueble que encontró a su paso y cogió un butacón para ponerlo cerca del que su amigo había escogido para sentarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con declarado interés.

Darío se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y se atusó el cabello, un tanto ansioso.

—He conocido al padre de Vanessa —murmuró con la mandíbula tensa.

—Por tu cara, muy bien no ha debido ir —supuso, temiéndose lo peor.

—Casi le pega —farfulló entre dientes.

—¿Perdona? —Raúl inclinó el rostro, como si no lo hubiera entendido bien.

—La ha llamado ramera y le ha levantado la mano, en plena calle, y sin importarle que estuviera yo allí —dijo, claramente afectado.

—Jo... der —recitó su amigo con lentitud—. ¿Y tú qué has hecho? —preguntó, sabiendo que no le habría sido indiferente.

—Pues le he parado los pies, pero he tenido que contenerme para no reventarle la cabeza —le aseguró.

—Me lo imagino —asintió con mirada sombría, como si fuera un reproche.

—No tiene derecho —exclamó Darío, aunque sabía que esa mirada reprobatoria no iba dirigida a él.

—Nunca lo tienen —sentenció, rotundo—, pero ellos están convencidos de que sí —hizo una pausa, como si estuviera barajando un pensamiento—. Has hecho bien en controlarte. Al fin y al cabo, es su padre.

—No es más que un viejo chocho que vive anclado en el pasado y que no le ha podido perdonar su error de juventud, cuando es ella la que ha pagado todas las consecuencias —espetó, molesto, golpeando el brazo del sillón con el puño—. Pero le revienta el qué dirán por parte de sus amistades del bar —añadió con una mueca cáustica.

—No sé por qué eso me resulta familiar —murmuró en un mensaje críptico.

—Yo ya sabía que el pasado de Vanessa era jodido —le recordó, envarándose en el sillón.

—Quiere decir eso que no te importa —supuso.

—Claro que no —respondió de mala manera, como si la mera duda ofendiese.

—Pero...

Siempre hay un pero.

—A ella le importa más de la cuenta —apostilló, atusándose la barba, pensativo.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó con obvia curiosidad.

Sin embargo, su amigo se mantuvo en silencio unos cuantos segundos, con la mirada perdida, como si realmente estuviera planeando algo, tras lo que negó con la cabeza.

—¿Y tú? —le cuestionó en cambio, relajando la postura, aunque señalando el libro que le había visto al entrar. Achinó los ojos tratando de leer en la distancia y recitó—: ¿Arquitectura de computadores? —Y acto seguido los abrió como platos, claramente asombrado—. Te he visto leer infinidad de cosas, de todo tipo, pero nunca nada que tenga relación con tu carrera... ¿Significa eso...?

—Tal vez la retome —admitió, rascándose la nuca, un tanto avergonzado.

Pero la respuesta de su amigo fue palmearle la espalda con ánimo.

—Eso está de puta madre, tío —exclamó sonriendo—. Te quedaba un suspiro para acabarla.

—Sí, pero no cantes victoria todavía —le pidió, alzando las palmas en un gesto de prudencia—. En cuanto terminemos la grabación del disco, empezaremos con la promoción y no tardaremos en embarcarnos en una gira.

—Lo importante es que te hayas decidido por fin a terminarla, y tienes toda la vida por delante para hacerlo —trató así de alentarle, aunque su amigo resopló—. Además, no serías la única persona en el mundo que estudia y trabaja a la vez —se mofó, con una segunda intención muy clara y, aunque Raúl no dijo nada, la risotada de Darío no se hizo esperar—. ¿Te estás poniendo colorado? —apuntó, inclinándose sobre él para observarlo mejor.

—Cállate, anda —espetó el bajista, empujándolo para que se apartara.

—Apenas la conoces y ya es capaz de sacar lo mejor de ti —murmuró con una sonrisa, repantigándose en el sillón.

—¿De qué coño hablas? —inquirió, con voz temblorosa, como si se viera atrapado.

—Tu memoria es prodigiosa, chaval —dijo en tono burlón—. No puedes haber olvidado que me contaste acerca de tu excursión del sábado por la noche tras la actuación —agregó con tal diversión en su voz que parecía un niño pequeño.

—Pues la tuya podría serlo un poquito menos. —Le hizo un mohín de disgusto.

—Venga ya —se rio su amigo—. Para las tías eso debe ser de lo más romántico.

Raúl observó a su amigo de reojo un instante.

—Te debo parecer un idiota, ¿verdad? —susurró, con los antebrazos sobre las rodillas y la cabeza gacha.

—Al contrario —le aseguró tan firme que su amigo alzó la vista, sorprendido—. En estos momentos



cuentas con el mayor de mis respetos —añadió—. Aunque eso será solo hasta que decida volver a hacerte la puñeta para que no dejes escapar la oportunidad. ¿Qué? —exclamó sonriente al ver que se restregaba la cara con ambas manos.

—Que me gustaba más cuando le dábamos la tabarra a Ángel —respondió con resignación—. Porque tú te has saltado la cadena de mando —decidió con falso reproche y señalándolo—. Dijiste que nunca te enamorarías y mírate.

—Yo no he dicho la palabra «amor» en ningún momento —aclaró con tono de cautela—, pero quiero saber adónde me lleva esto.

—Sigues adelante —aventuró Raúl, relajando la postura al dejar de ser el centro de atención.

—He tomado una decisión —afirmó, sacudiendo la cabeza con rotundidad—. Y el siguiente paso que dé puede suponer un triunfo o a la más absoluta de las catástrofes.



Aquello parecía un gabinete de crisis.

En un principio, Diana y Sofía habían quedado ese sábado a comer en casa de esta última para que Vanessa les contase lo que sucedió después de la actuación de los chicos, pero, en cuanto la vieron entrar por la puerta con Alejandro y aquella expresión en su rostro, supieron que había algo más... mucho más.

Tuvieron que esperar a terminar de comer, cuando estuvieran solas. Ellas pasaron al comedor y el niño se quedó haciendo los deberes con Merche en la salita, ya que el día anterior no los había hecho en casa de sus abuelos. Precisamente, sobre lo sucedido el viernes se centró la conversación de las chicas, hasta que, llegados a cierto punto, tanto Sofía como Diana comenzaron a preguntarse por qué su amiga estaba tan preocupada.

—Te dije que lo ocurrido no cambiaba nada, ¿no? —hizo hincapié la maestra mientras servía una segunda taza de café para todas.

—He estado toda la noche tratando de convencerme de que esta historia se acaba aquí —le respondió Vanessa, negando con la cabeza.

—¿Y eso por qué? —inquirió Diana, frunciendo el ceño sin comprender.

—Para prepararme para lo que sabía que vendría después —concluyó, refugiándose en su taza.

—¿Qué tiene que venir? —preguntó Sofía con una mueca llena de escepticismo.

—Yo también creo que la cosa va viento en popa —casi le reprochó Diana—. Dio la cara por ti delante de tu padre, y no tenía por qué hacerlo, a no ser que, en realidad, le interesas.

—Y luego, en tu portal, te dio uno de esos morreos que hacen que se te caigan las bragas, como dices tú —añadió su otra amiga, queriendo aportar un toque de humor, aunque, al contrario que ellas dos, Vanessa no sonrió.

—Un momento... —Diana pareció reaccionar—. ¿A qué te refieres con «sabía»?

—Me refiero a que esta mañana me ha llamado por teléfono —les dijo—. Quiere hablar conmigo... —hizo una pausa un tanto dramática—. Y me ha pedido que, a ser posible, estemos a solas.

Sofía y Diana se miraron la una a la otra, prefiriendo callar para que Vanessa continuara.

—Dejar a Alejandro en casa de mis padres después de que ayer...

—No, no —saltaron las dos amigas a la vez.

—Sabes que puede quedarse con alguna de nosotras —habló Sofía.

—La habitación de mi hermano Paco está vacía desde que se fue a Alicante —le recordó Diana—. Yo voy a estar en casa esta noche, estudiando, así que déjalo conmigo.

—Pero... ¿para qué crees que quiere hablar contigo? —preguntó Sofía con prudencia, y Diana se inclinó sobre la mesa, tan interesada como su amiga.

—Pues está claro, ¿no? —repuso Vanessa, sacudiendo una mano en un gesto de impaciencia—. Nadie con dos dedos de frente tiene ganas de movidas como la de ayer.

—Darío te dijo que...

—Sí, Sofía —la cortó de malas maneras—. Dijo que no cambiaba nada, pero ha debido pensárselo mejor. No me ha gustado ni un pelo su tono de voz —agregó como si eso fuera la respuesta a todo.

—No sería la primera vez que te equivocas con él —Diana dijo lo que Sofía también pensaba, pues asintió.

—En mis treinta años de vida, siempre me ha venido bien aquello del «piensa mal y acertarás».—Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos, en actitud inflexible.

—¿Y ya te vas a dar por vencida? —se sorprendió Sofía.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con nuestra amiga? —se mofó la otra chica.

—No la mires con esa cara —volvió a intervenir la maestra al ver su expresión llena de ironía—. Con lo que te gusta ese hombre, y conociéndote como te conocemos, nos extraña que tires la toalla sin haberle hincado el diente —añadió, alzando las cejas varias veces con aire pícaro, y de pronto, se dibujó una sonrisa maquiavélica en el rostro de Vanessa.

—Tenemos una conversación pendiente, ¿recuerdas? —Se mordió la uña con coquetería—. Y como que me llamo Vanessa Sáez que no la olvidará.

## capítulo nueve



Vanessa le había mandado un *WhatsApp* citándolo a las nueve de la noche. Alejandro estaba en casa de Diana, así que podrían hablar durante la cena. Lo que él temía era que a ella se le acabara atragantando la comida. Teniendo en cuenta que aún no confiaba en él, lo que pensaba decirle podía tirar por la borda lo poco que había conseguido avanzar con ella.

Aparcó el coche de alquiler cerca de su casa. Eran las nueve menos diez, pero no quiso esperar y hacer tiempo hasta que se hiciera la hora; no le importaba darle a entender que estaba desesperado por verla, porque así era.

Llamó al timbre del portal y no tardó en abrirle. Estaba tan nervioso que notaba que le temblaban las piernas, así que subió por el ascensor. Al llegar a su puerta, se secó el sudor de las manos en las perneras del pantalón y, antes de llamar, respiró hondo, aunque el aire se le petrificó en los pulmones al verla cuando le abrió.

Bata de seda negra, corta hasta la mitad del muslo, que le permitía deleitarse en sus largas piernas, enfundadas en suaves y oscuras medias y con unos tacones de infarto que las estilizaban aún más. Su preciosa, rubia y rizada melena caía libre, salvaje, enmarcando su bello rostro de ojos gatunos y labios rojos como fruta del pecado.

La vio estirar un brazo y agarrarlo de la solapa de la cazadora, haciéndolo entrar, pues él estaba clavado en el suelo, incapaz de moverse. Cuando la joven cerró la puerta, apoyó la espalda en la madera, y lo observó. Debió satisfacerle la cara de atontado que tenía porque sonrió, pero Darío seguía sin poder hablar, su cerebro apenas podía mandar las mínimas y necesarias órdenes a su cuerpo para no morir a causa de un colapso o un fallo multiorgánico.

—Hola —murmuró ella, finalmente.

—Hola —repitió él como un bobo, pasando saliva.

—¿Tienes hambre? —le preguntó entonces—. Lo digo porque en el menú hay dos entrantes para elegir: lasaña o...

Y se llevó las manos al nudo de la bata y lo soltó, abriendo la prenda que dejó a la vista un sensual y semi-transparente negligé de encaje negro que se ajustaba a sus deliciosas curvas como un guante y bajo el que se adivinaba un sugerente conjunto de lencería.

Darío gruñó ante tal visión, sintiendo la tensión en su entrepierna de forma instantánea. Era demasiado. Por mucho que quisiera mantenerse firme, el deseo que esa mujer despertaba en él aumentaba con el paso de los días y, en ese mismo instante, había rebasado el nivel de todo lo humanamente soportable. Y él solo era un hombre que iba a devorar a esa exquisita mujer.

—¿El señor ya sabe lo que desea? —preguntó ella, provocativa, y él avanzó hasta que sus cuerpos quedaron pegados el uno al otro, agarrándola con ambas manos por la cintura—. Creo que es muy buena

elección. —Le sonrió, apoyando las palmas en su pecho.

—Sin duda —murmuró él con voz grave mientras se cernía sobre ella—. Dele mis felicitaciones al chef.

Poseyó su boca con deleite, rugiendo el deseo en su garganta. Su lengua se abrió paso entre los labios femeninos y buscó la suya, sin esconder las ganas que tenía de saborearla. Y lo mejor era que ella le correspondía, y de qué forma.

Notó sus manos rodeando su cintura hacia la espalda y descender, apretándolas contra su trasero. Así que él la tomó por los muslos y la alzó, haciendo que sus piernas se anclaran a su cadera y, sin preámbulo alguno, buscó su intimidad, aprisionándola contra su endurecido miembro. Oírla gemir era como el más poderoso de los afrodisíacos...

—Mi meiga —susurró sin apenas dejar de besarla.

—¿Qué? —consiguió musitar, confundida.

—Eres una hechicera —dijo, abandonando sus labios y recorriendo la línea de su barbilla, para ir en busca de la fragante curva de su cuello y sumergir la boca en ella—. Al final me has embrujado hasta someterme a tu voluntad —añadió, mordisqueando la piel sobre su pulso, lanzando escalofríos con su cálido aliento.

—¿Ah, sí? —se regodeó ella, hundiendo sus dedos en su cabello, apretándolo ligeramente, acercándolo, instándolo a seguir. Incluso arqueó el cuello para darle así mayor acceso.

—Pero ¿sabes qué? Me encanta —decidió, moviendo las caderas hacia ella.

El sensual contacto les hizo gemir a ambos, y Darío alzó la vista y encontró la suya, leyendo puro fuego en sus ojos azules.

—Muñeca, tu habitación...

—La puerta del fondo —le confirmó, y sosteniendo sus muslos con ambas manos, la condujo hasta ella.

Con suavidad, la dejó sobre la cama, y se quitó la cazadora y la camiseta con rapidez. Vanessa dejó escapar una leve exclamación al contemplar su contorneada musculatura y, deseando tocarlo, cubrió con las palmas sus pectorales cuando él se inclinó para volver a besarla.

—Tú sí que eres preciosa —le dijo, como si hubiera leído su pensamiento—. Y yo me siento como un niño goloso que va a degustar el más delicioso de los dulces y que no sabe por dónde empezar.

Apoyó las manos sobre el colchón, a ambos lados de su cabeza, aprovechando la resistencia de sus bíceps, sin querer aprisionarla con su cuerpo, y se tomó unos segundos para observarla.

—Gracias —murmuró entonces, sorprendiéndola al no comprender a qué se refería.

Él llevó una mano a su escote y la deslizó suavemente por entre el valle de sus senos.

—Gracias por una cena tan exquisita...

La mano siguió descendiendo hasta su abdomen.

—Ha sido un placer —le respondió ella, retorciéndose con sutileza, deseando esa caricia que Darío esquivó de forma tortuosa hasta llegar a su muslo.

Cogió el borde del negligé y empezó a subirlo, entendiendo ella sus intenciones, por lo que decidió facilitarle la tarea y se lo quitó ella misma, arrojándolo sobre la cama.

—Definitivamente estaba deliciosa —suspiró Darío, afectado ante la visión divina de su cuerpo, y no pudo evitar relamerse, acercando su rostro a la altura de sus pechos—. Sí... deliciosa... —volvió a susurrar, justo antes de capturar con sus labios uno de los pezones, oculto tras la blonda del sostén. Aun así, se endureció al instante, estimulado por la humedad de su lengua cálida.

Vanessa lo agarró del cabello, exigiéndole un mayor contacto, y Darío agradeció el broche frontal de la prenda. Su boca se separó lo justo para liberar sus pechos, pues al instante volvió a degustar el sonrosado pezón, comenzando a torturar el otro con sus dedos. La joven gimió, asaltada por el repentino placer que provocó la caricia de su lengua y su piel, que lanzaba corrientes de fuego directas a su vientre, humedeciéndola con sorprendente rapidez.

—Darío... —jadeó sin poder evitarlo, atrapada en una espiral de excitación tan inesperada que la aturdió.

—¿Sabías que hay mujeres capaces de llegar al orgasmo con la simple estimulación de sus pechos? —le dijo con una pizca de presunción que a ella, lejos de molestarla, la excitó aún más.

—Sí, pero no creo que haya hombres capaces de conseguirlo —respondió con toda la intención de provocarlo.

Lo escuchó reír por lo bajo y, de pronto, capturó el pezón entre sus dientes con una ligera presión mientras pellizcaba el otro suavemente. El latigazo de placer fue tan intenso que su pelvis se elevó sin poder controlarse.

—Creo que ambos lo conseguiríamos —murmuró él, extasiado por la respuesta del cuerpo femenino—, y me encantará demostrártelo en otra ocasión —decidió, no sin cierto pesar—. Tengo otros planes para esta noche —añadió en una ardiente promesa.

Vanessa tragó saliva y asintió, abrumada por el ardor que ese hombre provocaba en ella. Ya imaginaba que sería buen amante, pero sentirlo era mejor que cualquier cosa que pudiera imaginar... y eso que apenas estaba empezando.

Soltó un repentino quejido cuando las atenciones sobre sus pechos cesaron, aunque notaba que su boca comenzaba a descender hacia su abdomen, hasta que...

—Joder... —lo oyó blasfemar, y cuando ella bajó la vista, se dio cuenta de que Darío se acababa de percatar del último detalle que completaba su conjunto de lencería: un precioso ligero.

Le alzó una pierna y la pasó por encima de su hombro, comenzando a delinear con la yema de los dedos uno de los elásticos que recorrían sus muslos, hasta la línea del encaje que rodeaba su cintura.

—No sabía que fueras un fetichista —murmuró ella con picardía y satisfacción.

Darío no contestó pero, de pronto, acercó la boca peligrosamente a su sexo, y ella contuvo la respiración al notar su aliento caliente tan cerca. Sin embargo, no se detuvo ahí, sino que avanzó hasta su abdomen, depositando un beso en el encaje de la prenda.

—No sé si lo seré —confesó—, aunque no creo que haya nada más sexy que una mujer con ligero. —Depositó otro beso un poco más abajo, muy cerca de su monte de Venus—. Aunque si eres tú quien lo

lleva puesto... —descendió un poco más—, se convierte en la más erótica de las fantasías hecha realidad.

A esas alturas, Vanessa ya se retorció de ansiedad e impaciencia, apretando la colcha entre los puños.

—Darío...

—Y lo mejor de todo es que yo voy a satisfacer la mía...

La calidez de su aliento cayó sobre su intimidad humedecida y ávida de la caricia de su boca y, un instante después, notó la presión de su lengua que, a pesar de la barrera de la ropa interior, lanzó tan placentera descarga que casi la hace gritar. Entonces, él le bajó la pierna que aún sostenía sobre su hombro hasta la cama, y empujó despacio.

—Ábrelas más, muñeca —le pidió él, y ella no tardó en obedecer, deseosa de sentirlo.

El tacto de su boca era infinita delicia, y gimió de puro deleite cuando su lengua maestra serpenteó bajo el tejido de la ropa interior y alcanzó su carne.

—Darío... —musitó, mordiéndose el labio.

Él apartó con los dedos la tela del tanga y respiró sobre su sexo.

—Di mi nombre otra vez —le rogó antes de lamer muy despacio el centro de su placer, palpitante.

—¡Darío! —exclamó, abriendo aún más las piernas y aferrándose a su cabello, en casi una súplica para que no se detuviera.

—Preciosa, ¿le tienes mucho cariño a estas braguitas? —preguntó de pronto.

—¿Qué? —consiguió decir, incapaz de entender ni de hilar pensamiento alguno.

—Ahora mismo no tengo paciencia suficiente como para quitártelas —gruñó, acompañado aquel sonido gutural por el desgarrar de la tela al romperse.

Cuando Vanessa alzó el rostro, vio el tanga destrozado sobre su abdomen y la boca de Darío sumergiéndose en los pliegues de su carne, lanzándola a un grado de excitación que jamás en su vida había sentido.

—Dios mío... —jadeó, dejando caer la cabeza y agarrándose a la almohada.

—Eres exquisita —dijo en un susurro casi inapreciable, y su lengua resbaló por toda la tersa abertura hasta su entrada, comenzando a tentarla mientras su pulgar alcanzaba el pequeño brote que concentraba su placer y lo torturaba deliciosamente.

—Darío, no. Para —le pidió con la voz entrecortada. No quería que su primera vez terminara así. Sin embargo, él, lejos de obedecer, introdujo dos de sus dedos, muy lento—. No... —insistió.

—Tranquila, muñeca, esto no es más que un aperitivo. Luego vendrá el plato fuerte —le prometió, haciéndola gemir, arder—. Llevo demasiado tiempo esperando esto como para no disfrutarte por entero —sentenció, y su lengua volvió a colmar de ardientes caricias su centro al tiempo que sus dedos causaban estragos en su interior.

Vanessa sentía su contacto como puro fuego, lava candente que la derretía a su paso, y las caricias de Darío seguían, insistentes, apresándola en aquel placer tan intenso que temía que la fulminara. Por un lado quería perderse en aquellas sensaciones jamás experimentadas, pero, por otro, necesitaba...

—No te resistas, preciosa, dámelo todo —le ordenó sin darle tregua, mordisqueando suavemente aquel brote desde el que estalló el más increíble de los orgasmos. Ella deseó alargarlo, disfrutar un poco más de las maravillas de esa boca, hacerlo eterno, y no pudo evitar que su pelvis se alzara contra el rostro masculino, respondiendo al ansia de su cuerpo de intensificarlo.

Pero ¿cómo no caer en aquel abismo de éxtasis al escucharlo gemir de satisfacción mientras bebía de ella, con gula y avidez, sediento, como si se alimentara de ese placer con el que la estaba obsequiando? Y siguió haciéndolo, cada vez de forma más suave, hasta que las sacudidas del orgasmo se extinguieron.

Entonces, la boca de Darío se arrastró perezosa en sentido ascendente por el abdomen femenino hasta llegar a su pecho, haciéndole juguetonas cosquillas con la barba. Se acomodó en la cama, a su lado para no hacerle daño, y empezó a acariciar de modo furtivo con la punta de la lengua el sensible pezón. Parecía no tener bastante... y Vanessa no era capaz de hablar, apenas si podía respirar, pero que la partiera un rayo si quería que se detuviese. Comenzó a acariciar su oscuro cabello, cerrando los ojos con gozo y tratando de recuperar el aliento.

—Eres maravillosa —le oyó decir.

—Pero si no he hecho nada —se quejó, disconforme.

—Jamás había disfrutado tanto complaciendo a una mujer —le confesó—. Ha habido un momento en el que creía que no iba a poder aguantar más... —Y lo dijo un instante antes de tomar el pezón suavemente entre sus dientes mientras su mano buscaba otra vez su intimidad para obsequiarle con tímidas aunque ardientes caricias.

La joven ronroneó, restregándose insinuante en la cama, dispuesta a seguir disfrutando de la pasión que ese hombre le ofrecía.

—Creo que exageras... —murmuró, provocándolo.

Darío rio por lo bajo, y ella gimió en un quejido de protesta cuando su mano la abandonó... pero abrió los ojos de par en par al escuchar el sonido de la cremallera de sus vaqueros.

—¿Quieres comprobarlo? —bromeó, travieso.

Vanessa no se lo pensó y alargó la mano hasta su miembro hinchado, pétreo, y que se sacudió violentamente cuando rodeó con los dedos todo su grosor.

—Mierda —farfulló él, apretando los dientes—. Creo que eso no ha sido buena idea —jadeó, apartándose de su tacto como si le quemase.

En un movimiento tan rápido que a Vanessa la pilló por sorpresa, Darío se quitó las botas, los pantalones... se desnudó completamente.

—Nena, dime que tienes preservativos a mano —dijo en un susurro lastimero.

—En el primer cajón de la mesita... ¡Darío! —exclamó dando un respingo, pues el joven había vuelto a colocarse entre sus piernas y su boca viajaba rauda hacia su sexo, poseyéndolo sin preámbulo alguno.

—Te necesito, Vanessa —suplicó—. Te quiero preparada para mí, húmeda y excitada, porque he de tenerte ya.

Vanessa no supo si fueron sus palabras o sus caricias casi salvajes, pero una ráfaga de excitación la atrapó, elevándose su pelvis hacia la boca masculina, rogando por más. Su nombre escapó de sus labios

en un suspiro de placer, y él gimió, satisfecho a la par que aliviado.

—No sé qué has hecho conmigo —le confesó mientras depositaba suaves besos en su piel excitada—, pero es como si temiera morir si no te tengo. Jamás me pasó algo así con una mujer... Deseo perderme en ti, navegar en tu mar, naufragar en la profundidad de tu cuerpo y perecer si es necesario con tal de que una parte de mí, por pequeña que sea, permanezca en tu interior para siempre.

La joven se estremeció de pies a cabeza. Las palabras de Darío le arrebataron un par de latidos a su corazón tembloroso aunque, antes de poder reaccionar, notó que se abría paso en su interior, lenta y tortuosamente, arrancándole un grito de pleno gozo al sentir cómo la llenaba por entero, poseyendo su cuerpo y aturdiendo sus sentidos.

Le rodeó la cintura con las piernas, demandando mayor intensidad, y él obedeció, lanzando un gruñido de complacencia y profundizando sus embistes.

—Más... —le pidió ella, clavando las uñas en su espalda, y Darío se sometía a su voluntad, gimiendo en voz alta y atrapando su boca en un beso voraz, hundiéndose muy hondo en ella con poderosos embates.

—Todo, Vanessa —le dijo—. Te lo daré todo.

Y a ella le dio un vuelco al corazón porque aquellas palabras parecían insinuar mucho más que la mera entrega de dos cuerpos, y se descubrió a sí misma deseando que aquello no fuera simple sexo.

Se dejó llevar por esa dulce sensación que colmaba su interior, atreviéndose a sentir lo que jamás se permitió a sí misma, y como si Darío estuviera leyendo en ella, buscó sus manos y entrelazó los dedos con los suyos, en un gesto tan delicado entre tanta pasión desatada que la abrumó completamente.

Algo se liberó en ella. Un gemido roto escapó de su garganta al explotar un repentino éxtasis que llegó a arrancarle lágrimas de placer entremezclado con una ternura inexplicable. Y entonces Darío apreció su culminación y embistió con fuerza una vez más antes de alcanzar su propio orgasmo.

La joven agradeció que él buscara su boca mientras se extinguían los vestigios del placer compartido, pues pudo secar sus mejillas antes de que él se percatara de su instante de debilidad. Sí, aún resonaban en su mente las palabras que había pronunciado y que se le habían clavado tan adentro, pero la pasión podía cegar hasta el punto de decir insensateces.

—No te muevas de aquí —le oyó susurrar conforme salía de ella, muy despacio.

Vanessa obedeció aunque se cubrió con la colcha y, dispuesta a no plantearse nada, lo observó cuando se perdía en el baño para deshacerse del preservativo. Su cuerpo era magnífico, metro noventa y cinco de puro músculo y piel cálida, porque, a pesar de su aspecto imponente y casi rudo, ese hombre sabía tratar a una mujer. Aquel episodio en el camerino le parecía tan lejano...

Lo vio caminar hacia ella, exudando masculinidad, exhibiendo su desnudez sin tapujos, ni falta que le hacía, y, tras tumbarse a su lado, apartó la colcha, disconforme, descubriéndola completamente para él. Luego se apoyó en un codo, quedando de costado, y la obligó a quedar del mismo modo frente a él, con la intención de delinear con las yemas de los dedos la curva de su cintura y la cadera.

—Siento que haya sido tan rápido —se disculpó, serio, frunciendo ella el ceño—, pero en mi defensa diré que llevo semanas deseándote, en una erección constante y dolorosa.



La chica no pudo evitar reírse ante su comentario y él la acompañó.

—La próxima vez será distinto —le prometió, deslizando el dedo por el elástico del ligero que aún llevaba puesto.

—Ah, pero ¿habrá próxima vez?

Trató de sonar coqueta aunque, en realidad, temía su respuesta más de lo que hubiera deseado. Sin embargo, la mirada llena de extrañeza por parte del batería la confundió.

—Creí que... te había gustado —le confesó él con notable decepción.

—¿Perdona? Dos orgasmos en menos de media hora y un tanga destrozado... Creo que es un balance bastante positivo —razonó con sonrisa sugerente.

—Me encantará regalarte otro en compensación por haber sido tan poco delicado y torpe —dijo sin ocultar su alivio y satisfacción.

—No serás de esos tíos a los que les gusta que les inflen el ego, ¿verdad? —le reprochó, aunque con tono poco creíble, haciéndolo reír.

—Es solo que no quiero decepcionarte —reconoció, siendo él quien alimentara la vanidad de la joven.

—Entonces... —murmuró, deslizando las uñas despacio por las líneas de sus abdominales—, te diré que has superado mis expectativas y que... me encantaría repetir. —Se mordió el labio, bajando el rostro con repentino y renovado temor, tratando de ocultarlo.

—¿Y por qué me da la sensación de que no crees que haya una próxima vez? —inquirió, alzándole la barbilla para ver directamente en sus ojos.

Vanessa se apartó y se cubrió con la colcha, azorada, y no por su semi-desnudez, sino por la mirada escrutadora de ese hombre que parecía leer en lo más hondo de su alma. Se vio expuesta y no quería que supiese cuánto le entristecía que su historia diera ya a su fin. Sin embargo, Darío acunó su mejilla y le obligó a sostenerle la mirada.

—¿Qué pasa? —quiso saber, serio.

—Bueno, esa pregunta debería hacértela yo —respondió en cambio—. Esta mañana me comentabas que tenías algo que decirme.

La expresión de Darío se tornó aún más seria, y el corazón de Vanessa latió con fuerza, temiéndose lo peor.

—Me voy a Galicia —le soltó de pronto, cayendo sus palabras como un jarro de agua fría sobre ella. Volvió a apartarse de él con disimulo.

—Ya... —murmuró tratando de parecer serena—. Pero ¿qué pasa con el disco?

—Son solo unos días —le aclaró—. Ya te conté que mi abuela había estado pachucha, y quería aprovechar las celebraciones del Corpus en Combarro para hacerle una visita.

Llegados a ese punto, Vanessa no entendía nada. No creía que Darío estuviera dándole explicaciones ni menos aún pidiéndole permiso, puesto que entre ellos no había una relación propiamente dicha, aunque tampoco entendía en qué cambiaban las cosas porque fuera a ausentarse unos días... La «pseudo-ruptura» parecía alejarse y no pudo evitar alegrarse.

—Tal vez mi cerebro todavía no funciona bien por tu culpa —apuntó divertida—, porque no entiendo por dónde vas.

Darío estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se le anudó en la garganta al venirle a la mente las siguientes palabras que quería decirle.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

Vanessa se sentó en la cama, con una expresión de profundo asombro en su cara.

—Bueno, tú y Alejandro, claro —puntualizó, como si eso fuera a aclararlo todo, aunque Vanessa solo atinó a pestañear—. ¿Tan mala idea te parece? —preguntó desilusionado y esperando una negativa en vista de su silencio.

—No... Sí... Bueno... —sacudió las manos, confundida—. ¿Tú crees que es buena idea llevarnos contigo?

—Pues, teniendo en cuenta que, a excepción de mi abuela, no me llevo bien con nadie de mi familia... —murmuró, preocupado.

La joven lo observó unos instantes, parecía mortificado, incluso empezó a tironearse de la barba con inquietud.

—Ya sabes que tengo experiencia en esos temas —dijo ella de pronto, como si le restara importancia—. ¿De verdad quieres llevarme contigo? —repitió con un brillo de esperanza en los ojos.

Darío se sentó, quedando frente a ella. Tomó una de sus mejillas y le dio un cálido y tierno beso.

—No sabes cuánto —musitó—, aunque me preocupa que mi familia nos haga pasar un mal rato...

Esta vez fue ella misma la que buscó sus labios.

—Galicia debe ser precioso —le dijo, ilusionada, obviando a propósito el tema sobre el que Darío trataba de hacer hincapié, y él sonrió ampliamente.

—Tú vas a ser la perla más hermosa de todo el Atlántico —la quiso halagar.

—¿Estás seguro? —insistió ella, como si temiera que se arrepintiera de un momento a otro.

—Lo que cuentan las revistas ya no es suficiente —habló con voz grave y rotunda—. Necesito que lo sepas todo de mí.

Vanessa asintió y se humedeció los labios. Luego lo empujó, haciéndolo caer sobre la cama, y ella se colocó a horcajadas sobre sus muslos. Darío rio.

—Mejor dejamos mi biografía para otro día, ¿verdad? —supuso.

Ella le respondió con un húmedo y sensual beso, y él colocó las manos en sus tersas y desnudas nalgas. Comenzó a masajearlas suavemente mientras la empujaba hacia arriba, poco a poco, no tardando en entrar en contacto sus sexos, que reaccionaron al instante, reclamándose. Sendos gemidos resonaron en la habitación.

—No te quites el ligüero —le pidió él con un gruñido, mordisqueando sus labios.

—Como guste el señor.

## capítulo diez



El sol de la mañana entrando por la ventana la despertó. Al desperezarse, sintió adolorido todo el cuerpo, aunque sonrió satisfecha al recordar lo que lo había causado... Sin embargo, fue al dejar caer el brazo sobre el colchón cuando vino a darse cuenta de que el otro lado de la cama estaba vacío... Su gozo en un pozo: Darío se había marchado.

Se llevó las manos a la frente y se mesó el cabello... ¿Por qué le había propuesto acompañarlo a Pontevedra si luego iba a irse así? No tenía sentido ninguno... Después de haber compartido el mejor sexo de su vida, al menos para ella, Darío no tenía necesidad alguna de regalarle el oído. Ya la había llevado a la cama, ambos habían conseguido lo que querían, ¿verdad?, así que lo más lógico era que le hubiera dicho que no deseaba volver a verla, tal y como Vanessa esperaba desde que la había llamado el sábado por la mañana.

Sí, eso hubiera sido lo más razonable...

Con una punzada de decepción y tristeza en el pecho y que quiso obviar, apartó la colcha y se sentó en la cama... viendo esparcida por toda la habitación la ropa de Darío. Casi se le escapa un grito de alegría mientras el corazón empezaba a latirle a un ritmo frenético. No se había ido... entonces... Y el ruido proveniente del agua de la ducha le dio la respuesta.

Vanessa recordó en ese instante las palabras de su amiga Diana al decirle que en más de una ocasión se había equivocado con él. Pero es que todo parecía tan irreal... Desde que se conocieron, Darío nunca había actuado tal y como esperaba. Si ella creía que se quedaría, él se iba; y cuando pensaba que saldría por patas, él seguía allí, contra todo pronóstico, sobre todo a pesar del numerito que le había montado su padre delante de él y que estaba segura de que le habría hecho salir huyendo como alma que lleva el diablo. Ese hombre no hacía más que sorprenderla...

Como si aquello hubiera sido una inyección de energía, decidió no pensar más en ello y disfrutar del momento. Salió de la cama y, desnuda como estaba, fue hacia el cuarto de baño. Abrió despacio la puerta y percibió su impresionante silueta a través de la cortina. Estaba silbando alguna pieza de música clásica, aunque no sabía identificarla. Entonces, apartó la cortina y se colocó tras él, apoyando las palmas en su espalda.

Darío, sin embargo, tomó sus manos y le hizo estirar los brazos y que rodease su cintura, apretándola contra él. Suspiró complacido por su cercanía y se dio la vuelta para mirarla. El agua comenzaba a caer sobre ella, a recorrer su hermoso cuerpo, y una bocanada de deseo se removió en su interior, aunque se contuvo. Le apartó el cabello mojado del rostro y se inclinó sobre ella.

—Buenos días, preciosa —le dijo, buscando su boca—. No quería despertarte. ¿He hecho mucho ruido?

—Si lo hubieras hecho habría sabido que no te habías marchado, tal y como he pensado al no

encontrarte a mi lado —reconoció en un arranque de sinceridad del que se arrepintió al instante. En cambio, él se rio.

—El día que confíes en mí, pensaré que te han abducido los extraterrestres —bromeó, dándole un toqucito en la nariz.

Ella chasqueó la lengua, sabiendo que tenía razón. Queriendo tener las manos ocupadas y darse coraje, cogió el bote de gel y se echó un poco en la palma, comenzando a enjabonarle el musculoso pecho mientras tomaba aire.

—Perdóname —se disculpó—. Estoy pagando contigo mis malas experiencias de estos años.

—Tus motivos tienes —la justificó, sin embargo. Tomó un poco de jabón y la imitó, empezando a frotarle la zona de los hombros y la espalda—. Y yo tampoco estuve muy fino cuando nos conocimos.

—Aquello pasó a la historia —le aseguró, sacudiendo la cabeza con firmeza, aunque él le sostuvo la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—¿Es en serio? —preguntó con un tono de ansiedad en su voz.

—Hace tiempo que me demostraste que no eres el gilipollas que yo creía —repitió las mismas palabras que le dijera una vez, sorprendiéndolo. Primero, porque las recordaba, y segundo, por su afirmación.

Le acarició suavemente la mejilla y luego la besó, de forma suave y cálida, como el agua que seguía cayendo sobre ellos.

—Entonces...

—Reconozco que, en ocasiones, he preferido no confiar en ti —admitió, un tanto avergonzada—, ni en esta historia —añadió, mordiéndose el labio.

—Y, sin embargo, anoche...

Vanessa vio la confusión en sus ojos. Se rascó la frente en un gesto nervioso y decidió coger un poco más de gel.

—Vanessa... —insistió él, a la espera de esa explicación—. Me encantó la escena de seducción, creo que quedó bien claro, pero temo que los motivos que te impulsaron a hacerlo fueran más allá que tu deseo hacia mí.

Ella tomó aire mientras lo enjabonaba con brío.

—Pensé que era nuestra última vez juntos y quería que fuera especial —admitió—. Deseaba estar contigo, deseo estarlo desde que te conozco, y lo sabes —añadió con firmeza, como si así se justificara.

—Por supuesto que lo sé —respondió él. Le cogió ambas manos entre una de las suyas y se las sostuvo contra el pecho—. Y, por si te quedan dudas, yo también quiero estar contigo desde que nos conocimos. Sin embargo, eso mismo casi lo echa todo a perder, y de ahí mi obstinación por esperar.

—Pero, lo que no entiendo...

—Cuando te fuiste del camerino comprendí, aunque me lo negara a mí mismo en un primer momento, que jamás podrías ser un polvo de una noche —le explicó—. Y necesitaba que tú pensaras lo mismo.

Ella lo miró sorprendida, sin saber qué decir.

—Querías que lo de anoche fuera especial... y tanto que lo fue, al menos para mí —murmuró, rodeándola despacio entre sus brazos—. Hace semanas que trato de demostrarte que no deseo ser uno más en tu cama.

—No lo eres —le aseguró, dejándose abrazar y apoyando la mejilla contra su pecho—. Temo continuamente que no vuelvas a llamarme o que no quieras verme más. Y no es agradable... —se quejó.

—Pues yo no quisiera que te sintieras así —lamentó—. De hecho, intento lo contrario, aunque sin éxito, por lo que veo —trató de bromear.

—Venga ya, Darío —exclamó, mirándolo con escepticismo—. Después de la que me montó mi padre la otra noche, lo normal es que hubieras salido escopeteado para no volver jamás.

Él resopló, quitándose el exceso de agua del cabello, tras lo que cerró el grifo de golpe. Bajo la atónita mirada de Vanessa, abrió la cortina y buscó una toalla para cubrirla, tras lo que se ató otra a la cintura. Luego la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, donde la dejó con suavidad para, acto seguido, sentarse a su lado y comenzar a secarla, suavemente, aunque pensativo.

—Darío...

—A mi abuelo se lo tragó el mar cuando yo tenía siete años —le dijo de sopetón y, comprendiendo ella que necesitaba hablar, decidió callar y escucharlo—. Aquel día me prometí a mí mismo que no iba seguir sus pasos, que no uniría mi vida al mar, a pesar de que eso era lo que se esperaba de mí. Toda mi familia subsiste gracias a la pesca, así ha sido desde hace generaciones, y no me refiero solo a los hombres, también mi madre, mi hermana, mi abuela...

Vanessa pudo apreciar cuánto le mortificaban los recuerdos, lo que pretendía narrarle. Había cerrado los ojos, como si tratara de ordenar sus pensamientos. Así que, ella aprovechó para, muy despacio, quitarle la toalla. Se acomodó a su lado, los cubrió a ambos con la colcha, y comenzó a secarle su oscuro cabello con mimo.

—Al principio, no pude cumplir con la promesa que me había hecho a mí mismo —siguió hablando, un poco más tranquilo ahora—. No era más que un crío, no conocía otro tipo de vida y no creía que existiesen otras salidas para mí. Hasta que me llamaron para hacer el servicio militar. Me destinaron a la Escuela Naval de Marín, bastante cerca de casa.

—No te imagino con el pelo rapado —quiso bromear ella, para quitarle hierro al asunto, mientras acariciaba su cabello, pero consiguió que él sonriera.

—Pues si me hubieras visto con el uniforme blanco de la Marina...

—¿Como Richard Gere en «Oficial y Caballero»? —preguntó ella con aire pícaro, chasqueando él la lengua.

—¿Richard Gere? —repitió con retintín—. Un panoli a mi lado —dijo con presunción, señalándose—. Estaba imponente.

Ella se rio, pegándole en el brazo, aunque luego se acercó a darle un beso en los labios.

—Seguro que tienes alguna foto para enseñármela —le pidió, traviesa, a lo que él asintió, sonriente.

—Alguna habrá por casa —pensó.

—¿Y qué pasó? —preguntó entonces, animándolo a continuar.

—Para hacerlo corto —decidió—, te diré que entré en la banda de música, de tambores y cornetas, por diversión y por escaquearme y no tener que embarcarme con tanta frecuencia... Y me encantó —añadió con una sonrisa y ojos risueños.

A ella la llenó de emoción ver la suya en su mirada, cómo aquella vía de escape se había convertido en su vida.

—Y así encontré la salida que llevaba años buscando —continuó, girándose a mirarla, como si necesitara su aprobación, y que halló en su sonrisa, llenándolo de alivio—. A pesar de la oposición de mi familia, me esforcé al máximo, trabajé muy duro, y conseguí marcharme con una beca a Santiago de Compostela para estudiar música y alcanzar mi sueño de dedicarme a ello profesionalmente. Y aquí estoy —finalizó, dándole un apretón en la mano, y aunque su mirada huidiza le dio la impresión a Vanessa de que se dejaba algo en el tintero, no quiso indagar.

—¿Y qué pasa con tu familia? —sí que quiso saber, sin embargo.

—No me hablan prácticamente desde que me fui a Santiago, y de eso hace muchos años —apuntó, encogiéndose de hombros—. La única que me apoyó en mi decisión fue mi abuela, pero, cada vez que iba de visita, era una bronca tras otra, por lo que dejé de ir. Así que ella venía a verme de vez en cuando.

—Debe ser una mujer de armas tomar —dijo, sorprendida, al imaginar a una mujer de su edad viajando para visitar a su nieto.

—Tengo la sospecha de que te va a caer genial —sonrió él, en una mezcla de complicidad y emoción.

—Seguro que sí —decidió la joven, con rotundidad.

—Aunque, no puedo decirte lo mismo del resto —añadió con un mohín—. No nos alojaríamos con ellos...

—Me hago una idea —asintió—, pero mi intención es acompañarte, estar contigo, no con ellos.

—¿No te importa que me lleve mal con mi familia? —quiso asegurarse, y ella negó, haciendo una mueca, como si eso quedara fuera de toda discusión—. Pues, por la misma regla de tres, a mí me importa un carajo cómo te lleves tú con la tuya.

Y Vanessa lo miró, en silencio, con la boca y los ojos bien abiertos, y no fue hasta que él tomó su mejilla que no reaccionó, parpadeando varias veces.

—Es a ti a quien quiero conocer, con quien quiero estar, a quien quiero hacerle el amor —susurró, muy cerca de sus labios—, y ellos no pintan nada en esta historia.

—Darío...

—¿Qué sentiste anoche? —le preguntó, volviendo a sorprenderla—. Dime si para ti solo significó sexo y nada más.

Ella negó con la cabeza mientras se mordía el labio y bajaba el rostro.

—No —lo dijo también en voz alta, y él la obligó a mirarlo.

—No... ¿qué, Vanessa? —preguntó con mirada vibrante, expectante.

—Que nadie me había hecho sentir como tú lo hiciste anoche, y no me refiero solo al sexo —reconoció, cerrando los ojos, azorada.

Sin embargo, los cálidos labios de Darío la sosegaron.

—Pues no sabes cuánto me alegra saberlo —susurró él, dándole suaves besos—, porque yo sentí lo mismo —le confesó, y ella se apartó un poco, observándolo atontada—. ¿Por qué te sorprendes tanto? —preguntó con un toque de humor, acariciándole la nuca.

—Porque podrías estar con cualquier mujer.

—Y tú, con cualquier hombre —apuntó, reprimiendo una sonrisa, a lo que ella respondió con una mueca de reproche—. El punto es que yo no quiero estar con cualquier mujer, sino contigo —le aseguró ahora muy serio.

La mirada azul de la joven se clavó en la suya, con un destello de ilusión que hizo que le diera un vuelco el corazón. Acunó sus mejillas entre sus manos y la acercó a él, buscando sus labios. Lo que comenzó con un beso suave, tierno, poco a poco se vio impregnado de pasión y, lo que segundos antes habían pronunciado a viva voz, parecía que necesitaran reafirmarlo con aquel beso, con el ardor de sus bocas, sus caricias, su aliento, su piel...

Los dedos de Darío rozaron uno de sus pechos y, aunque ella gimió y se arqueó ligeramente, yendo en su busca, él se contuvo. Dejó de besarla mientras negaba con la cabeza.

—Creo que anoche quedó muy claro que el sexo entre nosotros es fantástico —murmuró, acariciándole los labios con el pulgar—, pero...

—Pero... ¿qué? —musitó ella, depositando un pequeño beso en la yema de su dedo.

—No quiero que salgas corriendo porque yo mismo no me atrevo a ponerle nombre a esto, ni siquiera a darle una explicación —añadió, tras lo que colocó una de las manos femeninas encima de su pecho—. Pero no puedo negar que mi corazón tiembla cada vez que te veo.

Y el de Vanessa se aceleró en ese instante, al borde del infarto.

—Entre nosotros hay algo —continuó él, con voz grave y queda—. Llámalo una chispa especial, química... magia. Y, sea lo que sea, me gustaría saber adónde nos lleva.

—Yo... tengo miedo —susurró la joven, temerosa de darle una respuesta.

—Y yo estoy aterrado —le aseguró a su vez—. Aunque también temo que esta sea una de esas oportunidades que solo pasan una vez en la vida... dejar escapar la posibilidad de ser feliz.

—¿Tú crees que... tú y yo?

Darío no le respondió, pero colocó la palma de la mano justo sobre su corazón, y no tardó en sentirlo palpar con fuerza contra su piel. Ella apartó la mirada, como si le avergonzara, pero él apretó con la mano libre la suya, que seguía sobre su propio corazón, para que su latido hablara por él. La joven no pudo evitar sonreír al percibirlo.

—Dejémosles que nos guíen, Vanessa —le pidió con la voz tomada por la emoción—, aunque sea solo por esta vez.

Lo más sencillo hubiera sido negar, no arriesgarse y seguir a salvo, pero la palabra «felicidad» brillaba al final de aquella senda, al igual que los ojos de Darío mientras la observaba, esperando una respuesta.

Sólo tuvo que asentir, no hizo falta ninguna otra señal para que él comprendiera y se lanzara como un

loco en busca de sus labios. La estrechó con fuerza entre sus brazos mientras devoraba su boca con ansia, empujándola para caer ambos sobre la cama. Y ella le correspondió con el mismo ardor, muy consciente de que Darío no estaba ofreciéndole una dosis de buen sexo... Era mucho más...

Darío iba a hacerle el amor.



## capítulo once



—¡Menudo pisazo! —exclamó Darío en cuanto entraron en el apartamento de Ángel.

—Será que tú vas descalzo —se cachondeó él en respuesta—. A Vanessa le va a dar un síncope.

—Anda, calla —se rio, acercándose al gran ventanal del salón.

—Desde luego, es mucho más bonito que el piso de Madrid —apreció Raúl, que giraba sobre sí mismo, despacio, observando.

—Y las vistas no tienen precio —suspiró Darío, contemplando las luces del puerto en la lejanía.

—Ay, marinero —canturreó Ángel, burlándose—. Si es que lo llevas en la sangre.

—Suenas como mi abuelo. —Su amigo le hizo un mohín.

—Tiene que resultarte extraño volver, ¿no? —le preguntó Raúl mientras se sentaba en el sofá.

—No hace tanto que estuvo en Pontevedra —quiso el cantante restarle importancia—. ¿Queréis una cerveza? —les dijo, yendo hacia la nevera.

—Pero eso no cuenta —insistió el bajista, en cambio—. No salió del hospital.

Desde lo que era la cocina, Ángel le lanzó una mirada reprobatoria, pero Darío sacudió una mano, diciéndole de ese modo que no se preocupara.

—Que no hable de ello no significa que no lo piense —resopló, dejándose caer en el sofá, al lado de Raúl.

Ángel, por su parte, dejó las bebidas en la mesita auxiliar y se sentó en un sillón, cerca de sus compañeros.

—Por lo menos, después de la movida que tuviste con Toni, espero que valga la pena —se burló, sirviéndose su cerveza.

—Si vas por ahí, sí que me tocarás las narices —respondió de malas maneras—. Ni que me fuera a ir un mes, son solo unos días. Y nada más terminar las actuaciones de Madrid, pillamos el avión para venir aquí, y hemos ido de entrevistas a firmas y conciertos, y tiro porque me toca —le recordó—. Además, bien que han estado dando por culo los de la discográfica con el tema de las canciones —añadió, sin dejar que sus amigos metieran baza—. «Que si esta sí, que ahora no, finalmente sí...». Y, de pronto, les entran las prisas.

—Tranquilo. —Alzó las manos, a la defensiva—. Que nosotros estamos de tu parte, ¿vale?

—Ya lo sé —resopló, mirando a sus compañeros con una disculpa en su expresión—. Es que ya me estoy yo comiendo bastante la cabeza con el viaje como para que Toni empiece a hacerme chantaje emocional sobre que somos unos profesionales y no sé cuántas paridas más.

—Mira, como bien has dicho, son solo unos días —trató de animarlo—. Y, por lo otro, tal vez no vaya

tan mal —auguró.

—O tal vez la meta a la pobre en la boca del lobo —temió, sin embargo.

—No exageres —exclamó el cantante con desenfado, dando un sorbo a su cerveza—. Eres un tío hecho y derecho, con una carrera brillante, un triunfador...

—Pero todo eso da igual —murmuró Raúl, y Ángel alargó el pie para darle una patada en la espinilla, gesto que a Darío no le pasó desapercibido, echándose a reír.

—Tiene razón, Ángel. —Se encogió de hombros—. Da igual que me convierta en un Bill Gates... Es el tío más rico del mundo, ¿no? —le preguntó a Raúl por lo bajo, quien asintió, sacudiendo la cabeza, con la mirada ausente—. Pues lo dicho, haga lo que haga, logre lo que logre, nunca será suficiente para ellos. Rompí la tradición familiar —recitó con sonsonete—, y para dedicarme a la música, ni más ni menos, en una familia en la que un artista es sinónimo de gandul.

—Tu abuela se salva —puntualizó Raúl, levantando un dedo—. Para que luego digan que la gente mayor es de mente cerrada.

—Pues por ella es por lo que voy —dijo, secundándole.

—¿Sí? —Ángel se hizo el sorprendido—. Creía que tu intención era deslumbrar a Vanessa para terminar de camelártela.

Raúl soltó una carcajada, uniéndose a la opinión de su amigo que ya reía, y Darío se vio contagiado por ellos, aunque trataba de parecer molesto.

—Par de capullos... En cualquier caso, espero que ella no lo piense o sospecho que tendré problemas —dijo, cogiendo la lata y jugueteando con ella.

—Como tu chica sea la mitad de independiente que la mía, te la lía seguro —le advirtió Ángel, apurando la suya—. No me extrañaría que Sofía estuviera apuntando en una libreta lo que me gasto cuando la invito a algo, para devolvérmelo el día menos pensado —añadió con tono de fastidio.

—Pues yo aún no he tenido la ocasión de invitar a Vanessa a nada —dijo, pensativo—, pero, teniendo en cuenta que ha tenido que sacarse las castañas del fuego desde bien jovencita, será como Sofía, o peor.

—Son duras de pelar... las tres —agregó el cantante, mirando de reojo a Raúl, quien no se dio por aludido, por lo que Ángel añadió: —Diana no vive con sus padres por gusto.

Raúl no se movió, aunque volteó la mirada hacia él, frunciendo los labios.

—Si estás esperando que te pregunte por qué, vas listo —refunfuñó por lo bajo.

—El que va listo eres tú si crees que me voy a tragar el cuento de que no te interesa —alardeó, echándose hacia atrás en el sillón, en actitud un tanto chulesca—. Te habría resultado más sencillo si me hubieras preguntando dónde vivía —agregó con sonrisa traviesa, aunque su amigo palideció, girándose hacia Darío para dedicarle una mirada de las que fulminan y te envían tres metros bajo tierra.

—Mierda —espetó, poniéndose en pie—. ¿Se lo has dicho?

—¿Y por qué no? —se defendió—. Es tan amigo tuyo como yo.

Raúl, que había comenzado a deambular por la sala con nerviosismo, se detuvo en seco ante su acusación.

—Y yo no he pensado lo contrario —alegó para que quedara claro—. Es solo que... —resopló disgustado, peinándose con ambas manos su cabello claro.

—Que la conozca de hace tantos años puede ser una ventaja, ¿no te parece? —le insinuó Darío, alzando las cejas para darle un tono interesante.

—Y yo ya os dije que... —agachó la cabeza y exhaló sonoramente, en un gesto de rendición.

—Ya estás pilladísimo con ella —apreció Ángel.

—Pues no quiero estarlo —gritó Raúl, como en un ataque de rebeldía.

Ángel lo miró unos segundos, estudiándolo, pensativo, parecía estar decidiendo algo.

—Por eso no quiero saber por qué vive con sus padres, ni nada que te sirva para ensalzarla y metérmela más por los ojos —lo acusó su amigo.

—Pues, a riesgo de que Sofía me mate, pretendía contarte únicamente la verdad —le advirtió, y un silencio denso se hizo en la estancia.

Darío se inclinó hacia adelante, esperando a que Ángel hablase; Ángel, a que Raúl se decidiera, y Raúl apretaba los puños, víctima de su propia lucha interna.

—¿Tan grave es para que tu novia no quiera que me lo digas? —Frunció el ceño, sin acabar de decidirse.

—Desde luego, no es nada de lo que presumir —le advirtió.

—Joder —masculló, echando la cabeza hacia atrás y poniendo los brazos en jarras.

—¿Quieres oírlo? —lo tentó.

Raúl no contestó, pero asintió con un cabeceo rotundo.

—Siéntate —le pidió su amigo.

Obedeció. Tomó asiento y juntó las manos en un puño encima de las rodillas, sin saber qué hacer con ellas.

—Ya te conté que, cuando me fui a Madrid, Diana salía con Alfonso —le recordó.

—Sí —afirmó él, con un toque de impaciencia.

—Ya llevaban un par de años juntos —puntualizó—, y, al terminar Diana la carrera de Fisioterapia, decidieron casarse.

Raúl sintió una punzada en el pecho que lo hizo tensarse. Sabía que ya no estaba con el tal Alfonso, pero un regusto amargo inundó su boca solo de pensar que podría haberse casado con él. La sintió tan lejana...

—Se compraron un piso e iniciaron los preparativos de la boda —continuó Ángel, reclamando de nuevo su atención—. Y llegó el día... Sofía dice que estaba preciosa con su vestido de novia —relató con aire risueño al imaginarse a su vieja amiga vestida de blanco—. Sin embargo, no sabría decirme cómo le quedaba el traje al novio porque no se presentó.

—¿Qué? —exclamaron sus dos compañeros a la vez.

—¿Qué quiere decir eso de que no se presentó? —inquirió Raúl, aunque las palabras de Ángel no daban lugar a equívocos.

—La dejó plantada en el altar, sí, en la iglesia —especificó ante la mirada de incredulidad de sus amigos—. No había mejor día que ese para decidirse entre ella y su amante.

—Hijo de puta —siseó Raúl, apretando los puños con rabia.

—Hay que ser muy cabrón —añadió Darío, de acuerdo con él.

—Así que, volviendo a lo de antes... —apoyó su peso en uno de los brazos del sillón—, Diana vive con sus padres porque, aunque no se casó con Alfonso, aunque no convive con él, tiene que pagar la mitad de la hipoteca, y su sueldo no da para tanto.

—Estás de coña —Raúl soltó una carcajada, sin terminar de creérselo.

—¿Me ves riéndome? —dijo Ángel con expresión grave.

—¿Es en serio? —preguntó ahora Darío.

—Al banco le importa un cuerno si están juntos o no —exclamó—. Los dos firmaron la hipoteca, los dos la pagan.

—La hostia... —murmuró Raúl, rascándose la frente, pensativo. Ahora entendía tantas cosas...

Sin embargo, dentro de todo, lo que más lo aturdió fue ese pesar que se anudó en lo más profundo de su pecho al saber lo que le había sucedido. Nadie merecía algo así, y su Diana aún menos. Era un trago demasiado amargo, demasiado doloroso, un golpe que le quebraría el corazón, el alma a cualquiera. Diana siempre había sacado las uñas cuando él estaba cerca, poniéndose a la defensiva, pero no era difícil apreciar que era una chica dulce, sencilla, de las que quieren casarse y formar una familia, tener hijos... y que su novio de toda la vida, con el que creía que iba a conseguir todo eso, la traicionara de esa forma tan rastrera... Sería prácticamente imposible que volviera a confiar en los hombres... que llegara a confiar en él...

—Joder... —susurró de nuevo, ante la mirada atenta de sus amigos, preso de innumerables sentimientos encontrados.

Porque, por un lado, aquella era la excusa perfecta para arrancarla de sus pensamientos, librarse del recuerdo de aquel insignificante beso que, sin embargo, había puesto su mundo patas arriba. Y, en cambio, comenzaban a brotar de su interior unos deseos irrefrenables de demostrarle a Diana que su destino no era la soledad, que podía ser feliz... aunque, ¿podría ser el hombre que lo consiguiera cuando él mismo había creído durante muchos años que el amor no era más que una burda farsa?

De pronto, el «*don't wanna miss a thing*» del teléfono de Darío sonó, rompiendo el silencio y sus pensamientos.

—Es Vanessa —dijo con un brillo de expectación en los ojos mientras se ponía en pie y se alejaba del sofá para responder.

—¿Estás bien? —aprovechó Ángel y le preguntó a su otro amigo.

—Pues... no lo sé —reconoció él, pasándose las manos por la cara en un gesto de ansiedad.

—Mi intención no era la de confundirte...

—Desde luego, no me ayuda a quitármela de la cabeza —admitió con cierto pesar—. Aunque, sinceramente, no creo que nada de lo que hubieras dicho lo habría conseguido.

—¿Eso es lo que quieres? —le cuestionó, pero con cautela—. ¿Quitártela de la cabeza?

—No tengo ni puta idea —espetó, poniéndose en pie, nervioso—. Era mucho más divertido cuando eras tú el que lo pasaba mal —bromeó, haciendo que su amigo se riera.

—¡Qué cabrón! —exclamó—. Pero sí, lo pasé francamente mal, aunque, ahora, soy el hombre más feliz del planeta... —lo miró pícaro—. Tal vez, podrías quitarme el puesto.

—¡Venga ya! —le respondió Raúl soltando una risotada.

—Nadie dijo que sea fácil —añadió con tono condescendiente—, pero te aseguro que podría valer la pena.

Raúl no le respondió. Sin embargo, Ángel lo conocía lo suficiente para saber que estaba meditándolo.

—Chavales —Darío caminó hacia ellos, deteniéndose al lado de Raúl, quien seguía pensativo—, Vanessa dice que, en una media hora, saldrán hacia el restaurante... las tres —agregó, dirigiéndose a él—. ¡No me mires así! —exclamó al ver su mueca de fastidio—. Tal vez no quieras arriesgarte a caer irremediabilmente ante el influjo de tu Princesa Diana.

—Nuestro amigo no es un cobarde, ¿a que no? —lo picó Ángel.

El bajista no contestó, pero se inclinó a coger su cerveza y le dio un larguísimo trago.

—Ahora mismo, me siento como el león del Mago de Oz —bromeó, riéndose de sí mismo—, pero vamos a esa cena.



Diana resopló por enésima vez desde que Vanessa comenzó a peinarla. Mientras tanto, Sofía se maquillaba a su lado, frente al espejo del cuarto de baño. Aquello parecía una reunión de quinceañeras... Volvió a resoplar...

—Y te quejarás... —refunfuñó su amiga—. Te estoy dejando como Milla Jovovich en...

—¿El quinto elemento? —remató en tono de burla.

—¿Acaso te he teñido el pelo de naranja, so bruta? —le reclamó—. Sólo te he hecho algunos reflejos que le den un poco de brillo a tu cabello y, a ti, un aspecto un poco más juvenil —dijo, impostando la voz como toda la profesional del estilismo que era.

Para ser sinceros, no estaba nada mal, ni el color ni el peinado. Le había aplicado espuma y gel, y ahora se lo estaba secando, despuntando algunos mechones con ayuda de los dedos.

Tampoco es que fuera un peinado estrambótico, pero teniendo en cuenta que sus sesiones de peluquería se limitaban a dejar que su cabello se le secara al aire, la diferencia era notoria.

—Cuando te maquillemos, y con ese vestido tan mono que te vas a poner, estarás impresionante —quiso animarla Sofía, aunque ella bajó los hombros, desinflándose.

—¿No me puedo quedar aquí, en tu casa? —le preguntó a su otra amiga, haciendo un mohín propio de una niña.

—No —fue la respuesta rotunda de Vanessa—. He tenido que aguantar el mal humor de mi padre cuando les he llevado a Alejandro para que tú también salgas con nosotras.

—No sé yo para qué —renegó, y su amiga le dio un ligero, pero lleno de intención, tirón de pelo.

—A Darío le gustaría salir por una vez con sus dos amigos antes de irnos —le recordó.

—Ni que fuerais a marcharos al fin del mundo para no volver en años —se volvió a quejar—. Además, has dicho «sus dos amigos», por lo que yo no pinto nada.

—Pues teniendo en cuenta que, la última vez, Raúl se largó al ver que no estabas... —dijo Sofía con tono pícaro, observándola desde el espejo, y recibiendo la mirada de Diana llena de incredulidad.

—¿Cómo...? —titubeó, pero se esforzó en recuperar con rapidez la compostura—. Seguramente se fue para no aguantaros la vela a las dos parejitas felices —trató de decir con cierto retintín, aunque lo que pretendía en realidad era que pasase inadvertido el temblor de su voz—. Que se marchara no tiene nada que ver conmigo —añadió para rematar.

—Claro, por eso le pidió de malas maneras la moto a Ángel —apuntó Vanessa—. Y eso fue nada más saber que te habías quedado en casa, estudiando.

—A todos nos pareció raro su comportamiento —insistió Sofía, refiriéndose en concreto a sus dos compañeros.

—Dejadlo ya, ¿vale? —exclamó, haciendo ademán de levantarse de la banqueta. Sin embargo, Vanessa se lo impidió—. Es que no entiendo adónde queréis llegar, pero os advierto que nada de lo que me digáis va a convencerme de que tiene algún tipo de interés en mí, básicamente porque yo no quiero tenerlo en él, ¿está claro? —alzó un poco más la voz.

Sofía y Vanessa se miraron, sabiendo que no iba a ser fácil.

—Lo único que queremos es que le concedas una tregua —concordó esta última—, que no le enseñes las uñas nada más saludarte.

Diana gruñó, levantando la vista, fingiendo que estaba considerándolo.

—Darío dice que es un tío de puta madre...

—¡Ja! —espetó—. Qué va a decir él...

—Y es muy inteligente —añadió, obviando su queja—. Le quedaba muy poco para terminar Telecomunicaciones.

A Diana le sorprendió tanto saber aquello que se giró hacia Vanessa, como si necesitara mirarla a la cara para estar segura de lo que había oído, aunque su amiga le corrigió la postura para poder terminar de peinarla.

—Eso no significa que tenga que caerme bien —alegó entonces.

—Claro que no —intervino ahora Sofía, sabiendo a qué se refería.

Diana no era clasista, ninguna de ellas lo era, y no medían a las personas por sus logros laborales o por si tenían o no una carrera universitaria.

—Creo que Vanessa se refiere a que podría ser un tema de conversación —le aclaró mientras guardaba el maquillaje.

—Y, a lo mejor, si le das la oportunidad, tal vez descubras que, además de listo, sea simpático, y que esa conversación resulte hasta agradable —agregó, dándole los últimos retoques—. Ya está —decidió de pronto—. Sólo te falta pasar por el departamento de vestuario y de maquillaje, y estarás matadora.

—Cállate, anda, o me arrepentiré...

—Y deprisita —la ignoró su amiga—. Le tenía que haber dicho a Darío una hora, en vez de media...

Vanessa comenzó a recoger todos los utensilios que estaban desparramados por el baño, y ella salió a la habitación en busca del vestido que estaba sobre la cama. A pesar de que lo negaba una y otra vez, aquel hormigueo continuaba, insistente, en su estómago. Algo le decía que esa cena marcaría un antes y un después en su vida, que su corazón estaba en juego, y temía acabar perdiéndolo.

## capítulo doce



Cuando llegaron al restaurante, las chicas aún no estaban allí, por lo que decidieron esperarlas dentro. Ángel se había preocupado de pedir una mesa apartada, para cenar tranquilos, y el camarero los condujo hacia una zona reservada, donde no serían molestados. Pidieron un aperitivo mientras aguardaban, pero, antes de que se los sirvieran, las chicas hicieron su aparición.

La primera en llegar a la mesa fue Vanessa, quien no dudó en dirigirse hacia Darío, con sonrisa coqueta. El batería se levantó, mirándola de arriba abajo, impactado por aquel vestido de lycra negra que se ajustaba a sus bonitas curvas como un guante, y la recibió con un apasionado beso.

Algo parecido sucedió entre Ángel y Sofía, y Raúl, por su parte, se puso en pie, observando a Diana, quien caminaba hacia la mesa un tanto rezagada, y casi tiró la silla de la impresión. ¿Qué palabra tenía una mayor connotación, hermosa o preciosa? Lo primero que le llamó la atención fue su cabello y que se había maquillado. Le daba un toque más atrevido y resaltaba aún más lo guapa que era, agrandando de forma encantadora esos ojos grisáceos en los que no había reparado hasta entonces... Además, el vestido le quedaba a la perfección. De color negro, imitando al cuero, se acoplaba a su cuerpo, hasta la cintura, desde donde la falda se extendía con un vuelo que le llegaba a la mitad del muslo, aunque tenía una capa inferior de tul, un poco más larga. Y remataba el conjunto con unas botas de tacón y caña alta, hasta las rodillas.

Conforme se fue acercando, él mismo consumió la distancia que los separaba y le dio dos besos en las mejillas, apartándole la silla que estaba a su lado.

—Estáis todas guapísimas —resonó la voz de Darío, y Raúl asintió, girándose hacia Diana, que ya se sentaba.

—A ti, un poco más y no te reconozco —bromeó Ángel, mirándola también.

—Vanessa tiene muy buena mano —repuso, sintiéndose enrojecer, porque Raúl seguía sin apartar los ojos de ella.

—Tonterías. La que es guapa, es guapa —recitó su amiga, sacudiendo una mano.

—Eso, sin duda —sentenció el bajista en un susurro apenas audible, y Diana carraspeó, sin querer creer lo que le había parecido escuchar.

—¿Y si cenamos? —dijo en un tono que pretendía ser gracioso para apartar la atención de ella.

—Ya sabes que Diana nunca se ha sentido cómoda con los piropos —le comentó Sofía a su novio, aunque la oyeron todos.

El joven sonrió, asintiendo, tras lo que se inclinó y acercó los labios a su oído.

—Pues algo me dice que va a tener que acostumbrarse...

La cena transcurría en un tono bastante distendido. Los chicos les narraron cómo iba la grabación del



disco, obviando Darío la bronca con Toni, y Vanessa le hizo todo un interrogatorio sobre el viaje, pero él no quiso darle detalles con tal de sorprenderla.

—¿Y cómo van los exámenes? —le preguntó Raúl a Diana, por lo bajo, y ella, al mirarlo, comprobó no sin asombro, que en verdad parecía interesado. Le gustó, no quería, pero le gustó.

—Bueno, todavía no han empezado —respondió un tanto cortada—. Las convocatorias de las dos asignaturas a las que me presento están las últimas en el calendario.

—Así te da un poco más de margen para estudiar —apuntó él—. Por mucho que uno se organice con antelación, siempre acaban faltándote días.

—¡Sí! —exclamó ella, fingiendo malestar—. Da igual que te pongas a mirar apuntes un mes antes. Los últimos días surgen miles de dudas que ni te habías planteado.

—Sé lo que es eso —murmuró, pensativo, centrando su atención en el entrecot que estaba cortando—. ¿Te queda mucho para terminar?

—Pues solo esas dos —dijo con entusiasmo—. Me faltan unas prácticas, pero he conseguido que me dejen realizarlas en la clínica donde trabajo.

—Entonces, es pan comido —se alegró por ella.

—¿Y tú? —preguntó Diana, en cambio.

—Yo... ¿qué? —La miró, extrañado.

—Tengo entendido que estudiabas Telecomunicaciones —le aclaró.

—Vaya dos bocazas —susurró sin pensarlo, echándoles una mirada fugaz a sus compañeros, a pesar de estar ajenos a la conversación.

—¿Cómo? —inquirió, sin estar segura de lo que había oído.

—Sí, era «de teleco» —afirmó con un toque de humor.

—Pues es una carrera muy difícil —apuntó ella, y él se giró a mirarla al apreciar cierto tono de admiración—. ¿Qué te quedaba para terminarla?

—El proyecto fin de carrera —respondió, mirándola todavía, y le dio un vuelco el corazón al ver que le sonreía. Era la primera vez que lo hacía, y era preciosa; su sonrisa y ella.

—Sería genial que te decidieras a acabarla —le dijo entonces, con toda la intención de animarlo, cosa que él agradeció para sus adentros.

—Se puede decir que estoy en ello —le contestó, encogiendo los hombros, queriendo quitarle importancia—. Tengo que ponerme de acuerdo con mi tutor.

—¿En serio? —se sorprendió la joven—. ¡Eso es fantástico! —exclamó—. Pero...

—Sí, me lo tengo que tomar con calma —dijo, sabiendo a lo que se refería—. Después de grabar el disco, no tardaremos en empezar con la promoción, así que...

Diana asintió, aunque pensativa, y así seguía mientras cogía su copa de agua y daba un pequeño sorbo.

—Escúpelo —soltó entonces Raúl, sobresaltándola, haciendo que casi se atragantara—. Me refería a lo que estás pensando, no al agua —bromeó, y ambos se echaron a reír.

—¿Tan transparente soy?

—En absoluto —negó él con tono exagerado—, pero, esta vez, creo que me ha quedado claro. —Y le hizo un gesto con la mano para que hablara.

—Pues me preguntaba por qué lo dejaste en un primer momento, y por qué has decidido retomarla ahora —le confesó.

—¿Has pensado todo eso en cinco segundos? —se hizo el sorprendido, y ella se rio, contagiándolo—. Había mandado una maqueta hacía tiempo a la discográfica y, después, cuando me ofrecieron pertenecer al grupo, creí que era de esas oportunidades que se presentan una vez en la vida —le contó—. Decidí tomarla y hacer un paréntesis en mi vida universitaria, y...

Diana intuyó que iba a decir algo más, pero calló, y su expresión se tornó seria de súbito, como si hubiera recordado algo triste o desagradable. Sin embargo, a los pocos segundos, sacudió la cabeza y la miró, volviendo a sonreír, por lo que ella quiso obviar ese detalle y continuar su charla.

—Bueno, y ahora...

—La fama es efímera, princesa —recitó él con voz grave y teatral, como imitando a un actor de cine.

Diana soltó una risita, tapándose la boca. Con suerte ocultaría el sonrojo que le produjo su tono profundo... aunque no hubiera sido más que una broma.

—Esto se acabará algún día —prosiguió él, sin dar a entender si se había dado cuenta o no—. Y ellos los tienen más fácil —se refirió a sus compañeros—. Darío tiene formación como músico, puede seguir como profesor, volver a la *Filharmonía*, lo que quiera. Y Ángel, siendo el líder del grupo, y tan buen compositor, pues salidas tiene.

—Tú también eres muy buen músico —dijo ella en un susurro.

—Yo no soy más que un bajista autodidacta —replicó con modestia—. Y me gustaba mi carrera —añadió—. No me importará dedicarme a ella cuando toda esta fiebre termine.

—¿Te despedirías sin más de esta vida de éxito, lujos y mujeres?

Raúl la miró con atención. Habría esperado escuchar ese comentario por parte de Diana con cierto tono receloso, incluso de reproche y, sin embargo, había apoyado la barbilla en la palma de la mano y lo observaba con... ¿interés? Carraspeó y sonrió un tanto nervioso.

—En algún momento habrá que sentar la cabeza —respondió, inclinando la postura, haciéndose el interesante, y Diana decidió que sí, que era un hombre muy interesante y fuera de lo común. Se sintió un poco culpable al haber pensado que sería un cabra loca, un rockero colgado, y en cambio, era de lo más sensato.

—¿Cómo es eso de que eres autodidacta? —cayó de pronto en ese detalle.

Raúl asintió al tiempo que se limpiaba la comisura de la boca con la servilleta.

—Desde los dieciséis años y mientras estudiaba, trabajé en una tienda de instrumentos musicales —le contó—. También realizaban cursos para aprender a tocar la guitarra, el bajo...

—¿Y por qué el bajo? —demandó con curiosidad.

—Esto... bueno... —titubeó, incluso se rascó la nuca.

—Parece que te he puesto en un aprieto —bromeó—. ¿Nunca te habían preguntado algo así?

—Pues... no. —Se esforzó en sonreír—. Pero, en fin... Te explico... ¿Nunca te ha pasado que, al ver una película o leer un libro, te atraía más la historia de los personajes secundarios que la de los protagonistas?

—Prefiero a Ron y Hermione, en lugar de esos sosos de Harry Potter y Ginny —espetó con una mueca de disgusto, aunque, al instante, se tapó la boca con la mano—. Pensarás que tengo doce años.

Raúl soltó una sonora carcajada que alarmó a sus amigos, aunque ellos los ignoraron.

—En ese caso, yo tengo unos catorce —bromeó—. Mi libro favorito de la saga es «El prisionero de Azkaban», y... Ron Weasley *rules*.

Ahora, la que se echó a reír fue Diana.

—Para mí, el bajo es el «Ron Weasley» de los instrumentos musicales. Todo el mundo prefiere la guitarra, y en cambio, yo...

—Entiendo —asintió ella, con mirada risueña.

Vanessa, que tenía a Sofía a su lado, le dio un ligero codazo a su amiga.

—Parece que han enterrado el hacha de guerra —le dijo por lo bajo.

—Diana apenas ha probado el salmón —apuntó la otra joven con tono travieso.

En ese momento, Raúl debía estar diciéndole algo gracioso, pues la vieron reír de nuevo. Ambas se hicieron una señal y guardaron silencio... Era mejor ver cómo seguía la noche...



Por mediación de Toni, consiguieron que uno de los locales de moda de la ciudad les abriese la zona VIP. Contaba con varios sofás con mesitas y una pequeña pista de baile.

Mientras tomaban asiento, un camarero se acercó a ellos y le pidieron algo de beber. Sin embargo, a los pocos minutos, con la excusa de que sonaba una canción lenta, Sofía le pidió a Ángel que la sacara a bailar. Vanessa también tiró del brazo de Darío, pero para llevarlo a un par de reservados de distancia, sentarse en su regazo y comenzar a besarlo como una posesa, a lo que el batería no opuso resistencia alguna.

—Será que no tienen adónde ir —se mofó Raúl, haciéndose el molesto—. Con lo cómoda que es la cama del hotel...

—Si es que son como críos —Diana le siguió el juego, riéndose ambos.

—La verdad es que no me importa —reconoció el joven, mirando a sus amigos—. Ángel lo ha pasado muy mal estos años, y Darío... ya era hora de que encontrara a la mujer adecuada para él.

—Yo pienso lo mismo sobre ellas —añadió Diana, observando a las chicas con un brillo de ternura en los ojos que estremeció a Raúl.

—Tú, también —susurró, y ella lo miró, extrañada, pestañeando varias veces.

—¿Yo...?

—Tú también mereces ser feliz —murmuró.

Diana apartó la mirada. Desde lo sucedido con Alfonso, la palabra felicidad no estaba incluida en su diccionario personal. Y en momentos como ese, no podía asegurar a ciencia cierta si estaba resignada o desencantada.

—No pretendía molestarte —le escuchó decir.

—Oh, no, no me has molestado —le dijo, intentando sonreír—. Lo que pasa es que soy de las que creen que esas cosas solo les suceden a los demás, o en las películas —añadió.

—Yo también he estado ahí —admitió él.

—¿Y ya no? —preguntó con prudencia... ¿Por qué estaba tan nerviosa?

—No es que sea un iluso soñador —quiso quitarle hierro al asunto, aunque bajó la vista, como avergonzado—. Pero, verlos a ellos, me hace preguntarme... ¿por qué yo no? —agregó en un susurro.

Antes de poder pensar una respuesta, Diana volvió a mirarle.

Raúl tenía los ojos azules más bonitos que había visto en su vida... Y era tan guapo... demasiado, y ella no debería fijarse en esas cosas. Pero, es que, además, era interesante, inteligente, elocuente, con cierto toque misterioso cuando su mirada se perdía en la lejanía, como ausente...

—Yo creo que... podrías tener a la mujer que quisieras —musitó en un arranque de sinceridad del que se arrepintió al instante, dándose él cuenta de su apuro.

—Eso es muy halagador —bromeó con la intención de tranquilizarla—, pero ese no es el punto. La cuestión es tener a la mujer que también me quiera a mí. Y no me refiero al músico de éxito, sino al estudiante de Telecomunicaciones.

Diana agachó la mirada, mordiéndose el labio. Había tanta tristeza y soledad enmascaradas en esas palabras... Porque no era difícil suponer que la gente se le acercaba por su fama, en busca de favores, de un minuto de gloria. Imaginó que, además de Darío y Ángel, sería complicado tener amigos de verdad, en los que poder confiar.

—Chavales, se hace tarde...

La voz de Darío le hizo alzar el rostro, aunque no se encontró solo con él; Ángel, Sofía y Vanessa también estaban allí.

—Nosotros nos vamos —añadió el batería.

—Ya me extrañaba a mí —se cachondeó Raúl, mirándolo, aunque, al momento, se giró hacia Diana—. ¿Puedo acompañarte a casa? —le preguntó, algo inseguro.

—Sí... claro —vaciló, sintiéndose como una tonta.

—¿Llamo a un taxi o te apetece dar una vuelta en moto? —dijo en tono travieso.

—Creo que la última vez que subí en moto me llevó este. —Señaló a Ángel, riéndose.

—¡No jodas! —exclamó su amigo, asombrado—. ¿Desde entonces?

—Pues no se hable más. —Raúl palmeó sus rodillas y se puso en pie, extendiendo la mano hacia su

compañero.

—¿Qué...?

—Venga, no te hagas el remolón, que la última vez te la devolví sin un rasguño —insistió, guiñándole el ojo.

—Será posible... —resopló, sacando las llaves de la moto del bolsillo mientras todos los demás se reían.

Raúl las cogió con gesto triunfal y se las guardó, alargando ahora su mano hacia Diana, quien seguía sentada.

—¿Vamos, princesa? —le pidió con tono divertido, aunque ella sintió que le daba un vuelco el corazón, sobre todo cuando le cogió la mano y la ayudó a levantarse.

—¿Y este, de dónde sale? —se mofó Darío.

—Aprende —le reprochó Vanessa, dándole un codazo, aunque bromeaba.

Tras despedirse de todos, Raúl le hizo una seña para marcharse. Caminaban muy cerca, el uno del otro, pero él iba con las manos en los bolsillos, y ella cruzó los brazos sobre su cuerpo, aunque no porque tuviera frío, aún sentía el tacto cálido de su mano en su piel, sino por puro nerviosismo...

Al llegar al parking, el joven le abrió la puerta, invitándola a pasar primero.

—Adelante —le dijo con tono servil, y ella se rio.

Era una tontería, pero le gustaban esos detalles por parte de los hombres. Sin embargo, su sonrisa se apagó cuando, después de pagar, llegaron donde estaba la moto. Fue en ese momento que Diana reparó en que la combinación moto-falda no era de las mejores. No obstante, Raúl debió darse cuenta de su apuro, pues comenzó a quitarse la cazadora.

—¿Qué haces? —demandó ella, titubeando.

—Es para que te cubras las piernas —respondió todo decidido, ofreciéndosela.

—¿Y qué quieres, pillar una pulmonía? —se negó—. No llevas más que una camiseta de manga corta. No entiendo qué fobia le tenéis a la manga larga —añadió, refiriéndose a la costumbre que compartía con sus compañeros.

—Somos tipos duros —presumió en tono bromista, sosteniendo aún la chupa.

—Y yo, casi enfermera —apuntó seria—, aunque no hace falta serlo para saber que de una neumonía no te salvaría nadie. —Volvió a negarse—. Bastará con que no muevas los espejos retrovisores para verme las piernas.

Una risotada sonó en la soledad del parking.

—Palabra de rockero —prometió, levantando la mano derecha.

—Prefiero la del estudiante de Telecomunicaciones —le sonrió ella—. Me fio más de tu verdadero «yo».

Raúl sabía que Diana estaba bromeando, pero, aun así, se sintió halagado. Volvió a ponerse la cazadora y, antes de colocarse el casco, le pasó el que solía llevar Sofía. Luego montó, tras lo que lo hizo ella.

—Cógete bien —le pidió, tomando sus manos para que lo agarrara de la cintura—. No me gustaría perderte.

Sin querer pensar en el significado de sus propias palabras, arrancó a toda prisa, aunque le fue imposible controlar el cosquilleo que lo recorría por entero al tenerla tan cerca. Y si bien es cierto que cumplió lo prometido y no quiso echarle un vistazo a sus preciosas piernas, era inevitable notar cómo le rodeaban la cadera, al igual que sus brazos en la cintura, sentirla apoyada contra su espalda.

Con el piloto automático, como aquel que dice, llegó a Aldaia, directo a su casa. Una vez allí, Raúl apagó la moto y Diana se bajó, quitándose el casco y dándoselo.

—¿Cómo sabías dónde vivo? —preguntó, confundida.

Raúl aprovechó que estaba enganchando el casco a la moto para ocultar su mirada llena de culpabilidad.

—Me lo dijo Ángel —respondió de forma escueta y, queriendo desviar la atención, le hizo una seña y comenzó a caminar con la intención de acompañarla.

Diana abrió la puerta muy despacio, sin hacer ruido, y se giró a mirarlo. Se había subido en el escalón de la entrada pero, aun así, le sacaba casi una cabeza. Alto, delgado, guapo...

—Gracias por traerme —murmuró, guardándose las llaves en el bolso.

—Gracias a ti por venir esta noche —le respondió con un brillo intenso en sus ojos. Diana tuvo que apartar la vista... ese azul era demasiado bonito.

—Así no has tenido que estar de carabina...

—No me refería a eso —replicó con una risa ligera—. Me lo he pasado muy bien charlando contigo. Eres una mujer muy divertida y con una sonrisa preciosa —le confesó, tocándole suavemente la comisura de los labios, aunque apartó rápidamente la mano, como si hubiera sido un impulso que no había podido refrenar y del que acababa de arrepentirse—. Deberías sonreír más —quiso bromear.

—Lo intentaré —le obedeció ella, siguiendo su broma. Pero se había tenido que apoyar en el quicio de la puerta porque le temblaban las piernas.

—Bueno... —lo vio titubear unos instantes, hasta que pareció decidirse y le dio dos besos en las mejillas que Diana apenas pudo devolverle pues no los esperaba—. Suerte con los exámenes —dijo entonces, dando un paso atrás.

—Y tú, con tu proyecto —le deseó ella de igual modo. Tuvo que reconocer que le apenó que se marchase ya.

—De momento, solo he hablado con mi tutor —le recordó, quitándole importancia.

—Sí, pero algo es algo —lo animó.

Raúl asintió, sonriente. Se montó en la moto y se abrochó la cazadora de cuero hasta la barbilla, tras lo que se puso el casco, aunque no llegó a arrancar. De pronto, al cabo de un par de segundos en los que su vista se perdió en la lejanía, se bajó, dejando el casco colgado en el manillar, y volvió sobre sus pasos, acercándose a ella. Diana lo miró extrañada. Tal vez se había olvidado de algo...

Y tanto...

Sin decirle ni una palabra, la tomó por la nuca y le rodeó la cintura con el otro brazo, pegándola a él... La besó...

Diana no pudo reaccionar en un primer momento pero, cuando lo hizo, ni se planteó el detenerlo. Se colgó de su cuello, hundiéndose sus dedos en su rubio y largo pelo, y correspondió a su beso. Lo escuchó suspirar mientras la estrechaba con fuerza, y ella se agarró aún más pues sentía todos los músculos de gelatina y temía caer. Dios... Ese hombre besaba como los mismos ángeles... Sus labios carnosos acariciaban los suyos con intensidad, profundo, aunque sin exigencia, como si tuviera todo el tiempo del mundo para recorrerlos, para saborearla. Y ella deseaba que ese beso no acabara nunca, seguir disfrutando, hasta quedar sin aliento, de ese contacto cálido y suave que la hacía olvidarse de todo.

Por desgracia, terminó. Raúl alejó sus labios, despacio, parecía que tampoco quería hacerlo pues, cuando la soltó, alzó sus manos y le sostuvo las mejillas, manteniéndola cerca. Diana no supo lo que le decían aquellos ojos azules, llenos de confusión, y su boca permanecía entreabierta... por un segundo creyó que volvería a besarla... y él también debió planteárselo porque cerró los párpados un instante y exhaló.

—Buenas noches, princesa —murmuró finalmente.

Diana no fue capaz de articular palabra aunque, de haberlo conseguido, él no la habría escuchado pues, tras despedirse, volvió con rapidez a la moto. Girándose una última vez a mirarla, se puso el casco y arrancó, marchándose por fin.

Ella no entró en casa hasta que lo vio desaparecer al fondo de la calle. Luego, cerró la puerta y se sentó en la escalera que comunicaba el garaje con la zona de la vivienda en el piso de arriba... No era capaz de subir. Temía que le fallaran las piernas, o la respiración... o tal vez le diera un infarto... Aguardó unos instantes mientras se tranquilizaba, queriendo que la emoción que aún la hacía temblar se diluyese, para que la Diana pragmática volviera a dominar la situación. Porque no. Era cierto que había sido una noche estupenda, especial, pero se negaba a creer que fuera a marcar diferencia alguna. Y ese beso... Una espina de resentimiento se clavó en su pecho al preguntarse a cuántas mujeres besaría Raúl al cabo de la semana.

Con actitud resuelta se puso en pie y comenzó a subir. No. Seguro que ese beso no significaba para él. Y para ella...

Se detuvo un instante al llegar arriba, antes de abrir la puerta. Era lo único que no podía negar. Había sido el mejor beso de toda su vida.

## capítulo trece

Sabía que algo andaba mal... Lo supo desde que se hicieron a la mar, aunque fue tarde para echar marcha atrás.

Tal vez, a otro, ese cambio de planes no tenía por qué importarle, no así a él, que le gustaba tenerlo todo controlado, hasta el último detalle...

Y así les había ido...

Primero, el cambio de mercancía. Los quinientos kilos pasaron a ser ochocientos, lo que hacían quince fardos más a cargar, por lo que también tuvo que disponer una lancha de mayor capacidad. Y él estaba en alta mar, coño, y resolver las cosas por teléfono era una mierda abocada al fracaso.

Después supo que el punto de partida del buque que portaba la cocaína era Venezuela, en pleno delta del Orinoco, y no el puerto colombiano de costumbre. Aquello suponía una modificación en el itinerario y ajustes en los tiempos, tener que coordinarse con el barco y la lancha con la mayor precisión posible...

¿Algo más? Pues sí.

Al final, el buque había alcanzado el lugar previsto en el mapa, un punto en mitad del océano entre la costa venezolana y las islas Azores. Y hasta él tenía que llegar la planeadora... otro cambio de planes. Lo normal era que su pesquero fuera el que cargara la droga, y después, la planeadora llegaría hasta él, repostaría y recogería el alijo para llevarlo a la costa gallega. En cambio, en esta ocasión, él aguardaría, en las coordenadas prefijadas, la llegada de la lancha y solo la proveería de combustible para que esta fuera la que alcanzase el barco nodriza y recogiera la droga... teniendo que volver a llegar hasta él para repostar otra vez, pues la capacidad del depósito de las planeadoras no era suficiente para arribar a la costa... Doble contacto; doble peligro.

Por mucho que el transporte de ese modo fuera más rápido, no valía la pena el riesgo, y así se lo había hecho saber a su socio colombiano, desde que le comunicase todos los cambios cuando no había hecho más que dejar atrás el puerto de Combarro.

—Tanto bailecito nos va a salir caro, Bermudes —le advirtió.

—Deje el azare, Literato —le había respondido—. Esa mercancía venezolana tiene mayor pureza y le sacaremos más beneficios —sentenció antes de cortar la llamada.

Y Wences apretó el teléfono móvil desechable en su puño, reprimiendo los deseos de reventarlo.

Intentó por todos los medios que la logística no se fuera a la mierda y, cuando parecía que todo iba a quedar en un mal agüero sin fundamento por su parte... *Ó carallo.*

Soñaba con los códigos de navegación, pero uno en concreto era su pesadilla, el 13: Nos pasó el avión... Y no un avión cualquiera, el del Ejército Español del Aire.

Lo único que estuvo de su lado fue que quien manejaba la lancha era el Melenas, más peligroso y



temerario a los mandos que el propio Fittipaldi en su Fórmula 1, y no lo pillarían, aunque las órdenes eran precisas: deshacerse de la mercancía y la lanzadera. ¿El resultado? Decenas de fardos flotando en la costa pontevedresa, desde Paxariñas a O Grove, y la lancha varada e incendiada en la playa da Lanzada.

A Bermudes solo le mandó un mensaje de texto que decía: «Se nos murió el gato», y eso sería suficiente para que supiera que la operación se había ido al fondo del mar... por su jodida culpa.

Sintiéndose atado de pies y manos al tener que capear el temporal, y no meteorológico precisamente, estando en mitad de la nada, dirigió a todos sus hombres, manejando la situación de forma que no tuvieran que lamentar pérdidas mayores... como si fuera poco... Mientras tanto, su móvil no dejaba de sonar, sabía que era el colombiano, pero lo dejó esperando hasta tenerlo todo controlado.

—¿Qué carajos ha sucedido? —lo oyó gritar al otro lado del teléfono.

—Un avión del Ejército Español, cuando la lancha ya iba rumbo a la costa —le respondió con todos los detalles, consciente de que era una línea segura—. Era como si supiera cuándo y dónde cazarlo —murmuró, más para él que para su interlocutor.

—¿Y la mercancía? —le preguntó con tono exigente.

—Ha pasado a ser alimento de los mejillones —repuso con sarcasmo... Como si no lo supiera—. Esta temporada van a costar su peso en oro de tan buenos que...

—No me sea pendejo...

—¡Y tú no me jodas, Gregorio! —le gritó, sin amedrentarse—. Mi mercancía sigue en Colombia, ese era el negocio que yo tenía controlado.

—Si fuera el mejor, tal y como usted dice, ese cambio no debería haberle afectado en nada —le recriminó duramente, y Wences tensó tanto las mandíbulas que le rechinaron los molares.

—En todos los años que llevo en esto jamás he tenido un puto percance, ¿me oyes? Y, ¿sabes por qué? Porque nadie mete las narices en mis operaciones, en mi forma de hacer las cosas —añadió, rojo de la rabia—. Me habéis cambiado la merca, los itinerarios, los tiempos... ¡¿Y aún no tienes los cojones de decirme por qué?! ¿De qué va toda esta mierda?

—¿Sabes la cantidad de dinero que hemos perdido? —le acusó, sin embargo, claramente con la intención de cambiar de tema.

Por supuesto que lo sabía... Cerca de cincuenta millones de euros...

—Mi vida y la de mis hombres valen mucho más que tu jodida cocaína, ¿te enteras? Sobre todo cuando no me dejan hacer mi trabajo —sentenció, sin bajar el tono—. Y si va a ser así a partir de ahora, mejor te buscas otro transporte.

Colgó. Había dejado con la palabra en la boca al capo de uno de los cárteles más peligrosos de Colombia... y se la sudaba.

Miró el teléfono desechable y, antes de deshacerse de él, volvió a teclear el código de Colombia seguido de un número que conocía muy bien. Le respondieron en el segundo tono.

—Dime quién ha sido, Tobías... quién ha intentado joderme... —pronunció, apretando los dientes.

—Antes de hablar con usted, escuché al patrón hablando con el Guajiro —le respondió, en voz baja.

El Guajiro... Sabía muy bien quién era... El que se encargaría de la mercancía una vez él hubiera hecho su parte del encargo. Pero...

—El patrón le decía que no tenía que haberle hecho caso, que se nos creció el enano por haber cambiado los planes...

—Hijo de la gran puta...

Una de sus reglas principales era que quien se hiciera cargo de la mercancía ya en la costa no debía saber nada de la ruta, de sus directrices, y el carguero, solo en el último momento, lo justo para que estuvieran listos para entregarles la droga... todo con tal evitar filtraciones, y porque no se fiaba ni de su padre... Y Bermudes lo sabía, lo sabía muy bien, por lo que, si se había dejado engatusar, solo podía significar una cosa... el Guajiro insistió más de la cuenta en cambiar las reglas del juego, ya fuera porque quería sacarlo a él del tablero o porque había algo más detrás de todo aquel movimiento: que era un soplón.

Su mente volaba a la velocidad de la luz mientras Tobías seguía hablando... Lo poco que pudiera decirle, ya no le interesaba en lo más mínimo.

—Gracias por la información —lo cortó—. Te enviaré lo de siempre —le confirmó así que le haría llegar una importante suma de dinero, como de costumbre—. Estamos en contacto —dijo antes de colgar, aunque mandó un último mensaje de texto a sus hombres en tierra antes de tirar el teléfono móvil desechable por la borda mientras se cagaba en todos sus muertos.

La verdad es que le hubiera encantado llegar al fondo del asunto, pero, si no, no pasaba nada; él no era detective privado. Sin embargo, una cosa sí que estaba clara: nadie le tomaba el pelo a Wenceslao Castro.

Estuvieron faenando, haciendo el paripé más bien, con la intención de conseguir una captura más o menos decente a la hora de presentarse en la lonja días más tarde. El viaje se le hizo eterno...

Aún no amanecía cuando avistaron la costa. Ordenó a sus hombres atracar en un pequeño y escondido embarcadero, aunque solo él bajó a tierra. Desde allí, caminó cerca de un kilómetro hasta llegar a una casita de su propiedad, oculta en el monte, y que únicamente conocía él. Antes de llegar, recibió un mensaje de parte de uno de sus hombres. «La fiesta está preparada», rezaba, y él suspiró. No era la primera vez, pero no disfrutaba con ello. Aun así, no le temblaría el pulso.

Cogió su pistola, que guardaba en una caja fuerte, y su moto del garaje, una Yamaha montañera WR450F, que solo usaba en casos de emergencia, y se dirigió a la nave industrial, situada a las afueras de Poio, un pueblo vecino a Combarro, donde se solía reunir con su gente.

Despuntaba el alba cuando llegó, recibéndolo dos de sus hombres en el interior... La escena parecía sacada de una película de mafiosos. El Guajiro estaba sentado en una silla, colocada en mitad de la nave, atado de pies y manos, amordazado y con la crisma partida. Empezó a gimotear y forcejear nada más verlo, pero en vano.

—¿Le habéis sacado algo? —preguntó, habiendo cabeceado a modo de saludo.

—Ni una palabra —dijo el Melenas, dándole un puñetazo en plena cara al venezolano, gratuito, pues el Guajiro no podía más que gemir con ese pañuelo metido en la boca. Sin embargo, entendía que el piloto quisiera desahogarse. Había estado a un paso de ser pasto de la fauna marina gallega por haber metido ese tipo las narices en sus asuntos.

Haciendo un gesto con la mano, les pidió a los dos hombres que se apartaran unos pasos. El Guajiro no le rehuía la mirada. Tenía cojones, aunque le iban a servir de poco. Se colocó delante de él, le quitó el pañuelo de la boca y le puso el cañón de la pistola en mitad de la frente.

—¿De quién ha sido la idea de joderme, tuya o de Bermudes? —exigió saber.

—Nadie ha querido joderlo, Literato —repuso el venezolano, con dificultades para respirar tras la paliza que había recibido y voz trémula... la pistola seguía apoyada en su cabeza...

—Llevo demasiados años en esto como para que creáis que me chupo el dedo, Guajiro —le advirtió Wences—. Algo hay detrás de toda esta movida.

—Creíamos que los beneficios valdrían el riesgo —gimió al sentir que apretaba el metal contra su piel.

—¿Con tan poca antelación, tantos cambios? No —decidió—. Queríais joderme —insistió, furioso—. Sacarme del negocio.

—Déjese de paranoias, hombre —insistió, tembloroso, viendo que la rabia de su captor aumentaba.

—¿Paranoias? —se rio, aunque no le divertía el asunto—. Mejor di que hombre prevenido vale por dos, y yo, ni te creo ni me fio de ti. Y me gusta dormir tranquilo por las noches.

Apretó el gatillo... sin más.

Entre las cuatro paredes vacías retumbó el estruendo de aquel disparo a bocajarro, tan violento que el cuerpo sin vida del Guajiro cayó hacia atrás, aún atado a la silla, esparciéndose sus sesos por el suelo de cemento. Y, después, el silencio... Gotas de sangre salpicaron la cara de Wences, y el Melenas le pasó su propia camisa para que se limpiase... Y seguía sin escucharse ni una palabra, ni una respiración, hasta que Wenceslao habló.

—Deshaceos de él y limpiad todo esto —les ordenó con voz gélida, un témpano, como si no acabara de ajusticiar a un hombre, asesinarlo a sangre fría.

—Sí, jefe —afirmaron ambos hombres a la vez, y él los miró, tiró la camisa inservible al suelo y se guardó la pistola en la parte trasera del pantalón. Sus hombres eran de confianza, pero también lo temían, pues eran conscientes de que no dudaría en hacer lo mismo con ellos en caso de darles un motivo, por mísero que fuera.

—Buen trabajo —les dijo en cambio, refiriéndose al Guajiro y a su actuación en la operación fallida. Sabía que no habían dejado huella alguna, ni el más mínimo rastro que guiara a los GRECO hasta él—. Os espero esta noche en el billar.

Los dos asintieron cuando él ya se marchaba, sin echar la vista atrás. Regresó a la casita y dejó tanto la moto como la pistola, y luego caminó de nuevo hasta el embarcadero.

Tal y como les había indicado, sus hombres lo estaban esperando para recogerlo y, desde allí, navegaron hasta volver a mar abierto y hacer así su entrada en el puerto de Combarro. Tras desembarcar, descargaron las cajas de caballa que habían capturado y fueron directos a la lonja, fingiendo preocupación por el precio al que podrían meterlas, como todo pescador que se precie...

Y aquí no ha pasado nada...

Camino de su casa, dejando el mar atrás, quiso hacer cuenta de que aquella pesadilla también había

acabado. Se daría una buena ducha, le echaría un polvo a su mujer, y borrón y cuenta nueva.

Sin embargo, al pasar por casa de sus padres para ir a la suya, vio un coche aparcado en la puerta que no conocía, que parecía de alquiler, incluso más movimiento de lo normal. De hecho, Vero estaba allí.

Qué narices...

Si creía que aquellos días infernales habían acabado, se equivocaba de cabo a rabo...

—Hola, Wences...

Mierda... Su hermano Darío estaba allí, terminando de echar más leña al fuego de su infierno personal.

## capítulo catorce



Hacía tiempo que Vanessa no estaba tan nerviosa... nerviosa por no decir histérica en vista de cómo le temblaban las manos mientras terminaba de meter su ropa en la maleta.

—Alejandro, ¿cómo vas? —dijo por enésima vez.

—Bien —le respondió desde su habitación el chico, igual que en las ocasiones anteriores—. ¿Cojo chaqueta?

—Y yo qué sé —murmuró para ella misma. Lo único que sabía de Galicia era lo que veía por la televisión, y siempre llovía mucho, ¿no?

«Debería haberle preguntado a Darío...», pensó, y antes de decidir si era o no una tontería, sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y lo llamó.

—Hola, preciosa —sonó la voz grave del batería al otro lado de la línea—. ¿Ya estás lista?

—He hecho la maleta cinco veces, y desecho otras tantas —le respondió, sin poder evitar que se notaran sus nervios más de la cuenta—. Y mi hijo ha terminado de arreglarlo preguntándome si cogía chaqueta.

De pronto, escuchó a Darío que se reía, y ella no supo dónde meterse.

—Te parece una gilipollez, ¿verdad? —resopló, dejándose caer en la cama.

—No, mujer —negó él con rapidez—. Es solo que se me ha pasado por la mente que tu nerviosismo, en verdad, no se debe a si tienes que llevar ropa de abrigo.

—¿Y eso te hace gracia? —replicó enfurruñada, sin tomar la precaución de desmentirlo.

—No me hace gracia. Me gusta la idea, que es muy distinto —admitió.

—Espera... ¿Crees que estoy nerviosa por irme de viaje contigo? —inquirió, fingiendo desinterés.

—¿Por qué no? Yo lo estoy... —le confesó, con ese tono profundo que hacía que a Vanessa le temblaran las piernas—. Nervioso, ansioso e impaciente.

Se quedó sin palabras, sin aliento, vibrándole el corazón...

—Y me importa muy poco la ropa que lleves —añadió, dándole ahora un aire más distendido, casi pícaro—, sino cuál sería la forma más rápida de quitártela.

La hizo reír. Y no porque Darío pudiera pasar de ser un seductor a un pillo en milésimas de segundo, sino por las mariposas que revoloteaban en su estómago.

—¿Ahora soy yo el que te resulta gracioso? —se hizo el ofendido, aunque reprimía la risa.

—Te recuerdo que viene Alejandro —quiso seguirle el juego, poniendo voz melosa.

—En Combarro hay una plaza enorme donde podemos mandarlo a jugar —sentenció, y ella soltó una carcajada—. No te rías. Te estoy prometiendo horas y horas de inmenso placer, muñeca —bromeó.

—Y yo no puedo tener este tipo de conversaciones contigo, estando mi hijo en la habitación de al lado —apuntó, divertida.

—Seguro que encuentro a alguien con quien mandarlo al cine —continuó, y Vanessa rio más fuerte—. Llévate el bikini y una cazadora por si refresca por la noche —le dijo entonces, un poco más serio.

—Vale...

—Y no olvides lo que te he prometido —agregó.

—Imposible hacerlo —susurró ella, sin negarse a admitir que lo deseaba.

—Bien... Te recojo dentro de un rato —se despidió.

—Hasta ahora —le respondió antes de colgar.

Con aquella promesa que la recorría por entero como un soplo cálido, terminó de hacer la maleta y, a la hora prevista, Darío llamó al timbre de su casa, corriendo ella a abrirle.

—Hola —lo saludó, dándole él un beso en los labios y que la joven interrumpió bruscamente al llegar Alejandro al recibidor, detalle que no le pasó desapercibido al batería.

—¡Hola, Darío! —exclamó el chico, muy animado, portando una bolsa de deporte con sus cosas.

—El taxi está esperando en la puerta —le dijo, despeinándolo sonriente, a modo de saludo.

—Entonces, voy llamando al ascensor —se ofreció él, tras lo que salió.

Vanessa fue a por su maleta, que había dejado en el pasillo y, cuando iba a ir a la puerta para salir también, Darío la detuvo, cogiéndola por un brazo.

—Perdona si...

—No pasa nada —murmuró, un tanto avergonzada—. Ya le he dicho a Alejandro que estamos saliendo —le contó—, pero una cosa es que lo sepa, y otra, que lo vea.

—¿No lo aprueba? —preguntó, preocupado—. Si quieres que hable con él...

—No es por Alejandro —lo interrumpió, cerrando los ojos un instante, apurada—. Es por mí. Es la primera vez que yo...

Darío tiró de ella y la besó, despacio, y Vanessa creyó que se derretiría allí mismo, en su recibidor, atrapada por los brazos y la boca de ese hombre que la cautivaba sin poder hacer nada por remediarlo... como si quisiera hacerlo.

—Para mí, tú también eres mi primera vez en muchas cosas —le susurró él al oído—. ¿Y sabes cuál es la más importante de todas?

Contuvo la respiración... No, no podía decirle que...

—Sentir —murmuró, mirándola con aquellos ojos oscuros que la traspasaban.

Vanessa se estremeció de pies a cabeza y soltó el aire, lento. No había pronunciado la palabra prohibida, la que empezaba por *A*, aunque, para el caso... Y ella no podía estar más de acuerdo... porque lo sentía todo...

—¡Mamá! Ya está aquí el ascensor —escucharon a Alejandro desde el rellano.

—Está entusiasmado desde que le hablaste de los hijos de tu hermana Cristina —dijo Vanessa, cogiendo su maleta.

Sin embargo, Darío se la quitó de la mano para ser él quien la llevara, aunque ella lo detuvo a verlo fruncir el ceño, plantándose delante de él. El batería la miró un tanto extrañado.

—Van a ser unos días estupendos para nosotros dos —le aseguró con una sonrisa.

—Para los tres —se incluyó él, señalándose con el dedo y relajando el semblante.

—Entonces, deja de preocuparte —le pidió—. Total, si veo algo que no me gusta, cojo mis cosas y me subo al primer avión que salga para acá —bromeó, cruzándose de brazos con gesto disconforme.

—Eso, ni de coña —le advirtió, agarrándola de la cintura con el brazo libre y atrayéndola hacia él—. No te vas a alejar de mí ni medio metro, ¿está claro? —Y sentenció lo que pretendía ser una orden con un breve pero ardiente beso.

—Creo que me has convencido... —murmuró ella, mordiéndose el labio inferior que aún conservaba su sabor varonil.

—¡Mamá! —insistió Alejandro, y Vanessa se echó a reír.

—Creo que está más nervioso que tú —aventuró Darío, riendo también. Ella guardó silencio, pensando para sus adentros que era imposible, mientras se dejaba llevar por el batería que, con la maleta en una de sus manos y rodeándole la cintura con la otra, la condujo hasta la puerta.

Solo la soltó lo justo para dejarla cerrar la puerta con llave y volvió a cogerla y a apretarla contra su costado. ¿Se estaba poniendo colorada? Eso parecía, y él lo disfrutó, guiñándole un ojo a Alejandro, quien sonreía al mirarlos.

El taxi no tardó en llevarlos al aeropuerto de Manises. Darío se escudó tras unas gafas de sol, ocultó su cabello bajo una gorra y caminaba con la cabeza gacha, escondiendo su rostro con ayuda de la visera... todo ello para pasar desapercibido. Aunque también ayudó bastante el hecho de que no viajara con sus dos compañeros, pues la gente estaba acostumbrada a verlos juntos, por lo que pudieron embarcar sin que ninguna fan los abordara.

Ya en el avión, Vanessa se sentó al lado de su hijo, y Darío cerca de ellos dos, cruzando el estrecho pasillo, en la otra fila de butacas. Alejandro estaba especialmente emocionado, ya que era la primera vez que subía a un avión, y su madre no podía evitar sonreír con cada una de sus reacciones.

Tras escasas dos horas, arribaron al aeropuerto de Santiago de Compostela. A Vanessa le recordó mucho al de Manises, aunque le pareció algo más pequeño. Como solo iban a estar allí unos cuantos días, llevaban muy poco equipaje que no fue necesario facturar, así que fueron directos a la oficina de alquiler de coches. Y fue al coger la autopista, dirección Pontevedra, cuando Vanessa se vio inmersa en otro mundo. Se rio de sí misma al recordar sus pensamientos de hacía unas horas... La televisión no le hacía justicia a aquella tierra, aquel paisaje lleno de belleza y magia. Bajó la ventanilla para disfrutar de la brisa, de ese olor a verde... un tapiz brillante que lo cubría todo, no solo de color, sino de vida, de alma...

Colocó los antebrazos cruzados en la ventanilla bajada y apoyó la barbilla, suspirando. Seguro que

parecía una boba, pero aquello era demasiado bonito como para desaprovechar la ocasión de disfrutar del paisaje. Además, tenía que reconocer que le daba mayor encanto que Darío hubiera nacido allí.

—¿Te gusta? —le escuchó preguntarle, y ella se giró hacia él.

—Muchísimo —no dudó en contestarle, y una gran sonrisa se dibujó en el rostro masculino.

—Había pensado ir, en cuanto lleguemos a Combarro, a casa de mis padres para ver a mi abuela —le comentó—. Al mal paso, darle prisa —añadió con humor, aunque apretaba con fuerza el volante.

—¿Saben qué vamos? —le preguntó.

—Ella sí, nos estará esperando —le confirmó—. Lo que no sé es a quién se lo habrá dicho.

—Puede que nos reciba todo Combarro, a lo «Bienvenido, Mr. Marshall».

Darío no pudo evitar soltar una risotada. La cogió por la barbilla y le dio un rápido beso.

—Mira la carretera, anda —lo regañó ella, pegándole en el brazo, aunque sonreía, azorada.

—Vas a tener que acostumbrarte —le dijo él por lo bajo, divertido—. No pretenderás que esté sin besarte hasta que volvamos a Valencia.

Ella echó la vista atrás, mirando a su hijo, quien no estaba al tanto de su conversación pues iba mirando por la ventanilla, disfrutando de las vistas. Así que, se inclinó hacia Darío, lo cogió por la nuca y le respondió con otro beso en los labios.

—¿Ahora quién es la temeraria? —bromeó, aunque su sonrisa de medio lado dejaba patente que le había gustado aquel impulso.

Combarro estaba muy cerca de la ciudad de Pontevedra. Enclavado en una de las riberas de las *Rías Baixas*, era el típico pueblo marinero, con calles estrechas que desembocaban en el mar, como pequeños arroyos, y plagadas de casas de piedra clara y tejas de color rojizo. Y el salitre se pegaba a la piel, como una marca indeleble, asegurándose de que penetraba tan profundo que se tornaría inolvidable.

La joven observó a Darío, que caminaba a su lado con la mirada hacia el frente y, a pesar de su aspecto, greñudo, con barba y vestido de cuero, encajaba allí; Vanessa sentía que había algo impalpable, casi mágico, un vínculo entre él y esa tierra que los unía para siempre, a pesar de la distancia que se empeñara en poner de por medio.

De pronto, el joven se detuvo delante de una de aquellas casas de tres plantas. Cabría pensar que abriría con la llave, al fin y al cabo, era su casa, y, sin embargo, llamó al timbre. Una mujer, de unos cincuenta años, de apariencia modesta y piel morena, curtida por el sol, les abrió. Vanessa supuso que era su madre. Por su expresión carente de sorpresa ya sabía de su llegada. La joven pudo apreciar en sus ojos, oscuros como los de su hijo, que se alegraba de verlo, pero echó la mirada atrás, cohibida, y corrigió su semblante, pareciéndole más seria ahora.

—Hola, mamá —dijo él, confirmándole así quién era.

—Hola, señora Elvira —la saludó Vanessa, sonriente, y un tanto nerviosa... ¡Era la madre de Darío! Se sentía como una quinceañera...

—Hola, pasad —les respondió, con tono seco, desinflándose el entusiasmo de la joven.

Ni un beso de bienvenida a su hijo, ni una sonrisa... No es que ella esperase que los recibieran con



pancartas y pompones, pero fue demasiado frío. Una punzada le cruzó el pecho al entrar a aquella casa y toparse con la mirada gélida de su padre... ¿Quién más podía ser aquel hombre que los veía llegar, plantado en mitad del salón, y cuyos rasgos había heredado Darío indiscutiblemente? Aunque aquella desazón no se debía a que ella pudiera sentirse incómoda por la situación, lo lamentaba por él, pues no creía que lo mereciera. Sabía que el joven había sido un tanto ambiguo a la hora de explicarle lo sucedido años atrás, lo que desembocó en esa relación tan distante. Pero ni que hubiera asesinado a alguien... y para ser la oveja negra de la familia, el tío lo estaba haciendo muy bien, triunfando y labrándose un buen futuro, a pesar de no seguir el rumbo que su familia y la tradición le marcaba.

—Cuando tu abuela me dijo que venías, no me lo terminaba de creer —fueron las palabras elegidas por su padre para ese reencuentro.

—Yo también me alegro de verte, papá —replicó Darío, haciéndole una mueca de reproche por ser tan arisco, aun cuando venía acompañado.

—Hola. Yo soy Vanessa, señor Abel —se presentó ella, acercándose y alargando la mano, ofreciéndosela, y que el padre de Darío aceptó, aunque reticente—. Este es mi hijo, Alejandro —añadió, y el chico, imitó a su madre, estrechándosela al hombre con decisión, quien lo observó sorprendido.

—Encantado de conocerle —dijo el chaval, escapándosele una sonrisa de orgullo a Darío.

—Esto es precioso, estoy deseando conocer el resto del pueblo —agregó ella, queriendo alabar el lugar, aunque, en realidad, apenas si había visto algo...

Craso error.

Abel lanzó una risotada bastante desagradable que le hizo dar un respingo.

—¿Y quién le va a hacer de guía, tú? —Señaló a su hijo de forma desdeñosa.

—Abel...

—Déjalo, mamá —la cortó Darío, sin querer darle importancia.

—¿Pretendes presumir delante de tu novia de lo que renegaste hace tantos años? —insistió, sin embargo, su padre.

—Yo no reniego de mis orígenes —espetó el batería, apretando los puños—. Es cierto que no quise seguir tus pasos...

—Los de toda la familia —lo acusó su padre, endureciéndose su semblante.

—Abel, por favor... —quiso volver a intervenir su madre, pero su marido sacudió la mano bruscamente, haciéndola callar, por lo que Elvira terminó sentándose en el sofá, resignada, y quedando al margen.

—Sí —respondió Darío, alzando la barbilla, sin amedrentarse, y eso que su padre era tan alto como él—. Pero sigue siendo la tierra donde nací...

—Y esta, mi casa —irrumpió de pronto su abuela, plantándose entre ellos—. Y mi nieto siempre será bien recibido en ella, ¿está claro? —se le encaró a su hijo, clavándole el dedo índice en el centro del pecho—. Si no te gusta, te vas. En el barco tienes sitio de sobra donde dormir...

—Pero *miña nai*... —exclamó él poniendo los brazos en jarras, sin poder creer lo que le estaba

diciendo.

—¡Ni madre ni leches en vinagre! —replicó ella, alzando la vista hacia él, tan furiosa que daba miedo.

La señora Carmen era tan menuda que Vanessa se preguntaba cómo vino a engendrar a un hombre tan fornido como Abel. Eso sí, tras aquellas canas y esa carita de anciana entrañable, se escondía una mujer con un buen par de ovarios que no se dejaba intimidar por ese despliegue de testosterona.

—El niño ha venido unos días a vernos y...

—Di mejor que ha venido a verte a ti —replicó de malas maneras.

—Y no ha venido solo, por si no te has dado cuenta —continuó ella, ignorándolo como si fuera la pataleta de un crío pequeño—. No pienso consentir broncas en mi casa —le advirtió—. Así que, si solo vas a comportarte como un troglodita, más vale que te vayas a... ¡a freír puñetas! —sentenció, alargando el brazo y señalando la puerta.

Abel no replicó, aunque lanzó un bufido, inútil pues su madre no era de las que daba su brazo a torcer. Le echó una mirada matadora a Darío y, con las orejas gachas, se marchó.

Entonces, Vanessa dejó escapar el aire, que no se había percatado que retenía en los pulmones, y su gesto de alivio no le pasó desapercibido a la anciana.

—Siento mucho que hayas tenido que presenciar la escenita —lamentó, acercándose a darle un par de besos en las mejillas.

—No se preocupe, señora Carmen —le respondió, sin darle importancia, sobre todo cuando Darío ya le había puesto al tanto de la situación. Además, comparado con su padre, Abel era un santo.

—Déjate de llamarme señora y de usted —le dijo ella en tono afable y mirándola con picardía—. No me habías dicho que era tan guapa, *pillabán* —le reprochó a su nieto, sonriente, tirándole de la barba.

—*Avoiña*... —murmuró él, rascándose la nuca, apurado.

—¿Es que no lo soy? —preguntó Vanessa, siguiéndole el juego a Carmen, y haciéndolos reír a ambos.

—Me gusta tu chica —decidió ella—. Y tú debes ser Alejandro, ¿no? —dijo entonces, girándose hacia el niño, que asentía.

—¡*Avoa* Carmen! —se oyó de pronto la voz de una niña, de unos seis años, que entraba en el salón corriendo, acompañada de otro niño, un par de años mayor.

Vanessa supuso que eran los sobrinos de Darío, y, tras ellos, entraron dos mujeres. Una de ellas, habría podido jurar que era su hermana, pues era clavada a él, y la otra joven no imaginaba quién sería, pero no le gustó nada la forma en que la estudió, de arriba abajo.

—Hola... —Se acercaron los niños con curiosidad.

—Mira, Alejandro —Darío le pasó el brazo por los hombros—, estos son Emilio y Ana —los presentó.

—¿Quieres que vayamos al patio a jugar? —le preguntó su sobrino al chico. Entonces, Alejandro, miró a su madre, quien asintió, saliendo a la carrera los tres niños en dirección contraria a la que se había ido Abel.

—Con cuidado —les pidió la mujer morena, llamando de nuevo la atención de Vanessa.

—Ellas son Cris y Vero —le indicó el batería, con rapidez y un tanto tenso.

La joven, aunque se percató de ello, hizo como si nada y se aproximó a las dos mujeres en actitud cordial para saludarlas con sendos besos en las mejillas.

—Por fin conocemos a la famosa Vanessa —dijo la tal Vero con un tono que pretendía ser simpático, pero sin conseguirlo, y que a ella tampoco le pasó desapercibido.

—El caso es que yo también había oído hablar de Cristina, aunque no de ti —apuntó, intentando que pareciese un comentario de lo más inocente.

—¿Ah, no? —inquirió, mirando a Darío, molesta—. Pues yo soy...

—La mujer de mi hermano Wences —la cortó el batería, girándose hacia Vero y lanzándole una mirada de advertencia que solo ella podía ver—. ¿Dónde está tu marido?

—Faenando —le respondió, cruzándose de brazos y girando la cara, rehuyéndole—. Pero me dijo que estaría aquí para el Corpus.

Y Darío se encogió de hombros, haciendo una mueca, como si, en realidad, esa información le trajese sin cuidado.

—¿Os quedáis a comer? —rompió su madre aquel momento que comenzaba a ser tenso. Su hijo la miró y vio que Cristina se había sentado con ella.

—No, mamá —respondió él con rapidez—. Y nos vamos ya, que la visita de médico se está alargando más de la cuenta —añadió, malhumorado—. ¡Alejandro! Nos vamos —llamó al chico con potente voz.

Pero el niño aún no volvía cuando un hombre irrumpió en la sala. Vanessa no tuvo ninguna duda de su identidad. El pelo tan negro como el de Darío, aunque más corto, y sin barba, pero igual de musculoso y casi tan alto como él, era una copia suya, con unos cuantos años menos y cierto aire pernicioso en su rictus que a Vanessa le dio escalofríos.

—Qué narices... —masculló el tipo por lo bajo al verlos allí.

Darío se giró hacia el recién llegado y resopló.

—Hola, Wences.

## capítulo quince



—¿Qué haces aquí? —fue la desairada demanda de su hermano, y Darío lanzó una risotada.

—¿Ahora te tengo que pedir permiso para venir a mi casa? —inquirió, sarcástico—. Esto va a ser más divertido de lo que pensaba —dijo por lo bajo, aunque lo oyeron todos, y cogió a Vanessa por los hombros, acercándola a él.

—Esta no es tu...

—¡Más vale que te calles! Esta casa es tan suya como tuya —le advirtió su abuela, saliéndole al paso—. Acabo de mandar a tu padre a dormir al «Carmen». Si no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer. Quédate en tu puñetera casa con tu mujer hasta que ellos se vayan. ¿Está claro? ¿¡Está claro!>? —insistió ante su silencio.

—*Avoïña*, tu corazón —intervino Cristina, queriendo poner calma.

Sin embargo, Carmen seguía mirando a su nieto pequeño, esperando una respuesta, que llegó en forma de cabeceo, acompañado de un resoplido.

—Darío y sus invitados se van a quedar unos días en el pueblo —le anunció a él y a todos—. Quien no sepa comportarse como gente civilizada, que no asome la nariz por aquí —añadió, recorriendo con la mirada a su familia—. Por Dios, *filliña*, menuda primera impresión más mala te habremos dado —se dirigió ahora a Vanessa.

—No se... No te preocupes, Carmen —respondió ella mientras Darío la apretaba un poco más contra él—. Como se suele decir, en todos lados cuecen habas.

—Y para que no terminen pegándose a la olla, mejor nos vamos —decidió Darío, viendo por el rabillo del ojo que Alejandro llegaba al salón. Se inclinó hacia su abuela y la besó en la frente—. Gracias, *avoïña* —murmuró.

—¡Buenas a todos! —se escuchó, de repente, una voz masculina en la entrada de la sala.

—*Ala carallo!* —resopló Darío, poniendo los ojos en blanco—. Esto parece el camarote de los Hermanos Marx.

—La puerta estaba abierta —aclaró, señalando a su espalda—. ¿Dónde está el rockero más famoso de todo Combarro? —exclamó después aquel hombre, en tono dicharachero.

—Creo que soy el único —replicó el batería, alzando una ceja y estudiando al tipo unos segundos, hasta que se fundieron en un abrazo fraternal.

Vanessa sonrió. Ese hombre bien podría formar parte de la familia, pues era casi tan corpulento como Darío y también moreno. Sin embargo, le chocó que hiciera referencia a la música, a la profesión del joven, en una casa en la que aquello era tema de disputa.

—Soy tu amigo, si no te hago yo la pelota, ¿quién? —bromeó cuando se separaban, reparando entonces

en Vanessa—. Vaya, vaya... ¿Las chicas guapas forman parte de tu oficio? —se burló de él, y Darío le lanzó una fingida advertencia con la mirada.

—Las manos quietas —le dijo, viendo que se acercaba a ella para saludarla.

—Solo voy a prevenirle de lo aburrido que eres —alegó mientras le besaba las mejillas, haciéndola reír—. Me llamó Iago.

—Yo soy Vanessa, y tranquilo, si quiero cambiar de guía, te aviso.

—Aléjate de ese liante, muñeca —se rio el batería, aunque se colocó a su lado y la cogió de la cintura—. Porque estoy seguro de que, si has venido tan pronto a buscarme, es por algo.

—¿Cómo me conoces? Qué *riquiño* —añadió con cachondeo, tirándole la barba, y recibiendo un manotazo por parte de su amigo.

—Tienes de tiempo para explicármelo de aquí al coche, y está aparcado muy cerca —le avisó, alzando la barbilla y haciéndole una seña en dirección a la puerta para que saliera—. Andando.

—Hasta luego —se despidió de todos, obedeciendo.

Darío, por su parte, se giró a ver a su familia. Cristina seguía en el sofá con su madre, pero estaban conversando con los niños y Alejandro; Wences y Vero estaban en un rincón, hablando en voz baja, malhumorados, lanzándole miradas esquivas al amigo de Darío; y su abuela, en cambio, estaba pendiente de su conversación con Iago.

—A ver si no te voy a ver el pelo en estos días —murmuró Carmen, un tanto apenada.

—*Avoña*, hoy quiero darles una tregua, para que se hagan a la idea —bromeó refiriéndose a su familia, aunque también en un susurro, y poniéndole la mano en el hombro—. Pero, a partir de mañana, me tendrás hasta en la sopa.

—A ver si es verdad —lo retó ella, con una sonrisa. Luego le dio un beso en la mejilla, bueno, uno no, porque fue uno de esos patentados por las abuelitas con el que dan diez besos por segundo, y se despidió de igual modo de Vanessa y Alejandro—. Para mañana, espero haber metido a mi familia en cintura. Malo será... —gruñó con obstinación.

—Hasta luego —se despidió de la anciana, sonriendo, mientras Darío tiraba de ella. Se notaba que necesitaba largarse de allí. Salir a la calle, al aire libre, era como dejar atrás el infierno.

Una vez comenzaron a caminar, Darío le dio un par de suaves collejas a su amigo, aunque cargadas de intención.

—A ver, Iago, me he hecho el que no sabe para no hablar del tema delante de mi familia, pero ya sabes mi respuesta —le recordó.

—Pretendía utilizar a tu novia para que te persuadiera a mi favor —reconoció sin intención de ocultarlo.

—Gracias por tu voto de confianza —exclamó ella, divertida—. ¿Para qué noble causa debo invertir todo mi esfuerzo y desplegar mis encantos? —le siguió el juego.

—Iago...

—Quiero que toque en la procesión del Corpus Christi —dijo, alejándose de Darío y colocándose al

lado de la joven.

—¿Cómo? —preguntó ella, asombrada, incluso ralentizó el paso.

—Joder... —masculló el batería, pasándose la mano por la cara—. Ya te dije que no cuando me llamaste...

—Formo parte de la agrupación cultural folclórica —le contó Iago a Vanessa, ignorando deliberadamente a su amigo—. Nosotros nos hacemos cargo de la música procesional. Contamos con gaiteros, tamborileros, panderetas y un par de bombos —añadió con orgullo—. Y sería un gran impulso para la agrupación y la fiesta si un músico célebre tocase con nosotros, en la procesión.

—No soy célebre —espetó Darío, un tanto molesto ante su insistencia—, y no pienso disfrazarme de monigote para ser uno de tus tamborileros.

Como ya habían llegado al coche, abrió la puerta del conductor, queriendo dar la conversación por finalizada, aunque a Vanessa parecía interesarle el asunto.

—¿Disfrazarse? —preguntó con curiosidad.

—Con lo de monigote se refiere al traje regional —respondió Iago, haciéndole una mueca de reproche a su amigo—. A tu abuela le hace mucha ilusión.

—No me jodas que se lo has dicho —resopló, poniendo los brazos en jarras.

—La idea fue suya —le aclaró, con un deje de suficiencia—. Ella sacó el tema a colación cuando me contó que veníais para el Corpus.

—Me cago en... —Darío apoyó las manos en la parte superior de la puerta del coche y, sobre ellas, la frente, completando aquel impropio en voz baja.

—Piénsalo, hasta pasado mañana...

—No tengo nada que pensar, Santiago —decidió, entrando en el coche—. ¿Nos vamos? —se dirigió ahora a Vanessa, quien obedeció.

Con rapidez, ayudó a su hijo a subir y, cuando iba hacia la parte del copiloto, Iago ya le abría la puerta. Porque sabía que, cuando Darío lo llamaba por su nombre completo, era el punto y final de la discusión, pero, tal vez, ella...

—No te prometo nada —le dijo la joven en voz muy baja, y el hombre asintió, resignado.

Darío, por su parte, arrancó, y levantó una mano, despidiéndose de su amigo, tras lo que un denso silencio se instauró en el habitáculo. Vanessa se vio invadida por sentimientos encontrados. Por un lado, el hecho de que hubiera conocido a la familia de Darío era una señal inequívoca de que su relación avanzaba, aunque, ¿hasta qué punto? ¿Acaso habían alcanzado el nivel en el que Iago creía que estaban, como para creer que ella podía influir de algún modo en sus decisiones? Y, la verdad, no le apetecía tentar a la suerte... ¿Y si Darío la «invitaba» a no meter las narices en sus asuntos? Un regustillo amargo le llenaba la boca solo de pensarlo...

Se percató entonces de que salían del casco urbano y tomaban una estrecha carretera, con dirección a la costa hasta que, poco después, Darío se detuvo frente a una casa, y Vanessa se giró a mirarlo, atónita.

—Dime que vamos a visitar a un familiar tuyo ricachón —le dijo, y el joven se echó a reír.

—Me temo que no. Es mi casa —le confirmó mientras ella seguía con la boca abierta.

Porque, más que una casa, aquello era una mansión, por grande y espectacular. Como la mayoría en el pueblo, era de piedra y con cubierta de teja, y contaba con dos pisos. Además, estaba enclavada en un suave promontorio, salpicado con árboles y vegetación, garantizando la elevación del terreno unas vistas magníficas.

Cuando Vanessa reaccionó, Darío ya estaba abriéndole la puerta y ofreciéndole la mano para ayudarla a salir. Incluso Alejandro lo había hecho ya.

—Espero que tu silencio sea una señal de que te ha gustado —murmuró él en su oído tras sacar las maletas del coche.

—Me encanta —admitió, dando un par de pasos, aunque se detuvo para seguir observando la casa—. ¿Seguro que es tuya? —añadió, haciendo que él soltara una carcajada.

—Si quieres te enseño los papeles de la hipoteca —bromeó, empujándola suavemente del hombro para que recorriese aquel caminito de grava que llevaba a la puerta principal—. ¿Qué? —le preguntó al verla pensativa.

—Pues que tenía entendido que apenas venías a Galicia —respondió con cautela.

—Y así es —afirmó, pesaroso, deteniéndose frente a la puerta y girándose a mirarla—. Digamos que la esperanza es lo último que se pierde.

Y ella comprendía a qué se refería: a que, un día, las cosas con su familia se solucionaran. Comprar esa casa en Combarro era como negarse a desvincularse de ellos por completo.

—Pasad —les dijo entonces, tras abrir la puerta, y si a Vanessa le había impactado el exterior de la casa, el interior ya la dejó sin respiración.

La decoración era de estilo rústico, con vigas de madera que recorrían todo el techo. Entraron directamente a un salón-comedor y lo primero que llamó la atención de la joven fue un precioso piano de pared, situado al fondo. Los muebles también era rústicos, y le gustó el detalle de que la mesa auxiliar cercana a los sillones fuera un arcón de madera. Y esa prometedora chimenea...

Habían dejado las maletas en mitad del salón, pero antes de que Darío les mostrase el resto de la casa, fue hacia una puerta acristalada situada al fondo, y abrió las cortinas. Vanessa no pudo reprimir una exclamación de asombro... Desde allí se veía el mar, pero no en la lejanía, no. A solo unos cuantos pasos, a través de un caminito de gravilla, se alcanzaba la orilla, como si tuvieran su trocito privado de playa, exclusivamente para ellos.

—¿Quieres que te enseñe el resto de la casa? —bromeó el batería, al verla tan impresionada—. Ahora ya sabes por qué te dije que trajeras el bikini —agregó, guiñándole el ojo, y haciéndole una seña para que lo siguieran.

Subieron al piso de arriba, llegando a un corredor que distribuía las habitaciones. Darío fue indicándoles cuál era el dormitorio de cada uno. Todos contaban con suficiente espacio para una cama de matrimonio, un sillón, un escritorio... a excepción del de Darío que también tenía baño; Vanessa y su hijo compartirían el que se situaba entre sus habitaciones. Y, por último, al fondo, se encontraba la estancia favorita del joven: su estudio.

—Hala... —exclamó Alejandro al entrar.

Una imponente batería situada en el centro de la sala era la protagonista, aunque también había un piano de cola, varias mesas, y equipos de sonido y grabación.

—Alejandro, no toques nada —le advirtió su madre, cuando se acercaba a la batería, y el niño se giró hacia ella, con expresión de culpabilidad.

—Déjalo —le dijo Darío, quitándole importancia—. Estáis en vuestra casa, y no me gustaría que me estuvierais pidiendo permiso para ir al baño o coger algo de la nevera —añadió, y Vanessa se lo agradeció con una sonrisa.

—Hablando de eso —cayó en la cuenta—. Habrá que ir a comprar...

Él no la dejó terminar. Le cogió la mano y tiró de ella, guiándola de nuevo al piso de abajo y entrando en la cocina. Entonces, abrió la nevera y pudo comprobar que estaba bien provista de todo.

—Pero... ¿cómo...? ¿Tu abuela...?

—¡No! —se rio él—. La pobre no está para esos trotes. Contraté a un matrimonio del pueblo para que se encarguen del mantenimiento de la casa —le aclaró—. Les comenté que veníamos y me han hecho el favor de hacer la compra.

—Veo que lo tienes todo previsto —apuntó ella, mirando a su alrededor y apoyando la espalda en la bancada.

Darío se acercó a ella. Apoyó las manos en el mármol, colocándolas a ambos lados de las caderas de la joven, y la aprisionó con su cuerpo. Sus labios no tardaron en buscar los suyos, recorriéndolos en un beso ardiente y lleno de promesas.

—Todo no, muñeca, pero casi —alardeó él, golpeando ella su brazo.

—Presumido. —Le hizo un mohín.

—No... Es solo que me gustaría que estos días fueran perfectos —murmuró acariciando su rostro, observándola de una forma tan intensa que Vanessa se estremeció—. Aunque me temo que hemos empezado las vacaciones con mal pie.

—Si lo dices por tu familia, no te preocupes —le aseguró, encogiéndose de hombros—. Pensaba que sería mucho peor.

—No te creo —le rebatió él, muy serio y preocupado—. Yo mismo no sabía dónde meterme con el numerito que ha montado mi padre, primero, y mi hermano, después.

—No es para tanto —insistió ella—. Al menos, ninguno de los dos te ha llamado ramera.

Darío suspiró con pesar, mortificado, y la abrazó fuerte.

—Tú no eres... —gimió. Se le revolvían las tripas solo de pensarlo.

—Lo sé —le respondió, refugiándose en su pecho—. Pero lo malo es siempre mucho más fácil de creer, y así fue durante una larga temporada.

—Vanessa...

—Tranquilo —le dijo, apartando el rostro para mirarlo—. Esa esperanza de la que hablabas, yo la perdí



hace tiempo —admitió—. Sin embargo, la tuya no es una causa perdida —lo animó.

—No sé... —susurró, abatido.

—Tu abuela ha prometido meterlos en vereda —le recordó, con la intención de hacerlo sonreír—, y por lo que he visto, es muy capaz de hacerlos desfilan mañana hasta su casa.

—No tenemos por qué ir, si no quieres —le propuso con prudencia—. Mi intención es que lo paséis bien estos días, no que te llesves sorpresas desagradables, como la de hoy.

—No me he encontrado con nada de lo que no me hubieras avisado ya —lo tranquilizó ella, y cuando él la miró de reojo, sin terminar de creérselo, Vanessa volvió a asentir, aunque, de pronto, temió haber afirmado demasiado rápido, pues sí había algo con lo que no contaba: la tal Verónica. Recordar su forma de estudiarla, el escrutinio de sus ojos, despertó ese sexto sentido que le decía que algo no terminaba de encajar. ¿Intuición femenina? ¿Simple recelo? No lo sabía, y a punto estaba de preguntarle por ella, cuando escucharon el redoble de un tambor que venía del piso de arriba.

—¿Alejandro? —inquirió Darío, haciéndole a Vanessa una mueca de extrañeza. Porque, aquel redoble, no sonaba nada mal—. ¿Sabe tocar la batería?

—Bueno, tanto como saber... —carraspeó, un tanto incómoda, alejándose un poco de los brazos de Darío—. Y eso que le he dicho que no toque nada —refunfuñó por lo bajo, mirando hacia la puerta. De pronto, echó a andar, pero él la detuvo cogiéndole el brazo.

—¿Qué tiene de malo que al niño le guste tocar? —inquirió un tanto molesto—. ¿Va a resultar que eres de la misma opinión que mi familia?

—¿Qué? ¡No! —exclamó, alarmada—. No lo estás entendiendo... Mi hijo te admira, no como una de tus *groupies*... Te admira de verdad.

Darío la soltó, aunque no dijo nada, esperando a que terminara de hablar para, así, comprender.

—Aún llevaba pañales cuando no hacía más que ver los videos de vuestras actuaciones, una y otra vez, y no sabes la cantidad de cacerolas que he tenido que tirar a la basura, abolladas, porque las usaba como tambor.

—¿Cómo...? —murmuró asombrado, a la vez que halagado.

—Ahorró hasta el último euro para comprarse una batería de juguete —alegó ella con una tímida sonrisa de orgullo—. La tiene en la habitación de juegos.

—No pasamos de su cuarto —negó—. ¿Por qué no me ha dicho nada? —preguntó, pensativo.

—Le da vergüenza —le aclaró ella—. Me imagino que estar frente a una batería de verdad ha sido una tentación tan grande que no ha podido resistirse.

—¿Vergüenza? Estuvimos toda una tarde peleándonos con aquella flauta diabólica. ¿Qué hay más vergonzoso que eso? —apuntó un tanto dolido.

—Que tu ídolo, quien para ti es el mejor batería del mundo, piense que eres malo, que se ría de ti —le respondió, y el malestar de Darío se transformó en pesar.

—¿Qué...? Jamás me reiría de él. Yo... Él no puede pensar que yo... —balbuceaba.

—No lo juzgues tan duramente —le pidió en tono suave—. No es más que un niño.

—No es eso —soltó, apoyándose en la bancada y mesándose el cabello, inquieto—. Es que... Yo nunca haría con él lo que mi padre hizo conmigo. Siento verdadero cariño por Alejandro, y si quiere mi apoyo, lo tendrá —dijo con mayor seguridad ahora.

A Vanessa le dio un vuelco el corazón oírlo hablar así, la forma en la que se refería a la relación que deseaba tener con su hijo.

—¿A pesar de lo que pase con nosotros? —le planteó, temerosa—. Ese era otro motivo por el que no quería que tú y yo... —Cerró un instante los ojos y tomó aire—. Si esto sale mal, yo no seré la única que sufrirá, Darío.

Él caminó hasta ella y le tomó las mejillas entre ambas manos, muy serio, demasiado, traspasándola con la mirada mientras acariciaba sus labios con el pulgar.

—Si esto sale mal, seremos tres los que sufriremos. Vanessa, yo...

El fuerte sonido de unos platillos los sobresaltó, rompiendo la conversación, y la joven no supo si agradecerlo o lamentarlo. Darío miró hacia la puerta y echó a andar con la intención de ir en busca de Alejandro, así que ella lo detuvo.

—Darío...

—Confía en mí —le pidió, dirigiéndose sin más demora al piso superior, seguido de Vanessa.

Llegó al estudio y se detuvo en el quicio de la puerta, observando al niño. Se perdía tras la inmensa batería... Claramente, le faltaba técnica y se notaba a una legua que ejecutaba los movimientos por intuición, por imitación... imitándolo a él... Un cosquilleo lo recorrió de pies a cabeza.

—Así que sabes rufar —dijo, asustando al chico, que dio tal respingo mientras escondía las baquetas tras su espalda que a punto estuvo de caer de la banqueta—. Vuelve a tocar ese redoble —le pidió, caminando hacia él.

Alejandro miró a su madre, que asintió con la cabeza desde la puerta, y luego volvió la vista hacia Darío, que se había colocado a su lado.

—Pero ejerce un poco más de presión con las baquetas sobre la caja —añadió, haciéndole una seña para alentararlo.

Así que, el pobre tragó saliva, respiró hondo y obedeció.

—Eso se llama redoble cerrado —le indicó, y el chico afirmó con la cabeza, sudando frío de los nervios—. Observa esto.

Darío le cogió las baquetas y comenzó a tocar, algo bastante sencillo y repetitivo.

—Esto es un redoble de cinco y esto, un flam —lo instruyó—. Forman parte de lo que se llaman rudimentos, ¿entendido? Ahora, hazlo tú.

El chico lo miraba con la boca abierta, porque él esperaba una bronca por parte de Darío al haberlo descubierto, no una clase de percusión.

—¿Lo has pillado o quieres que lo repita? —le preguntó, ceñudo, al ver que no se movía.

—No, no —respondió, y sin dilatarlo más, le quitó los palos y lo imitó.

El batería, mientras tanto, no podía evitar sonreír... Ese niño era un diamante en bruto, y le ponía más pasión que más de un baterista profesional que conocía. Le puso una mano en el hombro, apretádoselo, y le guiñó un ojo a su madre. Entonces, Alejandro dejó de tocar y se giró hacia él.

—Creo que estás listo —dijo Darío, cruzándose de brazos.

—¿Listo para qué? —le preguntó con su voz de niño temblorosa.

—¿Te apetece tocar conmigo? —Levantó una ceja, haciéndose el interesante.

—¿Contigo? —El chaval no lo podía creer...

Vanessa entró en el estudio y se acercó a ellos, con una mirada llena de inquietud, aunque Darío le hizo una seña para que no se preocupara.

—Lo malo es que te verá todo el pueblo y parte de la comarca —sonrió divertido—. Y... —hizo una pausa dramática—, tendrás que vestirte de monigote.

—¿Quieres que toquemos juntos en la procesión, con tu amigo? —exclamó Alejandro, poniéndose en pie.

—Darío... —La expresión en el rostro de Vanessa no ocultaba su intranquilidad.

—Seguro que lo hace muy bien —el joven trató de convencerla—. Además, tenemos algo de tiempo para ensayar.

En ese momento, ambos se giraron hacia el niño. Tenía la mirada brillante, por la ilusión, la expectación y las lágrimas.

—Mamá... —susurró en lo que, más que una petición, parecía un ruego.

—Está bien —accedió ella, y la respuesta de su hijo fue dar un grito y un salto de alegría. Después corrió a abrazarlos, haciéndolos reír.

—Hagámoslo formal —dijo Darío, aún riéndose.

Se sacó el teléfono del bolsillo y marcó, sin tener que aguardar mucho hasta que le contestaron.

—Dime que has cambiado de idea —fue el saludo de su amigo, quien sonaba bastante alegre y esperanzado.

—Iago, necesitaremos un par de disfraces de monigote por aquí.

## capítulo dieciseis



La comida discurrió de lo más animada. Habían optado por hacer pasta, algo rápido, pues la clase de Alejandro se alargó más de la cuenta. Vanessa no sabía quién estaba más entusiasmado, si su hijo o Darío, y ella no ocultaba el orgullo que sentía. Hubo un momento en el que el joven le preguntó por qué ella tampoco le había dicho nada, pero fue decisión de Alejandro no hacerlo, y se limitó a respetarla.

En la conversación con Iago, Darío concretó con él que se pasarían después de comer por el local donde ensayaban. A Alejandro le preocupaba no cogerse al ritmo de los demás, pero el batería le prometió que le ayudaría a estar preparado para la procesión.

—¿Y qué hay de lo que os tenéis que poner? —le cuestionó Vanessa mientras recogían la mesa.

—¡Es verdad! —exclamó el chico, preocupado.

—Tranquilo —le respondió Darío—. Iago me ha dicho que se encargará de eso. ¿Vas a venir con nosotros al ensayo? —le preguntó a Vanessa.

—¡No! —respondió Alejandro con premura, provocando expresiones de asombro tanto en Darío como en su madre, quien dejó de fregar los platos para mirarlo—. No te enfades, mamá —añadió al ver la confusión en su cara—. Me gustaría que fuera una sorpresa y me vieras ya desfilando.

—Tal vez se aburra aquí, sola, hasta que lleguemos —le planteó Darío, haciendo que el chico se desanimara, al no haber contado con eso.

—Imagino que también estaré sola en el ensayo, mientras que vosotros os divertiréis, aporreando un tambor —replicó ella con tono exagerado, haciendo que Darío captase su intención de condescender con su hijo—. Tal vez, podría hacerle una visita a tu abuela —agregó como si nada, aunque se echó a reír al ver la cara de espanto de Darío—. Tranquilo, no me van a comer.

—¿Estás segura? —murmuró en su oído al acercarse para ayudarle a quitarse el delantal.

—Claro. ¿Qué puede pasar? —respondió ella, con confianza.

—Está bien —accedió él, aunque no estaba muy convencido—. Había pensado que podíamos ir dando un paseo, para que vayáis viendo el pueblo —le dijo, yendo ambos hacia el salón, a lo que Vanessa asintió.

—Cariño, ve a peinar te —le pidió entonces a su hijo que estaba en el sofá, esperando—. Voy a tener que cortarte ya ese pelo. Te empieza a tapar las orejas.

—No, porfa —respondió, escapando hacia el baño, y la joven se rio.

—Me parece que estás siendo una mala influencia para él —bromeó, mirando a Darío, quien sonreía divertido. Se acercó a ella y aprisionó su cuerpo entre sus fuertes brazos.

—¿Y para ti? —murmuró, reclamando su boca, y Vanessa se pegó a él, disfrutando de sus labios, de su

sabor, deshaciéndose en su abrazo.

—Creo que también —susurró sin apenas separarse de él. Quería alargar ese beso un poco más.

—Entonces, no te escandalizarás si te digo que esta noche pienso colarme en tu habitación, ¿verdad?

—dijo con voz cálida, mordisqueándole el labio inferior.

—Para nada —repuso ella, un tanto pícara, arañándole suavemente la nuca—. Porque, si no lo haces tú, lo haré yo.

Darío no pudo reprimir una carcajada.

—¿Quién es una mala influencia para quién?

Le encantaba esa mujer... divertida, atrevida, pasional, traviesa... y, además, preciosa, con esa carita, ese cuerpo de muñeca... Aunque no era su físico lo que lo mantenía atado a ella y cada día que pasaba estaba más convencido de ello. Esos deseos de estar siempre con ella... haciéndole el amor, besándola, pero también conversando, arrancándole una sonrisa y que brillasen esos fascinantes ojos azules...

Tenía que reconocer que le aterraba. Él mismo le había pedido a Vanessa el darse una oportunidad, ver qué sucedía entre ellos y, ahora, que no tenía dudas, le daba miedo enfrentarlo, arriesgarse a que ella no sintiera lo mismo.

Buscó de nuevo sus labios y la besó, un beso lento, profundo, que le transmitiera lo que no se atrevía a decirle a viva voz, y también cálido, ardiente... un beso que le dejase claro las ganas que tenía de que llegara la noche y pasarla con ella. Sin embargo, los pasos de Alejandro, acercándose, le hicieron separarse, sabiendo que debería dejarlo para entonces...

—¡Esto es precioso! —exclamó Vanessa por enésima vez en los diez minutos que estaba durando el paseo.

—Ya lo has dicho, mamá —así se lo hizo saber su hijo.

—Es que es verdad, pesado —se quejó ella, y Darío se rio, apretándole la mano, y la joven le devolvió una sonrisa.

Ir así, cogidos, paseando como una pareja normal, hacía que a Vanessa la recorriera un millón de hormigas, por todo el cuerpo, y, en su estómago, un batallón de mariposas campaba a sus anchas. Hacía muchos años que había perdido la esperanza de sentirse así de nuevo con un hombre, de volverse a...

Dios...

El solo hecho de pensarlo provocaba que su corazón desbocado palpitase tan fuerte que temía que todos lo escucharan, y contenía tanta emoción que no le extrañaría que sonase tan potente como uno de aquellos tambores que formaban la batería de Darío. Durante un segundo, se sintió como una niña estúpida, pues se giró a mirarlo, preguntándose si, en efecto, el joven escucharía su frenético latido. Tonta... claro que no aunque, aún en su fantasía, agradeció que no fuera así pues temía que él descubriera lo que ella todavía se negaba a aceptar, lo que ni tan siquiera se atrevía a nombrar en su pensamiento... amor...

No... ¿De qué servía negarlo si el simple sonido en su mente de aquellas cuatro letras mandaba

escalofríos por todo su ser? Si se paraba a pensar, jamás había sentido algo así por ningún hombre, ni siquiera por el padre de Alejandro. Estaba enamorada sin remedio... y aterrada, a merced de un sentimiento que podía convertirla en la mujer más feliz del mundo y también en la más desgraciada, y todo dependía del hombre que la llevaba de la mano hasta el corazón de aquel pueblecito... cuando ella solo quería llegar al centro del suyo...

No tardaron de llegar a casa de los padres de Darío. En realidad, la casa pertenecía a su abuela, pero Elvira y Abel se habían casado muy jóvenes y se habían ido a vivir allí. El tiempo pasó mientras trataban de ahorrar para comprarse la suya propia... cuando les sobrevino la desgracia. Con la muerte de Emiliano, no quisieron dejar a Carmen sola, y, sin embargo, desde la marcha de Cristina, Darío y Wences, vivían únicamente los tres en aquella casa que una vez estuvo llena hasta los topes y que ahora, en ocasiones, se les venía encima de tan vacía que estaba.

Como la vez anterior, Darío volvió a llamar al timbre y, desde el interior, se escuchó la voz de su abuela, avisando de que ya iba a abrir.

—¡Filliño! —exclamó con alegría, secándose las manos en el delantal—. No esperaba veros tan pronto.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo su nieto con sonrisa picarona, y ella juntó las palmas en un gesto de emoción.

—Iago te ha convencido —aventuró, brillándole la mirada, y Darío asintió, señalando también a Alejandro.

—En la procesión habrá dos tamborileros de la familia —le confirmó, y a Vanessa le dio un vuelco el corazón al oírle hablar así, al tiempo que lo atravesaba una punzada dolorosa; no debería alimentarlo de falsas esperanzas...

—¿Tú también sabes tocar? —preguntó la anciana, sorprendida.

—Un poco —respondió Alejandro, un tanto avergonzado.

—Lo hace muy bien —le rebatió Darío, soltando a Vanessa y pasándole al chico el brazo por los hombros—. Íbamos al local de ensayo —le narró entonces a su abuela.

—Y, como me aburriré como una ostra, había pensado venir a hacerte una visita —agregó Vanessa, sonriente.

—Cris y Vero están aquí —le dijo como si nada.

Y Vanessa hizo un esfuerzo sobrehumano para que su sonrisa no desapareciera.

—Están ayudándome con el menú de mañana —añadió animada, y parecía que no se había dado cuenta de la incomodidad de la joven—. Vas a probar la mejor empanada del mundo.

—Yo puedo confirmarlo —alegó Darío, divertido—. *Avoiña*, ¿de postre...?

—Filloas, por supuesto —se rio Carmen, pellizcándole la mejilla a su nieto, como si fuera un niño travieso.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó extrañado, cayendo en la cuenta.

—Ha ido a hablar con tu padre —respondió, y Darío no tardó en ponerse serio—. Pero, pasad, estamos aquí, de pasmarotes, en la puerta —agregó, entrando y rompiendo la tensión del momento, aunque Darío

la detuvo.

—Nosotros dos nos vamos —le recordó.

—Y yo no es que sea muy buena cocinera... —la joven alzó ambas manos, en gesto de defensa—, así que haré lo que pueda.

—Tú, tranquila. Saldrás de aquí con un cursillo intensivo de gastronomía gallega —bromeó—. Todo el mundo sabe que a los hombres se les conquista por el estómago —añadió con tono pícaro, provocando que se sonrojara y que Darío se echara a reír.

—Siendo así, no le hace ninguna falta. —Atrapó la cintura de la joven con un brazo y la atrajo hacia sí para besarla en los labios—. Me tiene completamente a sus pies.

El sonrojo de Vanessa se hizo más evidente si cabía.

—¿Por qué no os vais de una vez? —carraspeó, empujándolo y exagerando una sonrisa, provocando que todos rieran, hasta su hijo—. Y tú, pórtate bien —lo llamó así al orden.

Carmen le hizo una seña a Vanessa para que entrara con ella, aunque Darío no la dejó hacerlo hasta darle un beso en los labios, de despedida.

—Hacía mucho que no veía a mi nieto tan contento —le confesó la anciana mientras cerraba la puerta—. Y sé que tú eres el motivo, y también por el que ha venido a casa.

—En realidad, yo no he hecho nada —se quitó méritos.

—Sea lo que sea... —continuó ella, obstinada, y guiándola a través del salón hacia la cocina—, sigue haciéndolo porque le hace mucho bien.

Vanessa sonrió, azorada, aunque, al parecer, no todo el mundo pensaba como Carmen...

—...Y la llama «muñeca». Barbie Malibú le quedaría mejor...

Era Verónica...

Carmen miró a Vanessa con espanto y aceleró el paso. Sin embargo, la joven la cogió del brazo, queriendo escuchar más.

—¿Tú crees que su pelo es natural? —la escucharon preguntarle a Cristina, con tono sarcástico—. Me parece tan vulgar... No sé cómo Darío se ha ido a fijar en ella. Y, encima, con un hijo...

—Un hijo guapísimo y con mejor educación que tú —irrumpió Vanessa en la cocina, sin poder aguantarse más.

Cristina agachó la cabeza, avergonzada, y se sumió en la tarea de cortar las hortalizas. Sin embargo, Verónica no se inquietó ni lo más mínimo.

—Solo estoy dándole mi opinión a mi cuñada —alegó con sonsonete, y ni se inmutó cuando Vanessa se acercó a ella.

Desde el primer momento supo que algo andaba mal con aquella mujer, e iba a descubrir qué narices tenía en su contra.

—¿Ah, sí? En ese caso, ya que estoy aquí, también me gustaría oírlo, ¡venga! —exclamó, de malas formas—, porque, en esta familia, sois unos expertos a la hora de juzgar a los demás.

Se arrepintió enseguida de lo que había dicho al incluir en su arretrato a quien no debía, pero aquella tipa la había sacado de sus casillas. Por otro lado, Carmen, le echó una mirada acusatoria a su nieta, quien volvió a desviar la mirada, no así Verónica que estudió a Vanessa de pies a cabeza, exudando algo muy parecido a la rabia, y que la joven no entendía de dónde salía.

—Pues sí, somos familia, y me preocupo por Darío —se defendió—. No creo que sea nada malo querer lo mejor para él.

—Y yo no lo soy, ¿verdad? —espetó con sarcasmo.

—Lo has dicho tú, no yo —respondió, encogiéndose de hombros y volviendo su atención a la cebolla que estaba partiendo.

Sin embargo, Vanessa, en un arranque de furia, se plantó a su lado, la tomó de un brazo y la giró para que la mirase, con tal impulso que a Verónica se le cayó el cuchillo de las manos.

—Pero ¿qué...?

—¿Y qué coño sabes tú de mí para decidir si soy buena o no para Darío? —le gritó—. Que no te confunda mi apariencia de Barbie Malibú, como tú me llamas, porque, contradiciendo los tópicos, soy rubia, natural, sí, pero no tonta —agregó, apretando los puños, resistiendo las ganas de agarrarle de los pelos a aquella pueblerina desteñida—. Y sí, me quedé embarazada siendo prácticamente una niña. Un putito condón roto jodió mi juventud y mi futuro, y un novio que fue tan hijo de puta que no me dijo nada cuando se dio cuenta al quitárselo.

Un murmullo se escuchó en aquella cocina... Vanessa no se dio por aludida, hasta que vio por el rabillo del ojo que Carmen se acercaba a ella. La detuvo alargando la mano. Si la iban a juzgar, que fuera con conocimiento de causa.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada, a pesar de que mi padre me echó de casa, no tuve los cojones de abortar, aunque sí los tuve para criar sola a mi hijo, que se pasó sus primeros meses de vida en la trastienda de una peluquería, entre tintes y champús, mientras yo trabajaba, y dándole pecho entre permanente y permanente. Tal vez mi hijo ha crecido sin un padre...

—Y ahora quieres que Darío sea ese padre, ¿no? —Vero escupió las palabras, encarándosele, y Vanessa soltó una carcajada llena de ironía.

—¿Tú lo crees tan ingenuo como para cargar con el hijo de otro por amor al arte? —se rio, cruzándose de brazos y alzando la barbilla.

—Si le metes al niño por los ojos... —le hizo una mueca de asco—. Darío tiene muy buen corazón.

—¿Se lo has visto? —se mofó en un deje burlesco.

—Lo conozco muy bien —alegó con suficiencia—. Para eso soy su exnovia.

A Vanessa, aquella noticia la pilló por sorpresa, y no fue capaz de disimularlo. Toda su chulería se esfumó al instante... Seguro que había palidecido, y la sonrisa ladina que se dibujó en labios de Verónica la hizo maldecir para sus adentros por haberla cogido con la defensa baja...

—¿No te lo había dicho? —sonrió con notable satisfacción—. Pues pregúntate por qué.

—Sé muy bien por qué no me lo ha dicho —mintió, queriendo quedar por encima de ella, y notando



que la sangre le hervía—. Y, ¿sabes también lo que sé? Que, ahora que Darío se ha convertido en un hombre de éxito, famoso, te jode mucho darte cuenta de lo que has perdido. Porque, esta noche, seré yo quien dormirá en su cama, y tú tendrás que conformarte con esa mala copia suya que es tu marido.

—Zorra —masculló, levantando la mano y, aunque Carmen y Cristina se apresuraron para detenerla, fue la propia Vanessa quien lo hizo, cogiéndole el brazo con tanta fuerza que le clavó las uñas.

—Yo también puedo sacar las garras, gata —le advirtió, fulminándola con la mirada.

Verónica dio un tirón y se soltó. Mientras se frotaba la zona adolorida, se giró hacia las otras dos mujeres, buscando, sin duda alguna, que intercediesen por ella. Sin embargo, encontró su censura, algo que no esperaba, sobre todo por parte de Cristina, habiendo contado siempre con su apoyo.

—Tú te lo has buscado —la acusó su cuñada, sorprendiéndola sobremanera—. Ya una vez jugaste con la vida de Darío, y me callé —añadió, dando un paso hacia ella—. Esta vez, no te lo pienso consentir.

Y no era una amenaza...

—Pero, Cris... —titubeó la joven, sintiéndose atacada.

—Vete a tu casa, con tu marido —le pidió Carmen, sin brusquedad aunque inflexible—. Espero que, para mañana, se te hayan bajado los humos.

No tuvo más remedio que irse, con el rabo entre las piernas y lanzándole puñales de odio con los ojos a Vanessa al pasar por su lado. Ella, por su parte, sentía el latido de su corazón golpeándole en las sienes y un sabor amargo le inundaba la boca, mezcla de decepción y resentimiento. Se sentía como una estúpida, además de engañada, y fuera de lugar.

Tal vez, aquel descubrimiento pudiera parecer una tontería, pero sus propios sentimientos la traicionaban. Dolía, y mucho, y no sabía si era por celos o por el hecho de que Darío hubiera obviado esa información, a propósito, cosa que le quedaba clara al recordar su conversación la mañana después de hacer el amor por primera vez. Supo que se guardaba algo... y lo había descubierto de la peor manera. Necesitaba pensar... Así que decidió marcharse también.

—Yo creo que mejor...

—Te pones a partir la cebolla, o no terminaremos nunca —la cortó Carmen en tono animado, como si allí no hubiera pasado nada. De hecho, tanto ella como su nieta continuaron con lo que estaban haciendo, queriendo ignorar lo que había sucedido.

Sin embargo, había ocurrido...

Tragándose su orgullo y queriendo correr también un tupido velo, obedeció. Comenzó a cortar la cebolla y, al instante, empezaron a llorarle los ojos. Si alguien le preguntara el motivo de sus lágrimas, tenía la excusa perfecta... aunque solo ella supiese que era mentira.

## capítulo diecisiete



Finalmente, el ensayo se alargó más de lo que Darío había previsto y salieron bastante tarde del local. Tal y como pensaba, Alejandro resultó ser un alumno excelente y pronto cogió el ritmo. Sin embargo, se encontró con antiguos amigos a los que saludar y fue inevitable recordar viejos tiempos. Algunos, incluido Iago, insistieron en que él y Vanessa debían quedar a tomarse unas cervezas con ellos, antes de que volvieran a Valencia, sobre todo, al contarles este lo guapa que era la novia del batería. Tuvo que reconocer que lo llenó de orgullo su comentario, y no solo porque tuviera razón, pues Vanessa era preciosa, sino porque él era el afortunado que disfrutaba de ella; de su delicioso cuerpo, su sonrosada y apetecible boca, su sabor... aunque, lo que más ansiaba en esos momentos era adueñarse de su corazón, gozarlo para siempre.

Atajaron por *Rúa* Pedaporta hasta la Avenida de la Cruz, acompañados por el atardecer en el Atlántico, que se dejaba ver en los pasajes que quedaban entre casa y casa, como pequeñas rendijas que volcaban hacia aquella rúa. Seguro que a Vanessa le encantaría aquel ocaso...

Apretó el paso, cogiendo a Alejandro de la mano. Estar separado de ella, sabiéndola tan cerca, le hacía echarla de menos, más que cuando estaban en Valencia y pasaban días sin verse. Ahora, en cambio, no deseaba otra cosa que llegar a casa y darle todos los besos que habría querido darle durante toda la tarde. Quién lo habría pensado... Apenas unos meses atrás, si alguien le hubiera vaticinado un cambio tan rotundo en él a causa de una mujer, se habría reído en su propia cara... y ahí estaba, deseando verla y estrecharla entre sus brazos.

Al llegar a casa de sus padres, volvió a llamar al timbre, aunque, esta vez, quien les abrió fue Cristina.

—¡Hola! —la saludó con entusiasmo Alejandro.

—¡Ya era hora! —exageró ella, haciéndolos pasar—. Emilio y Ana no han parado de preguntarme cuándo llegabas.

El niño sonrió y echó a correr hacia el salón.

—Están en el patio, y tu madre, en la cocina —le dijo, elevando la voz, sin saber si la habría oído—. Y con un cabreo del copón —añadió más bajo, alargando el brazo para colocarlo en el pecho de su hermano y así detenerlo, mirándola él extrañado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Vero. Eso es lo que ha pasado.

—Mierda —masculló Darío, mesándose el cabello.

—Deberías habérselo dicho —lo aleccionó su hermana.

—Sí, debería... —murmuró malhumorado, sabiendo que ya era tarde para lamentaciones. Aunque a la otra le había faltado tiempo para soltárselo. Ya tendría unas palabritas con ella...

—Se fue a su casa —Cristina se hizo eco de sus pensamientos y le dio a entender que tendría que descargar su mal genio sobre Vero en otra ocasión—. Tu chica tiene un par de narices.

Darío no contestó, pero lo sabía perfectamente. Echó a andar hacia el interior de la casa, dispuesto a soportar el chaparrón que, sin duda, se le venía encima.

Conforme entraba en la cocina, Alejandro ya salía para el patio. Vanessa lo miraba sonriente, aunque esa sonrisa se esfumó al instante, en cuanto lo vio entrar a él. Tenía las manos metidas en una bola de masa que aplastaba contra el mármol de la cocina y, tal vez, eso lo salvó de que le soltara un buen bofetón al acercarse a ella para darle un beso. Se contuvo, bien supo él que se había tragado las ganas de hacerlo, aunque sí le giró la cara, aterrizando sus labios en la mejilla de la joven.

—Preferiría que lo discutiéramos en mi casa —le planteó él por lo bajo, y ella le respondió con una mueca de desinterés.

—Ya sé todo lo que tenía que saber.

«Y no por ti», imaginó él que le habría gustado añadir, pero siguió sumida en la tarea de apalearse aquella masa que estaba sufriendo su cólera.

—Pues si la hubieras visto desahogarse con la cebolla —murmuró Carmen, como si hubiera leído su mente, y su nieta exclamó, llamándole la atención.

—De verdad, *avoiña*... En fin... Lo que tenéis que hacer es iros y hablar lo que tengáis que hablar... ¡Niños! —gritó Cristina, antes de que Vanessa pudiera replicar.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó su hijo al llegar los tres a la cocina.

—Alejandro, ¿te gustaría venir a cenar a mi casa? —le planteó, sonriente, y el chico abrió los ojos como platos, sin saber qué decir.

—¡Sí! —exclamó Emilio—. Mi padre me ha comprado un juego de fútbol para la consola —le dijo muy animado, entusiasmándolo aún más.

—Mamá, ¿puedo ir? —Corrió hacia Vanessa, esbozándose una súplica en su rostro—. Porfa, porfa —añadió, dando saltitos.

La joven fue hacia el fregadero a lavarse las manos. La verdad era que su hijo no tenía muchos amigos fuera del colegio; ella tenía que trabajar y no podía pasarse las tardes en el parque como hacían muchas mamás, así que Alejandro no estaba muy acostumbrado a ese tipo de cosas. Por otro lado, le quedaba claro que Cristina lo estaba haciendo para que Darío y ella pudieran hablar tranquilos, y no estaba muy segura de querer hacerlo... Temía lo que pudiera contarle.

—Venga, mujer, se lo pasará muy bien —escuchó la voz de Cristina a su espalda.

Se giró hacia Darío y lo vio apoyado en la mesa de la cocina, con las piernas y los brazos cruzados, muy serio. En cuanto se percató de que lo estaba mirando, asintió ligeramente con la cabeza, pidiéndole tiempo para esa conversación.

—Está bien —aceptó, suspirando—. Pero pórtate bien —le advirtió a su hijo, que corrió a abrazarla.

—¡Guay! —exclamó Emilio, pasándole a Alejandro un brazo por encima de los hombros—. Lo pasaremos genial.

—Y si se hace tarde, hasta se podría quedar a dormir, ¿verdad? —intervino Darío con su voz de barítono, dirigiéndose a su hermana.

—Claro que sí —le respondió, respaldándolo, y se acercó a los chicos—. Tu padre aún está en la lonja —le dijo a Emilio—. ¿Quieres que nos acerquemos a ver si se la enseña a Alejandro por dentro?

—¿Una lonja? —preguntó el chico, extrañado.

—Es un supermercado de peces —le explicó Ana, con su vocecita de niña y haciéndose la interesante, mientras jugueteaba en la mesa con una bola de masa que le había dado su abuela.

Tanto Carmen como Cristina no pudieron evitar reír, no así Darío y Vanessa, quienes no dejaban de mirarse, como si quisieran tener esa conversación pendiente en silencio. Pero fue ella la primera en apartar los ojos de él, y al joven no le gustó aquella sombra que apreció en ellos antes de rehuirlo. Porque podía ver a la Vanessa guerrera, la que le había partido la cara el día que se conocieron. Sin embargo, una nueva Vanessa estaba haciendo su aparición, y temía no ser capaz de lidiar con ella.

—¿Por qué no nos vamos ya? —le preguntó en voz baja, acercándose.

No le contestó, pero caminó hacia su hijo y se agachó para ponerse a su altura.

—Hazle caso a Cristina, ¿vale? —le pidió mientras el niño sacudía la cabeza sin parar, en un repetitivo y emocionado «sí». Y no te separes de ellos, no conoces el pueblo.

—Tranquila, no lo perderé de vista —le aseguró la joven—. Y, para cualquier cosa, tardo menos en ir a casa de mi hermano que en llamarlo.

—Lo único que va a pasar es que se va a divertir de lo lindo, exageradas —las riñó Carmen, queriendo acortar aquella despedida. El ambiente parecía una olla a presión a punto de estallar.

Vanessa así lo entendió también y le dio un beso apretado a su hijo, provocando su risa, aunque se apartó haciéndose el duro frente a su nuevo amigo... típico en los chicos pequeños... y, tal vez, también en los no tan pequeños...

Hicieron el trayecto hasta casa en silencio. El mismo camino que horas atrás recorrieron de la mano, los veía ahora separados un paso, uno al lado del otro, sí, pero esos míseros cincuenta centímetros parecían un abismo. Darío aprovechó esa distancia entre ellos, que no era solo física, para pensar. Porque no conseguía discurrir qué le había molestado más a Vanessa: que no le hubiera dicho que estuvo con Verónica en el pasado o el hecho de haber estado con ella. Y, que fuera lo segundo, significaba mucho más de lo que parecía.

Al llegar, nada más entrar, ella fue directa hacia la escalera, sin duda para escapar a su habitación, por lo que Darío la siguió. Casi le cierra la puerta en las narices... Por suerte, él había puesto el pie, evitando el golpe.

—Vanessa...

—He cambiado de idea —espetó, a modo de explicación a su actitud—. Me gustaría estar sola —agregó, dándole la espalda y con voz monótona, libre de toda emoción, aunque no era difícil ver que, por dentro, bullía.

—Y, a mí, que me contases lo que ha pasado —replicó, acercándose, despacio.

—¿Qué parte quieres oír? —Se giró de pronto, encarándolo, llena de furia—. ¿La parte en la que me

llama Barbie Malibú o en la que me dice zorra?

Ahora, quien bullía por dentro, era él.

—Me cago en...

—Sabes que tengo narices para plantarle cara a algo así —se mofó al verlo tan exaltado, deambulando delante de ella con los puños apretados, blasfemando—. Lo que me jode es... —se detuvo, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No sé cómo lo habrán interpretado tu abuela y tu hermana, pero, a mí, me ha quedado claro que se siente con derecho sobre ti, y no solo para decidir si yo te convengo.

—¿Derecho? —repitió con incredulidad, deteniéndose frente a ella.

—¿Lo tiene? —inquirió, alzando la voz. Porque necesitaba saber si...

—¡No tiene derecho ni a mirarme a la cara! —replicó él, enrojecido por la cólera—. Y la única zorra que hay aquí es ella, que me engañó con mi propio hermano, durante vete a saber cuánto tiempo.

Vanessa lanzó una exclamación, mirándolo con espanto, porque nunca imaginó que la relación de Vero con Wences empezara mientras aún estaba con Darío... ¿Y eso su familia lo veía bien, pero estaba mal que él fuera músico? ¿Qué clase de gente era esa?

—¿Por qué no quisiste decírmelo? —le reprochó aunque su enfado comenzaba a diluirse.

—No es algo muy agradable para contárselo a la mujer con la que has pasado la mejor noche de tu vida —alegó Darío en su defensa. Parecía más calmado, pero ahora era él quien se mantenía alejado, distante, porque a Vanessa le dio un vuelco el corazón al escuchar esas palabras y, sin embargo, él las dijo demasiado serio—. Creí que lo del uniforme de la Marina te impresionaría más que el hecho de saber que me habían puesto los cuernos con mi hermano.

Había culpabilidad en sus ojos oscuros, aunque también mucho resentimiento, y Vanessa lo lamentó por él.

—¿Ves? Eso precisamente es lo que quería evitar —apuntó él con dureza, sobresaltándola.

—¿Qué...?

—No quiero tu lástima...

—¡No te tengo lástima! —se defendió ella, alzando la barbilla—. Esas cosas pasan, si no, fíjate en mí. Otra cosa es que piense que no te lo mereces. No, no te lo mereces —insistió, levantando la voz al ver su mueca de incredulidad—. Y, de haberlo sabido, no me habría reprimido y le habría arrancado esas greñas descoloridas que tiene por cabello.

Lo hizo reír. Darío trató de mantenerse firme, pero le fue imposible. Y no le costaba imaginarla mientras se peleaba con Vero, como una tigresa defendiendo su territorio... Lo que le llevaba a preguntarse si él estaba dentro de ese territorio.

—¿Qué es lo que te ha molestado tanto? —quiso saber, acercándose un paso a ella, estudiándola. Sin embargo, ella dio el mismo paso hacia atrás, a la defensiva.

—No me gusta hacer el ridículo —alegó, no sin cierta turbación.

—Me extraña que lo hayas hecho —bromeó él, avanzando otra vez hacia ella, insistente—. Dímelo —continuó—. Porque estabas muy enfadada cuando he llegado.

—Y no tenía por qué, ¿no? —volvió a atacar, aunque no era más que para protegerse. Se cruzó de brazos y, con ese gesto, era como si quisiera mantenerlo fuera de su alcance—. Total, no soy nada tuyo, tal y como me ha insinuado tu ex.

—Para todos en casa, incluida Verónica, eres mi novia.

Darío sabía que se estaba aproximando al verdadero motivo, y ella se veía descubierta. Se alejó de él y rodeó la cama, que quedó entre los dos.

—Entiendo que hayas querido ser educado al no sacarlos de su error. —Lo miró de reojo.

—Soy el chico malo, ¿recuerdas? —Volvió a caminar hacia ella... Al final acabaría atrapándola, en todos los sentidos—. Soy insolente por definición, así que, si algo me molesta, no tengo por qué callarme.

—O sea, te gusta que piensen que soy tu novia —dijo con sonsonete—. Habría estado bien que les hubieras dicho que no lo soy.

Que insistiera en aquella afirmación golpeó a Darío con dureza. En un par de zancadas consumió el espacio que lo separaba de ella y la agarró por los hombros, haciendo que diera un respingo de la impresión, a causa de su brusquedad.

—¿No lo eres o no quieres serlo?

Vanessa abrió mucho los ojos, sorprendida, sin saber qué decir. En realidad, sí lo sabía, pero no quería hacerlo, no quería exponerse...

—Aún sigo muy enfadada, así que no es buen momento para que me preguntes eso...

—¡No me vengas con historias! —La sacudió él, ligeramente, por lo que ella hizo el intento de zafarse, sin éxito—. ¿Por qué no contestas? ¿Necesitas que lo diga yo primero?

—Lo que necesito es que me sueltes —le exigió ella, forcejeando con más fuerza—. ¡Déjame!

—Ni lo sueñes —siseó.

—¡Déjame! —repitió, golpeándolo en el pecho con los puños, como si pudiera vencer a un hombre de su tamaño. De hecho, la ignoró y la cogió por las muñecas, tirando de ella y pegándola a él, juntándose sus cuerpos con violencia. Vanessa dio un respingo, sobresaltada, y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara.

—¿Por qué temes que Verónica pueda tener derecho sobre mí? —preguntó, ansioso por saber.

—¡Yo no temo una mierda! —gritó, intentando, otra vez, soltarse de él, aunque en vano—. Por mí, como si te vas con ella y te la follas para consolarla.

—Mientes... —murmuró, herido por sus palabras.

Y le soltó las muñecas... Aunque no para dejarla marchar. Tomó su rostro entre sus grandes manos, cerniéndose sobre ella, y la besó. Fue un beso rudo al principio, exigente, forzado, porque Vanessa trataba por todos los medios de zafarse, golpeando sus brazos, y Darío la retenía a pesar de su lucha. Temía acabar con un mordisco en el labio o con los testículos en la garganta a causa de un rodillazo, pero, aun así, no la soltó, no le dio tregua, y siguió besándola de forma impetuosa y agresiva, sin dejarla pensar o reaccionar, y devoraría su boca mientras pudiera.

Sin embargo, poco a poco, Vanessa comenzó a corresponderle, su cuerpo se destensaba y sus labios se dejaban llevar por los suyos. Entonces, Darío liberó su rostro y atrapó la fina cintura, elevándola sobre las puntillas mientras su lengua reclamaba la suya, demandando su boca que se entreabrió, dándole libre acceso. Y la disfrutó como si fuera la última vez que podía hacerlo. Se esmeró en emborracharse de su sabor, de su aliento, de los suaves gemidos que escapaban de su garganta, producto de su arrebatado beso, y no se separó de ella hasta que le robó el aliento.

—Tú eres la única que tiene derecho sobre mí —murmuró sobre sus labios y mirándola a los ojos, para no perderse detalle alguno de ese brillo, de ese titilar que provocaba con sus palabras y que a él lo cautivaba.

—Darío... —pronunció con voz trémula. ¿Acaso significaba que...?

—Eres la única que tiene derecho a decidir qué hacer con mi corazón, y si puedo quererte tal y como lo hago —le confesó, y ella se agarró de su nuca, temiendo caer al escuchar lo que tanto deseaba.

—No juegues conmigo —le rogó, mientras las lágrimas acudían a sus ojos, así que los cerró, agachando la cabeza, aunque él se lo impidió, sujetándole la barbilla.

—No lo hago. Te estoy diciendo que te quiero —le confirmó con voz suave, en la que se percibía un toque de temor—. Y me gustaría saber la razón de estas lágrimas —añadió, secándole las mejillas con los pulgares, y conteniendo la respiración. Porque si le decía que no...

—Tratan de decirte que yo también te quiero —respondió en voz muy baja, tanto que Darío dudó de lo que había escuchado.

—Preferiría que me lo dijeran tus labios —susurró, delineando el contorno de su boca con los dedos y con el corazón a punto de estallar de tan fuerte que latía.

—Te quiero...

Darío capturó su boca en un beso fiero mientras su interior rugía de emoción contenida. Porque un «te quiero» no bastaba para expresar lo que sentía, y lo que significaba para él que Vanessa sintiera lo mismo, notar los finos dedos enredándose en su pelo, los suaves tirones para acercarlo más a ella, la forma en que su divino cuerpo se pegaba al suyo, acoplando perfectamente a pesar de que se perdía en sus brazos por la diferencia de estatura. Compartían sentimiento, deseo, pasión, y no había duda de que ambos se morían por demostrarlo.

Vanessa fue la primera, la que le quitó la camiseta a Darío, y esos labios, carnosos y suaves, sobre sus pectorales lo hicieron gemir.

—Hazme el amor —le pidió ella, destilando una sensualidad que lo hizo temblar. Le tomó las mejillas y la besó, un beso cálido, húmedo, abrumador...

—No, muñeca —murmuró con voz ronca, sin apenas separarse—. Vamos a hacernos el amor, porque yo también te necesito, estoy loco por tus besos y tus caricias, y quiero que lo que sientes por mí quede grabado en mi piel.

Vanessa cerró los ojos y suspiró... Sería cursi, pero se sentía como una diva de cine en blanco y negro al borde del desmayo, en brazos de su galán. Ese hombre le ofrecía lo que más deseaba y ella ya no dudaría en darle lo mismo.

Le mordisqueó con suavidad el labio inferior, coqueta, halagada... Lo condujo despacio hacia la cama y del mismo modo lo empujó para que se tumbara. Él obedeció y atrapó la estrecha cintura entre ambas manos cuando la joven se sentó a horcajadas sobre sus muslos y se inclinó para besarla.

—Te quiero, muñeco —le susurró, y él sonrió antes de elevar el rostro y profundizar su beso. Le encantó que lo llamara así... La giró para que cayera de espaldas sobre la cama y se colocó sobre ella, hundiendo la boca en la deliciosa curva de su cuello—. Desnúdame —escuchó que le pedía, con impaciencia.

—Si lo hago, no podré detenerme —le confesó, besando la suave piel—. Y tengo que ir a mi habitación a por...

—No hace falta —respondió ella, y Darío alzó el rostro para mirarla, sin ocultar su sorpresa—. Tomo la píldora —le aclaró—. Es lógico que no me fie de los preservativos, ¿no?

El joven asintió, porque lo entendía perfectamente.

—Y, nuestro encuentro en el camerino, me deja claro que no es nuestra costumbre hacerlo sin protección —continuó ella.

—Nunca —le ratificó él.

—Nunca... —concordó Vanessa.

—Pero, hoy... —Darío contenía la respiración.

—Te quiero sin barreras.

Y él supo que no se refería únicamente a la que suponía el preservativo. Alzó una mano y la pasó por los rizos dorados, apoyando la frente en la suya.

—Me tendrás tal y como tú desees.

—¿Estás seguro? —preguntó ella con cierto titubeo, y él la miró—. Porque aquel día, en mi casa, me dijiste que nos dejáramos llevar y viéramos adónde nos llevaba esto, y ahora... lo que quiero es...

—¿Qué? —demandó, con el alma en suspenso, y la joven tomó aire, y valor, antes de hablar.

—Que no me rompas el corazón.

A Darío le tembló el suyo. Esa era la otra Vanessa, la vulnerable, la frágil, la que temía amar, expresar lo que sentía por miedo a que le hicieran daño, y la que él deseaba cuidar, con todas sus fuerzas.

—No podría romper el tesoro más precioso que la vida ha puesto a mi alcance —le aseguró, mirándola a los ojos y que viera en ellos que era sincero—. Te quiero, Vanessa.

Ella alzó el rostro y reclamó sus labios, abrumada por sus palabras, y él la estrechó con fuerza, para besarla con la boca y con todo su cuerpo. Cuando su beso avivó el deseo por ella hasta lo insoportable, se colocó a su lado y comenzó a desnudarla. Se deshizo de la camiseta y comenzó a delinear con los dedos la tira de puntilla del sostén y que enmarcaba la parte superior de sus pechos.

—Eres tan perfecta... Eres perfecta para mí. Y no dejaré que nadie diga lo contrario.

Vanessa sabía que se refería a lo sucedido con Verónica, aunque, antes de que pudiera replicar, Darío bajó el rostro y trazó con la punta de la lengua la línea de su clavícula, y ella se echó a temblar,



agarrándole la cabeza para que no se separara, pues deseaba sentir esa lengua recorriendo hasta el último centímetro de su piel. Él, entre tanto, bajó los tirantes del sujetador, tirando hacia abajo un poco más, hasta dejar al descubierto sus pechos. Vanessa lanzó el primero de los gemidos cuando Darío atrapó con su boca uno de los sonrosados pezones.

Lo torturó lentamente, alimentando su propio deseo con los jadeos femeninos, con la impaciencia que mostraba su cuerpo al retorcerse en la cama, con el sabor de su piel... Sus ansias lo vencieron y, sin apenas apartarse, le bajó los vaqueros y las braguitas... Hundió la boca en su dulce sexo, sin preámbulos ni advertencias, y el gemido de Vanessa se elevó una octava ante su invasión, ante la sensación tan placentera que amenazaba con derretirla sobre el colchón, pero que le hizo abrir las piernas para él, deseando perderse en el éxtasis que le ofrecía la tersura de su lengua.

—Creo que soy adicto a tu sabor —le confesó él, atrapando segundos después con los dientes la carne trémula y deseosa donde se concentraba todo su placer.

—Darío, no... Por favor... —consiguió murmurar ella, y, en otras circunstancias, él la habría ignorado, la habría hecho gritar mientras disfrutaba del dulzor de su orgasmo, pero entendía que había algo que deseaba por encima de eso... y lo comprendía porque él también lo ansiaba.

Se sentó en la cama y se deshizo de toda su ropa, viendo cómo ella terminaba de quitarse el sujetador. Estando ambos ya desnudos, Darío se recostó a su lado, buscando su boca y deslizando la mano otra vez hacia su sexo, jugueteando con los dorados rizos y los húmedos pliegues de su carne. Sabía que estaba lista, preparada para recibirlo, pero no quería renunciar a disfrutar un poco más de ella ni tampoco a las ardientes caricias que una de sus delicadas manos comenzó a prodigar en su más que enhiesto miembro. Nunca se acostumbraría a lo rápido que esa mujer lo llevaba al límite.

—¿Qué es lo que me haces, mi meiga? —susurró sobre sus labios, lamiéndolos, despacio—. Pretendía que esto durase toda la noche, pero mis deseos y los de mi cuerpo van por rumbos distintos. No puede esperar más a ser parte del tuyo.

—Si le preguntaras al mío, te diría que se muere por sentirte dentro —repuso en tono sugerente, ardiente, mientras acrecentaba el ritmo de sus caricias al tiempo que lo guiaba hacia su propio sexo—. Y yo tampoco quiero esperar más.

Darío le dio un beso profundo e intenso y, dejándose llevar por el deseo que los dos compartían, se colocó con cuidado sobre ella. La propia Vanessa lo guió hacia su entrada, y ambos ahogaron un grito en el instante en que sus cuerpos se unieron, cuando ella se vio llena de él por fin, cuando el cálido satén envolvió a Darío de tal forma que lo tentaba a no abandonarlo jamás. Y lo hizo, durante un segundo, para volver a hundirse en él aún más, robando gemidos de sus gargantas ante la sublime sensación de sentirse plenamente.

—Muñeca... —masculló, tenso, luchando por no rebasar el punto de no retorno en ese mismo momento, pero Vanessa abrió un poco más los muslos y le agarró las nalgas, exigiéndole un mayor contacto—. Joder...

No podía resistirse... Ella le pedía más, y él no quería otra cosa que hacerlo. Deslizó las manos por los costados femeninos hasta sus piernas y las elevó hasta colocarlas alrededor de su cintura, inclinándose su cadera hacia él. Sus sexos se encontraron plenamente y la pasión se desató como un huracán, aumentando el ritmo de sus movimientos y tornando en frenesí el vaivén de sus cuerpos.

—Darío... yo...

—Sí, Vanessa... yo siento lo mismo. Te quiero...

—Te quiero...

El orgasmo los sorprendió a ambos, poderoso, turbador, traspasándoles por dentro, hasta el corazón, hasta el alma... y unidos, más allá de la fusión de sus sexos. Darío no se detuvo hasta que las suaves paredes que lo constreñían no dejaron de palpar, alargando el placer un poco más, y Vanessa seguía atrapándolo entre sus piernas, como si nunca quisiera dejarlo escapar. Ciertamente, no quería, y temía abrir los ojos, que ahora cerraba con fuerza, y que Darío se hubiera desvanecido como el humo.

En cambio, no lo hizo. Salió con sumo cuidado de ella, sin dejar de besarla, sin dejar de acariciarla, manteniendo el contacto, aliento contra aliento, piel sobre piel. Se tumbó a su lado y la abrazó, besando su frente, y aún tembloroso a causa de lo que había experimentado.

—Me faltan palabras para expresar lo que acabo de sentir —le confesó, y tenía que reconocer que esperaba que ella hiciera una declaración de ese tipo, no ese sollozo que recibió como respuesta—. ¿Qué pasa? —preguntó, no sin temor, pues tenía miedo a que, para ella, no hubiera sido lo mismo.

—Pues que me has convertido en una llorona —se quejó, escondiendo el rostro con sus manos, y Darío no pudo evitar reírse. Vanessa era una mujer fuerte, valiente, decidida, pero también sensible y tierna por dentro, más allá de esa coraza con la que se enfrentaba al mundo para protegerse, para evitar sufrir.

—No me importa que llores, siempre y cuando sean lágrimas de alegría —puntualizó, obligándola a apartar las manos de su cara—. ¿Lo son? —preguntó, secándole las mejillas.

—De alegría, felicidad, ilusión, amor, y no sé cuántas cosas más —reconoció, haciendo un mohín infantil—. Siento tantas emociones y tan distintas que creo que me va a estallar el corazón.

—¿Y eso te parece mal? —preguntó divertido, deshaciendo con la punta del dedo la arruga que se le formaba en el ceño.

—No —negó con rapidez—. Es solo que me sorprende. Siempre imaginaba que no sería capaz. Has despertado en mí sentimientos que creía muertos.

Darío la abrazó fuerte y la besó, despacio, con dedicación.

—Basta con encontrar la persona adecuada —le dijo, recordando lo que una vez le dijera Raúl.

—Y eres tú —le confesó ella, y Darío sonrió, sintiendo un hormigueo de emoción por sus palabras.

—Y eres tú —le repitió, bajito—. Me negaba a creerlo, pero lo supe desde el momento que te marchaste del camerino.

—Pues yo, aquella noche en mi casa, cuando hicimos el amor...

—Cuando me sedujiste —puntualizó él, aunque no como un reproche porque su sonrisa dejaba patente lo mucho que le había gustado.

—Sí, cuando te seduje —sonrió también ella, orgullosa de sí misma—. Pero, uno de los motivos por lo que lo hice fue porque creía que no te iba a ver más —le recordó—. Y dolía mucho. Aunque me negase a admitirlo, ya estaba enamorada de ti.

Darío suspiró, complacido al escucharla, y le acarició la mejilla antes de besarla con suavidad. Él también supo ese día que le sería imposible separarse de ella...

—¿De verdad fue la mejor noche de tu vida? —la escuchó preguntarle, y él se apartó un poco para poder mirarla mejor.

—No —respondió sin apenas meditarlo, firme, y pronto, una sombra de tristeza oscureció aquellos preciosos ojos azules, y que se transformó en asombro al verlo sonreír—. Hoy es la mejor.

Vanessa le golpeó en el hombro, fingiendo estar enfadada, pero se mordía el labio, entre tímida y coqueta, haciéndole entender que ella sentía lo mismo.

—Aunque... ¿sabes qué es lo bueno? —le preguntó él de repente, y ella negó con la cabeza—. Que la noche acaba de empezar.

La joven se echó a reír, pero Darío no quería perder más el tiempo. Sin previo aviso, bajó el rostro y capturó con la boca uno de los sensibles pezones, y ella lanzó un largo gemido que lo satisfizo ampliamente.

—Acabo de recordar que me debes cierta demostración —la oyó susurrar en tono sensual.

Por el rabillo del ojo vio que dejaba caer los brazos en la almohada, por encima de su cabeza, en un gesto de completo abandono a sus caricias, que provocó en Darío una respuesta inmediata y reflejada en su miembro, que se endureció al instante... aunque, tendría que esperar...

—Yo tampoco lo había olvidado, muñeca, y siempre pago mis deudas.

## capítulo dieciocho



Ya estaba oscureciendo cuando Darío se despertó, aunque apenas quiso moverse; Vanessa tenía la cabeza sobre su torso y dormía profundamente. A pesar de la penumbra, distinguió sus facciones, de líneas delicadas y perfectas, y sus dorados rizos caían sobre su abdomen. Alargó la mano y pudo alcanzar sus vaqueros que estaban tirados en el suelo, tras lo que buscó el móvil en uno de los bolsillos con la intención de mirar la hora. Aún era temprano...

Con sumo cuidado, apartó a Vanessa, tratando por todos los medios de no despertarla. Tenía que arrancarse esa espina que no paraba de mortificarlo, y necesitaba hacerlo solo.

Al levantarse de la cama, la vio removerse, aunque no llegó a abrir los ojos. Entonces, cogió toda su ropa y se fue hasta su cuarto para ducharse allí y no hacer ruido. Luego, se vistió y, ya se disponía a salir, cuando le vino una idea a la cabeza. Se acercó a la mesa auxiliar del salón y escribió una nota, tras lo que volvió a la habitación de Vanessa, de puntillas, y la colocó en la mesita de noche. Recordaba que no le había hecho mucha gracia la vez que se despertó sola... y eso que únicamente se estaba duchando. Aunque la entendía, su mala experiencia con los hombres había hecho mella en su confianza, pero él se encargaría de que dejara sus miedos atrás, por su bien y el de su relación.

Esta vez sí cogió el coche, quería tardar lo menos posible... Enseguida entró en la Avenida de la Costa, aunque se desvió para llegar a la plaza, en busca de un bar. Mientras pedía un par de bocadillos y un par de tapas, para llevar, se detuvo a saludar a los parroquianos que echaban la partida; todo el mundo conocía a Darío, el nieto de Emiliano, *o pulpeiro*. Decidió que se estaba entreteniéndolo demasiado, así que le comentó al dueño del bar, tras pagar la cuenta, que iba a un recado y, en un rato, volvía a por los bocadillos.

En esta ocasión, ya no cogió el coche. Lo había aparcado en buen sitio y, además, donde iba, estaba muy cerca. Se plantó allí en un minuto y llamó al timbre, sin titubear, aunque preguntándose quién le abriría la puerta.

Fue Wences...

—¿Qué haces aquí? —inquirió su hermano, entre asombrado y contrariado.

—¿Está tu mujer? —preguntó Darío quien, al contrario que él, se mostraba muy tranquilo.

—Y a ti, ¿qué te importa? —exclamó, airado.

—Tengo que hablar con ella, y lo haré —le advirtió, dando un paso hacia el umbral de la puerta—. Puedo hacerlo en la intimidad de tu casa, o en plena calle, a oídos de todos, como tú quieras —añadió, encogiéndose de hombros, como si no le importara.

Wences, en cambio, resoplaba cual toro bravo a punto de embestir, pero acabó cediendo y lo dejó pasar.

—¿De qué narices tienes que hablar con ella? —lo interrogó, estudiándolo mientras entraba.

—Ahora lo sabrás. Haz el favor de llamarla —le pidió en tono autoritario, parándose en mitad del salón y girándose a mirarlo—. No he venido aquí para conocer tu casa ni a que me invites a café con pastas, tranquilo. Me iré enseguida. Llámala —insistió.

—¡Vero! —gritó entonces Wences, y la joven no tardó en asomarse a la sala.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó titubeante. Se había detenido en seco al ver a Darío allí. Sus ojos viajaban de él a su marido, como en un partido de tenis, y tragó saliva, temiéndose lo peor.

—Creo que sabes muy bien a qué he venido —le dijo Darío, de pronto, y ella intentó disimular su temor lo mejor posible.

—¿Ya te ha ido tu novia con el cuento? —replicó con sonsonete, envalentonada.

—Me alegra saber que lo tienes claro. —Dio un paso hacia ella, amenazante—. Vanessa es mi novia, sí, y tú no eres quien para opinar sobre eso. ¿Te enteras?

—Yo solo le decía a tu hermana que...

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de juzgarla? Tú, que te revolcabas con mi hermano, a mis espaldas —gritó, señalándolo, aunque sin mirarlo—, y lo seguirías haciendo si no hubiera sido porque Iago me advirtió de lo que pasaba.

Vero iba a replicar, pero Darío la silenció, sacudiendo una mano. ¿Y aún tenía la desfachatez de intentar defenderse?

—Te repito lo que le he dicho a Vanessa... —masculló, furioso—. Aquí, la única zorra que hay eres tú. —Apuntó hacia ella con el índice—. ¡Y tú, te callas! —exclamó, girándose a mirar a Wences al escuchar que se acercaba—. Porque ella se dejó engatusar por tu palabrería, pero a ti te importó una mierda que estuviera saliendo conmigo, hermanito. Sois tal para cual... Aunque ¿sabes qué? Me alegro de que me la quitaras de encima. Vanessa vale mil veces más que tú —se dirigió de nuevo a Vero—. Y no quiero ni que te la cruces durante el tiempo que permanezcamos en el pueblo. ¿Está claro? —alzó la voz.

La joven se limitó a asentir mientras miraba a su marido con una mezcla de pavor y disculpa en los ojos. Así le pareció a Darío, pero, ciertamente, le traía sin cuidado. Tal y como había prometido, una vez terminó de hablar, dio media vuelta y se marchó, y, en cuanto se escuchó la puerta al cerrarse, Verónica se echó a temblar.

—Wences... déjame que te explique... —comenzó a decirle a su marido, con las palmas en alto, en un gesto de autodefensa.

—No me hace falta —replicó, dibujándose una mueca de asco en su cara mientras se acercaba a ella—. No puedes evitarlo. En cuanto se trata de ese palurdo, pierdes las bragas.

—¡No he hecho nada malo! —exclamó, justificándose, aunque retrocedía los mismos pasos que él avanzaba—. Solo comentaba con tu hermana que esa tipa no es más que una *groupie* aprovechada que quiere endosarle a su hijo.

—¿Y a quién coño le importa si es así? Es su jodido problema —espetó él, plantándose frente a su mujer que, en ese instante, daba con la espalda en la pared, con expresión aterrorizada—. Pero, claro, a ti sí te importa, ¿verdad? Darío se ha enamorado de otra y tú has perdido todas las esperanzas de volver a follártelo, ¿no?

—¿Qué?! —Abrió mucho los ojos, impactada por sus palabras—. ¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar eso? Soy tu mujer.

—Darío tiene razón. Eres una puta... —continuaba él hablando, sin escuchar a Verónica ni sus explicaciones, porque estaba sordo, y ciego de furia, con el rictus crispado, la mandíbula tensa y mirada asesina.

—Wences, yo te quiero...

No la vio venir. La primera bofetada le cruzó la cara con tanta fuerza que la tiró al suelo. Y ella solo atinó, traspasada por aquel dolor pulsante, a llevarse una mano a la mejilla, temiendo que le hubiera reventado el ojo por la violencia del golpe.

—Wences, no, por favor... —sollozó.

Pero Vero sabía que de nada servía rogarle. Vio con el ojo sano que su marido se acercaba, apretando los puños, y ella se hizo un ovillo, protegiéndose la cabeza con los brazos, y empezó a rezar para que fuera rápido.



Vanessa se despertó sobresaltada. No se veía nada a través de la ventana, por lo que debía ser tardísimo. A tuestas, encendió la lamparita de la mesita de noche y, al mirar a su alrededor, no encontró a Darío.

Suspiró sin querer dejarse invadir por la desilusión y buscó su ropa, la de los dos, pero solo encontró la suya. Esforzándose en cortarles las alas a su malévola imaginación, cogió el móvil de los vaqueros y consultó la hora; eran poco más de las once.

Pensó que, tal vez, Darío se estaba duchando, tal y como sucedió aquella mañana, en su casa, así que se dispuso a ir a buscarlo al baño. Fue al dejar el teléfono en la mesita cuando se percató de que había una nota.

«Al menos, no ha desaparecido sin despedirse», bromeó para sí misma, antes de leerla.

*Vuelvo enseguida.*

*Espérame en la cama.*

*Y si es desnuda, mejor.*

*Te quiero, muñequita.*

*Tu Darío.*

«Vale...», suspiró, no sin cierto alivio, dejándose caer sobre la cama.

Se cruzó de brazos, decidiendo qué hacer hasta su regreso, y pensó que darse una ducha estaría bien. La ayudaría a despejarse y a quitarse tantas tonterías de la cabeza, porque, sin saber cómo, por un resquicio de su mente, se coló la idea de que Darío había ido a ver a Vero... ¿Y para qué querría ver a una tía que le puso los cuernos con su hermano? Joder... Iba a resultar que era una celosa patológica.

Nunca imaginó que sería una mujer tan insegura. Sí, claro, era muy fácil echarle la culpa a su pasado, pero era muy consciente de por qué se había limitado a tener relaciones esporádicas, de «aquí te pillo,

aquí te mato». Y no era por el miedo al compromiso, sino al engaño, la traición, el dolor, la sensación de abandono y desamparo... y de no ser lo suficientemente buena para ser tomada en serio. Sabía que ser madre soltera, su físico y su actitud despreocupada para algunas cosas favorecían su aspecto de mujer fácil y ella, en cierto modo, lo agradecía, pues no quería arriesgarse a comenzar una relación con aquellos tíos de una sola noche para volver a acabar sola y con el corazón roto.

Y allí estaba, enamorada hasta la médula de uno de esos hombres fácilmente catalogables como «Dios del Olimpo *a.k.a.* inconquistable». Pero lo había conquistado... o eso decía él. Desde luego, la filosofía del *Carpe Diem* ya no le servía, no se conformaba con vivir el momento y que pasara lo que pasara, pues la aventura había dejado de serlo hacía tiempo.

El chorro cálido del agua de la ducha pronto empezó a surtir efecto y comenzó a relajarse. Si bien era cierto que no quería que su historia con Darío terminara, no le ayudaba mucho aquella faceta suya de mujer neurótica... Glenn Close iba a parecer una monjita a su lado... Además, estaba siendo muy injusta con él, pues nunca le había dado motivos para desconfiar, al contrario, trataba por todos los medios de hacerla sentir especial, única... la única... y si de entre todas las mujeres que conocía, que lo perseguían, la había elegido a ella, por algo sería, ¿no?

Sonrió a causa de aquella inyección de autoestima, y se dispuso a disfrutar de la ducha. Se fijó entonces en que el tamaño de la bañera no estaba nada mal, y su lado travieso empezó a maquinarse mil y una formas de compartir una sesión de baño de espuma con Darío. Y tan ensimismada estaba con la imagen de aquel hombre divino, emergiendo de las aguas cual dios pagano, que no se percató de que alguien abría la cortina y se colocaba tras ella. Lanzó un grito cuando notó que le tocaban la espalda.

—Tranquila, soy yo —Darío le dijo al oído, inclinándose por detrás.

—¡Casi me matas del susto! —exclamó, girándose para mirarlo, aunque él la apretó contra su cuerpo impidiéndoselo. Entonces cayó en la cuenta de que estaba completamente desnudo...

—No te des la vuelta —le pidió él en tono grave, mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Imposible no obedecerle...

—¿Dónde... dónde estabas? —le cuestionó, con voz entrecortada, apoyando la espalda en sus duros pectorales.

Lo vio alargar un brazo para coger un poco de gel, lo repartió entre ambas manos y comenzó a pasarlas por su abdomen, que resbalaban a causa del jabón en un toque sensual.

—He ido a por la cena —le respondió. Entonces, le apartó el cabello hacia un lado y su boca bajó hacia su cuello—. Dime que no tienes hambre.

—Pues estoy hambrienta —replicó, haciéndose la difícil, porque, en realidad, ni el más suculento de los manjares la sacaría de ese cuarto de baño.

—Tal vez, mi menú te guste más —le propuso él, mordiéndole con suavidad el hombro. En ese momento, una de sus fuertes manos subió hasta su pecho, aprisionando entre sus dedos el turgente pezón—. Este sería el entrante —murmuró, apretándolo despacio—. ¿Qué te parece? —le preguntó, provocándola.

—No está mal —jadeó ella, echando ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Veamos qué opinas del plato principal —susurró de nuevo en su oído mientras la mano libre se

deslizaba con lentitud, hacia abajo, hasta alcanzar su monte de Venus.

A esas alturas, Vanessa ya se deshacía contra Darío, gimiendo con las caricias que prodigaba primero a uno de sus pechos y luego al otro. Y cuando él comenzó a jugar con los rizos de su sexo, no pudo evitar separar los muslos en una clara petición o, más bien, una súplica.

Sin embargo, él no se haría de rogar...

El agua de la ducha seguía cayendo sobre ellos, como erótico roce, uniéndose a las manos masculinas, y Vanessa tuvo que apoyarse en el torso de Darío, pues temía que le fallasen las piernas cuando dos de sus dedos se hundieron en su intimidad. Un gemido le quebró la garganta al verse traspasada con rapidez por una oleada de placer. Alzó las manos y la echó hacia atrás, agarrándose a la nuca de aquel hombre que la llevaba a la locura en cuestión de segundos.

—Me encantas, Vanessa —lo oyó decir—. Me encanta tu cuerpo y cómo te entregas a mí.

Y a ella le habría gustado responderle, decirle que nadie le había hecho sentir lo mismo que él, y no se refería únicamente al inmenso placer que la recorría por entero, abrasándola con el simple tacto de sus manos. Pero no podía hablar, de su boca solo salían ahogados jadeos, acompasados por el movimiento errático que emprendió su pelvis cuando él alcanzó con el pulgar el lugar que más ansiaba su tacto. Darío no le daba tregua... y ella no podía aguantarlo más.

—Darío...

—Déjalo ir —le pidió en un susurro cálido, ardiente—. No sabes lo excitante que es para mí verte disfrutar.

Aunque Vanessa podía hacerse una idea porque notaba su erección contra su cuerpo... Le habría gustado darse la vuelta y pedirle que le hiciera el amor, sentirlo dentro de ella otra vez, pero imaginaba que no pararía hasta salirse con la suya... como si a ella le molestara. Así que se dejó llevar, por sus manos y por el placer que se propagaba como fuego por sus venas, inundando hasta el último rincón de su cuerpo.

Y él lo supo, notaba que su éxtasis se acercaba, así que acrecentó el ritmo de sus caricias, queriendo que alcanzara el orgasmo más intenso y vibrante de toda su vida, y que vino anunciado por un largo y sensual gemido que penetró en él como potente néctar afrodisíaco. La sostuvo con fuerza, no dejaría caer ese precioso cuerpo que ya temblaba entre sus manos y que solo debía preocuparse de sentir, de gozar hasta el extremo. Y de hacerlo gozar a él, porque escucharla gemir, notar cómo se retorció contra su torso, el palpar de su intimidad alrededor de los dedos... solo eso bastaba para llevarlo al límite.

Poco a poco, el placer se fue mitigando y ella, languideciendo. Atrapó su cuerpo laxo entre los brazos y la sostuvo, aguardando a que su respiración se normalizara.

—Dios del Olimpo, no, Dios del sexo —le pareció que murmuraba.

—¿Qué? —preguntó, soltando una carcajada.

—Nada, cosas mías —respondió aún jadeante y girándose hacia él—. Hola —le dijo, besándole en los labios.

—Hola —contestó, abrazándola.

—Me he vuelto a despertar sola —añadió con falso reproche. Darío iba a replicar, así que le colocó un



dedo sobre los labios, impidiéndoselo—. Pero, te perdono. —Frunció los labios con gesto vanidoso, echándole los brazos al cuello.

El joven sonrió, satisfecho, e inclinó el rostro, buscando sus labios.

—Esa nota ha sido tu salvación —le soltó ella, y él exclamó, con fingida indignación.

—¡Serás bruja! —bromeó, haciéndola reír.

—¿Pensabas que me refería a la escenita de seducción? —dijo, haciendo un mohín burlón—. Creí que decías que habías traído la cena.

Él se echó a reír ante su ocurrencia.

—La cena de la que hablaba la dejé en la cocina —le confirmó él.

—Ya veo... —murmuró ella, pensativa, y él la miró divertido a la vez que receloso, tratando de imaginar qué pasaría en ese instante por esa cabecita suya.

—¿Qué? —preguntó en vista de su silencio.

—Que me gusta más este menú —le dijo con voz melosa, haciendo que las manos resbalaran desde la espalda hasta su trasero y que él diera un respingo al notarlo.

—¿No has quedado saciada? —preguntó con sonrisa socarrona, y ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio.

—Me falta el postre.

Darío se quedó sin respiración cuando, de pronto, Vanessa atrapó su miembro, rodeándolo completamente con los dedos, y su cuerpo respondió por él, guiando la pelvis hacia su mano.

—Es buffet libre, ¿verdad? —preguntó traviesa, sin dejar de acariciarlo, y él asintió en medio de un gemido, pues su deliciosa boca comenzaba a lamer sus pectorales... y a bajar peligrosamente...

El batería abrió los ojos como platos, le agarró las mejillas y negó con la cabeza cuando ella lo miró, pero parecía tan decidida...

—Vanessa...

—Shhh... A mí también me gusta pagar mis deudas...

Tuvo que apoyar la espalda en la pared cuando la boca de Vanessa lo tomó...

Aquella iba a ser una noche muy larga.

## capítulo diecinueve

El Teniente Andrés Feijoo entró en su oficina con su cuarta dosis de café del día... y apenas eran las nueve de la mañana. Dejó en la mesa la taza, con el tiburón del emblema de los GRECO Levante enseñándole los dientes, un *souvenir* de la época en la que estuvo destinado allí. Pero había vuelto a casa, a Pontevedra, y convertido en teniente, nada menos, y a su edad, como le decían todos, pues aún no llegaba a los cuarenta. Sin embargo, ahí estaba, tratando de superar las expectativas que habían puesto en él, y esforzándose hasta perder el sueño para resolver aquel caso que lo llevaba por la calle del insomnio.

Tras dar un sorbo, se puso en pie y, aflojándose la corbata y arremangándose la camisa blanca hasta los codos, caminó hacia la pizarra magnética, que cubría una de las paredes del despacho, y donde estaba desplegada toda la información del caso «bosque animado». Justo en el centro, había una fotografía, la de un chaval que apenas rozaba la treintena, pero que era el cabecilla de la más escurridiza red de narcotransportistas de los últimos tiempos y que traía en jaque a todos los cuerpos de seguridad del estado con base en la zona de Galicia: Wenceslao Castro, alias «el literato».

Aquel joven con aspecto de boxeador era meticuloso, minucioso, desconfiado, y no cometía errores. Por otro lado, también destacaba su falta de escrúpulos, atribuyéndosele varios delitos de sangre, competencia que le entorpecía el camino hasta la cumbre del narcotráfico y que no dudó en quitar de en medio. Y Andrés estaba seguro de que era él quien apretaba el gatillo o, por lo menos, daba la orden, aunque no tenían pruebas tangibles, solo meros indicios.

Blasfemó en voz baja, pasándose la mano por la barbilla rasposa con barba de tres días. Habían estado a un puto paso de pillarlo y se les había escapado, no cayó en la trampa, y durante semanas, irían apareciendo fardos de cocaína en la costa pontevedresa, al igual que tampoco pudieron sacar nada de la lancha motora que hallaron ardiendo en la playa. Mierda... era la ocasión perfecta, estaba todo planeado para cogerlo por sorpresa, pero, aun así, se les escurrió como una anguila entre las manos. Y le jodía sobremanera que los hiciera parecer una pandilla de novatos recién salidos de la academia.

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su pantalón hecho a medida; se cagaba en la ley antitabaco que prohibía fumar en el lugar de trabajo. Además, aquel despacho era prácticamente su casa, primero por la cantidad de horas que pasaba allí y, segundo, porque nadie lo esperaba en su piso de la Avenida das Corvaceiras, a orillas del río Lérez. No había mujer en el mundo que soportara un trabajo como el suyo en el que tanto sacrificaban, arriesgaban, y si no, que se lo dijeran a Patricio.

Viniéndole el nombre de su compañero a la mente, volvió a la mesa y cogió el teléfono, marcando una de las extensiones, de cinco cifras. Le respondieron al primer tono.

—Dime, jefe —contestó Fede al otro lado de la línea.

—Ven a mi despacho, por favor —le pidió.

—Enseguida —repuso, antes de colgar.

Fede tenía treinta años y formaba parte del Cuerpo Nacional de Policía antes de que lo destinaran allí. Además de tener buen olfato, era un crack de la tecnología.

—Pasa —le dijo con alta voz al oírlo llamar a la puerta.

—Buenos días —lo saludó, animado aunque serio.

—Eso depende de lo que me traigas —apuntó al ver que llevaba con él su tableta.

—Pues, me temo que nada bueno —admitió, con un resoplido pesaroso. Andrés se sentó en su butaca y le hizo una seña para que ocupara la silla situada enfrente del escritorio.

—¿Patricio se ha reportado? —preguntó en tono pesimista.

—No, y ya van dos noches —le recordó su subordinado, como si le hiciera falta.

—Dime que tienes algo —masculló en lo que parecía una advertencia, dándole una profunda calada a su cigarro.

—La última localización del GPS de su móvil lo sitúa en esta nave industrial abandonada a las afueras de Poio —le informó, alargándole la tableta.

Andrés la estudió un segundo y luego alzó la vista con una demanda muda en su mirada oscura.

—He consultado los repetidores de la zona. Ayer se perdió el contacto y no ha vuelto a haber señal alguna desde entonces —le confirmó.

—Demasiado tiempo... —murmuró—. ¿Qué sabemos de esa nave? Porque, con la suerte que tenemos, seguro que no tiene nada que ver con Wenceslao.

—Pues yo diría que sí —aventuró, recuperando la tableta y cargando una foto, enseñándosela.

—¿Quién es? —le preguntó, ceñudo, al ver que era la fotografía de una mujer.

—Verónica Márquez; propietaria de esa nave y... mujer de Wenceslao Castro.

—¡Bingo! —exclamó Andrés, reclinándose en la butaca y alzando los brazos—. Por fin nos acercamos a ese cabrón.

—Ningún juez nos dará una orden de registro con eso —temió.

—Lo sé... —Volvió a inclinarse sobre la mesa—. Pero el cerco comienza a estrecharse. Quiero toda la información que haya sobre esa mujer —señaló la pantalla—, hasta el último detalle, presente, pasado y futuro, ¿está claro?

—Sí, jefe —asintió Fede, poniéndose ya en pie.

—Y también sobre Cristina Castro —añadió, haciendo que el joven se detuviera, mirándolo extrañado.

—Ya la investigamos y está limpia —le recordó.

—Sí, pero su marido está metido hasta el cuello, y puede que también haya puesto bienes, naves industriales, pisos o vete a saber qué a su nombre —aventuró.

—Está bien —aceptó—. ¿Y qué hacemos con Patricio?

Andrés resopló y se pasó la mano por su cabello oscuro cortado al cuatro.

—Manda un coche a la nave, a que echen un vistazo a las inmediaciones —hizo una pausa—. Y que una lancha revise esa zona de la ría —agregó con gravedad.

—Jefe...

—Si Wenceslao cree que «el Guajiro» ha ido a joderle... Dalo por muerto...

—Joder —murmuró Fede, con una mezcla de rabia e impotencia.

—Haz lo que te he pedido —le dijo, queriendo dar el tema por zanjado. Y no porque no le importase el destino de uno de sus hombres, por supuesto que sí, pero la mejor forma de ayudarlo era pillar a esos hijos de puta cuanto antes.

Fede concordó, resignado, y volvió a encaminarse hacia la puerta.

—Mándame la foto de Verónica a la impresora —le pidió entonces, y antes de que Fede cerrase la puerta del despacho, ya se estaba imprimiendo.

Andrés sacó una carpeta de uno de los cajones del escritorio y buscó la foto de Cristina, y que había sido desechada en su día. Luego cogió también la de la impresora y se dirigió a la pizarra, estudiándola conforme se acercaba.

Colocó a Verónica al lado de su marido, y a Cristina, cerca del suyo, un hombre de unos cuarenta años, con la cabeza rapada; Bieito Carballo, alias «el melenas».

## capítulo veinte



«*Don't wanna miss a thing*» era una canción fantástica, a no ser que te despertara a las nueve de la mañana, después de haber dormido apenas unas horas en toda la noche.

—Como sea alguna de tus *groupies*, dala por muerta —farfulló Vanessa, adormecida, abrazada a Darío.

—Tranquila —le dijo él, dándole un breve beso y estirándose para alcanzar la ropa que estaba en el suelo—. Ya te dije que tú eras la única a la que le había dado mi teléfono.

—¿Me acabas de llamar *groupie*? —Alzó un poco la cabeza, abriendo un único ojo, como si hacerlo le costase un esfuerzo sobrehumano—. En cuanto pueda moverme, te vas a enterar.

Él lanzó una carcajada, mirando la pantalla.

—Tú eres la reina de todas ellas —le dijo sonriente, y ella lo miró con sorna, como si con sus palabras lo estuviera estropeando aún más—. Dime, Cris —respondió entonces al teléfono, y Vanessa se sentó en la cama, como empujada por un resorte—. ¿Todo bien? —demandó, haciéndole una seña a la joven para que no se preocupara antes de tiempo.

—Sí, claro. ¿Venís a desayunar? —repuso, como si fuera lo más normal del mundo.

Darío, en un principio, no supo qué responder. Primero, porque no era una petición tan usual, y, segundo, porque, desde que llegaron a Combarro, tenía unas ganas tremendas de meterse en la playa en compañía de Vanessa y pensaba que tendrían pocas ocasiones, como esa mañana, de hacerlo solos.

—Danos media hora —respondió, sin embargo. Era cierto que deseaba disfrutar de ella un poco más, pero imaginaba que la joven también querría estar con Alejandro.

—Pues voy despertando ya a los niños —acordó su hermana.

—Hasta ahora —se despidió, antes de colgar.

—¿Qué pasa? —preguntó Vanessa.

—Cris nos espera a desayunar en media hora —le dijo, dejando el teléfono en la mesita.

—¿Media hora? —quiso asegurarse, y él asintió, mirándola ceñudo al notarla pensativa—. Tiempo de sobra —decidió de repente, empujándolo para tumbarlo en la cama y colocándose a horcajadas sobre su abdomen.

—Pero ¿qué...?

Vanessa apoyó las manos a ambos lados de la cabeza de Darío y le dio un beso, corto, aunque apasionado, ardiente, y él, a pesar de lo sorprendente de su arrebato, se dejó llevar.

—Ahora te enseñaré que no puede haber para ti ninguna otra *groupie* más que yo...

A la media hora, más unos diez minutos de retraso, se presentaron en casa de Cristina. Alejandro salió al encuentro de su madre, muy emocionado, y comenzó a contarle, de forma atropellada, lo bien que se lo había pasado con Emilio.

—Estás en tu casa —le dijo la hermana de Darío, haciéndola pasar al comedor.

—Pero... déjame que te ayude —se ofreció ella, en cambio.

—No, no —se lo impidió la joven—. Tú ponte cómoda. Mi hermano me ayudará con la mesa.

Vanessa le agradeció el gesto con una sonrisa, y Darío siguió a su hermana hasta la cocina, un tanto receloso. Imaginaba que querría hablar con él a solas y, ciertamente, estaba demasiado contento como para aguantar sermones.

—¿Y Bieito? —preguntó, queriendo romper el silencio y que así su hermana le dijera de una vez lo que le tuviera que decir.

—Wences vino muy temprano a buscarlo —le informó mientras comenzaba a sacar las tazas de uno de los armarios—. Ya sabes que, además de trabajar juntos, son amigos.

—Sí —asintió, pensativo—. Anoche estuve en su casa —le soltó, incapaz de guardárselo.

—Por eso estaba tan cabreado... —resopló su hermana, apoyando la espalda en el banco de la cocina—. No podías dejarlo pasar...

—¡No! —exclamó, rotundo—. No tenía ningún derecho a hablarle así a Vanessa. La quiero —declaró sin avergonzarse—. Y Vero no es quien para, ni siquiera, opinar. Ella fue la que me dejó, tomó una decisión y tuve que aceptarlo, no solo que lo eligiera a él, sino que también la apoyarais —le recriminó—. Porque Wences era mejor que yo, él sí era fiel a la familia y la puñetera tradición.

—Darío...

—Pues yo también he elegido mi camino —continuó, impidiéndole intervenir—. Y muy a vuestro pesar, voy a seguir con mi vida.

—Y serías un idiota si no lo hicieras —lo interrumpió, por fin, y Darío se quedó mudo, pues no esperaba que le dijera eso.

—Pero...

—Tú fuiste el único que tuvo un par de narices de salir de esta mierda —espetó con cierto resentimiento, aunque Darío entendió que no era hacia él—. Tú te otorgaste a ti mismo la posibilidad de elegir.

—Creía que querías esta vida —murmuró él, notablemente sorprendido.

Cristina soltó una carcajada, triste e irónica, y se dio la vuelta para empezar a preparar el café.

—Deslomarse día tras día, con el agua hasta las rodillas, a la intemperie, haga frío o calor... —inspiró, tratando de dominar el temblor de su voz—. Para ser mariscadora se tiene que tener una vocación que yo perdí hace mucho. Igual que para ser esposa de un pescador, de un hombre que ni es marido ni padre, pues pasa más tiempo en alta mar, o donde sea que esté, que en casa.

Darío permaneció en silencio unos segundos, asimilando las palabras de su hermana, que lo habían pillado completamente por sorpresa.

—¿A qué te referías con «donde sea que esté»? —cayó entonces en la cuenta—. ¿Crees que te es infiel? —le preguntó con cautela, acercándose a ella.

—Puede ser —respondió sin mirarlo, encogiéndose de hombros, y Darío no era incapaz de entender su pasividad—. Casi nunca está en casa, y no siempre es porque esté faenando.

—¿Y te da igual? —preguntó, tratando así de comprender, no porque quisiera juzgarla—. ¿Ya no lo quieres?

—Esa no es la pregunta correcta, hermanito. —Lo observó de reojo, continuando con su tarea—. Sería, más bien, si lo quise alguna vez.

Silencio...

—¡Venga ya, Darío! —exclamó con incredulidad—. Sabes perfectamente que papá me lo metió por los ojos. Era muy buen chico, y el hijo de su mejor amigo.

El joven asintió. Se colocó a su lado y se cruzó de brazos, pensativo. Sí que lo sabía, pero, por aquel entonces, él ya estaba enfrascado en su sueño de ser músico y, por tanto, en las movidas en casa, y no tenía energía para involucrarse también en los problemas de los demás.

—Imagino que él tampoco me quiso nunca —dijo su hermana, de pronto, en un tono de resignación, rozando la liberación y que descolocó a su hermano por completo—. Desde luego, jamás me ha mirado del modo que miras tú a Vanessa —admitió con una sonrisa demasiado triste.

—¿Y por qué no lo dejas? —preguntó con prudencia.

—¿Dejarlo? —inquirió, mirándolo espantada, como si hubiera dicho la mayor de las barbaridades.

—Eres joven, Cris. Puedes rehacer tu vida, enamorarte, encontrar otro trabajo...

Su hermana se echó a reír. Fue hacia la nevera en busca de la leche, y, también, por tener las manos ocupadas.

—Tengo treinta y siete años y dos hijos —empezó a enumerar—. Me saqué el graduado escolar, con suerte, y mi experiencia laboral se ciñe a cultivar berberechos en la playa de Padrón... Menudo curriculum —añadió en tono irónico.

—Cristina...

—¡Me faltan cojones! —espetó, dejando caer el brick de leche en el banco de la cocina, apoyando las manos, cabizbaja, rehuyéndole la mirada a su hermano—. No tengo el valor que hace falta, el que tuviste tú para irte hace años —agregó con la voz entrecortada. El llanto luchaba por salir y ella trataba por todos los medios de tragárselo—. Y por eso... por eso te di la espalda —admitió, ahogando un sollozo de culpabilidad que apenas contuvo, tapándose la boca—. No porque estuviera en contra de tu decisión, sino porque no fui lo suficientemente valiente como para seguir tus pasos. No soy como Vanessa, que ha tenido las narices de sacar adelante a su hijo, sola.

En esos momentos, las lágrimas ya recorrían las mejillas de Cristina, y Darío no pudo estar ni un segundo más sin abrazarla. Su hermana se refugió en su pecho, agradecida y avergonzada, y él besó su frente, reconfortándola, a pesar de lo ocurrido, de haber sentido, durante tantos años, su abandono. Había volcado en él toda su frustración, el no haber podido romper los barrotes que formaban esa cárcel que era su vida y, aunque no era culpable, le rompía el corazón que ella fuera desdichada.

—No te preocupes por mí —la escuchó decir, apartándose y secándose las lágrimas.

—Claro que me preocupo —le rebatió él, cogiéndole un brazo para que no se alejara—. Eres mi hermana. Pero no te voy a decir eso de «me tienes para lo que haga falta», porque siempre termina siendo un mero ofrecimiento, para quedar bien, y del que nunca se echa mano. Nos cuesta pedir ayuda, dar el paso, así que lo voy a dar yo por ti.

—Darío, ¿qué...?

La joven se soltó de su agarre y se pasó los dedos por la frente, como si el simple hecho de pensar le costara un mundo.

—Déjalo... No puedo...

—¡Sí que puedes! —replicó él—. Y yo me encargaré de que lo hagas.

Las lágrimas acudieron de nuevo a los ojos de Cristina, y volvió a abrazarla, era tanto el tiempo que no lo hacía... Le dolía que fuera en aquellas circunstancias, pero, a pesar de la tristeza de no saberla feliz, le alegraba el hecho de poder recuperar a su hermana.



Después de desayunar, fueron todos a dar un paseo por el pueblo. Entre unas cosas y otras, Vanessa apenas había visto casi nada. A la joven le llamaron mucho la atención los *cruceiros* y, sobre todo, los hórreos, aquella especie de casitas que, en realidad, hacía las veces de almacén y que no se encontraría nunca en Valencia. Decidieron ir hasta el que pertenecía a la familia de Darío. No había mucho que ver, estaba lleno de aparejos de pesca y cosas así, pero no faltó la foto de rigor a los pies de la pequeña construcción... su primera foto juntos. Luego se sentaron en la terraza de un bar, a orillas del mar, a tomar algo mientras los niños jugaban, tras lo que acudieron a casa de sus padres a comer.

—¿Y tu marido? —le preguntó Carmen a su nieta al ver que Bieito no iba con ellos.

—Wences pasó a recogerlo muy temprano esta mañana —le contó, como si nada, entrando en la cocina, por si podía ayudar en algo.

—O sea, que no vienen a comer —supuso, empezando a poner la mesa—. Pues ya son tres. Vero ha llamado y me ha dicho que tampoco la esperemos —añadió, mirando a Vanessa con sonrisa malévola, otorgándole el triunfo.

Darío y Cristina se dieron cuenta del detalle. Ambos estaban convencidos de que el motivo por el que no acudía a la comida era la visita del batería a casa de Wences, y el joven le hizo una seña disimulada a su hermana para que no le dijera nada a Vanessa.

De pronto, por la puerta del patio, apareció Abel, seguido de Elvira. Darío no pudo evitar tensarse, sin saber de qué ánimo estaría su padre. Él, desde luego, no estaba de humor como para tener un enfrentamiento. Sin embargo, el saludo que ambos les dirigieron fue bastante cordial, aunque contuvo el aliento cuando vio a su padre caminar hacia Vanessa.

—Siento mucho el numerito de ayer —le dijo a la joven, y a Darío le llegó la mandíbula al suelo de la estupefacción—. Los problemas que pueda tener con mi hijo, no tienen nada que ver contigo, y no te di



el recibimiento que merecías. Bienvenida —añadió, alargando la mano hacia ella.

Durante su discurso, Vanessa no hacía más que mirar con disimulo a Darío, quien por obvias razones, no podía creer lo que estaba escuchando. Sin embargo, en cuanto vio su gesto, ella le estrechó la mano sin dudarle.

—Muchas gracias, señor Abel —respondió, sin poder ocultar lo que le alegraba que, al menos, durante esa visita, no hubiera discusiones.

—Con Abel, a secas, estará bien —la corrigió, y ella le sonrió, agradecida.

—Así me gusta —murmuró Carmen, que pasaba en esos momentos por allí con una bandeja de empanada, y aprovechó para pellizcarle la cara a su hijo, quien chasqueó la lengua con disgusto.

Se puede decir que la comida transcurrió en armonía. La conversación se centró en los invitados, sobre todo en Alejandro, en lo que le estaban pareciendo las vacaciones y en que fuera a salir tocando en la procesión. De hecho, después de comer y de que Vanessa viera, atónita, cómo Darío podía engullir una docena de *filloas* sin pestañear, tanto él como el chico se despidieron, pues debían acudir al ensayo.

—Necesito ir a tu casa a buscar algo —le dijo entonces Vanessa, y él la miró extrañado—. Si no tienes tiempo de acompañarme, me dejas las llaves y...

—No, no —respondió, sacudiendo las manos para que olvidase esa idea—. Voy contigo. Alejandro, enseguida vengo a buscarte —se dirigió ahora al niño.

—¿Te esperamos para el café? —le preguntó Cristina, yendo hacia la cocina, y la joven asintió al tiempo que Darío tiraba de ella para irse.

Tardaron muy poco en llegar a casa de Darío, es lo bueno de los pueblos pequeños, y Vanessa subió a la carrera a su habitación mientras él la esperaba en la sala.

—¿Te marchas? —demandó fingiendo sorpresa, al verla bajar con una especie de neceser, aunque más grande—. Si vas a escaparte, hazlo cuando yo no esté, ¿no? —añadió, haciéndose el dolido.

Entonces, ella se plantó frente a él, se puso de puntillas y le dio un beso tan apasionado que el batería maldijo el dichoso ensayo.

—¿Crees que tengo algún motivo para querer escaparme? —murmuró Vanessa con voz cálida, acariciándole con la mano libre la nuca.

—Espero que no —repuso, tratando de que pareciera una broma, aunque, en verdad, no lo era.

En ese momento, ella se separó un poco y abrió la cremallera del neceser. Dentro había un montón de útiles de peluquería.

—Tarde de chicas —dijo ella traviesa—. Y me alegro de que no esté tu ex porque no hubiera podido reprimir las ganas de teñirle el pelo de rosa.

—No tienes que preocuparte por ella, ¿vale? —le pidió muy serio, cogiéndola por la cintura y acercándola a él.

—Solo estaba bromeando —le aclaró Vanessa.

—De todos modos —insistió él—. No quiero que estropee lo nuestro. Hoy no ha venido a comer, pero, hasta que nos vayamos, no te garantizo que no vuelvas a verla.

—No tienes que garantizarme nada —negó con rotundidad—. Ella es tu pasado, y yo soy tu presente, ¿no?

—Y mi futuro, espero —la corrigió, y ella lo miró cautelosa—. Tranquila, no te estoy pidiendo matrimonio —se rio ante su expresión. Se notaba que, por un lado, se había asustado, aunque, no pudo evitar que el brillo de sus ojos la traicionara—. Pero... quién sabe...

—¿No crees que es un poco pronto para hablar de esas cosas? —inquirió ella, fingiendo estar en un aprieto—. Te arriesgas a que te diga que sí.

La carcajada de Darío resonó en la sala. No le contestó, aunque caminó hacia un mueble para sacar algo de un cajón que le ofreció a Vanessa. Era un llavero, del que colgaba un pequeño hórreo de metal, con dos llaves.

—De momento, toma las llaves de casa —le dijo—. Debería habértelas dado nada más llegar, pero han sido demasiadas emociones en poco tiempo y se me olvidó.

—Gracias. —Las aceptó sonriente, ya no por las llaves en sí, sino por lo que significaban, y del mismo modo lo entendía Darío. Capturó su cintura con un brazo y la atrajo hacia él para besarla con ardor.

—Esta noche celebraremos este pequeño avance en nuestra relación, ¿te parece? —le propuso con tono grave.

—Lo esperaré con impaciencia —murmuró Vanessa, mordisqueándole el labio inferior, y él gruñó.

—Mejor nos vamos ya o Iago me matará.



Cristina empezó a servir el café cuando Darío y Alejandro se fueron, por fin, al ensayo. En la sala se hallaban únicamente las cuatro mujeres, pues Abel se había marchado al bar, a echar la partida. Vanessa se acomodó en un sillón, agradeciéndole con una sonrisa a Elvira que le alargara una de las tazas.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Carmen, expresando la curiosidad tanto de su nuera como de su nieta.

—Ese es mi maletín de bruja con el que os voy a poner a todas guapísimas para la procesión de mañana —anunció con entusiasmo.

—¿A las tres? —exclamó Elvira, asombrada—. Es mucha faena, mujer.

—Tendríais que ver cómo se pone la peluquería en la que trabajo los viernes por la tarde. —Sacudió una mano, como si fuera una tontería—. De todas formas, tengo en mente una asistente que podría ser de mucha ayuda. —Las tres mujeres se miraron entre sí, intentando augurar quién sería la elegida, hasta que señaló a la hermana de Darío, guiñándole el ojo—. Tú serás la lavacabezas oficial. Así empezamos todas, desde abajo —bromeó, al ver su cara de «me tocó» y que las hizo reír.

En pocos minutos, aquella estancia se convirtió en una auténtica peluquería, y dio comienzo la sesión. La mesa estaba llena de bigudís, tintes y peines. En ese instante, Vanessa estaba poniéndole los rulos para un moldeado a Carmen, como era su costumbre, ya que se negaba a tintarse su completamente plateado cabello. Estaban las dos solas en la sala, pues Cristina se acababa de llevar a su madre al baño para lavarle la cabeza y quitarle el tinte que le había puesto la peluquera.

—Muchas gracias —le dijo Carmen.

—No es nada, en serio —sonrió, sin darle importancia.

—Mira que venirte a Galicia, de vacaciones, y pasarte la tarde peinándonos...

La joven se rio al notar su tono disconforme.

—Lo hago muy a gusto —le aseguró—. Además, así aprovecho que Darío no está.

—Aunque, tú ya venías con la idea en mente, ¿no? —aventuró la anciana—. No creo que viajes siempre con todo este cargamento.

—Me has pillado —admitió, echándose ambas a reír—. En realidad, contaba con que seríamos una más, pero no sabía quién era Vero.

—No se lo tengas en cuenta —le pidió Carmen, refiriéndose a Darío—. Fue duro para él.

Vanessa sintió una punzada en el pecho. No había duda, era una celosa redomada, pues no le gustaba en absoluto la idea de que hubiera estado perdidamente enamorado de ella.

—¿Te ha contado lo que pasó? —se atrevió a preguntarle, y Vanessa negó con la cabeza.

—Solo que le fue infiel con su hermano, no entró en detalles.

—¿Y no se lo has querido preguntar por si le duele a él o a ti? —indagó un poco más, y Vanessa no supo qué responderle—. Tal vez, te ayudaría a comprenderlo.

La joven guardó silencio...

—¿Llevaban mucho tiempo saliendo? —preguntó, finalmente, tras meditarlo unos segundos.

—Es un pueblo pequeño, aquí todo el mundo se conoce —le dio a entender así que desde siempre—, aunque empezaron más en serio cuando Darío volvió de la mili. Sin embargo, él ya había encontrado su vocación. Sé que se metió en la banda para no embarcarse. Le afectó mucho la muerte de su abuelo —añadió, y se lo decía ella, quien, a pesar de haber pasado más de veinte años, aún vestía de negro riguroso. Y Vanessa estaba segura de que ese luto no era fruto de la costumbre o la tradición. Debió quererlo mucho...

»Pero mi nieto tiene un don, ¿sabes? —continuó Carmen—, y no lo digo yo, lo decían sus profesores. La mayoría de músicos comienzan su formación desde niños, y les parecía increíble que mi Darío llevase tocando tan pocos años. Se esforzó mucho, fue muy sacrificado. Sin embargo, lo hacía lleno de ilusión, ilusión que deseaba compartir con ella, con Verónica, y, en cambio, no había terminado el primer año de carrera cuando ya estaba metida con Wenceslao.

—¿Cuánto tiempo...?

—Años —respondió con rapidez, dejando patente su tono duro de voz lo que opinaba sobre ello—. Pasaron años hasta que él se enteró. Facilitó las cosas el hecho de que mi nieto viniera muy poco a casa porque, desde el primer momento, mi hijo se negó a apoyarlo. Y, además, Verónica buscaba mil y una excusas para no ir a verlo a Santiago; tampoco le hacía gracia que fuera músico. Y yo sabía que había algo más, que algo andaba mal —murmuró con culpabilidad—, pero jamás imaginé que Wenceslao estuviera detrás de todo. Él la buscó, insistió y, al final, ella cayó.

Así que Vero no era la única culpable de la historia... Aunque, a su parecer, había salido perdiendo

con el cambio.

—Darío ya estaba en la *Filharmonía* cuando se enteró, por Iago, de lo que pasaba —prosiguió.

—¿Iago? —se indignó Vanessa, porque ninguno de los dos había tenido la decencia de decírselo.

—Los vio salir juntos de un hotel de Poio, casualidades de la vida, la verdad —suspiró la anciana—. No tardó ni un minuto en llamarlo, yo creo que ni se lo pensó. Y estalló la bomba. Darío vino y se peleó con su hermano, y no me refiero a una simple discusión. Esta sala se convirtió en un ring de boxeo. Aunque, lo peor no fue eso. Vero le echó la culpa, lo acusó de dejarla sola por su estúpido sueño de ser músico, y todos la apoyaron.

—No me jodas... Perdón —se disculpó al instante, por haber soltado un taco.

—Tranquila, *filliña*, se merece algo más fuerte que eso —dijo, y aunque Vanessa no podía ver su rostro, se notaba que aún le afectaba—. Esa fue la última vez que Darío pisó esta casa. A las pocas semanas, se marchó a Madrid... hasta ahora. Gracias a ti, mi nieto ha vuelto.

—¿Gracias a mí? ¡Qué va! —exclamó, quitándose el mérito—. La idea fue suya.

—Pero tú aceptaste, y ya sabías lo que se cocía por aquí. Lo quieres mucho, ¿verdad?

Carmen se giró a mirarla, y a Vanessa se le escapó un rulo de los dedos que acabó en el suelo, y no precisamente porque la mujer se hubiera movido. La anciana soltó una carcajada al percatarse de su apuro.

—Él, a ti, también —le dijo, dándole palmaditas en la mano—. Esa cara de bobo que pone cuando te mira no se la había visto jamás, ni con Vero ni con nadie —añadió, y Vanessa carraspeó, sintiendo que le ardían las mejillas. Ella, que presumía de que no tenía vergüenza, y esa ancianita le sacaba los colores a la primera de cambio.

Tomó aire para calmarse un poco y decidió centrarse en su tarea, por lo que se colocó delante de ella para comprobar que todos los rulos estuvieran en su sitio.

—¿Sabes? —continuó Carmen, sin embargo—. Iago siempre se ha sentido culpable, por haberse metido en su vida, y cree ser el causante de que esta familia se rompiera definitivamente. En cambio, a mí, me dan ganas de ponerle un monumento en mitad de la plaza.

—Qué exagerada —se rio la joven, pero la anciana la tomó de un brazo y le hizo mirarla.

—No hay mal que por bien no venga y, gracias a él, Darío se fue de aquí para tener la suerte de ir a conocerte a ti.

—Pues, siento contradecirte, Carmen —respondió Vanessa, agachando la cabeza—. La que ha tenido suerte soy yo.

## Capítulo veintiuno

Verónica se despertó sobresaltada al notar aquel aroma de rosas y el suave tacto de pétalos en su nariz. Cuando abrió los ojos, Wences estaba sentado en la cama con la mejor de sus sonrisas, sosteniendo una bandeja, con desayuno para dos y una sospechosa caja de terciopelo rojo.

La joven se incorporó, recelosa, apoyando la espalda en el cabecero de la cama y cayendo su melena castaña sobre su mejilla lastimada; había pasado un día y el ojo aún le palpitaba.

—Lo siento mucho —se disculpó él con una sinceridad pasmosa, ciertamente parecía arrepentido, aunque ella no se fiaba—. Te lo juro, mi amor —insistió él—, no quería hacerlo. Es que no puedo soportar la idea de que me dejes por él, siempre he temido que te arrepintieras de haberme elegido a mí en su lugar.

Y sí que se arrepentía. Se sintió muy sola cuando Darío se fue a Santiago, nunca entendió su pasión por la música y que prefiriera marcharse a estudiar a quedarse con ella. Y Wences se aprovechó de ello. La cameló con regalos y promesas de una vida llena de lujos, y sí, había cumplido con su palabra, se había esforzado por enamorarla, pero ¿a qué precio? Y no era únicamente por los golpes, sino porque la tenía bien pillada, a ella y a su padre, a causa de sus negocios sucios.

—Estoy metido en problemas —le dijo, como si le hubiera leído el pensamiento—. Perdí el último transporte, muchísimo dinero —le narró en voz baja, como si estuviera haciéndole una confidencia, como si de verdad estuviera compartiendo con ella sus preocupaciones—. Luego vengo a enterarme de que le habías montado una escenita de celos a mi hermano y lo pagué contigo.

—No fue ninguna escena de celos. Él ni siquiera estaba allí —se defendió, tratando de ser todo lo convincente posible—. Se lo estaba comentando a tu hermana porque esa mujer me pareció una pájara, nada más. Y la prueba está en que vete a saber qué mentiras le contaría a Darío para que viniera a echármelo en cara del modo en que lo hizo.

—Perdóname —le murmuró, acariciándole la mejilla sana, y ella cerró los ojos, tratando de no apartarse, asustada y asqueada a partes iguales.

Deseaba tanto volver el tiempo atrás, cambiar su destino, escapar... Pero pagaría las consecuencias; si Wences caía, él los arrastraría a ambos, sin dudarlo.

—Te compré esto antes de marcharme —le dijo, tomando la caja de la bandeja.

Ella sabía que mentía, que, probablemente, lo había comprado el día anterior, que apenas estuvo en casa, como si una joya pudiera compensar sus maltratos. Porque no era la primera vez. Celos, un escote, a su modo de ver, demasiado pronunciado, no estar en casa cuando él llegase tras estar embarcado...

—Quería que te lo pusieras hoy, para la procesión, con ese vestido azul que me gusta tanto —añadió, alargándosela para que ella lo abriera. Era un conjunto de collar y pendientes de brillantes, carísimo—. ¿A que me vas a complacer y te lo vas a poner? —preguntó, con un tono exageradamente cálido.

Ella asintió, se obligó a hacerlo, y su marido cogió el collar y le pidió con un gesto que se acercara

para ponérselo.

Se odió a sí misma por aceptarlo, por sonreírle como si no hubiera pasado nada y dejar que le abrochara aquella gargantilla. Pero también la odiaba a ella, a Vanessa, con todas sus fuerzas, porque esa Barbie Platino era la culpable de todo. Y porque deseaba, más que nada en el mundo, ser ella.



Alejandro se despertó, aquella mañana, muy entusiasmado. Vanessa dudaba que hubiera dormido algo, pero estaba muy cansado ya que el día anterior terminó siendo de lo más completo. Porque, después del ensayo, tras cenar, acudieron, con unos amigos de la familia, a ayudar con el diseño de las alfombras florales con las que se cubría el asfalto de las calles por las que pasaba la procesión del Corpus Christi. Los motivos estaban hechos a base de serrín, pétalos de flores y delineados con conchas, acentuando la identidad marinera del pueblo. Aquello era precioso, y la joven estaba segura de que visto de día, a pleno sol, lo sería aún más.

Al acabar de desayunar, fueron a prepararse, pues la misa daba comienzo a las once de la mañana. Vanessa no es que fuera muy religiosa, ni creía ni dejaba de creer, así que se lo tomó como un acto social y, por así decirlo, de presentación, ya que sabía, por Carmen, que muchos en el pueblo tenían curiosidad por conocer a la novia de Darío.

Mientras él ayudaba al niño con el traje regional, y que ella no habría sabido por dónde empezar a ponérselo, aprovechó para vestirse. Hacía bueno, así que eligió, y esperaba acertar, un bonito vestido blanco estampado con grandes flores de tonos rojizos, de un tejido parecido al satén. Tenía un poco de manga, un escote en pico, aunque no muy pronunciado, y la falda, con algo de vuelo, le llegaba por las rodillas. Esperaba que fuera apropiado y que le gustase a Darío. Desde luego, era muy diferente a su atuendo a base de camisetas y vaqueros que acostumbraba a llevar. Se estaba abrochando unas sandalias de tiras marrones con tacón cuando lo vio asomar la cabeza por la puerta de su habitación.

—Me niego a salir contigo a la calle, así —farfulló molesto, y ella se apresuró a acercarse al espejo que había en el interior de la puerta del armario.

—¿Tan mal estoy? —preguntó, decepcionada, mirándose una y otra vez.

—¿Bromeas? —replicó él, muy serio—. Estás impresionante, y yo parezco un fante a tu lado —añadió, y la joven resopló, como si se hubiera quitado una losa de una tonelada de encima.

—Serás idiota —lo regañó, caminando hacia él, que seguía sin mostrarse—. Déjame que te vea, anda.

Darío refunfuñó, aunque dio un paso dentro de la habitación. La verdad es que no estaba nada mal y en absoluto ridículo, por descontado. El traje regional constaba de camisa blanca y una especie de pololos del mismo color, y encima, un chaleco, un fajín, unos pantalones cortos a la altura de las rodillas y unas polainas que le cubrían las pantorrillas hasta los pies, todo en color negro.

—Como te rías, estarás sin sexo durante un mes —le advirtió él, y bastaba que le dijera eso para que Vanessa se echara a reír.

—¿Voy a tener que buscar fuera lo que no me dan en casa? —se burló, y él atrapó su cintura con un brazo y tiró de ella hasta pegarla contra su cuerpo, haciéndola jadear por el sobresalto.

—Y tú vas a conseguir que te encadene a la cama —la amenazó, cerniéndose sobre su boca,

peligrosamente.

—Eso es algo que no he probado nunca —murmuró, elevándose de puntillas hasta que rozó sus labios con los suyos.

—Tomo nota, muñeca.

Capturó su boca en un beso hambriento, como si no lo hubiera hecho en años, y ella se pegó a él, deseando engarzarse a su cuerpo.

—¡Mamá! —se escuchó la voz de Alejandro en el pasillo, obligándolos a separarse—. ¡Mira! —exclamó, entrando a la carrera a la habitación, para que lo viera ya vestido.

A diferencia de Darío, él ya llevaba puesta en la cabeza la *monteira*, que a Vanessa le hizo gracia porque parecía una manopla de cocina, negra.

—Ya sabes lo que pasará si te ríes, ¿no? —le dijo el joven al oído, sacando la suya que la tenía enganchada en el fajín.

—Estáis los dos muy guapos —aseguró ella, conteniéndose al ver a Darío colocándose. Fue hacia su hijo y le dio un fuerte beso en la mejilla—. Estoy muy orgullosa de ti, cariño.

—Pero si aún no me has visto tocar, mamá —se quejó, sin creerla.

—Doy fe de que lo vas a hacer genial —mantuvo Darío, colocándole bien el chaleco—. Y mejor nos vamos ya o no llegaremos a tiempo.

El templo de San Bernardo estaba a rebosar. Vanessa acudió con la abuela y los padres de Darío, pues él y el niño tuvieron que ir en busca de los instrumentos y llegaron a la iglesia tocando. La joven estaba muy emocionada, y en varias ocasiones tuvo que reprimir las lágrimas al ver a su hijo desfilando al lado de Darío por las engalanadas calles del casco histórico, hasta la iglesia de San Roque. Tocaba realmente bien, y veía cómo la gente lo señalaba, con curiosidad, tanto a él como al batería; el hijo pródigo había vuelto a Combarro.

Carmen no se separó de ella en toda la procesión. La había cogido del brazo en San Bernardo y no se la veía con intención de soltarla, y Vanessa lo agradeció, pues se sentía arropada, como una más de la familia. Durante el trayecto, se hacían distintas paradas frente a los *cruceiros* con los que se encontraban en el recorrido. Eran como unas columnas con una cruz en lo alto y, algunas, tenían una especie de pequeño altar en la base, donde la gente depositaba flores. En esas paradas, Carmen aprovechaba para señalarle a alguna de sus amistades y contarle algún que otro chisme. Ella, por su parte, sabía que también estaba siendo objeto de estudio y cuchicheos, pero la anciana, de vez en cuando, le daba cariñosas palmaditas en la mano, como muestra de apoyo.

Al final de la procesión, se encontraron con Cristina y su familia. Vanessa, por fin, pudo conocer a Bieito, que le resultó bastante seco, la verdad. Además, también vieron a lo lejos a Wences y a su flamante mujer, que les rehuía la mirada detrás de unas oscuras gafas de sol. Vanessa no pudo evitar una punzada de celos, completamente infundados, pues Darío, en cuanto se reunió con ellos, a la que abrazó y besó fue a ella.

—¿Qué te ha parecido, mamá? —le preguntó Alejandro, a mitad camino entre el entusiasmo y el miedo a decepcionarla.

Sin embargo, la joven se agachó y lo abrazó con fuerza.

—Lo has hecho de maravilla —le dijo, con la mirada brillante, besándole la mejilla.

—¿Y yo? —demandó Darío, haciendo un mohín.

La joven se acercó a él y le estampó un sonoro beso en los labios que lo hizo reír.

—Eres un músico estupendo —lo felicitó ahora su abuela—. ¿Verdad, Abel? —La anciana se giró hacia sus padres, y Darío deseaba que se lo tragase la tierra. No quería un enfrentamiento con su padre en mitad de la plaza, pero no iba a poder contenerse si le decía que...

—Aunque me cueste reconocerlo, creo que se te da mucho mejor eso del tambor que pescar —dijo, sorprendiéndolos a todos, pues, a pesar de que fruncía el ceño, el tono de su voz no era tan duro como esperaban. Viniendo de él, Darío se sintió como si le hubieran dado un premio Grammy, y no pudo más que susurrar un «gracias».

—Bueno, ¿nos vamos a comer? —les preguntó Elvira, muy animada, a la vez que aliviada.

—Eso, que esta tarde es la entrega del Ramo a los *maiordomos* —les recordó Carmen.

—Alejandro y yo tenemos que ir al local a dejar los instrumentos —les comentó el joven. Tomó a Vanessa de la mano y la acercó a él—. ¿Nos vemos en casa de mis padres?

Ella asintió, con sus preciosos ojos azules chisporroteando de alegría, y Darío sabía que, en gran parte, era por lo que había sucedido con su padre.

Alzó una mano para despedirse y vio que Alejandro le daba un beso a su madre y corría a unirse a los otros niños de la agrupación que también habían desfilado, ya fuera tocando el tamboril como él o la pandereta.

—No te vayas muy lejos —le advirtió él, echando a andar mientras suspiraba, liberándose, a la vez que exhalaba, de un gran peso de encima.

Las cosas con su padre aún no estaban arregladas, y, sin embargo, la esperanza de lograrlo se hacía más viva con cada día que pasaba. No podía evitar preguntarse cuánto había influido la presencia de Vanessa en la actitud de su familia; tal vez, frente a los demás, daba la impresión de que, por fin, había sentado la cabeza, como si nunca hubiera estado en sus cabales... pero, fuera lo que fuera, agradecía que la joven hubiese accedido a acompañarlo.

—Muy buena exhibición —escuchó de pronto una voz masculina a su lado.

—Gracias —respondió sin apenas detenerse a fijarse en el hombre que caminaba junto a él, aunque sí controló que Alejandro no estuviera fuera de su vista.

—Tú eres Darío Castro, el músico, ¿no? —le interrogó aquel tipo, porque su tono monótono, casi de autómatas, parecía sacado de un interrogatorio policial.

—El mismo —respondió, con una sonrisa forzada. Si era un fan... aunque aquella pinta de traje a medida y corbata no terminaba de cuadrarle—. No llevo ni papel ni boli en este momento, pero si quieres una fotografía...

Aquel hombre empezó a rebuscar en su bolsillo, imaginaba que para encontrar algo con lo que firmarle un autógrafo... En cambio, le mostró una placa de la Policía Nacional.



—Teniente Feijoo, de los GRECO —le informó con tono un tanto engréido.

—Que toque en una banda de rock no significa que consuma —replicó él con desdén sin dejar de caminar, dándole a entender que había reconocido el grupo policial al que pertenecía; no era ni drogata ni tonto.

—Mejor para los dos —repuso el teniente, sin abandonar su aire de superioridad—. Pero no estoy aquí por ti, sino por tu hermano Wenceslao.

Aquello hizo que Darío disminuyera el paso, volviendo a controlar dónde estaba Alejandro.

—¿Qué pasa con él? —inquirió, receloso, mirando al tipo de reajo.

—Acabas de demostrarme que no hace falta que te lo diga —dijo con sarcasmo mientras le daba una larga calada al cigarro que acababa de encenderse.

Darío palideció, aunque trató de que no se le notara. ¿En qué cojones estaba metido Wences? Porque tener a un teniente de los GRECO pisándole los talones significaba algo más que un simple trapicheo.

—Puede que yo necesite pruebas antes de hablar sobre mi hermano contigo —espetó, tuteándole y haciéndose el molesto.

—Si tuviera en la mano esas pruebas que me exigés, tu hermanito ya estaría entre rejas, y de por vida —se rio.

—¿Y pretendes que yo te ayude a encerrarlo? —se mofó—. Con todos mis respetos, teniente, tú flipas.

—De acuerdo —dijo Feijoo de pronto, deteniéndose—. Si no puedo hablar contigo, lo haré con tu hermana. Y déjame decirte que no me supondrá ningún esfuerzo porque las mujeres guapas son mi especialidad.

Darío se paró en seco y se giró, caminando hacia él hasta quedar de frente; eran prácticamente de la misma altura.

—Deja a mi hermana tranquila —siseó, clavándole un dedo en el pecho.

—Para tu información, incumplo mi deber si te hago caso —contestó, sin inmutarse—. Porque, al igual que tu hermano, tu cuñado está de mierda hasta las cejas.

—Ella... No creo que ella sepa nada de eso —titubeó él, al venirle aquella noticia por sorpresa.

—¡Pues me importa una mierda! —exclamó el policía. Se sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta, de la que extrajo una tarjeta de visita, y se la entregó—. O hablo contigo o con ella. Tú decides. Hoy —sentenció.

Sin decir nada más, dio media vuelta y se fue por donde habían venido. Darío se quedó inmóvil en mitad de aquella calle infestada de gente, con la tarjeta del teniente en la mano y la seguridad de que, ese día, se acababa de convertir en el peor de su vida.

## capítulo veintidos



Esa tarjeta de visita le quemaba en el bolsillo. Al llegar a casa de sus padres, Darío se había cambiado de ropa y la guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros. No podía dejar de pensar en su conversación con el teniente; tal vez fue corta, pero más esclarecedora de lo que habría deseado.

—¿Va todo bien? —le preguntó Vanessa, preocupada y que estaba sentada a su lado, a la mesa—. Te noto extraño y apenas has comido —añadió por lo bajo, y él se esforzó en sonreír, tratando de que no percibiese su desazón al tener que mentirle por primera vez.

—De camino al local, cuando fuimos a dejar los instrumentos, me he encontrado a un amigo de la infancia —comenzó a contarle la excusa que llevaba toda la comida maquinando—. Me ha comentado si podía quedar con él a tomar un café esta tarde y, por lo poco que me ha dicho, creo que quiere pedirme un favor —agregó, intentando sonar convincente, incluso hizo una mueca de desgana.

—¿No te apetece? —le cuestionó ella, extrañada.

—Me apetece mucho más quedarme contigo —admitió, siendo esa la única verdad de toda la retahíla que le estaba soltando. Porque no se atrevía a decirle lo que pasaba en realidad; de una forma u otra, su hermano estaba metido en temas de droga, *metido na fariña*, como se solía decir en su tierra, y que nunca creyó que se le atribuiría a alguien de su familia. Y le daba miedo la reacción de Vanessa al saberlo; una cosa era tener problemas en casa y otra muy distinta que alguno de sus miembros fuese narcotraficante... o lo que fuera, porque aún no sabía en qué cojones se había metido Wences. Así que prefería tener conocimiento de toda la historia y, después de su conversación con el teniente, decidiría. Sería una mentira «temporal», como si eso pudiera justificarla...

—No te preocupes —dijo ella, cortando un pedazo de su carne y ofreciéndoselo—. Ve con tu amigo —sonrió, cuando el joven aceptó el trozo de comida y comenzó a masticar—. Yo quería ir con tu abuela a ver lo de la entrega del ramo —añadió con total convencimiento—. Dice que el matrimonio al que se lo dan, que me ha contado que es el más antiguo del pueblo o algo así, son amigos suyos.

—Sí, sé quiénes son —asintió él, un tanto distraído—. ¿Estás segura? —preguntó, de repente. Porque, si ella le pedía que no fuera, se agarraría a eso como a un clavo ardiendo, dejaría a un lado ese asunto que, sin duda, le salpicaría, y volvería a Valencia, a su vida, con ella. Aunque, por otro lado, no le hacía ni pizca de gracia la actitud de aquel teniente y no tenía duda alguna en que iría lo antes posible a hablar con Cristina... Ese tipo era capaz de someterla a un tercer grado, torturas chinas incluidas, con tal de hacerle confesar algo que, estaba convencido, no tenía nada que ver con ella y sí mucho con esas salidas de su marido en las que su hermana no sabía dónde se metía... Prefería no darle ese disgusto, y si manejaba él el tema con el policía, procuraría que fuera de la forma más discreta posible y, ojalá, solucionarlo sin que se enteraran en casa. Sin embargo, un mal presentimiento le decía que no era algo que se arreglase con una colleja y un tirón de orejas.

—¿Crees que voy a ser una de esas novias que se pone de morros cuando te marches por ahí, con tus

amigos? —bromeó entonces Vanessa, picoteando con el tenedor la ensalada de su plato—. Porque yo no pienso renunciar a mis salidas con Sofía y Diana —le advirtió, alzando las cejas, y él no pudo evitar reírse.

—Estoy pensando, muy seriamente, en instalarte un localizador en el móvil —la amenazó, sin sonar demasiado serio—. ¿De verdad no te importa? —ahora, sin embargo, sonó preocupado.

—Lárgate, anda —respondió ella, sacudiendo la mano, como si no le importara, y él se obligó a decirse que lo hacía por el bien de su familia.

Mientras su abuela servía el postre, aprovechó para ir al baño y llamar al teniente, quedando para verse media hora después en un bar de Poio. Llegó cinco minutos antes, y el teniente ya estaba allí, tomando un café y jugueteando con un cigarrillo apagado.

—Me alegra que hayas cambiado de opinión —le dijo mientras Darío se sentaba frente a él. El camarero vino al instante a tomar nota de lo que quería tomar.

—Creo que no he tenido opción —farfulló con una mueca disconforme en los labios.

—Te equivocas —le rebatió—. La vida se limita a tomar decisiones, y tú podrías haber optado por dejarle el marrón a la guapa de tu hermana.

—¿Tan grave es? —preguntó con recelo, molesto porque volviera a referirse a Cristina de ese modo. El policía no contestó. Tras guardar el cigarro en el paquete, apartó la silla de su lado, de donde cogió una carpeta más gorda que «El Quijote», y la dejó caer sobre la mesa. «Operación Bosque Animado», rezaba en la solapa.

—Obviamente, aquí no está la información clasificada —le señaló, guardando silencio mientras el camarero le traía a Darío su café.

—¿Bosque animado? —dijo con sorna el batería—. Siempre me he preguntado quién pone los nombres de las operaciones policiales.

De nuevo, Feijoo no respondió. Abrió la carpeta y, lo primero que Darío vio fue una foto de su hermano. En el pie de página pudo leer: «Wenceslao Castro, alias el Literato».

—Creo que, esta vez, nos lo han puesto a huevo —siseó, cruzando los brazos en la mesa e inclinándose hacia adelante, mientras veía a Darío perderse entre tanto papel—. Te lo resumiré si quieres —se ofreció, esbozándose una sonrisa sardónica en su rostro—. Tu hermano pequeño es el líder de una intrincada red de narcotransportistas que nos trae de cabeza.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó sin querer dar crédito a sus palabras, apartando los papeles—. Me dijiste esta mañana que no tienes pruebas.

—Tengo miles de indicios como, por ejemplo, transcripciones de llamadas telefónicas en las que, por desgracia, siempre hablan en clave —empezó a decirle.

—Y, siendo así, ¿cómo puedes saber que él...?

—Siempre que tu hermano queda con su novia, y tengo entendido que está casado, sube el número de incautaciones en la zona y nos ponemos las botas en las redadas —alegó con sonsonete—. Tu hermano es muy listo pero, por suerte para nosotros, quienes se encargan luego de distribuir la cocaína, no lo son tanto.

—Él no trafica con la droga... —supuso, dándole a entender a Andrés que le creía o, al menos, lo intentaba.

—No, solo se encarga de transportarla, de meterla en España a través del océano con lanchas motoras... o, más bien, vuestro cuñado —apuntó, sacando otra foto, la de Bieito.

—Mierda... —masculló Darío, pasándose la mano por la cara.

—Él es su mano derecha —añadió, señalando la fotografía.

—¿Y por qué no los habéis capturado ya? —preguntó en un acceso de rabia.

—Tu hermano es escurridizo, meticuloso, calculador y muy desconfiado —enumeró, y a Darío, aquella descripción no le resultó, en absoluto, extraña—. No comete errores, no deja nada al azar ni espacio de maniobra para nuestros agentes. Usa códigos, contraseñas, teléfonos desechables...

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —inquirió, sintiendo que una bola de náusea le subía a la garganta... Wences era un capo de la droga...

—Sabemos de una nave industrial, aquí a las afueras, que él utiliza para sus negocios —le narró, buscando la fotografía del lugar—. No sabemos si es su base, un punto de encuentro, de almacenamiento de la droga...

Se detuvo para buscar otra fotografía, poniéndosela a Darío en las narices.

—Pero sí sabemos que pertenece a su mujer, Verónica, tu exnovia...

A esas alturas, Darío quería echar a correr. Vero también estaba metida en el ajo... Y ¿cómo coño sabía ese hombre que ellos...?

—Forma parte de mi trabajo —dijo, haciéndose eco de sus pensamientos—. Pero, lo que aún no sé, es qué pinta ella en todo esto, hasta dónde llega su implicación.

—¡Pues, ve y pregúntaselo! —exclamó, con el rictus crispado, sin poder dar crédito.

—Hablar con ella pondrá a Wenceslao sobre aviso, y tampoco creo que lo delate si está tan metida en el ajo como él. Sería una pérdida de tiempo, y yo necesito resultados, solucionar el caso. ¡Ya! —espetó con dureza.

—¿No habéis cubierto el cupo de yonquis detenidos este mes? —trató de sonar cáustico, pero le temblaba demasiado la voz. Aquello era una mierda y, sin comérselo ni bebérselo, el puto policía lo estaba hundiendo en ella.

Entonces, Feijoo le arrancó la foto de las manos, la colocó en su sitio y comenzó a rebuscar entre las hojas de la carpeta, hasta dar con otra imagen: la de un hombre muerto con un disparo en la cabeza.

Darío apenas pudo soportar aquella visión y la apartó de un manotazo, tapándose la boca con la otra y luchando para no vomitar.

—Se llamaba Patricio Sandoval —le dijo con tono solemne entremezclado con la rabia—. Llevaba infiltrado en las filas de tu hermano meses —añadió, apretando los dientes, clavando el dedo en la foto una y otra vez—. Él es quien nos facilitaba los datos para las redadas, para limpiar de camellos nuestras calles, pero nunca conseguimos que nadie señalara a tu hermano porque no se deja ver. Así que le pusimos una trampa, intentamos joderle para pillarlo, pero es un hijo de puta con demasiada suerte y se

nos escapó. La droga acabó en el mar, y nadie me quita de la cabeza que lo primero que hizo al llegar a tierra fue meterle esa bala entre ceja y ceja a mi compañero para, después, arrojarlo a la ría, de donde lo hemos sacado esta mañana.

—¿Y cómo tienes la certeza de que ha sido él? —trató de defenderlo, porque no... Wences podía tener muchos defectos, ser un cabrón que le quitó a su novia, meterse en esa mierda que era la droga y que siempre había manchado la historia de Galicia desde hacía años, pero no era un asesino, no podía serlo.

—¡Ayúdame y demuéstrame que me equivoco! —escupió las palabras, golpeando con el puño la mesa—. Porque, tal vez, mis ansias de ir en su busca y reventarle la cabeza no me dejan ver con claridad.

—¿Y qué coño quieres que haga yo? —exclamó, aun con la seguridad de que no saldría tan campante de aquel bar—. ¿Me pongo un micrófono como en las películas americanas y lo hago confesar? —se mofó, pensando que, reírse de aquella pesadilla, lo haría despertar, y todos aquellos papeles y el tal Feijoo desaparecerían para siempre.

—Si tuviera permiso del juez, ten por seguro que lo haría —siseó, mirándolo con rabia por su irreverencia. Sacó, de nuevo, la foto de Verónica, y se la plantó delante—. Quiero que te acerques a ella y le saques todo lo que puedas, conségueme algo con lo que pueda investigar a tu hermano, de frente.

—No tengo por qué...

El teniente se levantó ligeramente y lo cogió del brazo con brusquedad, apretando de tal forma y en algún punto en concreto que el latigazo de dolor que sintió Darío lo dejó sin respiración.

—Mira, musiquillo de mierda, esto lo podemos hacer de dos formas —le advirtió en voz muy baja, aunque amenazante, letal—. O me ayudas por las buenas, sin que nadie de tu familia se entere hasta que sea inevitable cuando la bomba estalle, o yo mismo me encargaré de que se tengan que ir del pueblo porque no van a querer ni venderles el pan, ¿está claro? —masculló, aplastando tanto los molares que se le deberían haber partido—. ¿Te parece abuso de autoridad? —continuó, soltándolo de golpe y volviendo a sentarse—. Ve y denúnciame. Eso sí, primero, quiero que le sonsaques a esa mujer todo lo que puedas. Engaña la, engatúsala, fóllatela, lo que prefieras, campeón, pero, antes de que vuelvas a Valencia con tu novia la peluquera, quiero saber quién ha sido el hijo de puta que se ha cargado al mejor agente que hemos tenido en los GRECO, a mi compañero —agregó, golpeándose en el pecho—. Y, no, en esta ocasión, no tienes opción.

Darío no respondió, ¿para qué? Aunque no habría sabido qué decir. El teniente, por su parte, debió tomarse aquel silencio como una respuesta afirmativa; tampoco creía que hubiera aceptado otra distinta. Comenzó a recoger todos los papeles de la carpeta, sacó unas cuantas monedas que dejó caer en la mesa y se puso en pie. Antes de marcharse, se inclinó hacia Darío, quien lo miró con cierta aprensión.

—Puede que no seas consciente de ello, Castro, pero a tu hermano le estoy salvando la vida —alegó por lo bajo, destilando arrogancia tanto su voz como su actitud—. Con el negocio que le jodimos, ha perdido más de cincuenta millones de euros... ¿En cuántos conciertos tienes que tocar para ganar eso? Pues él tampoco va a poder cubrir semejante cifra y, cualquier día de estos, va a aparecer flotando en la ría con una bonita corbata colombiana adornando su cuello... Y creo que sabes que esas no son de las que se venden en las tiendas.

Inconscientemente, Darío se llevó una mano a la garganta, sintiendo un nauseabundo escalofrío recorrerlo al imaginarse esa muerte tan horrible.

—Así que, míralo de este modo. O me ayudas a cogerlo o se convierte en alimento para los peces. Tú decides —añadió, incorporándose—. Ya sabes mi teléfono.

Y antes de que Darío pudiera asentir, o reaccionar, se marchó.

Una vez solo, el joven dejó fija la mirada en su taza de café, tratando de asimilar todo lo que Feijoo le había contado y que lo ponía a él en semejante avispero. Aunque, no. Había una cosa, de entre toda aquella maraña, en la que el teniente tenía razón: en esta ocasión, no tenía opción.

## capítulo veintitres



Darío permaneció en aquel bar una hora más, o dos, no lo sabía a ciencia cierta. El tiempo pasaba por delante de sus ojos, perdidos en aquel café que no volvió a tocar, y se preguntaba cuándo dejaría su hermano de joderle la vida porque, por una razón u otra, estar cerca de Wences la convertía en un puto caos. Le habría gustado ser como él, un hombre sin escrúpulos, que no le importase nada ni nadie, ni siquiera su familia. Tanto que lo habían criticado a él, dándole la espalda, culpándolo de ser un mal hijo... Su abuelo debería estar revolcándose en su tumba al ver en qué se había convertido su legado. Y, tal vez, él sí resultó serlo por no haber cumplido con sus expectativas, pero, al menos, luchar por su sueño no suponía cometer un delito tras otro y, según ese policía, Wences, además de estar metido de lleno en el mundo de la droga, había matado a un hombre... Dios mío... ¿En realidad era el demonio que ese tipo le había hecho creer?

Sin embargo, para bien o para mal, él no lo era...

Sacó su móvil y la preciosa mirada azul de Vanessa se coló en su mente. Rezó para no tener que arrepentirse de lo que iba a hacer, pero prefería mantenerla al margen y acabar con aquello cuanto antes. Comenzó a teclear los números de aquel teléfono que, durante mucho tiempo, marcaba de memoria, preguntándose si no lo habría cambiado desde entonces, y decidió probar.

—¿Diga? —le contestaron al segundo tono. Sí, por suerte o por desgracia, no lo sabía aún, era ella—. ¿Quién es?

—Verónica...

—¿Darío? —preguntó la joven sin ocultar su asombro—. ¿Qué...?

—No cuelgues, por favor —le pidió, pues, tras su última conversación...

—No pensaba hacerlo —le respondió en cambio, sorprendiéndole su actitud, la calidez de su voz, como si...—. ¿Qué sucede?

—Necesito hablar contigo —le soltó, sin querer plantearse nada.

—Dime —repuso, solícita.

—Es algo complicado para hacerlo por teléfono —le aclaró, apretándose los párpados con los dedos, esforzándose por cumplir con su papel en aquella farsa—. ¿Puedes venir a mi casa?

—Sí, claro. Pero... ¿estará...?

—No —replicó con rapidez, cuanto más lejos estuviera Vanessa de ese asunto, mejor.

—De acuerdo —aceptó—. Estaré allí en quince minutos.

—Hasta luego —dijo, y colgó, tras lo que soltó el teléfono en la mesa, como si quemara... Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba...

Aparcó frente a su casa y la rodeó para llegar a la playa. Una cosa era tener que sonsacarle información a Verónica, y otra, muy distinta, estar con ella bajo el mismo techo.

Se sentó, se quitó las botas y hundió los pies en la tibia arena, aspirando el aroma de la brisa. Mirando al horizonte, volvieron a invadirle las ganas de meterse en aquel mar con Vanessa, rodearla entre sus brazos y hacerle el amor, al amanecer, mecidos por las olas. No le quedaba mucho tiempo para aprovechar la oportunidad. En un par de días, volverían a Valencia, así que llamaría a Cristina para que Alejandro se quedase a dormir en su casa; esa misma noche quería contarle a Vanessa lo ocurrido, a pesar de que seguía temiendo su reacción, sobre todo al verse él implicado por culpa de ese policía. Esperaba que lo comprendiera y, por eso, no quería esperar más para explicárselo, a ella... Su familia ya se acabaría enterando de una forma u otra.

—Nunca pensé que me invitarías a tu casa —escuchó la voz de Vero tras él. Él tampoco lo habría pensado nunca, la verdad.

—Hola —la saludó con voz monótona—. Siéntate. —Le señaló un punto en la arena cercano a él, aunque no demasiado.

—Tú dirás —le dijo ella, y se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar.

La miró un instante. Tenía la mirada perdida en el horizonte, oculta tras unas gafas de sol. No pudo evitar que viniera a su memoria la época en la que la quiso, su primer amor, pero, también, su primera desilusión, esa traición que tanto le marcó.

—¿Por qué? —susurró entonces, preguntándole lo que nunca pudo o quiso saber, y ella giró el rostro hacia él.

—Me dio lo que tú te negabas a darme —respondió, detectando él cierto tono de reproche—. Incluso un poco más —añadió, volviendo a mirar el mar—. Aunque, esa misma pregunta, podría hacértela yo a ti. ¿Por qué, Darío? ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no fui suficiente para ti?

—Nunca entendiste que mi amor por ti y por la música no eran incompatibles...

—¡No! —exclamó, encarándolo—. Nunca comprendí tu afán de luchar por aquello que te separaba de nosotros.

—Así que yo soy el culpable de que me engañaras con mi hermano —se mofó, riendo y negando con la cabeza.

—¡Pues sí! —gritó ella, poniéndose en pie, y Darío no lo podía creer—. Me sentí muy sola, triste, sabiendo que mi idea de futuro no tenía nada que ver con la tuya. Wences estaba allí, venía a verme, me invitaba a dar una vuelta y me regalaba el oído, diciéndome que, si él hubiera tenido una mujer como yo, nada en el mundo lo habría separado de mí...

—¿Y ya está? —inquirió él, levantándose también—. ¿Un paseo y cuatro palabras ñoñas y ya lo metiste en tu cama?

Verónica lo abofeteó, tan fuerte que le giró la cara y, cuando Darío volvió a mirarla, dispuesto a reprenderla, vio que las lágrimas recorrían sus mejillas.

—¡Fue el peor error de toda mi vida! —sollozó, secándose las de un manotazo.



—Pues, cuando yo me marché definitivamente, la última vez que te vi, me pareció que eras muy feliz...

Y, entonces, Verónica se quitó las gafas.

—Joder...

Darío sentía que le fallaban las piernas... Tenía el ojo derecho tan hinchado que apenas podía abrirlo. Y, ahora que se fijaba, en su pómulo se podía apreciar un hematoma que ella había intentado disimular con maquillaje.

—¿Wenceslao te ha hecho eso? —inquirió asqueado, furioso, desolado y un montón de sentimientos más que le producían aquella aberración—. ¿Por qué?

—Por si no me había quedado claro lo que viniste a decirme la otra noche —le respondió, sumida en el llanto y agachando la cabeza, ocultando el rostro con ambas manos, pero él la hizo mirarlo, alzándole la barbilla. La había odiado durante mucho tiempo, hasta que el rencor dio paso a la indiferencia y, sin embargo, no se merecía algo así, y menos por su culpa—. No te preocupes por mí, estoy acostumbrada —le dijo, leyéndole el pensamiento, y Darío puso el grito en el cielo.

—¿Acostumbrada a que esa mala bestia te pegue? ¿Por qué lo permites? ¿Por qué no lo dejas? —la acusó, y ella se giró, como si pretendiera irse, aunque él lo impidió, cogiéndola del brazo.

—¡No puedo! —le chilló, tratando de soltarse.

—¡Y una mierda! Me dejaste a mí porque quise ser músico y, en cambio, ¿no puedes separarte de un maltratador?

—¡No! —lloró—. Suéltame, Darío, no lo entenderías.

—Pues ayúdame a comprenderlo —le exigió, sacudiéndola un poco—. ¿Qué te ata a él? —inquirió, recordando todo lo que le había contado Feijoo, y convenciéndose, finalmente, de que su hermano era un verdadero monstruo y, al parecer, la había arrastrado a ella con él, seguramente contra su voluntad.

—Déjame... —volvió a pedirle, aunque ya no luchaba. Se sostenía en pie porque Darío la estaba sujetando con fuerza. De lo contrario, se estaría deshaciendo en llanto sobre la arena—. Ahora es tarde, si no te hubieras ido...

Darío la sostuvo por los hombros.

—Nunca es tarde —le dijo, y ella se echó a sus brazos, sin parar de llorar.

No pudo menos que abrazarla, un abrazo de consuelo, de lástima, de pesar.

—Tienes que dejarlo, Vero...

—Tengo miedo —le confesó, y él la apartó para mirarla.

—Confía en mí, no va a pasarte nada —le aseguró—, pero tienes que dejarlo.

La joven la observó unos instantes, a los ojos, intensamente, como si estuviera buscando algo en ellos, y luego miró hacia la casa.

—Si tú me lo pides, lo haré —murmuró de pronto, y él negó con la cabeza.

—No tienes que hacerlo por mí, sino por ti —replicó, sin saber de dónde salía aquella afirmación.

Porque él no...

—No, lo haré por ti.

Y, entonces, sin que él lo esperara, o lo sospechara siquiera, lo besó. Víctima de la sorpresa, Darío no reaccionó inmediatamente y, cuando fue a hacerlo, cuando quiso apartarla, Verónica ya se alejaba, ocultando la sonrisa de sus labios con los dedos y una chispa de ilusión en la mirada.

—Vero, no...

Pero ella no quiso escucharlo. Salió corriendo, marchándose de allí y dejándolo pasmado. Estaba más que claro que Vero lo había malinterpretado todo, y él debería haber insistido más, detenerla, ir tras ella, y ahora ya era tarde pues el sonido de su coche había desaparecido en la lejanía. Sin pensarlo dos veces, la llamó por teléfono aunque saltó el contestador, y colgó, sentándose de nuevo en la arena, derrotado.

Resopló mesándose el cabello. Vaya una mierda... No solo no había conseguido nada para el puñetero policía, sino que, ahora, Vero creía algo que no era. Con la vista perdida en el mar, se tomó unos minutos para respirar y hacer recuento de todo lo sucedido. El día mejoraba por momentos...

Sin embargo, tenía el antídoto perfecto e iba a hacer uso de él en ese preciso instante. No sabía muy bien cómo planteárselo, no era sencillo pero tampoco tenía cabeza para pensarlo. Se lo soltaría y que fuera lo que Dios quisiera. Y después de habérselo contado todo, trataría de localizar a Vero para aclarar las cosas que se habían enredado, escapándosele de las manos.

Volvió a marcar, aunque, en esta ocasión, llamó a Vanessa... y no le contestó tampoco, así que llamó una segunda vez. Nada. Pensativo, al tiempo que extrañado, contactó con su hermana quien, menos mal, sí le cogió el teléfono.

—Dime, Darío.

—¿Vanessa está con vosotras? —preguntó sin rodeos.

—No —respondió—. Después de la entrega del ramo, la he visto hablando con Iago y, luego, nos ha comentado que iba a ir a buscarte.

—¿A buscarme? —repitió, sorprendido—. Es que la estoy llamando y no me contesta. ¿Y Alejandro?

—Con ella —le informó—. A lo mejor va de camino a tu casa —supuso.

—Sí, puede ser —decidió él—. No te preocupes. Voy a ver si la encuentro.

—Vale. Hasta luego —se despidió antes de colgar.

Comenzó a ponerse las botas, preguntándose dónde se había metido esa mujer, porque la entrega del ramo ya hacía rato que debería haber terminado. Quiso hacer un último intento y nada, seguía sin contestarle. Incluso le mando un *WhatsApp*, preguntándole dónde estaba. No obtuvo contestación.

Decidió ir a casa a mirar; tal vez se estaban duchando o cambiándose de ropa. Sin embargo, nada más entrar, tuvo un primer mal presentimiento, porque no se escuchaba nada en la casa, pero el llavero con el hórreo estaba encima de la mesa del salón.

—¿Vanessa? —la llamó alzando la voz, aunque no recibió respuesta y, sin duda, ella había estado allí.

A la carrera, subió a la habitación de la joven. La puerta estaba abierta y, al entrar, se le cayó el alma a los pies al ver el armario, también abierto, de par en par, y vacío. Un escalofrío paralizante recorrió su

espina dorsal al tiempo que su mente trataba de comprender qué estaba pasando... ¿Vanessa se había ido?

—¡Vanessa! ¡Alejandro! —comenzó a gritar y, cuando por fin pudo moverse, empezó a rebuscar como un poseso en el cuarto para comprobar que, efectivamente, no había rastro ni de su ropa ni de su maleta... nada, y lo mismo pasó cuando fue al de Alejandro... Se habían marchado... ¡Se habían marchado! Pero ¿adónde? Y... ¿por qué?

De pronto, su mirada se detuvo en la ventana. La cortina estaba descorrida y la persiana, levantada, concediéndole a aquella habitación unas preciosas y directas vistas a la playa.

—No, no, no... —comenzó a murmurar, temiéndose lo peor.

Se sentó en la cama, con el teléfono en la mano, y la llamó de nuevo. Ahora, directamente, le daba tono de estar apagado. La situación iba empeorando con cada minuto que pasaba... Volvió a llamar a su hermana, aunque tratando de no alarmarla para que no saltara la liebre, y después, a casa de sus padres. No había señal de ella... Y no iba a haberlo.

Recordó entonces el momento en el que le dijo que, si veía algo que no le gustaba, cogería sus cosas y volvería a Valencia... y eso era lo que estaba ocurriendo, porque, cada vez estaba más seguro de que Vanessa lo había visto con Verónica. Mierda. Y la otra, como si lo hubiera sabido, lo besó...

—Joder... Joder... ¡Joder! —gritó, golpeando con un puño el colchón. Esa hija de puta iba a joderle la vida hasta el fin de sus días... ¡Mierda!

Como si ese arranque de rabia le hubiera otorgado claridad mental, se recompuso el cabello y respiró hondo. Luego, marcó el número del aeropuerto de Santiago de Compostela.

—Buenas tardes —saludó todo lo tranquilo que pudo cuando le respondieron—. Quisiera cambiar un billete de avión.

—Por supuesto, caballero —le dijo la telefonista.

—Tengo un billete para pasado mañana, con destino Valencia, y querría cambiarlo para el primer vuelo que haya —le pidió.

—El siguiente es mañana por la mañana —le confirmó.

—Claro... —murmuró, meditabundo—. ¿Y sería tan amable de decirme cuál ha sido el último vuelo de hoy?

—A las cinco, señor...

Ya eran las ocho... O sea, que Vanessa aún no había podido volar, estaría hospedada en algún hotel... pero ¿dónde? Sería como buscar una aguja en un pajar y, con seguridad, cogería el vuelo de la mañana siguiente para regresar a casa lo antes posible. Y él estaría en el aeropuerto, esperándola para volver juntos, y ahí no tendría escapatoria... Podría aclarárselo todo, arreglarlo, porque tenía que arreglarlo. Ese miedo tan palpable que lo invadía ante la posibilidad de haberla perdido para siempre le impedía respirar, temía que se le parase el corazón y cayese fulminado, porque no, definitivamente, no podía vivir sin ella.

Vanessa... Mi muñequita...

—Señor, entonces, ¿quiere que le cambie el billete? —la voz de la joven al otro lado de la línea le hizo

volver a la cruda realidad.

—Sí, por favor —respondió con premura pues, con su suerte, solo faltaba que el avión estuviera lleno—. Señorita, ¿sería posible que me confirmase si cierta persona viaja en ese vuelo? —tentó a la suerte.

—Lo siento, no se nos está permitido facilitar ese tipo de información...

Y la suerte seguía dándole la espalda.

—Lo entiendo, no se preocupe.

Mientras daba sus datos para hacer efectivo el cambio, se dijo que aprovecharía el poco tiempo que le quedaba en el pueblo para arreglar un par de asuntos. De una vez por todas y para siempre.

## capítulo veinticuatro

No sabía lo que estaba haciendo, y tampoco quería pensarlo. Simplemente condujo, y no fue consciente de ello hasta que se detuvo cerca de la puerta de la Policía Local de Poio; Combarro era tan pequeño que no tenía ni comisaría.

No salió del coche inmediatamente, respiró hondo un par de veces y se dijo que, aquel mal trago, traería su recompensa, y así debía ser pues, aquel día, la fortuna parecía estar de su lado.

De entrada, que Darío la hubiese llamado sin motivo aparente, porque preguntarle después de tantos años por qué lo engañó con su hermano no se lo parecía, ya fue un golpe de suerte y, hablando de golpes, los que le diera Wences también fueron una carta a su favor. Supo que Darío se había sentido culpable, en cierto modo fue culpa suya, y aunque no era lo que ella esperaba, sí que era un comienzo. Pero, sin lugar a dudas, su mejor aliada, quién lo iba a decir, había sido aquella mosquita muerta. La vio asomada a la ventana, mirándolos, y supo que era su oportunidad. No fue un beso de tornillo, de acuerdo, pero tampoco hizo falta. La casa estaba lo suficientemente cerca como para apreciar en su expresión que ese beso suponía una estocada mortal en su relación con Darío... Y el resto, vendría solo. Únicamente faltaba un detalle: necesitaba ser libre y podría luchar por recuperarlo.

Eso fue lo que le dio fuerzas para salir del coche y entrar por aquella puerta. No sabía muy bien lo que tenía que hacer, así que se dirigió al primer policía que vio sentado en una mesa.

—Hola —lo saludó, plantándose frente a él.

El agente estaba ocupado, rellenando algún tipo de informe, así que respondió a su saludo sin mirarla.

—Siéntese, por favor. Enseguida estoy con usted —le pidió, señalando la silla que estaba cerca de ella, y Vero obedeció, agradecida de poder sentarse porque, verse rodeada de tanta policía, comenzó a ponerla nerviosa.

Bajó las manos hasta su regazo, donde había dejado el bolso, y empezó a estrujar una de las asas. Como ese hombre tardase mucho en atenderla, iba a salir corriendo. Sin embargo, justo en ese momento, lo vio soltar el boli y ordenar los folios para dejarlos a un lado. Cruzó las manos encima de la mesa y la miró.

—¿En qué puedo... ayudarla?

La sonrisa afable que le estaba dedicando el policía, se esfumó al instante al ver su cara, centrando la mirada en su ojo hinchado, y Verónica supo leer en su rictus severo una pregunta silenciosa: quién le había hecho eso.

—Dígame —insistió él.

—Yo... —titubeó, sin embargo—. Venía a denunciar una agresión.

—¿Por parte de...? —inquirió con tono grave, cogiendo papel y bolígrafo.

—De mi marido —respondió, con voz temblorosa, porque, si ese policía no la tomaba en serio, si no le

creía... y si Wences se enteraba, la mataría—. No sé si usted puede ayudarme. Tal vez, debería haber ido a la Guardia Civil o...

—Tranquila, está en buenas manos. ¿Él le hizo eso? —preguntó, apuntando con el bolígrafo hacia su ojo, y ella se limitó a asentir.

El policía colocó el teclado de su ordenador frente a él mientras buscaba algo con el ratón, imaginó Vero que el impreso para hacer firme la denuncia.

—Dígame el nombre de su marido —le pidió.

—Wenceslao Castro Novoa —pronunció todo lo claro que su nerviosismo le permitió.

—¿Y, el suyo? —preguntó mientras tecleaba.

—Verónica Márquez Merino.

—Muy bien... —murmuró, fijando su atención en la pantalla unos segundos—. Deme un momento, enseguida, vuelvo con usted —dijo de pronto—. Fernández —llamó entonces a un compañero, que alzó la mirada hacia él—. Que le traigan un vaso de agua a la señora, que esté atendida —añadió, con cierta entonación, que el agente comprendió al instante pues, dejó lo que estaba haciendo y fue hacia Verónica, dispuesto a no separarse de ella.

—Entendido, Pereira —le respondió el otro policía, siendo entonces cuando se alejó, entrando en un despacho situado al fondo. Debía hacer una llamada y, aunque él tenía teléfono en su escritorio, la joven no debía escucharlo, como tampoco podía arriesgarse a que se marchara, por eso se la había dejado encargada a Fernández. Cerraría la comisaría a cal y canto si era necesario, pero la tal Verónica no saldría de allí.

Andrés fue a su casa directo desde el bar. Ni siquiera pasó por el departamento para dejar el informe; ya lo haría al día siguiente. Aflojándose la corbata, se sentó pesadamente en el sofá, pues se sentía como si hubiera trabajado cien horas seguidas. Bueno, no habían sido tantas, tal vez la mitad, y estaba deshecho. Solo esperaba que hubiera valido la pena y que Darío consiguiese algo de información, la que fuera.

Se inclinó sobre la mesa auxiliar para encenderse un cigarrillo y, de la bandeja inferior, sacó algunos folletos de publicidad de restaurantes con entrega a domicilio, y se decantó por un chino. Creía recordar que tenía pizza en el congelador, pero no tenía ánimos ni para encender el horno. De hecho, estaba tentado a, desde donde estaba, tirarle las llaves al repartidor por la ventana y que abriera él mismo la puerta.

Sin embargo, estaba a punto de coger el teléfono inalámbrico cuando comenzó a sonar su móvil. Reconoció el número al instante.

—¿Sí?

—¿Feijoo? —respondieron al otro lado.

—Dime, Pereira. ¿Cómo va todo? —se interesó, recostándose en el sofá.

—Te llamo porque me debes una cena —le dijo, y Andrés se rio, aunque notó a su amigo demasiado serio.

—Te invito cuando quieras, pero ¿hay algún motivo en especial? —quiso saber.

—Tengo aquí a Verónica Márquez. Tu Verónica.

—Repíte eso —exclamó, poniéndose en pie de súbito, con renovada energía.

—Y no lo vas a creer —hizo una pausa un tanto dramática—. Otra de las aficiones de El Literato es zurrarle a su mujer.

—No me jodas —siseó Andrés, comenzando a deambular por la sala.

—Está aquí, dispuesta a ponerle una denuncia por malos tratos...

—¡Lo tenemos! —gritó—. Tenemos a ese cabrón. Que esa mujer no se vaya de ahí por ningún motivo. ¿Entendido? Yo voy para allá en este mismo momento —añadió, volviendo a coger el expediente, el tabaco y las llaves, saliendo de casa con rapidez.

—Pero...

—Sí, sí. Inicia el protocolo por violencia de género —lo cortó, sabiendo lo que iba a decirle—. Abogado de oficio si no tiene, que la revise un médico, ya sabes... Eso sí, no la pierdas de vista, ¿me oyes? O te cortaré los huevos.

Su amigo, lejos de amedrentarse con aquella amenaza, comenzó a reírse.

—Me los tengo en gran estima, así que tranquilo.

—Y prepara el despacho para un interrogatorio que no lo parezca, ya me entiendes —añadió subiéndose al coche—. Llego en diez minutos.

Aunque trataría de llegar en cinco...

¿Sería posible? ¿Sería ese el día en el que Wenceslao cayera, por fin?

Conectó el manos libres y llamó a Fede para ponerlo al tanto. El chaval se ofreció a acompañarlo, pero él le dijo que mejor no. Con tanta gente alrededor, lo único que podía pasar era que Verónica se asustara y ni siquiera se atreviera a denunciar a su marido por malos tratos. Y antes se pegaba un tiro que lo dejaba escapar.

En cuanto llegó a la comisaría, lo recibió el agente Fernández, quien le indicó el despacho dónde se encontraba Verónica. Estaba en compañía de Pereira, y aún estaba formalizando la denuncia.

—Buenas noches —saludó con tono formal.

—Buenas noches —respondieron ambos al unísono, aunque la mirada de Verónica comenzó a viajar de uno a otro.

—Primero que nada, déjeme decirle que lo siento. —Andrés apuntó a su ojo, y le hizo una seña a Pereira para que le cediese el sitio, quedándose él de pie, a su lado.

—Gracias —respondió ella, con la mirada huidiza, pero fue inevitable no mirar esa gruesa carpeta que ponía frente a ella.

—Perdón, pero no me he presentado. Teniente Feijoo, de los GRECO.

Y Vero palideció.

—Tranquila —se apresuró a decirle Andrés. Si no quería asustarla, lo estaba haciendo de pena—. No estoy aquí por usted, sino para pedirle ayuda.

—Yo no sé nada —fue su absurda defensa, pues ella misma se delataba... Estaba temblando como una hoja.

Andrés se dijo que debía tener paciencia y no presionarla, o solo un poco. Sacó la foto de la nave industrial y se la puso delante.

—¿Le suena este lugar? —le preguntó, y ella negó con la cabeza—. Pues usted consta como la dueña en el registro de la propiedad.

—Wences... Wences me pidió que lo pusiera a mi nombre por algo relacionado con los impuestos, no sé bien, pero no he estado nunca allí.

—Me creo lo de que nunca ha estado allí —concordó Andrés—. Sin embargo, usted y yo sabemos que el motivo de su marido no tiene nada que ver con la declaración de la renta.

—Yo... yo no...

—Tú tal vez no, Verónica, pero tu padre, sí, ¿verdad? —murmuró, tuteándola, inclinándose ligeramente hacia ella.

En el rostro de la chica, cubierto de lágrimas, se reflejaba el miedo, y se tapó la boca con una mano al no poder reprimir un sollozo.

—Sé que te tiene pillada —quiso mostrarse empático con ella, darle confianza, que lo viera como su única salvación—. Estoy seguro de que no es la primera paliza que te da, pero nunca te has atrevido a denunciarlo porque temes que os arrastre a ti y a tu familia con él. Y no tiene por qué ser así.

—¿No? —inquirió ella, sin creerle en absoluto—. Usted no sabe lo que es capaz de hacer.

—Sí lo sé —le aseguró, y le enseñó la foto de Patricio.

—¡Dios mío...! —gimió ella, girando la cara y cubriéndosela con ambas manos, llorando desconsoladamente.

—Beba un poco de agua —le ofreció Pereira, acercándose a ella, y echándole una mirada matadora a Andrés, que chasqueó la lengua.

—Disculpa —dijo entonces—. Me he dicho a mí mismo, conforme entraba, que no iba a presionarte, pero ¿tú sabes el tiempo que llevamos detrás de él?

—¿Y por qué no lo detiene? —preguntó tras dar un sorbo de agua, agradeciéndole con un gesto a Pereira su amabilidad.

—Porque todo son pruebas circunstanciales, indicios —le narró, apreciándose la impotencia que sentía—. Nada palpable, y eso es lo que necesito, alguna prueba que pueda presentar ante un juez, un testimonio.

—¿Qué quiere? ¿Tenerme en una fotografía como la de ese hombre? —espetó, sin poder creer lo que le estaba pidiendo—. Es que... —comenzó a titubear, removiéndose en la silla—. Ni siquiera debería haberle puesto esa denuncia —decidió de pronto, poniéndose en pie, y tanto Andrés como Pereira se apresuraron a detenerla.



—Estás haciendo lo correcto —trató de convencerla el teniente, mientras la sujetaba por los hombros—. Wenceslao merece estar entre rejas, pero, la condena por esto... —añadió, cogiendo la denuncia—, no es más que un aperitivo, comparado con todo el tiempo que debería estar en prisión.

La joven no dijo nada, aunque no impidió que Pereira la instara a sentarse de nuevo.

—Dándole curso a tu denuncia, estará en el calabozo en menos de veinticuatro horas y, de ahí, a la cárcel, pero, en un par de años, podría estar en la calle. Dame algo que pruebe sus negocios con los narcos colombianos y, cuando salga, va a peinar canas, te lo aseguro —insistió Andrés—, y estarás fuera de su alcance.

—Su alcance es mayor del que usted piensa —alegó ella, mirándolo desde abajo, con actitud derrotada.

El teniente no contestó. Cogió la carpeta y comenzó a sacar fotos: la suya, la de Bieito, la de su padre, además de facturas, algo que parecían transcripciones telefónicas... Ese hombre tenía toda la información. Solo le faltaba un nexo para relacionarlo con Wences.

—Y el mío, como podrás comprobar, lo es mucho más —espetó, apretando un puño—. Dame lo que necesito y haré que se pudra en la cárcel.

—No —negó con rotundidad—. Mi padre no hace más que decirme que lo tiene cogido por los huevos, igual que a mí —agregó, señalando la carpeta—. Si Wences cae, caeremos todos.

—No tiene por qué ser así —le repitió él, volviendo a su sitio al ver que aún existía la posibilidad de convencerla—. Sería fácil demostrar que, tanto tu padre como tú, os habéis visto coaccionados. —Cogió la denuncia entre dos dedos—. Y esto nos va a ser de mucha utilidad para sostener esa afirmación. Aunque, no te mentiré. Puede que tu padre sí acabe en prisión, pero con los atenuantes, se le rebajaría sustancialmente la pena. Total, él no hacía más que venderle repuestos para las lanchas, jamás ha tenido contacto con la droga.

—¿Y yo? Porque yo tampoco...

—Tú eres una víctima —le recordó, volviendo a coger el papel—. Una víctima, Verónica.

—Esto no es nada comparado con las que podrían ser sus represalias —añadió, sacudiendo la cabeza mientras señalaba su rostro.

—Puedo protegerte —le aseguró con ímpetu, viendo cada vez más cerca la posibilidad de atrapar a ese cabrón—. Entrarías en el programa de protección de testigos, garantizándose tu seguridad durante el proceso.

—¿Durante? —le cuestionó, recelosa.

—Me temo que nuestro sistema no es como el de Estados Unidos —le aclaró—, pero, una vez termine la investigación, tengo amigos que podrían ayudarte a que te fueras muy lejos.

Ella guardó silencio, planteándose y pensando que, de aceptar, no haría falta esa ayuda...

Porque ella sabía a quién recurrir. Darío le había dicho que confiara en él, que no le pasaría nada, pero que dejara a Wences... Eso significaba que la cuidaría, ¿verdad?

Darío...

Cuando se lo dijo, había sido en un arranque de improvisación al ver a Vanessa en la ventana, pero iba

a resultar que sería verdad. Lo haría por él. Por estar con él...

—Dígame qué necesita saber.

## capítulo veinticinco



Al coger el coche, Darío decidió dar primero una vuelta por el pueblo, por si acaso Vanessa seguía allí. Se la imaginaba sola con Alejandro, cargada con las dos maletas y sus preciosos ojos llenos de lágrimas, lejos de él por un jodido malentendido...

Se le partía el corazón de pensarlo, y esa frase hecha estaba a años luz de ser metafórica, porque sentía dolor real, físico y agonizante. Recordaba muy vívido el sufrimiento de Ángel al amar a Sofía y no poder tenerla, y él estaba recorriendo el mismo camino. Sin embargo, había una diferencia entre ellos dos, porque su amigo estuvo mucho tiempo resignado a estar sin ella, pero él recuperaría a Vanessa costara lo que costara. La deseaba, la quería, la amaba, la necesitaba... Y sabía que nunca había sentido, o sentiría, algo así por ninguna otra, ni siquiera lo sintió por Verónica años atrás, no, y la prueba estaba en que no se planteó ni por un segundo abandonar la música, tal y como le exigió. En cambio, si Vanessa se lo pidiese...

Tal vez jugaba con ventaja, pues sabía que ella no le plantearía jamás algo así. Primero, porque la música los había unido y, segundo, porque su muñequita era maravillosa, y nunca lo pondría en la tesitura de tener que elegir, pisoteando sus sueños.

Vanessa... Ella era parte de esos sueños, pero de los que parecen inalcanzables, porque nunca imaginó que existiría una mujer como ella, perfecta para él en todos los sentidos... excepto en uno, pues aún no había sido capaz de convencerla de que era el hombre perfecto para ella. Entendía que la casualidad le había jugado una mala pasada y que verlo con Vero, besándolo, habría minado la confianza de cualquiera. El problema residía en que seguía sin sentirse con derecho en lo que a él se refería, porque, de haber sido así, habría bajado a la playa para montarle la típica escenita de celos... y la hubiera preferido, con insultos y bofetón incluidos, a que estuviera por ahí, sola, sufriendo por algo que, en realidad, no era ni sería nunca. Pero la encontraría, solo faltaban unas horas para volver a verla, pues estaba casi seguro de que la hallaría en el aeropuerto, en ese avión que los alejaría de allí, dándoles la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva, juntos, y aprovecharía cada segundo para demostrarle, convencerla de que no había espacio para los celos, las dudas. Porque él era suyo, le pertenecía, y no le importaba decirlo en voz alta; Darío Castro tenía dueña, su cuerpo, su alma, su corazón... todo... y quería que fuera así para siempre.

Tal y como temía, no había rastro de Vanessa por ninguna parte. Puso rumbo hacia casa de sus padres, para despedirse de ellos y de su abuela, aunque cambió de idea. Primero tenía que aclarar con Vero lo ocurrido, lo que ella creía que había sucedido, y ya se pasaría por casa por la mañana, antes de ir al aeropuerto.

Aparcó frente a la puerta y llamó al timbre. Cuando decidió ir a Combarro, se había propuesto que vería a su hermano, a Vero, lo imprescindible, nada a ser posible, y ya era la segunda vez que pisaba el umbral de esa casa.

Fue él quien le abrió, recibéndolo con expresión agria.

—Joder, otra vez aquí. ¿No te gusta tu casa?

—Dile a tu mujer que salga —le pidió con voz monótona, sin contestar a su provocación.

—¿Y tampoco te gusta tu novia? —exclamó, iracundo, plantado en la entrada—. ¿Prefieres todo lo mío?

—Yo no quiero nada tuyo —espetó Darío, endureciendo el tono—. Es por eso que estoy aquí, para aclarar con ella cierto asunto antes de volver a mi vida, de la que estoy muy satisfecho y que no cambiaría jamás por la tuya, que está llena de mierda.

—¿Qué sabrás tú de mi vida? —inquirió, acercándose un paso a él y alzando la barbilla, encarándolo en actitud amenazante.

—Sé más de lo que hubiera querido —siseó, dando también otro paso hasta poder hablarle al oído—. Dos días... dos días y habría estado muy lejos de ti y de tus porquerías, hermanito.

—No sé a qué te refieres —replicó, tratando de mantenerse firme, aunque retrocedió un poco. Darío no podía haberse enterado de que...—. Vero no está aquí, así que, lárgate.

—He hablado con ella esta tarde, la he visto, su cara... —murmuró su hermano, apretando los dientes con rabia—. Eres una mala bestia.

—No exageres —se mofó, reacción provocada por el alivio más que otra cosa—. ¿Has olvidado cuando papá nos calentaba el culo cuando nos portábamos mal?

—¿Calentarnos el culo? —repitió, asombrado por aquel estúpido símil—. Apenas podía abrir el ojo, pedazo de cabrón.

—¡No te metas! —le advirtió, dándole un empujón—. Es mi mujer.

—Pues ya lo he hecho —le confirmó—. Le he pedido que te deje.

—Vero no puede abandonarme —titubeó, y a Darío no le pasó inadvertida su inseguridad, su temor...—. Y menos por ti —añadió, apuntándole con el dedo, intentando dominar la situación.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —exclamó, queriendo que le quedara claro—. Sino con tus... —miró a ambos lados de la calle antes de proseguir—, con tus negocios —continuó, en voz muy baja—. Y no me refiero a la caballa —agregó para que quedase claro, y vio cómo su hermano palidecía, retrocediendo hasta entrar en la casa.

—¿Qué te ha contado? —le interrogó—. ¿Qué es lo que sabes? —insistió. Tenía que averiguarlo para no hablar de más—. ¿Qué te ha dicho? —le gritó.

—¡Nada! No me he enterado por ella.

—¿Por quién?

—Entonces, ¿es verdad? —bramó, invadiendo el recibidor para alcanzarlo y agarrarlo bruscamente del cuello de la camisa—. No solo eres un narco sino que has matado...

—¡Cállate! —le ordenó furioso, zafándose con una sacudida de su agarre. En un par de zancadas, llegó a la puerta y la cerró, dispuesto a enfrentarse a su hermano—. Como bien has dicho, es mi mierda y no tienes derecho a removerla. Así que, vuelve a tu vida de principito y olvídate de mí si no quieres acabar pringado hasta las cejas —exclamó, y Darío no supo si lo decía para protegerlo o como una advertencia.

—¿Cómo pudiste terminar así? —murmuró, negando con la cabeza, asqueado, apenado.

—Y tú, pensando que eras la oveja negra de la familia —dijo, comenzando a reírse, recibiendo un fuerte empujón por parte de su hermano al golpearle con las palmas en el pecho.

—¿Te parece gracioso?

—¿Cómo te has enterado? —volvió a la cuestión que sí le interesaba.

—Eso no importa —espetó Darío—. Lo importante es que vas a dejar esta...

—Pero ¿tú qué te has creído? —lo encaró, lleno de rabia—. Ya no tengo cinco años para que me tengas que decir lo que está bien o mal, ni yo voy siguiendo tus pasos, chupándote el culo. Hace mucho que dejaste de ser mi héroe —le recriminó, dejando a Darío pasmado—. Te largaste, ¿recuerdas?

—¡No me echas a mí la culpa de tus malas decisiones! —se defendió, reaccionando, porque no iba a consentir que echase toda su mierda sobre él—. Si realmente hubieras seguido mis pasos, te habrías labrado un futuro mejor, y no... —Darío extendió una mano, mirándolo de arriba abajo.

—Siento haberte decepcionado —replicó Wences con completo desinterés, cruzándose de brazos—. Ahora, si ya has acabado, pírate —añadió, señalando la salida, y su hermano sintió que una rabia ciega lo invadía al ver su falta de escrúpulos y remordimiento.

Caminó hacia él y lo empujó contra la puerta, presionando su cuello con el antebrazo lo justo para inmovilizarlo.

—Has matado a un policía, hijo de la gran...

—¿Era de la pasma? ¿Cómo sabes eso? —murmuró, abriendo de par en par los ojos, llenos de pavor. Se removió con violencia y consiguió que Darío lo soltara, siendo él quien lo cogió ahora por la camiseta y lo estampó contra la puerta, golpeándola con la espalda—. ¿Con quién has hablado? ¿Con la policía?

Darío se sintió descubierto, pues sí había hablado con el Teniente Feijoo, y su maldita entrevista con Vero fue para sonsacarle información y poder pillarlo, porque mejor entre rejas que muerto a manos de algún capo colombiano. Aun así, no se amedrentó. Le cogió de los antebrazos y tironeó para soltarse.

—Es la policía quien ha hablado conmigo y me ha puesto al tanto de tus actividades —le aclaró, apretando los dientes por el esfuerzo y la furia—. Quien te jodió el negocio era un infiltrado, y ahora los colombianos te exigirán una compensación por las pérdidas.

Escuchar todo eso hizo que, por fin, Wences lo soltará, dando un paso atrás.

—Te matarán —añadió Darío, y su hermano comenzó a negar con la cabeza—. Por tu bien, es mejor que te entregues.

—¿Que me entregue? —se burló—. Y una mierda. Además, lo tengo controlado —le aseguró, o eso intentó pues su voz no era todo lo firme que debiera.

—¿Y a Vero también la tienes controlada? —le increpó, volviendo a acercarse a él—. La tienes metida en tus trapos sucios, a la fuerza, y le das palizas para que no hable. ¿Así funciona?

—¿A la fuerza, dices? —Su hermano soltó una desagradable carcajada que paralizó a Darío.

—¿Qué...?

De pronto, el móvil de Wences comenzó a sonar. Era un mensaje que el joven leyó al instante.

—Joder... ¡Me has vendido a la policía! —lo acusó duramente mientras empezaba a deambular, errático, por la entrada, como si buscara algo.

—¡Yo no les he dicho nada! Acabo de llegar al pueblo... ¡Qué coño voy a saber yo!

—Pues vienen para acá —le dijo, abriendo la puerta, asomándose a la calle.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, aunque estaba claro que había recibido la información con ese mensaje.

—Es parte de mis negocios sucios, así que mejor no te lo cuento —replicó con sarcasmo, volviendo a entrar, aunque no cerró la puerta. Fue hacia el mueble del recibidor y comenzó a buscar algo en los cajones—. Mierda, Verónica se ha llevado el coche. Dame las llaves del tuyo —le ordenó de repente a su hermano, yendo hacia él con una mano extendida.

—Es tu oportunidad, Wences —exclamó, viendo una salida—. Si vienen a por ti, es mejor que te entregues.

—¡Que me des las putas llaves! —le gritó, acercando el rostro al suyo, amenazante.

—Ni de coña.

Y, como respuesta, recibió un puñetazo de su hermano pequeño en toda la cara que lo tumbó, momento que él aprovechó para rebuscar en sus bolsillos y sacar las llaves, que hizo tintinear frente a su rostro.

—Gracias —le dijo mientras Darío trataba de recomponerse. De hecho, lo cogió por el brazo tratando de detenerlo, pero fue en vano.

Cuando pudo levantarse e ir hacia la puerta, Wences ya huía en el coche de alquiler, chillando ruedas, un reflejo de su desesperación. Darío lo observó alejarse, atónito, paralizado, sin saber qué hacer. Su hermano se acababa de convertir en un prófugo de la justicia frente a sus narices, un título más que añadir a su extenso curriculum de delitos. Dios...

De pronto, girando la esquina, tal y como Wences había predicho, aparecieron varios coches de policía que se detuvieron frente a él. Feijoo era quien conducía el primero, saliendo del automóvil y corriendo hacia él.

—¿Dónde está tu hermano? —le cuestionó, asomándose al interior de la casa.

—Alguien le ha advertido de vuestra llegada y ha escapado —le respondió.

—¿Que alguien...? —Se acercó a él, mirándolo como si no le creyera, o lo hubiera entendido mal, aunque, muy a su pesar, la información de Darío no daba lugar a dudas—. Mierda... —Pero ya lo solucionaría. Lo primero era lo primero—. ¿Hacia dónde ha huido?

Darío no contestó, y por su mirada, Andrés supo que no lo haría. No conseguiría nada más de él.

Dejándolo por imposible, volvió al coche, dispuesto a ir en busca de Wences, cuando vio que Darío entraba también, ocupando el lugar del copiloto.

—¿Qué coño haces? —inquirió, molesto.

—Tal vez pueda hablar con él, convencerle de que se entregue —replicó, dando claras muestras de que no iba a salir del automóvil.

—¿Y no es lo que has intentado hacer, viniendo a verle? —se mofó, señalando el hematoma que comenzaba a apreciarse en su pómulo.

—A todas las unidades. Se ha visto al sujeto saliendo de Combarro dirección sur por Camiño Real, en un Audi negro —anunció la emisora, de pronto. Andrés lanzó un impropio y metió primera, acelerando.

—Así que has conseguido la prueba que necesitabas —aventuró Darío, viendo por la ventanilla el borrón en el que se convertían las casas a causa de la velocidad.

—Ha sido tu cuñada —le dijo, y el joven se giró a mirarlo—. Y tú nos has sido de gran ayuda.

—Yo no he hecho nada —le aclaró, tenso, porque aquello no le cuadraba con lo que le había dado a entender Wences—. Solo le he aconsejado que lo dejara porque él...

—Le ha puesto una denuncia por malos tratos —lo cortó, sabiendo lo que iba a decirle.

—O sea que... ¿no lo ha delatado? —preguntó sin comprender.

—Claro que sí. Solo he tenido que apretarla un poco —alegó con un deje de satisfacción—. Y habrá sido toda una liberación para ella porque la tenía coaccionada.

—¿Estás seguro de eso? —le cuestionó sin ocultar su recelo, y el teniente lo observó, extrañado.

—Aquí Goyanes. Wenceslao acaba de desviarse hacia el bosque por una pista forestal, dirección norte, a unos cuatrocientos metros del cruce con Camiño Escola —volvió a resonar la emisora en el habitáculo, y Andrés presionó uno de los botones del panel para hablar.

—¡Fede, por tu padre, no lo pierdas!

—Tranquilo, jefe —respondió el joven antes de cortar la comunicación.

—Joder... —masculló Darío, pasándose las manos por la cara, viendo que cogían el cruce al que había hecho referencia el agente. Y, para darle más dramatismo a la escena, empezaba a llover.

—¿Quieres que se escape? —espetó Andrés entonces de malas maneras.

—Quiero que salga vivo de esta —respondió con sinceridad.

—Pues depende de él —le recordó, y eso, precisamente, era lo que más temía Darío.

—Déjame hablar con mi hermano, por favor —casi le suplicó, pero el teniente solo le lanzó una mirada dura que le advertía que no cedería fácilmente.

De pronto, el camino se abrió en un claro, encontrándose con un par de coches de policía cortando el paso, aunque no a ellos, sino a Wences. El de Darío se encontraba unos metros más hacia allá, aparcado frente a una cabaña y donde imaginaba que su hermano se había refugiado.

—¿Pertenece a vuestra familia? —lo interrogó Andrés tras detenerse.

—Ni idea. Hace años que me fui —contestó, haciendo el ademán de bajar del automóvil, como él.

—Mantente detrás del coche —le ordenó, apuntándole con el índice—. Es muy posible que esté armado, y no me hago responsable si te da de lleno una bala perdida.

El joven asintió, por lo que el teniente lo dejó allí mientras se dirigía hacia sus hombres a que le informasen de la situación, momento que Darío aprovechó para echar a correr hacia la casa.

—¡Wences! ¡Wences, soy Darío! ¡Voy a entrar! —gritaba, avisándole así de su presencia, y recorriendo lo más rápido que pudo, a través de la lluvia que ya arreciaba, la distancia que lo separaba de la casa.

—Me cago en la puta. ¡Que nadie dispare! —chilló el teniente, que también había salido corriendo, tratando de alcanzarlo, sin conseguirlo.

—Aléjate, madero. ¡Estoy armado! —le confirmó Wences, enseñando su pistola por la rendija de la puerta y maldiciendo al ver a su hermano plantado en mitad de la cabaña—. ¿Eres gilipollas? He estado a punto de dispararte al ver movimiento ahí fuera —le gritó, cerrando tras de sí.

—¿Gilipollas yo? —exclamó Darío, sacudiendo las manos—. Tienes a la policía esperando a que asomes la nariz para saltarte la tapa de los sesos. ¡Entrégate, coño!

—¿Y pudrirme en la cárcel? Antes, muerto —masculló mientras pasaba por su lado y volvía a la mesa situada en mitad de la estancia a llenar una mochila con dinero, un pasaporte, seguramente falso, un par de pistolas y munición.

—Wenceslao...

—Tranquilo, Darío —le dijo con sonrisa socarrona, aunque irónica—. Esto no tiene nada que ver contigo. Tal y como me dijiste antes, soy dueño de mis decisiones, y no eres tú quien me ha convertido en un narco.

Darío sintió, muy a su pesar, que su hermano trataba de liberarlo de cualquier posible cargo de conciencia, como si aquello significara...

—No me arrepiento de nada —le confirmó, continuando con su tarea—. Me metí en esto porque quise, y luego...

—¿Luego, qué? —exigió saber, porque necesitaba comprenderlo.

—Quería ser el mejor, por ella —le narró, sonriendo con tristeza.

—¿Cómo? ¿Es que Vero...?

—Ella me exigía más y yo se lo di —le confirmó, estudiando su reacción—. Creo que la blanca paloma se te acaba de convertir en cuervo —se rio, cerrando ya la mochila, tras lo que se acercó a él—. En eso tenías razón, somos tal para cual.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves del coche, entregándoselas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Darío, temeroso.

—Mejor que no lo sepas —respondió muy serio—. Me pondré en contacto en cuanto sea seguro.

Dicho eso, se fue hacia el fondo de la casa aunque, a mitad de camino, se detuvo y miró a su hermano, sonriente, y a Darío se le rompió el alma en mil pedazos al vislumbrar en sus ojos a aquel niño que apenas levantaba dos palmos del suelo y que lo seguía a todas partes.

—Me alegra haberte visto tocar en directo —le confesó, sorprendiéndolo—. No ha sido en uno de tus conciertos, pero me vale —añadió, encogiéndose de hombros—. Adiós, hermano.



Y dicho esto, abrió una puerta que cerró sin volver a mirarlo y, a los pocos segundos, se escuchó el motor de una motocicleta.

—¡Mierda! —oyó a Andrés gritar—. ¡Por la parte de atrás!

Darío se asomó por la ventana y vio que todos los agentes, frenéticos, subían a los coches, iniciando la persecución. Luego miró las llaves que aún sostenía en la mano y salió corriendo de la casa, dispuesto a seguirlos. No tenía sentido que lo hiciera, lo sabía, había fracasado en su intento de que Wences se entregara, e ir detrás de los policías era inútil a la vez que temerario, pero algo le impulsaba a hacerlo... no podía dejarlo solo.

Siguió la pista forestal sin saber lo que se encontraría, ni siquiera si los alcanzaría, mientras el limpiaparabrisas apenas daba abasto para hacer su función con la que estaba cayendo. La cortina de lluvia era tan densa que tuvo que reducir la marcha si no quería estrellarse contra alguno de los numerosos árboles, y un mal presentimiento lo invadió a modo de escalofrío, que le recorrió la espina dorsal; y era el segundo en ese día.

Temió por Wences. Por el sonido de la moto, le pareció una montañera, pero el sendero comenzaba a inundarse pues la tormenta bien parecía un diluvio y no existía un terreno que absorbiera tanta agua en tan poco tiempo. Y aquel barrizal podía ser una trampa mortal.

No supo cuánto tiempo condujo, si minutos u horas. Sin embargo, en ese lapso, no hacían más que asaltarle imágenes, recuerdos de una infancia que estaba tan lejana, pero, en los que siempre, siempre, estaba Wences a su lado, siguiéndolo, imitándolo, queriendo llamar su atención hasta el fastidio. Y él sentía que le había fallado, por no hacerle todo el caso que le reclamaba, por pensar que no eran más que tonterías de niño de las que se olvidaría en cuanto fuera mayor. Sí, Wences ya se había hecho mayor, pero lo veía igual de indefenso que cuando era pequeño, y no podía evitar preguntarse si no sería tarde, si sería posible echar el tiempo atrás y ser para él ese apoyo que no resultó tan sólido y firme en su día. Joder, ahora que las cosas se empezaban a arreglar... Su padre parecía predispuesto a aceptarlo, había recuperado a su hermana... ¿podría recuperarlo a él también?

Por desgracia, la respuesta a sus pensamientos estaba justo delante de él, en forma de barrera de coches policiales que cortaban el camino, y estaba tan cerca que tuvo que frenar de golpe, derrapando, en serio peligro de estamparse. Se bajó en cuanto el susto le permitió encontrar la manilla de la puerta y corrió en dirección a las patrullas, rebasando a algunos policías que, bajo la lluvia, contemplaban, estáticos, la escena que tenía lugar frente a ellos.

Al pie de un gran roble, humeaba la motocicleta de Wences, destrozada, y su cuerpo maltrecho en el suelo lo flanqueaba el Teniente Feijoo, aunque sin tocarlo.

—Joder... ¡Llamad a una ambulancia! —gritaba el policía cuando llegó a su altura, cayendo de rodillas a su lado. El agua de la lluvia esparcía la sangre de su hermano por todas partes...

—Wences...

El batería se acercó más y alargó los brazos con la intención de sostenerle la cabeza, pero el teniente se lo impidió, negando rápidamente con un gesto. Entendió que era mejor no moverlo hasta no saber la gravedad de sus lesiones.

—Darío... —balbuceaba, crispándose su rostro, seguramente asaltado por un latigazo de dolor.

—No hables... Aguanta, chaval —le dijo Andrés, poniéndose en pie al dejar a Darío a cargo de su hermano. El joven pudo leer en su mirada que la cosa pintaba mal... aunque tampoco hacía falta ser muy listo para darse cuenta. Wences debía tener rotos todos los huesos del cuerpo, además de alguna hemorragia interna pues escupía sangre.

—¿Cuánto va a tardar esa ambulancia? —volvió a gritar al alejarse.

Mierda... Su hermano se le moría en los brazos, y él necesitaba pensar en otra cosa.

—Te tengo dicho que te pongas el casco —le increpó, como hacía cuando Wences cumplió quince años y su padre le compró un ciclomotor, como a él en su día, y Darío siempre iba detrás, batallando por que se pusiera el dichoso casco.

—Y yo, que me molesta —dijo en un hilo de voz, se notaba que no podía respirar.

—Cabezota —replicó a duras penas, pues un nudo se le formó en la garganta, impidiéndole hablar.

—Lo siento, Darío —le susurró, y el batería apretó los puños para no soltar un alarido al sentir ese dolor que lo laceraba por dentro. Pero no podía dejar que su hermano se diera cuenta...

—La próxima vez te lo pones y punto —trató de bromear, aunque sin conseguirlo.

—Sabes que no me refiero a eso. Es penoso que ahora, estando así, me venga a dar cuenta de que sí me arrepiento de muchas cosas.

En ese momento, Darío ya no era capaz de contenerse y dejó de reprimir las lágrimas que resbalaban por su rostro, confundándose con la lluvia.

—Haz el favor de no hablar y reserva las fuerzas —le ordenó aunque no podía controlar el temblor de su voz—. Y ya me encargaré de darte un buen par de collejas cuando te recuperes.

—Tengo frío —dijo él, en cambio.

—Normal. Llueve a cántaros y estamos calados hasta los huesos, idiota —replicó, aun sabiendo que la lluvia no tenía nada que ver.

—¿No será que me estoy muriendo? Eso dicen en las películas —murmuró con la mirada perdida—. Cuando el protagonista se está muriendo, siente frío.

—Más vale que te calles porque no te vas a morir, ¿está claro? —le chilló, y de pronto, a lo lejos, le pareció apreciar el sonido de una sirena—. ¿Lo oyes? ¡Viene la ambulancia!

—No oigo una mierda —le replicó, cerrando los ojos, agotado, dejándose vencer.

—¿Tienes que llevarme la contraria hasta el final? —Se inclinó sobre él, impotente, ansioso por no poder tocarlo, deseando sacudirlo para que volviera abrir los ojos y luchase.

—Sí... Es el final... Ya está... ¿Me das la mano?

—Wences, mírame, llega la ambulancia... Wences, ¡por favor! —le rogó, gritando.

—Darío...

—Wenceslao... ¡¡No!!

## capítulo veintiseis



Aún no despegaba el avión cuando Alejandro se quedó dormido, pobrecito... Apenas había pegado ojo la noche anterior. Desde que dejaron, a la carrera, la casa de Darío, no había parado de llorar... y ella, tampoco.

Después de la entrega del ramo, que le había parecido precioso aunque a quién le importaba ahora, se encontró en la plaza con Iago, y ya tuvo el presentimiento de que algo iba mal.

—¿Dónde te has dejado a tu chico? —le preguntó, saludándola desde lejos. Cristina había ido al quiosco a comprarles algunas golosinas a los niños, y Carmen y Elvira estaban hablando con unas amistades, así que cogió a Alejandro de la mano y fue al encuentro del joven—. ¿Ya te has cansado de tu guía turístico? —bromeó.

—Le he dado la tarde libre —le siguió ella la broma, sonriendo—. Se encontró con un amigo de la infancia esta mañana, después de la procesión, y ha quedado a tomar un café con él.

—¿Un amigo de la infancia? —preguntó él, extrañado, aunque ella no le veía nada raro al asunto—. El único que le queda aquí en Combarro soy yo —añadió, pensativo—. Los demás se marcharon a vivir a otro sitio; algunos a Pontevedra, Brais, por ejemplo, se fue a Lugo...

—Pues no me ha dicho quién era —respondió, fingiendo que no le importaba—. Tal vez, es alguno de esos amigos, que ha venido de visita.

—Sí, puede ser —decidió—. Y cuando me entere de quién ha sido, lo mataré por no avisarme —añadió, plenamente convencido de su explicación, aunque ella no lo estuviera tanto...

Tras despedirse de Iago, sacó el teléfono móvil y estuvo tentada de llamar a Darío, pero esa pequeña Vanessa vestida de demonio comenzó a susurrarle al oído que, si lo llamaba, lo pondría sobre aviso. Sin embargo, el ángel Vanessa trataba de disuadirla, acusándola de que volvía a desconfiar del pobre chico.

Guardó el teléfono, no porque desistiera sino porque se estaba quedando sin batería. Por desgracia, la semilla de la desconfianza seguía presente, como una punzada en el centro del pecho. ¿Con quién habría quedado Darío? ¿Dónde estaría? Ya hacía varias horas que se fue...

—Alejandro, ¿te apetece dar un paseo hasta casa de Darío, a ver si nos lo encontramos?—le preguntó a su hijo, con una entonación del todo inocente.

—Jo, quería ir con Emilio y sus amigos a jugar —le contó.

—Será un momento, quiero coger la batería de repuesto —trató así de convencerle—. Ya sabes lo poco que le dura a mi móvil.

—Lo que tienes que hacer es comprarte otro —le riñó el niño, haciendo un mohín, y echándole la culpa a aquel teléfono de que le fastidiara la diversión.

—¿Te vas? —le preguntó de pronto Cristina, que se había acercado a darle las chuches a Alejandro.

—Voy a buscar a Darío —le contó, sin darle más detalles; el demonio Vanessa comenzaba a dominar la situación.

—Porfa, dile a Emilio que vengo enseguida —le pidió el niño, preocupado por faltar a su cita, y ambas mujeres sonrieron.

—No tardaremos —le confirmó Vanessa, tras lo que pusieron rumbo hacia casa de Darío.

En el trayecto, no hizo más que buscarlo con la mirada por cuanto bar o cafetería se topaban, sin encontrarlo. Apretó el paso, tirando del pobre Alejandro, y se dijo que comenzaba a actuar como una paranoica... hasta que vio aparcado el coche de Darío en la puerta de su casa.

«Habrá venido a ducharse», le susurró el ángel Vanessa, y la demonio estuvo a punto de replicar, pero la mandó callar.

—¿Darío? —lo llamó al entrar, aunque no le contestó.

—Mamá, subo al baño. ¿Te busco la batería? —le preguntó su hijo, aunque ella negó con la cabeza.

—Tranquilo, voy yo —le sonrió, agradeciéndole el ofrecimiento. Cogería la batería y, de paso, buscaría a Darío en el piso de arriba.

Pero no había ni rastro de él.

«Eso es que ha dejado el coche aquí y ha vuelto andando al pueblo, a buscarte», razonó la Vanessa con alitas, cuando, desistiendo, entró en su habitación a buscar la dichosa batería que tenía en la mesita de noche.

Al acercarse al mueble, pasó cerca de la ventana y, entonces, la Vanessa del tridente empezó a escupir fuego. Desde la ventana podía ver a Darío, sentado en la playa, y una mujer que caminaba hacia donde él estaba.

Era Vero.

Se apartó de la ventana, tapándose la boca con una mano, intentando ahogar un sollozo. Le había mentado, no había ningún amigo. Había quedado con ella... ¿Y dónde narices se había ido todo el aire de la habitación? No podía respirar...

Por curiosidad malsana, volvió a asomarse por la ventana. Ahora, ambos estaban en pie y parecían discutir, como una pareja de enamorados... Joder... había sido una imbécil. ¡Una idiota! Coño, pero ¡si se estaban abrazando! ¿Qué más necesitaba? ¿Por qué no apartaba la vista de ellos? Y lo hizo... cuando los vio besarse...

Cayó de rodillas al suelo sin poder reprimir más el llanto. Estaba con ella... El verdadero motivo para volver al pueblo era estar con ella...

—¡Mamá! ¿Por qué lloras? ¿Te has caído?—Irrumpió Alejandro en la habitación, acercándose a ella, corriendo—. ¿Qué te duele?—le preguntó, arrodillándose a su lado.

«El corazón, el alma...», le habría gustado gritar y, en lugar de eso...

—Coge tus cosas, Alejandro —le pidió, enjugándose las lágrimas, aunque eran demasiadas—. Nos vamos a casa.

—Pero, mamá...

Vanessa se puso en pie, imitándola su hijo.

—¡Mamá! —exclamó al ver que cogía la maleta.

—Mi vida, no discutas conmigo, por favor —le rogó ella, luchando contra aquel llanto—. Tenemos que irnos ya...

—Es que, he quedado con Emilio...

La voz del niño temblaba, y Vanessa vio que comenzaba a llorar. No... ¡Joder! No podía lidiar con él en ese momento, necesitaba escapar de allí, cuanto antes.

Abrió el armario y comenzó a llenar la maleta con rapidez, amontonando dentro la ropa, y luego sacó los cajones y los vació directamente, sin detenerse a ordenar el contenido. Ni siquiera perdería tiempo en cambiarse. Después, en vista de que Alejandro no iba a hacerle caso, fue a su habitación y metió en la bolsa de viaje todas sus cosas; ropa sucia mezclada con la limpia, lo que había dejado en el baño... daba igual y, si se le olvidaba algo, tampoco importaba. Tenían que irse de allí, ya, antes de que Darío la encontrara, porque no deseaba hablar con él, no soportaría ni una más de sus mentiras.

Cerrando la bolsa de su hijo, alargó la vista hacia la ventana. Vero se había marchado, pero Darío estaba sentado en la arena, tal vez esperando a que volviera. Decidió que no le interesaba, o a lo mejor sí, porque, si no le interesase, no se dejaría arrastrar por esa desilusión, ese dolor que no le permitía pensar. Solo sabía que necesitaba escapar de aquel lugar, de inmediato.

Tuvo que arrastrar a Alejandro, pues se negaba a irse, no entendía qué sucedía, y ella no tenía ni tiempo ni fortaleza suficiente para explicarle que Darío era un mentiroso, que la había engañado y que ellos no pintaban nada allí. ¿Y cómo explicarle lo que ella tampoco comprendía, lo que jamás hubiera creído si no lo hubiera visto con sus propios ojos? Todo había sido una burla, una farsa, y Darío solo se acercó a ella para pasar el rato, seguro. Se hizo de rogar cuando se conocieron, en su camerino, y a él, eso le supuso un reto a superar demasiado tentador, tal y como ella sospechó desde el principio... pero eso tampoco podía decírselo a su hijo.

Se echó al hombro el bolso de viaje, con una mano cogió su maleta y con la otra, a Alejandro, quien no paraba de llorar, y salieron de la casa, dejando el llavero que Darío le había dado encima de la mesa. Y pensar que para ella aquello significó mucho más que unas simples llaves... Estúpida...

Aún no había salido por la puerta cuando la llamaron al móvil; era Darío, pero ni se molestó en contestar, para qué. Una de dos, o le confesaba su relación con Vero, o le soltaba una patraña, contándole lo bien que se lo había pasado con su amigo, y no le interesaba ninguna de las dos cosas. Sin embargo, él volvía a insistir, pero ella optó por quitarle el sonido al aparato.

Se alejaron un par de calles de la casa, tratando de evitar que se topasen con él. Sacó de nuevo el móvil y había otra llamada suya, incluso un *WhatsApp*... hipócrita... Volvió a ignorarlo y llamó a un taxi, muriéndose definitivamente la batería. Dio con un taxista muy amable que le informó sobre los autobuses que salían desde Pontevedra a Santiago de Compostela, hasta el aeropuerto, pues él mismo reconocía que hacer el trayecto en taxi podría costarle un ojo de la cara.

Salían de Pontevedra cuando empezaba a llover. En el autobús, cambió, por fin, la batería del móvil y, durante el trayecto de poco más de una hora, tuvo tiempo de buscar hoteles, reservando habitación en

uno no muy caro. Al llegar a Santiago, estaba nublado, pero aún no llovía. Además, era una suerte que anocheciera tan tarde, algo lógico al estar en la otra punta de la península, pues sola, con un niño y las maletas, en una ciudad que no conocía... siendo de noche, habría sido una locura. Aunque ella no estaba para sensateces, necesitaba volver a Valencia lo antes posible. Ese fue el último trámite que hizo ya en el hotel: cambiar el billete para el vuelo de la mañana siguiente.

Estaba sentada en la cama de matrimonio con Alejandro acostado cerca de ella, abrazando la almohada, sollozando. Cuando colgó el teléfono, su hijo la miró desesperanzado, como si aún pensara que existía una remota posibilidad de volver.

—¿Por qué nos vamos? —le cuestionó, o más bien le reprochó, con la voz entrecortada, y ella hizo de tripas corazón para no tirarse a su lado y echarse a llorar hasta morir.

—Es... complicado —le dijo, ¿qué le podía decir?

—¿Darío te ha decepcionado? —demandó muy serio, y, en momentos como ese, se preguntaba cuándo se había hecho mayor su hijo.

«No crezcas tan rápido», tuvo deseos de decirle.

—Sí, cariño —le contestó, en cambio.

—¿Y por qué no hablas con él? —Alzó la cabeza, notando ella un tizne de emoción en su tono—. Cuando yo te decepciono por algo, te prometo que no lo voy a hacer más y tú me perdonas —razonó, con inocente lógica.

Vanessa lo abrazó, reprimiendo un sollozo. Ojalá todo fuera tan sencillo.

—¿Por qué no te das una ducha mientras yo pido la cena al servicio de habitaciones? —trató de parecer animada, como si fueran a hacer algo divertido, que lo habría sido... en otras circunstancias.

Alejandro estaba tan agotado, física y mentalmente, que obedeció sin rechistar y, en cuanto el niño entró en el baño, ella ya no pudo reprimirse más y se derrumbó en la cama, deshaciéndose en aquel llanto que necesitaba arrancar de sus ojos, de su garganta, de su corazón, aniquilar aquellas lágrimas que Darío no se merecía, dispuesta a no volver a derramar ninguna más por él.

¿Y qué hacer con los sueños rotos, con ese sentimiento que llenaba todo su interior y que era inútil? Porque ella no creía en eso del amor sin esperar ser correspondido... eso era una mierda. Y ahora resultaba que, de un día para otro, tenía que deshacerse de ese amor, tenía que dejar de quererlo, porque sí, sin ninguna razón, o al menos una que a ella le valiese. Cuánto le habría gustado chasquear los dedos y que desapareciera, o saber que, al despertar a la mañana siguiente, ese dolor que le entumecía hasta el alma se habría esfumado, como por arte de magia.

Tumbada conforme estaba, cogió el teléfono y llamó a Sofía. Diana estaría enfrascada en los libros y no quería molestarla con una tontería, porque lo era, seguro que, en un par de días, se reía de todo aquello. Sin embargo, ahora...

—¡Hola, galleguiña! Por fin das señales de vida. ¿Cómo va todo?

—Sofía, ¿mañana nos puedes recoger a Alejandro y a mí en el aeropuerto? —le preguntó, hipando y limpiándose la nariz como una niña pequeña.

—¿Qué ha pasado? —inquirió alarmada—. ¿Darío...?

—¿Puedes? —la cortó.

—Claro que sí. Mañana es sábado y no trabajo, pero...

—Cuando nos veamos te lo cuento, ¿vale? —le pidió, quería estar más calmada cuando se lo explicara—. Y, por favor, no le digas nada a Ángel, no quiero que lo llame.

—Pero, Vanessa...

—Por favor, Sofía —insistió, ahogando un sollozo.

—Tranquila, cariño, no te preocupes —intentó sosegarla—. Mándame el número de vuelo y la hora de llegada y, ahí estaré.

—Gracias...

—Sabes que no tienes por qué darlas —le dijo con cariño—. Trata de descansar, mañana nos vemos.

Estaba enviándole el mensaje a Sofía cuando Alejandro salió del baño, con los ojos enrojecidos, y sospechaba que no era que le había caído jabón.

—¿Qué te apetece cenar? —le preguntó, esbozando una forzada sonrisa y alargándole el menú.

—No tengo hambre —le respondió en un susurro—. ¿Puedo acostarme ya?

Y ella asintió, porque tampoco habría podido dar ni un bocado, de hecho, apenas desayunó, aunque algo tuvo que tomar, en el bar del hotel antes de salir hacia el aeropuerto, para poder obligar a su hijo a que lo hiciera.

Observó su carita triste mientras dormía. Sabía que pasaría, que su hijo sufriría, y así se lo dio a entender a Darío, pero ella había tenido la culpa por dejarse engañar. Dentro de poco aterrizarían en Valencia, regresarían a su casa y, ojalá, de vuelta a la normalidad. Aunque ella hubiera dejado su corazón, perdido, en un pueblecito de Galicia.

## capítulo veintisiete



Era la quinta vez que Ángel sacaba el teléfono para llamar a Darío y la quinta que Sofía le daba un palmazo para que no lo hiciera. A la sexta, directamente, se lo quitó. Tras lanzarlo al asiento de detrás, volvió a apretar las manos alrededor del volante y, entonces, vio que el siguiente semáforo se ponía en rojo.

—¿Sabes qué? Conduce tú —espetó ella, saliendo del coche en cuanto paró—. Así tendrás las manos ocupadas.

Él obedeció, haciéndole, conforme entraba en el coche de Sofía, una seña nada educada con la mano al conductor de detrás, que había empezado a pitar al cambiar a verde.

—Joder... —resopló, poniéndose en marcha.

—Me pidió que no te dijera nada —replicó su novia, haciendo referencia al hecho de que le hubiera permitido acompañarla—. No intento más que respetar su decisión, por ahora.

—Y yo solo quiero saber qué cojones ha pasado.

—En cuanto llegue Vanessa, que nos lo cuente —le respondió, mirando por la ventanilla, preocupada.

—Es bueno tener la versión de las dos partes, ¿no te parece, pequeña? —le cuestionó.

—Pues ya lo llamarás cuando sepamos la de Vanessa —decidió.

—Y Raúl, en Girona —murmuró, de mal humor.

—¿Le has avisado? —le preguntó, molesta.

—No, no —la tranquilizó—. ¿Para qué? No puede hacer nada y es mejor que arregle sus asuntos en la universidad.

—Su viaje ha sido un poco repentino, ¿no crees? —Lo miró con recelo.

—Dijo que quería aprovechar la ausencia de Darío —le explicó aunque se notaba que no le convenía aquella excusa—. Si no continuamos con la grabación pronto, a Toni le va a dar un síncope.

—¿Y crees que ese es el verdadero motivo por el que se ha ido? —indagó.

—En realidad, no —admitió—. Desde la última noche que salimos todos juntos, está más raro que un perro verde.

—Pues ya son dos —murmuró ella, volviendo otra vez la vista hacia la ventanilla.

—¿Lady Di?

—Llámalas así en su presencia y te dislocará todos los huesos del cuerpo. Seguro que se le da igual de bien que arreglarlos—le advirtió, reprimiendo una sonrisa, aunque él sí que no pudo contener una risotada.



—Si es que Raulito me lo puso a huevo... No podía llamarla «princesa» en nuestra presencia y esperar que no me cachondeara de él en su cara —le contó, divertido—. Aunque amenazó con romperme la mía cuando lo hice.

—Diana también se niega a hablar del tema —le comentó—, lo que me deja más que claro que algo pasó entre ellos cuando fue a dejarla a casa. Tenía pensado que Vanessa me ayudara a someterla a un tercer grado cuando volviera. Y fíjate...

Ángel resopló, incapaz de entender qué había podido suceder.

—¿La has avisado? —se refirió a Diana.

—No. Anoche tenía que estudiar y hoy tenía turno en la clínica —le dijo ella.

—Entonces, estamos solos ante el peligro —Ángel trató de bromear, aunque ambos sabían que no estaba el horno para bollos.

El avión aterrizó puntual, y no tardaron en ver aparecer a Vanessa y Alejandro. Daban pena... Parecía que venían de un sepelio, no de unas vacaciones. La joven se sorprendió un poco al ver a Ángel, pero Sofía se adelantó, yendo a abrazarla.

—Tranquila, no lo hemos llamado —le confirmó.

—Gracias —les dijo a ambos, cuando Ángel también se acercó a cogerle las maletas.

—¿Qué ha hecho el idiota de mi amigo? —le preguntó en voz baja para que no lo oyera Alejandro, que estaba en ese momento con Sofía.

—Mejor os lo cuento en casa—suspiró.

Ángel asintió y le pasó un brazo por los hombros, acercándola a él mientras caminaban, y Vanessa agradeció en silencio aquel abrazo reconfortante.

A los pocos minutos, llegaron a casa de Vanessa. Alejandro estaba muy cansado, o eso dijo, así que se fue directo a su cuarto. Ellos, por su parte, se dirigieron al comedor. Ya desharía las maletas más tarde, o cuando estuviera de ánimos.

Se acomodó en el sofá y puso la tele, para que hubiera ruido de fondo y la conversación no llegase con tanta claridad a la habitación de su hijo; al momento, llegaron Sofía y Ángel de la cocina, con café recién hecho, así que fueron a sentarse a la mesa.

A Vanessa le vino bien para despejarse y, poco a poco, les fue contando lo que había sucedido. En un principio, le daba vergüenza hacerlo frente a Ángel, pero decidió que no era del todo malo, pues, a lo mejor, era el único que podía entender lo que se le había pasado a Darío por la cabeza.

—Yo sí que sabía que existía Vero, y que le había puesto los cuernos con su hermano —les confesó Ángel, con tono despreocupado.

—¡No me fastidies! —exclamó su novia, soltando la taza de café en la mesa—. ¿Y lo dices ahora?

—¿Qué coño iba a saber yo? —se excusó él—. Si él, que es el interesado, no se lo contó, sus motivos tendría.

—Sí, que iba a volver a su pueblo para liarse con ella —espetó Vanessa.

—Eso es demasiado retorcido —Ángel salió en defensa de su amigo—. No tiene sentido invitarte a ti si tiene pensado estar con ella.

—Tiene razón —lo secundó Sofía.

—Pues, a lo mejor no lo tenía pensado de antemano —no tuvo más remedio que aceptarlo—, pero, al llegar allí, resurgió la llama del amor y no pudo luchar contra ello —añadió en actitud teatral.

—Te equivocaste de profesión. Vales para actriz —se burló su amiga.

—Bueno, entonces ya me dirás tú a qué coño vino eso —replicó, enfadada—. Darío la estaba esperando en la playa, me mintió. Y si solo se hubieran abrazado, habría podido creer que era para despedirse, por lo que ya nunca podría ser —recitó con sonsonete—. Pero te recuerdo que los vi besándose.

Y, ahí, la voz de Vanessa se quebró. Creyó que no le quedarían lágrimas después de todas las que había derramado, pero allí estaban, y cada una que caía era una ilusión truncada, un sueño roto, una esperanza perdida... todos ellos pedazos de su corazón que se iba desgajando poco a poco.

Sofía se puso en pie y se acercó a ella, abrazándola, y Ángel negaba con la cabeza, sin dar crédito.

—Entonces, Darío besó a esa tipa... —murmuró, pensativo.

—Sí, se estaban besando —sollozó Vanessa, un tanto enfadada porque se lo tuviera repetir.

—No, no, me refiero a si Darío la besaba a ella —puntualizó.

—¿Y qué diferencia hay? —inquirió, secándose las lágrimas.

De pronto, Ángel le cogió las mejillas y se inclinó sobre ella, como si fuera a besarla. Tanto Sofía como Vanessa comenzaron a gritar, al tiempo que, esta última, le soltaba un bofetón.

—Buenos reflejos —gimió el joven, restregándose la mejilla con la palma de la mano.

—¿A qué ha venido eso? —le chilló, mirando a su amiga, que estaba alucinando.

—Hoy, en Barrio Sésamo, ¿quién besa a quién? —comenzó Ángel a imitar al famoso muñeco Coco.

—Serás payaso —lo riñó Sofía, volviéndose a sentar, aunque entendía a qué venía ese numerito.

—Si no hubieras sido tan rápida, creo que habría quedado claro que yo te besaba a ti, y no tú a mí —le explicó a Vanessa, que estaba blanca como el papel—. Y tranquila que no habría sido más que un pique —bromeó, queriendo que se calmara—. Sofía me cortaría el cuello, y Darío, los huevos.

—Seguro... —se mofó ella, poniendo los ojos en blanco.

—Y dime —el joven la ignoró premeditadamente—. ¿Quién besaba a quién?

—¡Yo qué sé! —exclamó Vanessa, que no podía creer que le estuviera preguntando eso.

—Dices que se abrazaron —continuó él, insistente. Parecía un interrogatorio policial—. ¿Seguían abrazados cuando se besaban? ¿Darío le estaba metiendo la lengua hasta la garganta, sobándole el trasero... acariciándole la mejilla al menos?

—Sí... No... ¡No lo sé!

—¿No lo sabes o no te quieres acordar? —persistió, y Sofía lo hostigó con la mirada, reprochándole que estuviera ahondando en la herida. De hecho, Vanessa apoyó los codos en la mesa y ocultó el rostro entre sus manos, derrotada, y Ángel la miró con culpabilidad.

—La última vez que lo vi, ella se había ido y él seguía en la playa —la escucharon decir entonces. Estaba llorando otra vez.

—Menuda escena idílica más fugaz —comentó Ángel con desinterés, volviendo a la carga.

—Y fue cuando él me llamó. Seguramente para cortar conmigo y volver con ella —añadió con tono más duro, o eso intentaba, mirando al cantante.

—Sí, sí, seguramente lo estaba esperando en un hotelito, con la habitación llena de velas y vestida con lencería roja —replicó él, en cambio.

—Ángel, no estás ayudando —le reprochó Sofía, comenzando a enfadarse por su actitud.

—Pues yo creo que sí —objetó con pasión—. ¿No veis que no tiene sentido? Darío lleva años tratando a las mujeres como un objeto de diversión —exclamó, recordando las veces que él mismo se lo había reprochado—. Jamás pensó, ni por asomo, tomarse en serio a ninguna de esas chicas, yo creo que no recuerda ni uno solo de sus nombres. Así que... ¿invitar a alguna a su casa para que conozca sus orígenes, el rechazo de su familia, su jodida verdad? Sí, claro... cada semana lleva a una, con un par de huevos.

—Ángel...

—Y conectamos en directo con nuestro compañero en Galicia... —se oyó, de pronto, en la televisión, y fue inevitable que Vanessa se pusiera alerta mirando un instante la pantalla. En la parte superior izquierda se podía leer «Combarro (Pontevedra)».

—Ese es el pueblo de Darío, ¿no? —preguntó Ángel, sorprendido, y Vanessa sacudió la mano, haciéndolo callar.

En la imagen, se veía a un reportero, micrófono en mano y resguardado bajo un paraguas, en lo que parecía un bosque y, al fondo, una casita de madera.

—Efectivamente —decía el periodista—, en esta cabaña, la policía acorraló al cabecilla de una importante red de narcotráfico que llevaban meses intentando desmantelar —continuó—. Este vecino de Combarro, Wenceslao Castro, burló el cordón policial...

—¡Joder! —saltó Ángel, poniéndose en pie.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía, sin entender, mirando a su novio y, luego, a su amiga, que parecía que le habían arrebatado toda la sangre del cuerpo de lo pálida que estaba.

—¡Están hablando del hermano de Darío! —exclamó el joven, apuntando hacia la tele.

—¡Callaos! —les gritó Vanessa, aunque le temblaba la voz. Por si quedaban dudas, en ese instante, se vio en pantalla la foto de Wences.

—La persecución dio a su fin cuando, el fugitivo —seguía el reportero con la noticia—, se estrelló con su motocicleta contra un árbol. Fue trasladado de inmediato al Hospital Montecelo de Pontevedra, donde, según el último parte médico, sigue ingresado en estado crítico...

—Me cago en la puta —blasfemó Ángel, sin poderlo creer.

—El hermano de Darío... ¿un narco? —lo interrogó Sofía, que no comprendía nada.

—Eso dicen, ¿no? —le preguntaba a su vez, como si quisiera que le confirmase lo que había

escuchado.

Entonces, ambos se giraron hacia Vanessa, buscando respuestas, pero ella tenía la vista fija en la pantalla, tapándose la boca con una mano, aunque se la podía escuchar nombrando a Darío una y otra vez mientras las lágrimas corrían profusamente por sus mejillas.

—Y yo lo he dejado solo —añadió, y Ángel y Sofía se miraron, comprendiendo al instante que no importaba lo dolida que su amiga pudiera estar. Lo quería, a pesar de todo, y lo que más deseaba en esos momentos era estar con él, sin pararse a pensar si él la querría a su lado.

Sin perder ni un minuto, Sofía cogió su teléfono móvil y, tras buscar el número, llamó... al aeropuerto.

—Hola, buenas tardes. ¿Podría decirme a qué hora sale el siguiente vuelo hacia Santiago de Compostela? —preguntó, y la que ahora se puso en pie fue Vanessa, sorprendida, aunque no le pidió a su amiga que colgara, porque...—. Un momento, señorita —dijo de pronto la joven, tapó el micrófono del teléfono y se dirigió ahora a su amiga—. Tienes diez minutos para ducharte y cambiarte de ropa. Yo me encargo de Alejandro. ¡Ya! —le chilló, al ver que no reaccionaba, pero Vanessa dio un respingo y obedeció.

Se despidió de su hijo dejándolo con un brillo de alegría en los ojos. No tenía tiempo para explicarle el verdadero motivo de su viaje, que iba en busca de Darío para apoyarlo, como amiga, nada más, pero para el niño era más que suficiente lo poco que le contó para mantener viva la esperanza de que todo se arreglara. Tal y como le había dicho Sofía, ella se quedó con Alejandro, y fue Ángel quien la llevó al aeropuerto.

—Déjale que te explique lo sucedido —le pidió el joven al despedirse.

Pero ella no le contestó. No quería hablar, y mucho menos pensar. Si lo hacía, se arrepentiría de subirse a aquel avión. Porque, tal vez, Darío no la necesitaba ni siquiera como amiga, tal vez Vero y él se estaban consolando mutuamente... y ella no pintaba nada allí. Si lo meditaba un poco, estaba fuera de lugar, siempre lo estuvo, y nadie agradecería su presencia, ni siquiera Carmen, que tanto cariño decía que le tenía ya, a pesar de conocerse desde hacía tan poco tiempo.

«¿Qué coño estás haciendo, Vanessa? ¿Para qué has venido?», se preguntaba una y otra vez mientras, calada hasta los huesos, bajo la lluvia, arrastraba la maleta por el caminito de grava que la llevaba hasta la puerta de Darío.

Se lo preguntó una vez más, la última, antes de llamar al timbre.

## capítulo veintiocho



Cuando Darío entró en casa esa noche, tenía la sensación de que se había marchado hacía meses, y apenas pasaba un día desde que fue en busca de Vero para aclarar aquel malentendido, un día desde que Vanessa se había ido... Su preciosa muñeca... La echaba tanto de menos, le hacía tanta falta... Dios, la amaba como un loco, y del mismo modo iba a enloquecer si no conseguía recuperarla.

Dejó las llaves encima de la mesa, que tintinearón al caer sobre las de Vanessa, y apretó los puños, lleno de rabia e impotencia. Todo se había ido a la mierda en cuestión de minutos, en un mísero parpadeo, y se preguntaba por qué entonces, cuando cerraba los ojos y los volvía a abrir, ella no estaba frente a él, tan guapa como siempre, con su mirada azul traspasándolo. Alargaría los brazos hacia él, dándole el refugio que tanto necesitaba en esos momentos, y lo llenaría de besos y caricias que le dijeran que todo iba a salir bien, que nunca más se volvería a marchar.

Sin embargo, un escalofrío lo recorrió ante la soledad de aquella casa. Apenas había dejado de llover desde la noche anterior y la temperatura parecía haber descendido diez grados por lo menos. A todo eso, había que sumarle que estaba empapado y tenía todos los músculos del cuerpo entumecidos después de tantas horas de hospital. La vida de su hermano pendía de un hilo...

Se agachó frente a la chimenea y la encendió, como un autómata, con la mente asaltada por imágenes, flashes que lo deslumbraban, cegándolo por el dolor. La sangre de su hermano mezclándose con los pequeños riachuelos que formaban la lluvia, esa ambulancia que parecía que nunca iba a llegar, la horrible sensación de sentir que a Wences se le escapaba la vida y no poder hacer nada por contenerla... ni por contener el sufrimiento de su familia al enterarse.

Sus padres, su abuela y Cristina se reunieron con él en la sala de espera de la UCI. De Vero y Bieito no se sabía nada... Trató de explicarles lo que había sucedido pues, como era obvio, no podían creerlo, aunque no tuvieron más remedio que convencerse al ver que dos policías nacionales custodiaban la puerta de la sala de cuidados intensivos, como si en cualquier momento Wences pudiera levantarse y salir corriendo... Ojalá... Pero estaba muy grave, había sufrido traumatismos severos y le habían inducido al estado de coma, pues a los médicos les preocupaba la presión intracraneal; su cabeza se había llevado la peor parte.

Además, como si todo aquello no fuera suficiente, los periodistas no tardaron en asomar la nariz por el hospital. El Teniente Feijoo intervino enseguida y los mantuvo alejados, pero aquello fue demasiado para la salud de su abuela. Por suerte, no pasó de un desmayo al disparársele la tensión, producto del disgusto, y no era para menos. A la posibilidad de que Wences muriera, había que sumarle lo que había hecho. Era un delincuente, un narcotraficante, un asesino... y para el mundo entero podría ser un miserable, alguien que no merecía levantarse de esa cama, pero, a pesar de todo eso, de sus crímenes y del daño que le hiciera en el pasado, Wenceslao era su hermano y lo quería.

Se pasó las manos por el rostro, suspirando, y se puso en pie. Luego, sacó el móvil del bolsillo de los

vaqueros y, tal y como había hecho en infinitas ocasiones a lo largo del día, llamó a Vanessa, y como se temía, no le contestó. Blasfemó para sus adentros y dejó el teléfono en la mesa, tras lo que subió a su cuarto para darse una ducha y cambiarse de ropa. Después, llamaría a Sofía.

Había estado dilatando el momento, ya que tenía la esperanza de poder solucionar las cosas con Vanessa, pero, mientras tanto, necesitaba saber que estaba bien, enfadada, dolida, sí, pero de vuelta a su casa. Se la imaginaba sola, con Alejandro, por ahí, y se le retorcían las entrañas porque, si le sucediese algo, no podría soportarlo.

El agua caliente de la ducha calmó la tensión de sus músculos, aunque no el dolor de los recuerdos. Había hecho el amor con Vanessa en esa misma bañera, en un sensual baño de espuma que ella le preparó, rodeado por la tibieza del agua y la suavidad de sus largas y torneadas piernas. Lo que daría por que estuviera allí con él en ese instante...

Salió del baño con una toalla en la cintura y comenzó a vestirse. Se puso los vaqueros, por inercia, pero ya no siguió con la camiseta ni se calzó, y bajó así, tal cual, al salón. Se sentó en la alfombra, frente a la chimenea, con la mirada fija en las llamas que crepitaban, deshaciendo la madera. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió perdido, sin saber cómo continuar, pero estaba demasiado agotado para pensar en ello, y no porque no hubiera pegado ojo la noche anterior. Solo tenía ganas de quedarse allí, viendo el fuego consumirlo todo, deseando arrojar su dolor a esa chimenea y que desapareciera también. Y, seguramente, allí hubiera permanecido toda la noche si no hubieran llamado al timbre.

Estuvo tentado de no abrir, no sentía deseos de ver a nadie y, además, temía que se tratase de los periodistas. Sin embargo, se levantó ante la idea de que pudieran ser su hermana o sus padres, y ellos no tenían llaves. La única a la que se las había dado era a Vanessa... Su Vanessa... Y definitivamente, el no tenerla a su lado iba a volverlo loco pues, al abrir, la vio frente a él, apoyada en la maleta y calada hasta los huesos, tan bonita como recordaba... porque aquella visión debía ser fruto del cansancio, no era real...

—Darío... —la oyó decir en voz baja y llena de lo que parecía temor, y la primera reacción que él tuvo fue tirar de su brazo y hacerla entrar.

Aún no sabía si era un fantasma, una alucinación o un sueño, pero no se lo planteó, le pudo la necesidad de atraparla entre la puerta y su cuerpo, hacerla prisionera de sus brazos y que no escapara jamás. Pero la sintió, notó la humedad de la ropa contra su torso desnudo, el aliento cálido alcanzando su rostro y la piel de sus mejillas que apesaba entre sus manos. Era ella... Había vuelto...

—No me vuelvas a dejar, ¿me oyes? —le pidió, le exigió, le rogó...

—Yo... —parecía dudar—. Me he enterado de lo de tu hermano —dijo, girando el rostro, como si no quisiera verlo, como si hacerlo lo borrara todo de un plumazo. Sin embargo, él se lo impidió, obligándola a mirarlo.

—Me niego a creer que solo has regresado por eso —murmuró sin querer perder el último granito de esperanza que le quedaba.

Vanessa no contestó, aunque se apartó de él. Dio un paso hacia el interior de la sala y Darío se apoyó en la puerta, dispuesto a no dejarla marchar hasta que no hubiera escuchado toda la verdad.

—Vanessa...

—Os vi —le confirmó así lo que, en realidad, ya sabía—. Así que, sí, debería contestarte que solo he vuelto por lo de tu hermano —añadió rehuyéndole de nuevo la mirada, con voz temblorosa, y él abandonó la custodia de la puerta para acercarse a ella poco a poco—. Desde que salí de Valencia no he hecho más que repetirme que ese es el único motivo, porque no soy capaz de quitarme de la cabeza vuestra imagen, los dos juntos, abrazándoos, besándoos.

Darío casi la había alcanzado, y alargó una mano para tocarla, pero ella también alargó la suya, pidiéndole con aquel gesto que no lo hiciera, que la dejara terminar.

—¿Qué has hecho conmigo? —le reprochó ella entonces, retrocediendo un paso, lanzándole una mirada dura, y él sintió que el alma se le desplomaba hasta los pies—. No hace mucho, si me hubiera pasado esto, habría ido hasta esa playa y os habría arrancado los ojos a los dos —exclamó, llena de rabia—, para luego reírme de todo lo sucedido y sacarte de mi vida, olvidarte sin más... Y sin embargo, ahora...

—Escúchame...

Pero ella no quería, sacudió las manos haciéndolo callar mientras su precioso rostro se llenaba de llanto.

—Por tu culpa ya no soy esa Vanessa —lo acusó, en una mezcla de rabia y vulnerabilidad—. Ahora, si me dijeras aquello de «no es lo que parece», que no significó nada para ti, te creería, joder, ¡te creería!

Darío ya no quería oír nada más. En un par de zancadas, llegó hasta ella y tomó su rostro entre ambas manos, asaltando su boca en un beso fiero, hambriento, lleno de necesidad y miedo. Notó que lo agarraba de las muñecas, pero él no iba a permitir que se apartase hasta no dejarla sin aliento, así que profundizó su beso, queriendo borrar, de los dos, la amargura que habían compartido en las últimas horas por aquel absurdo.

Cuando abandonó sus labios, le vio los ojos inundados de lágrimas y de un dolor que no merecía, y él blasfemó en voz baja al sentirlo como suyo.

—Ni es lo que parece ni significó nada para mí. Porque tú eres la única mujer a la que quiero besar, la que lo significa todo para mí. Esa es la verdad —le dijo todo lo firme que pudo, tratando de contener sus propias lágrimas—. Y ojalá sea cierto que me crees porque estoy desesperado, aterrado ante la idea de perderte. Déjame que te lo explique, te lo ruego —le pidió, y creyó morir al verla negar con la cabeza.

—No quiero que me expliques nada —murmuró, sin apenas poder hablar—. Lo único que quiero es que me abracés, que me beses... que hagas que mi corazón vuelva a latir.

Darío ahogó un sollozo mientras atrapaba el cuerpo de Vanessa entre sus brazos y lo estrechaba con fuerza.

—Mi preciosa muñeca... Te quiero tanto... tanto... —susurró contra su oído—. Deja de llorar, por favor, no llores más —le pedía, cuando él mismo no era capaz de reprimir sus lágrimas.

Notó que los dedos femeninos se hundían en su espalda desnuda, aferrándose a él, como si fuera su tabla de salvación, cuando era él quien había estado a la deriva sin ella, perdido y sin esperanzas.

Buscó su boca de nuevo, como si necesitara respirar de su aliento para volver a la vida, y ella no le rechazó, al contrario, entreabrió sus labios y le exigió que profundizara ese beso que los inundó de

calidez cuando sus lenguas se encontraron y empezaron a acariciarse. Él gimió ante su contacto, y ella se deshacía en sus brazos, curvándose hacia él con tal de sentirlo un poco más cerca, que la atrapara con la piel.

Entendiendo lo que deseaba, Darío la soltó un instante para quitarle la camiseta empapada, notando que temblaba al despojarla de la prenda. Entonces, echó a un lado los mojados bucles de su cabello y empezó a besarle el cuello.

—Déjame darte mi calor... Déjame amarte —susurró en su oído, mordisqueándole con suavidad el lóbulo de la oreja—. Te necesito, muñeca, no imaginas cuánto.

—Me temo que sí que lo sé —musitó, girando su rostro para mirarlo.

Darío besó sus labios, con lentitud y dedicación, saboreándolos, ávido de su dulzor.

—No hay nada que temer —le respondió él, delineándolos con el pulgar—. Porque nunca más nos volveremos a separar, ¿verdad?

Vanessa asintió cerrando los ojos, estremecida por la caricia de su piel y de su voz, de esa promesa que tanto había deseado escuchar en las últimas horas, y se dejó llevar. Con un jadeo, echó la cabeza hacia atrás cuando Darío se inclinó y comenzó a trazar con la lengua la línea de su clavícula, deshaciéndose del sujetador en menos de un segundo, aunque a ella le pareció una eternidad, pues no podía esperar más a fundirse con él.

Sin embargo, Darío la entendía a la perfección, más bien, compartía su mismo deseo, pues, sin querer dilatarlo más, le quitó el resto de la ropa, haciéndolo luego él.

Clavando los ojos en la claridad de los suyos, la condujo hasta la alfombra, caldeada por el fuego de la chimenea, sentándose y colocándola a horcajadas sobre sus muslos. En ese momento, lo que más ansiaba era sentirla, de todas las formas posibles.

—Pensé que nunca más volvería a tenerte así —le confesó él con esa voz profunda que la hacía vibrar por dentro mientras sus pieles, completamente desnudas, por fin se encontraron—. Si supieras cuánto te quiero.

—Demuéstramelo, Darío —le rogó—. Hazme ver que el amor que sientes por mí es tan inmenso como el que yo siento por ti.

El joven le tomó las mejillas y la acercó a él.

—Dímelo otra vez —le pidió, mirándola intensamente a los ojos—. Dime que me quieres.

—¿Por qué crees que he vuelto? A pesar de que...

—No, no lo digas —la cortó, esbozándose una súplica en su mirada—. No quiero ni que lo pienses, porque no es verdad. Te juro que no es verdad.

—Pues haz que lo olvide —murmuró, reprimiendo un sollozo.

—Lo haré... —susurró, depositando suaves besos en sus labios—. No pararé hasta convencerte de que soy tuyo, por entero, y que no existe más mujer para mí que tú.

Esta vez, fue Vanessa la que buscó los labios masculinos. Hundió los dedos en su largo y oscuro pelo y se pegó a él, buscando su cobijo y su piel.



Del contacto de su desnudez no tardaron en saltar las chispas de la pasión, y las manos comenzaron a viajar a lo largo de sus cuerpos, recibéndose, reconociéndose, queriendo recuperar todo el tiempo que habían estado separados. Necesitaban tocarse, como si fuera lo único que pudiera convencerlos de que estaban juntos y, del mismo modo, sus bocas se negaban también a alejarse, respirándose, alimentándose el uno del otro, sin que importase nada más.

Sin embargo, la de Darío sí lo hizo para bajar hasta uno de sus redondeados pechos, y Vanessa gimió con fuerza cuando capturó la cima entre sus labios. El joven gruñó de satisfacción, le resultaba tan excitante escucharla, saber que la hacía vibrar de ese modo. Se arqueaba contra él, exigiéndole más, agarrándole el cabello para que continuara, y Darío no tenía intención ninguna de detenerse hasta haber quedado completamente saciados. Dios... tenía tantas ganas de ella que no sabía por dónde empezar.

Llevó las manos a sus nalgas y la apretó contra él, haciendo que sus sexos se rozasen, y Vanessa se sintió arder, parecía que aquel fuego que chisporroteaba en la chimenea recorría sus venas, incendiándola con placer abrasador.

—No puedo esperar más —murmuró en un hilo de voz, deseando que, por fin, la poseyera, que la hiciera suya, porque ansiaba sentirse plena, llena de él.

En cambio, Darío, deseaba dilatar ese momento un poco más. La tumbaría sobre la mullida alfombra y, sin darle tregua, la recorrería con la lengua, descendiendo hasta alcanzar su intimidad. Necesitaba saborearla, que se retorciera de placer bajo sus manos, que gritara su nombre mientras la atravesaba el orgasmo más intenso de toda su vida.

—Darío... —gimió, en una súplica, elevándose su pelvis al encuentro de su miembro henchido que golpeaba contra los suaves pliegues, lanzando descargas ardientes de placer.

La recorrió con la mirada, empapándose de la gloriosa visión de esa apasionada mujer. La boca, entreabierta; los ojos cerrados y todos los sentidos fijos en el torbellino de sensaciones que le provocaba con su mero contacto; sus pechos agitándose al ritmo de su jadeante respiración; y su cuerpo vibrando al compás que marcaban sus caricias.

Su propio autocontrol se fue al garete. Atrapó su cintura para alzarla y la colocó sobre él, entrando en ella de una sola vez, profundamente. Ambos quedaron sin habla, sobrepasados por la plenitud de aquella sensación que los embargaba de forma devastadora. Lo que la unión de sus cuerpos provocaba en ellos rompía con las leyes de lo físico, iba mucho más allá, y ninguno de los dos habría sido capaz de expresarlo de viva voz, aunque ya se encargaban sus ojos de hacerlo. Anclándose con la mirada, comenzaron aquella danza en la que primaba dar, entregarse, compenetrarse hasta el punto de que uno no podría existir sin el otro, sin temor a obsequiarse con el corazón y decididos a correr el riesgo al saber que no estarían jamás en mejores manos, ya que su amor era el mejor refugio, el tesoro más valioso de todos.

Se prodigaron besos, caricias y palabras de amor con las que estremecieron sus almas, mientras que el fuego de la pasión y el placer sacudía sus cuerpos, fundiéndose más y más hasta convertirse en uno, hasta que aquel éxtasis arrollador cual torbellino los sorprendió.

Vanessa se agarró a Darío como si temiera caer, pero él la sostuvo con fuerza entre sus brazos, como haría siempre, y acompañándola por aquella brillante espiral que los lanzó a los confines del más intenso placer. Poco a poco, se fue mitigando en forma de suaves hondas, pero no rompieron su abrazo. De

hecho, Darío se separó de Vanessa lo justo para poder besar sus párpados cerrados que contenían lágrimas que pugnaban por salir.

—Te pedí que no lloraras más, muñequita —susurró con dulzura, acariciando sus mejillas húmedas.

—Me dijiste que podía llorar si eran lágrimas de felicidad —le recordó, incapaz de reprimirse.

—Tienes razón —admitió—. Y ojalá borrasen todas las que has derramado por la tristeza —añadió, terminando de enjugárselas.

—Lo harán —le sonrió, convencida de ello—. Aunque, necesito comprenderlo, Darío —le dijo—. Quiero olvidarlo, pero, primero, debo entender lo que vi.

Él asintió porque también lo creía así. Muy despacio, salió de ella y la alzó entre sus fuertes brazos mientras se ponía en pie sin esfuerzo alguno, como si el cuerpo de Vanessa fuese una pluma.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó la joven, agarrándose a su cuello con ambas manos.

—Tengo la intención de explicártelo todo, y de demostrártelo —le aclaró, subiendo la escalera—. ¿Prefieres tu habitación o la mía?

—La tuya —decidió con rapidez—. La mía me trae malos recuerdos —añadió, aunque a Darío le tranquilizó lo despreocupado de su tono de voz.

—En ese caso, habrá que crear otros nuevos. Y te aseguro que serán infinitamente mejores —decidió él, abriendo de un puntapié la puerta de la habitación de Vanessa.

—¿Para qué me preguntas si vas a hacer lo que te dé la gana? —trató de reprocharle ella, aunque no podía evitar sonreír.

Darío la dejó con suavidad en la cama y se tumbó cerca de ella.

—Ese es el punto, muñeca —replicó con una sonrisa lobuna dibujada en su rostro, rozando con la yema de los dedos la curva de su cadera—. Voy a hacer lo que me dé la gana... contigo.

## capítulo veintinueve



Cuando Vanessa se despertó esa mañana, necesitó unos cuantos segundos para asimilar dónde estaba, pero, enseguida, le vinieron a la mente los recuerdos de lo acontecido la noche anterior. La emoción que sintió al volver a ver a Darío, a pesar de que creía que la había traicionado; la dicha de estar de nuevo entre sus brazos; la forma en la que le hizo el amor, llegando al fondo de su alma, como nunca nadie antes que él lo había hecho... aunque también recordaba la conversación que mantuvieron después, el momento en el que, por fin, Darío le aclaró todo lo sucedido. Se sentía tan culpable... Lo dejó solo en el que, sin duda, fue el peor día de su vida y, aunque él aseguraba que no había nada que perdonar, no le iba a alcanzar la suya para compensarle.

Se giró hacia su lado de la cama, dispuesta a despertarlo a besos, para comprobar que estaba vacía. Sin embargo, en esta ocasión, no se inquietó; Darío le había dado claras muestras de que podía confiar en él plenamente, así que, estuviera donde estuviera, sabía que volvería a ella.

No le hizo falta esperar pues, mientras se levantaba, escuchó sonidos en la planta inferior, al parecer, provenientes de la cocina, aunque, antes de bajar, fue hasta la habitación de Darío, directa a su armario. Era una cursilada, lo sabía, pero siempre había querido hacerlo. Cogió una de sus camisas, una negra, y se la puso, viéndose envuelta en su aroma, estremeciéndose al sentirse abrazada por la prenda como si fuera él. Únicamente le faltaba su calor, pero eso tenía fácil arreglo.

Bajó la escalera sin hacer ruido y, aún en silencio, se asomó a la cocina a observarlo, desde el quicio de la puerta. Por lo visto, acababa de ducharse pues mechones de cabello húmedo caían sobre su rostro mientras estaba concentrado, preparando el desayuno. No llevaba puesto nada más que los vaqueros, mostrando ese torso de duros pectorales que tantas veces había acariciado, sus abdominales marcados cual deliciosa tableta de chocolate, y acabando en aquellos oblicuos que se perdían bajo el pantalón. Tenía un cuerpo fabuloso, y no era de extrañar que las mujeres se relamieran al verlo, aunque se iban a tener que conformar con eso porque ella era la única que podía saborearlo, disfrutarlo a su antojo. Y no solo su cuerpo de infarto, también su corazón, lo más importante, lo más valioso para ella. Ese hombre era suyo, en todos los sentidos, y no podía ser más feliz.

Entró en la cocina, anunciando así su presencia, y él se giró a mirarla. Se colocó un mechón tras la oreja y la vio avanzar hacia él, estudiándola con una sonrisa de medio lado. Cuando llegó a su altura, le aferró con un brazo la cintura y la pegó contra su cuerpo, tras lo que se inclinó para alcanzar su labio inferior y mordisquearlo de forma juguetona.

—Esa camisa te queda mejor que a mí, preciosa —murmuró con voz ronca—. Eres demasiado apetecible.

—Pues si supieras lo que estaba pensando yo hace un momento —le contestó, pícara y coqueta, deslizado un dedo por su torso.

—Soy todo oídos —murmuró en actitud vanidosa.

—Y un poquito presumido, también —le reprochó ella, fingiendo molestarle.

—¿No te parezco guapo? —preguntó, haciéndose el interesante—. Porque creo que hay muchas mujeres que no estarían de acuerdo contigo.

Vanessa le pellizcó el brazo y, estaba a punto de replicar, pero él la besó intensamente, impidiéndoselo.

—Me importa muy poco lo que piensen las demás —murmuró Darío sobre sus labios—. Solo espero ser suficiente para ti, para que te quedes conmigo.

—¿Suficiente? —susurró ella, alzando una mano hasta su mejilla—. Eres mucho más que suficiente. Va a resultar que el Príncipe Azul sí existe.

—¿Cómo? —preguntó, entre sorprendido y halagado, y Vanessa apartó la mirada, avergonzada, aunque él le giró la barbilla para que lo mirara—. ¿Qué título te gusta más, mujer de mis sueños o de mi vida?

La joven no contestó, pero le echó los brazos al cuello y lo besó. Cualquiera de los dos le bastaba. Y él, lleno de gozo, lo entendió. Profundizando su beso, la cogió por la cintura y la alzó, sentándola en el banco de la cocina para poder sentirla más cerca, y ella le abrazó las caderas con sus piernas, aumentando su contacto.

—¿Sabes? Tengo muchísima hambre, pero prefiero devorarte a ti primero —susurró Darío, empezando a desabrocharle la camisa.

—Me alegro, porque yo pienso darme un festín contigo —le sonrió ella, dejándose hacer... y ambos lanzaron un improperio en voz alta cuando sonó el timbre.

—No pienso abrir —decidió él, comenzando a deslizarse sus labios hacia el cuello femenino.

—Muñeco, podrían ser noticias —respondió ella un tanto seria, y Darío resopló porque tenía razón.

Los dos, en aquella casa, parecían haber estado inmersos en una burbuja las últimas horas, pero la realidad estaba en su puerta y no podían mantenerla alejada eternamente.

La ayudó a bajar y fue a abrir, acompañándolo ella mientras se abrochaba la camisa, y el joven lanzó un segundo improperio al ver quién estaba en el umbral.

Verónica.

—¿Dónde cojones has estado? —le recriminó él, nada más verla.

La joven tenía la mirada gacha, se mostraba afligida, descorazonada. Sin contestarle, dio un paso hacia el interior de la casa y se arrojó a sus brazos.

—En vez de echar mano a hombres ajenos, a mi hombre, deberías preocuparte por el tuyo, ¿no te parece? —exclamó Vanessa, apartándola de Darío de forma desdeñosa.

—Pero... ¿Qué haces tú aquí? —inquirió Vero, atónita, mirando a uno y otro, como si estuviera viendo un fantasma—. Creí que...

—Pensabas que me habías quitado de en medio, ¿no? —le reclamó, furiosa, dando un paso hacia ella con los puños apretados, aunque Darío la cogió de la mano, deteniéndola—. Me descubriste en la ventana, sabías que lo estaba viendo todo y no dudaste en aprovecharlo para tener vía libre con Darío,

¿verdad?

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le decía Verónica al batería, con los ojos llenos de lágrimas e ignorando a Vanessa deliberadamente.

—¡Yo no te he hecho nada! —se defendió él, lleno de cólera, y pasándole un brazo por los hombros a Vanessa, para que no quedase lugar a dudas—. Tú eres la que se ha inmiscuido en mi relación con Vanessa desde que puse un pie en el pueblo.

—Pero... dejé a Wences por ti, lo denuncié... —sollozó, mostrándose desesperada.

—¿Denunciarlo, por qué? ¿Por lo que tú misma le obligabas a hacer? —la acusó duramente—. Y no me refiero a que te golpeará —añadió al ver que quería replicarle—, me parece una salvajada, pero, de igual modo, aborrezco que lo convirtieras en el monstruo que es.

—¿Yo? —exclamó, haciéndose la dolida—. ¿Qué barbaridades estás diciendo? ¡Yo no he hecho nada!

—Claro que no —se mofó con ironía—. Ya lo hacía él por ti, para darte todo lo que le pedías.

—¡Yo nunca le pedí nada! —alegó con ardor—. Él quería compensarme por haberte abandonado por él.

—Y tú te dejaste comprar, como la zorra que eres —intervino Vanessa, y Vero, en un arranque de furia, fue hacia ella, alzando las manos, tensas como garras. A punto estuvo de atacarla si no hubiera sido porque Darío se interpuso.

—¡Aléjate de ella! ¡Y de mí! —le exigió—. No vuelvas a acercarte a nosotros.

—¡No puedes decirme eso! —le gritó ella, escupiendo ira por la boca—. ¡Denuncié a Wences por ti! Porque te quiero, siempre te he querido. Él lo sabía y nunca pudo soportarlo. Por eso me pegaba, y luego me llenaba de joyas y regalos caros, para que lo perdonara.

—Lo tuyo no tiene límites —se rio él, dibujándose una mueca de asco en su cara—. Hablé con mi hermano la otra noche, antes de que tuviera el accidente, y sé muy bien que tú tienes gran parte de culpa en lo que ha pasado.

—¿Yo? ¡Esa es la que tiene la culpa de todo! —señaló a Vanessa, que avanzó un paso, queriendo cargar contra ella, aunque Darío se lo impidió, bloqueándola con un brazo—. Si no la hubieras traído...

—No habría cambiado nada —le aseguró él, con rotundidad, acercando a Vanessa a él.

—Pues yo creo que sí —dijo, apretando los dientes... y Darío no lo vio venir. Verónica abrió el bolso de bandolera que llevaba colgado, sacó una pistola y apuntó directamente hacia Vanessa.

—¿Qué coño haces, Verónica? ¿Te has vuelto loca? —le chilló Darío, cubriendo a Vanessa con su cuerpo al colocarla detrás de él, interponiéndose entre la pistola y ella.

—¡Apártate! —le ordenó, sosteniendo el revólver con ambas manos, moviéndolo, tratando de poner a Vanessa a su alcance—. Acabaré con ella y tú volverás a ser mío.

—Cálmate, Vero, por favor —le pidió, aterrado, extendiendo una mano hacia ella en gesto pacificador. No daba crédito a lo que estaba pasando—. Vamos a hablarlo, ¿vale? Pero tienes que bajar esa pistola. Te puedes hacer daño.

La respuesta de la joven fue una desagradable risotada.

—Déjate de juegucitos conmigo —se burló—. A la única que voy a hacer daño es a esa puta que has traído al pueblo para restregármela por las narices, para vengarte de mí.

—No, Vero... Escúchame...

Darío no sabía ni qué decirle ni cómo actuar. Trataba de acercarse a ella para arrebatarse el arma, pero temía por Vanessa; un paso en falso y la tendría a tiro... y antes muerto a que le pasara algo. Echó el brazo hacia atrás, pegándola más a él para que no se moviera, notando que sollozaba de lo asustada que estaba.

—Dame la pistola —le pidió entonces a Vero, sosegando el tono de voz todo lo que pudo—. No vas a conseguir nada así. ¿Quieres tenerme? Pues baja el arma.

—¿Y estarás conmigo? —preguntó ella, sonriendo, de repente, con la mirada propia de una mente desquiciada—. ¿Para siempre?

—Sí, Vero —afirmó el joven con suavidad, tratando de parecer convincente, pero no debió conseguirlo porque, la enajenada sonrisa de Verónica se esfumó de golpe, frunciéndose sus labios con ira.

—Mientes —siseó, fulminándolo con la mirada y apuntándole directamente con la pistola—. Sé que me estás mintiendo. Pero, si no vas a ser para mí, no vas a ser para nadie más —sentenció.

—¡¡No!! —gritó Darío, al verla dispuesta a apretar el gatillo, y Vanessa chilló aterrada al oír el estallido de un disparo resonando en la estancia.

Después, se hizo el silencio, roto por un cuerpo cayendo pesadamente sobre el suelo, inerte... el de Verónica. Tras ella, de pie, en el umbral de la puerta, el Teniente Feijoo aún tenía el brazo extendido, sosteniendo su pistola, humeante.



Vanessa recibió, de buena gana, la taza de tila que Carmen le ofrecía. Después de que estallase el infierno en casa de Darío, el Teniente Feijoo les pidió que se marcharan. Era un panorama muy desagradable y no hacía falta que estuvieran allí. Él aguardaría la llegada del juez para el levantamiento del cadáver y se encargaría de resolverlo todo. Ni siquiera hacía falta su declaración porque el policía había sido testigo de lo sucedido. Así que Darío le confirmó que se irían a casa de sus padres, y Feijoo se ofreció a avisarle cuando estuviera todo resuelto.

Y allí estaba ella, en la habitación de soltero de Darío, sentada en su antigua cama, de cuerpo y medio, y dejándose reconfortar por su abuela, que también debería estar deshecha, primero por lo ocurrido con Wences y Vero y, después, por la desaparición del marido de Cristina, del que no había rastro. Sin embargo, se mostraba impasible, mostrando una fortaleza envidiable.

—¿Ya estás mejor? —le preguntó la anciana, sentándose a su lado.

—Sí, muchas gracias —le agradeció Vanessa el gesto—. Y tú, ¿cómo te encuentras? —no pudo evitar preguntarle.

—Bien, lo de la otra noche fue un vahído sin importancia —la tranquilizó, golpeando cariñosamente su rodilla—. Cuando me operaron hace un par de meses, hicieron un buen trabajo con esta válvula —añadió, señalándose el corazón—. Confío en que todo se arreglará de un modo u otro. Por lo menos,

tú ya has vuelto con mi nieto.

—Siento mucho haberlo dejado así —admitió, bajando la mirada, pero Carmen volvió a darle otro apretón de los suyos, queriendo animarla.

—Es normal, viendo lo que viste...

—En ese momento, fue como si me convirtiera en un grano de arena de aquella playa, sentí que no era nada, menos que nada —le contó, cerrando los ojos un instante al recordar la dolorosa sensación—. Me di cuenta, en solo un segundo, de que mi amor por él, por muy grande que fuera, era inútil, no servía de nada, porque no podía obligar a Darío a que me quisiera... ¿Y qué debía hacer yo con todo este amor que siento por él?

—Pero él sí te quiere, y mucho —apuntó Carmen, con una sonrisa—. Y tú, volviste.

—Tuvieron que abrirme los ojos —dijo de pronto en voz muy baja, como si le estuviera haciendo una confidencia, mirándola la anciana muy extrañada.

—¿A quién tengo que estarle eternamente agradecido? —se escuchó el vozarrón de Darío resonando en la habitación. Carmen se sobresaltó, pero Vanessa se echó a reír al haberlo visto entrar.

Él se acercó a ella y extendió la mano para coger la suya y tirar hasta que la estrechó entre sus brazos.

—Creí que habías regresado porque no puedes vivir sin mí —alegó él en actitud vanidosa, y ella negó con la cabeza, haciéndose la dura—. Pues me lo vas a tener que aclarar luego. El Teniente Feijoo está aquí y quiere vernos —le dijo, y tanto ella como Carmen lo acompañaron hasta la sala.

Allí, de pie, en mitad de la estancia, el teniente hablaba con Cristina. Sus padres seguían en el hospital a la espera del parte médico sobre el estado de Wences, y Cristina había decidido volver con su abuela para que descansara después de haberles dado ese susto el día anterior.

—Seguimos sin tener pistas sobre el paradero de tu marido —le decía Andrés a Cristina en ese momento—. ¿Se ha puesto en contacto contigo?

—No, no —se apresuró a contestar ella, apurada, incluso sacó su teléfono móvil para que comprobase el registro de llamadas.

Sin embargo, Andrés le tomó la mano, impidiéndoselo y... Darío tuvo que toser porque se habían quedado en silencio, alelados, mirándose. Entonces, el policía carraspeó, soltando por fin a Cristina, y sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su camisa.

—Ponte en contacto conmigo si llegas a saber algo de él —le dijo en tono serio, en su papel de policía, aunque se inclinó levemente y añadió—: Y puedes llamarme si necesitas algo, cualquier cosa, ¿entendido?

Darío tuvo que darse la vuelta y taparse la boca para no echarse a reír al ver a su hermana roja como un tomate quien, cogiendo la tarjeta, empezó a mirar a su alrededor en plan «tierra, trágame», y, tras asentir de forma casi imperceptible, escapó, directa hacia la cocina.

—¿Quería hablar con nosotros, teniente? —preguntó Vanessa, en vista de que Darío aún no podía pronunciar palabra.

—Siéntese —le pidió Carmen, haciéndolo ellos tres en el sofá y el policía en un sillón.

—Tú dirás —habló por fin Darío, sin abandonar su costumbre de tutearlo.

—Sí —dijo, aclarándose la voz—. Cuando fui a tu casa esta mañana, era para comentaros que habíamos detenido al padre de Verónica —les contó, sorprendiéndolos a todos—. Trabajaba para tu hermano... por exigencia de su hija —remató, y Darío blasfemó en voz baja—. Sí, a mí también me engañó cuando vino a denunciarlo. Le dije que era una víctima cuando, en realidad...

—Si no llega a ser por usted, quién sabe lo que habría pasado —le agradeció Vanessa, que todavía tenía el miedo en el cuerpo.

—Hablando de eso, finalmente voy a necesitar vuestras declaraciones —añadió poniéndose en pie, dando a entender que se marchaba ya, levantándose también los demás.

—¿No está claro lo que ha pasado? —preguntó Carmen, sin entender.

—Sí. En realidad, las necesito para mí —les aclaró y, aunque lo que daba a entender parecía serio, no lo aparentaba—. Así que os agradecería que os pasarais los dos por la comisaría de Poio.

—¿Van a abrirte un expediente? —se sorprendió Darío.

—Espero que no llegue a tanto —respondió sin darle importancia, y dirigiéndose hacia la puerta—. Y, ya sabes, tienes mi teléfono —añadió, mirando al batería, justo antes de irse.

—Vaya por Dios... —suspiró Carmen cuando se fue, y Vanessa se acercó a ella.

—¿Te sientes bien? —le preguntó, preocupada.

—Sí, *filliña*, es que todo esto es demasiado para esta vieja —recitó, dándole palmaditas en la mano—. Creo que me voy a acostar un poco, antes de la cena.

—Descansa, *avoiña* —le dijo Darío, besando su frente.

Cuando la anciana se retiró, el joven caminó hasta Vanessa y la rodeó con sus brazos.

—¿Tú estás bien?

—Tu abuela tiene razón en que han sido demasiadas cosas en muy poco tiempo —respondió, apoyándose en él, agotada.

—¿Crees que soportarás una más? —le cuestionó, esbozando una sonrisa pícaro—. Me parece que te gustará.

Ella lo miró recelosa, y él se rio.

—Ven conmigo —le pidió, cogiéndola de la mano.

Volvieron a su cuarto y Darío la instó a sentarse en la cama. Luego él fue hasta la cómoda y empezó a rebuscar en un cajón del que sacó algo, que escondió rápidamente tras su espalda al darse la vuelta hacia ella.

—Recuerdas lo que te dije acerca de reírte de mí, ¿verdad? —le cuestionó él, frunciendo el ceño.

—Y tú sabes que basta que me digas eso para que me parta la caja —le respondió, y quien no pudo evitar reírse fue él. Se sentó a su lado y le dejó en el regazo una fotografía.

Vanessa lanzó un grito, mezcla de sorpresa y emoción. En efecto, era una fotografía... de Darío en su jura de bandera, con el uniforme blanco de la Marina, y tenía que reconocer que estaba que quitaba el hipo. Estaba muy cambiado, eso es cierto, sin su barba y su pelo largo, pero, a pesar de su juventud, ya



era un hombre muy atractivo, y el uniforme le hacía un cuerpazo.

—¿Y? ¿Qué te parece? —preguntó el batería con impaciencia, pero Vanessa se limitaba a estudiar la foto, poniéndolo más nervioso aún.

En realidad, se estaba haciendo la dura pues, pasados unos segundos, muy seria, dejó la fotografía a un lado, en la cama, y exclamó en voz alta, aunque no demasiado para que solo lo oyeran ellos dos:

—Cris, ¿me traes un babero?

—Serás... Te vas a enterar —la amenazó bromeando por haberle hecho pasar un mal rato. Se tiró sobre ella cayendo los dos sobre la cama, y le cogió las manos que le sostuvo por encima de la cabeza, como si fuera a castigarla.

—¡Eh, que pisas la foto! —lo riñó ella, riéndose, y él aferró ambas muñecas con una sola mano y cogió la fotografía para ponerla encima de la mesita—. Es para mí, ¿no? —decidió, y Darío negó con la cabeza.

—Mi abuela me puede matar si ve que no está en su cómoda.

—¿Tu abuela, dices? —quiso asegurarse—. Entonces no me costará convencerla para que me la dé —alegó en tono pícaro.

—Te veo muy convencida —se hizo el molesto—. Aunque no me extraña porque, cuatro días aquí, y te has metido a toda mi familia en el bolsillo.

—No exageres —le quitó ella importancia, pero él asentía una y otra vez.

—Si no hubiera sido por ti, yo no habría hablado con mi padre.

—Muñeco, no ha sido por mí, ha sido a raíz de...

Vanessa no terminó la frase, aunque a Darío tampoco le hizo falta. La soltó y se colocó a su lado, en aquella cama de ciento cinco en la que apenas cabían, con expresión taciturna, llena de melancolía, y ella le acarició la mejilla.

—Sí, ya sé que fue en el hospital donde, por fin, mi padre reconoció que fue muy injusto conmigo —admitió—, y creo que ha sido una forma muy dura de darse cuenta.

—No es culpa tuya, sino de Wences... Verás cómo se recupera —dijo al ver en sus ojos ese ramalazo de miedo que sentía cuando pensaba en que su hermano había estado a un paso de la muerte—. El hematoma está remitiendo y poco a poco va disminuyendo el peligro.

—A lo mejor él preferiría estar muerto, sabiendo lo que le espera cuando salga del hospital —reconoció—. Y no solo por lo de Verónica, sino porque va a tener que responder ante la justicia.

—Ten fe —le pidió ella, en actitud confiada—. Saberse al borde de la muerte le hizo arrepentirse, ¿no? —preguntó, asintiendo él—. Tal vez todo esto le haga cambiar, teniendo en cuenta que, quien era su peor influencia, ya no está.

—No me lo recuerdes, anda —resopló él, apartándole un rubio rizo de la frente—. Por un segundo he creído que iba a matarte.

—Y por salvarme a mí, podría haberte disparado a ti —le reprochó.

—Es que te quiero más que a mi vida —le declaró, muy serio, y ella, impulsada por aquella repentina emoción que la embargó al escucharlo, buscó sus labios en un arrebatado beso.

Darío le correspondió y la estrechó entre sus brazos, latiéndole el corazón de forma tan errática que temía sufrir un infarto.

—Yo también te quiero, Darío —le dijo ella, abandonando sus labios lo justo para poder hablar.

—¿Seguro? —preguntó él, de pronto, y Vanessa apartó ligeramente el rostro para mirarlo.

—¿Cómo...?

—¿Seguro que no prefieres a Richard Gere subido en su Triumph Bonneville y con su impoluto uniforme blanco? —inquirió con sonsonete.

—¿Para qué lo quiero a él si tengo a mi oficial aquí mismo? —replicó, tirándole de la barba.

—De oficial tengo poco, muñeca —se rio él.

—Entonces, mi caballero —decidió ella, riendo también.

—Eso, puede ser —admitió, cogiéndola de la cintura y girando ambos para que quedara encima de él—. Estoy a vuestra merced, preciosa mía, vuestros deseos son órdenes.

—¿Puedo pedir lo que quiera? —preguntó, divertida, a lo que él asintió.

—Lo que deseéis.

—Que no dejes de quererme nunca —le dijo, mirándolo intensamente.

Darío alzó el rostro y buscó su boca, besándola con fervor.

—Deseo concedido...

## epilogo



El mar estaba en calma... y, de igual modo, todo a su alrededor comenzaba a sosegar.

En primer lugar, los médicos se mostraban muy optimistas en cuanto a la recuperación de Wences. Sus problemas con la justicia eran harina de otro costal, pero ya lo afrontarían cuando llegase el momento. Darío y su padre comenzaban a tener una relación un poco más cordial. Su conversación en el hospital había sido un gran paso y todo era cuestión de tiempo. Y, por último, los ánimos en el pueblo también empezaban a enfriarse tras el entierro de Verónica. Las circunstancias en las que se dio su muerte se propagaron como un reguero de pólvora. Tal y como decía Carmen, «pueblo chico, infierno grande». Todos en la familia se negaron a acudir al sepelio, a pesar de que Verónica había formado parte de ella durante tantos años, aunque su negativa no era por temor al qué dirán. Elvira alegó que casi había perdido a dos hijos por su culpa, y fue la primera que no quiso ir, apoyándola los demás.

En cambio, Vanessa era quien aportaba el toque de frescura entre tanta zozobra, pues todos en casa estaban encantados con ella. Era una lástima que, habiéndose marchado del pueblo como lo hizo, no hubieran podido despedirse de Alejandro, pero la joven les aseguró que regresaría al pueblo, con o sin Darío, haciendo con su afirmación que se rieran, incluso él.

Poco a poco todo volvería a la normalidad, también ellos. De hecho, aquel era su último día en Combarro, y querían aprovecharlo al máximo.

Tras las lluvias de las jornadas pasadas, aquel día amaneció radiante. Nada más desayunar, decidieron acudir a la comisaría a declarar lo sucedido cuando Feijoo tuvo que disparar a Verónica aunque, antes, Darío insistió en que se dieran un chapuzón en la playa. En cuanto Vanessa hubo metido un pie en el agua, salió corriendo hacia la arena gritando que estaba congelada, pero Darío la alcanzó, agarrándola de la cintura y metiéndola a la fuerza, o hundiéndola más bien.

Vanessa aún sentía escalofríos al recordarlo, y no porque el agua estuviera helada sino porque, luego, para compensarla, y cumpliendo con su propia fantasía, tal y como Darío le confesó, le hizo el amor, muy despacio, guiados por el vaivén de las olas y envuelta en el calor de su cuerpo. Allí, inmerso en esas aguas que lo habían visto nacer, Darío bien parecía una deidad marina, iluminado por el sol que se reflejaba en las pequeñas gotas que resbalaban por su piel...

Para Vanessa, aquellos días, obviando, claro está, lo sucedido con Vero, estaban siendo los mejores de su vida, y sentía cierto miedo a regresar a la rutina. Temía que, tras abandonar el idílico escenario que era aquel pueblecito de mar, la vuelta a la realidad afectase a su relación. Y, además de todo eso, estaba aquel resquemor que...

—¿En qué piensas, muñeca?—le preguntó Darío, acercándose desde atrás—. ¿Estás mareada? —añadió, dándole la vuelta.

Ella negó y trató de sonreír.

Después de comer, Carmen le propuso a su nieto que llevara a Vanessa a visitar el pesquero de su abuelo, pero Darío fue más allá, invitándola a ir a «dar una vuelta».

—Aún estoy sorprendida —le respondió, sin saber cómo decirle lo que, en realidad, estaba pensando—. No terminaba de creerme que sabías manejar un barco.

—Y no solo eso —le recordó—. Era el número uno en la zona en la captura del pulpo. Tuve el mejor maestro —se refirió a su abuelo.

—Creo que voy a necesitar una demostración —lo picó ella, y Darío negó con la cabeza.

—Está cerrada la veda hasta julio —le aclaró.

—Entonces, ya tenemos un buen motivo para regresar —le dijo, dándole a entender que no le iba a ser tan sencillo librarse.

—¿Quieres volver? —le preguntó, aunque sabía que le diría que sí.

—¿Tú quieres traerme de nuevo? —le cuestionó ella, en cambio, y, su tono de voz hizo que el entusiasmo de Darío se desinflara.

La cogió de la mano y la llevó hasta unas sillas y una mesita que el joven había colocado en la cubierta, una especie de picnic improvisado. Se sentó a su lado y le sostuvo la mano, jugueteando con sus dedos.

—¿Qué te pasa? —quiso saber—. Te noto rara desde que subimos al barco y, por tu pregunta, me queda claro que no es porque se te ha revuelto el estómago o porque no te gustan las vistas.

—Esto es precioso —reconoció, perdiéndose su mirada en las aguas de aquella ría.

—Y tú lo eres más —murmuró Darío, cogiéndola de la nuca para acercarla él—. Pero no entiendo por qué me has preguntado eso. ¿Qué pasa? —insistió.

—Yo... —suspiró y apartó la mirada.

—Vanessa... —pronunció con tono insistente.

—Quería pedirte perdón por haberte decepcionado —dijo de sopetón, sin apenas respirar, y Darío casi se cae de la silla.

—¿Decepcionarme? ¿Cuándo?

—No estuve contigo cuando más me necesitabas —le recordó, haciendo un mohín de fastidio, como si él ya debiera saberlo.

—Soy yo quien tiene que pedirte perdón —le rebatió, sin embargo—. No debí mentirte aquel día sino contarte mi conversación con Feijoo. Si hubieras estado al tanto de todo, no te habrías marchado.

—Bueno... Solo intentabas protegerme, ¿no?

—Protegerte a base de mentiras ha resultado mucho peor —respondió, negando con la cabeza—. Y entre nosotros únicamente debe haber espacio para la confianza. No quiero ni una sola mentira más en nuestra vida juntos.

La forma en la que lo dijo dejó a Vanessa sin habla, porque aquellas palabras podían significar muchas cosas. Además, él empezó a mostrarse nervioso, confundiéndola algún más.

—Darío... ¿Qué...?

—¿Puedo pedirte dos cosas?

—Las que quieras —le respondió sin atinar a entender nada.

—Por lo pronto, me basta con esas dos —trató de bromear, aunque le temblaba la voz y, a Vanessa, todo el cuerpo, al verlo así de inquieto—. Dime que me quieres.

Vanessa no pudo evitar sonreír. Se acercó a él y depositó un suave beso en sus labios.

—No te quiero, Darío. Te amo —le susurró, sin apenas separarse de su boca, y él la estrechó entre sus brazos para tenerla cerca.

—Y nunca me vas a volver a dejar, ¿verdad?

—Jamás de los jamases —le respondió, haciéndolo reír.

—Te quedó muy novelero.

—Es cosa de Alejandro —le aclaró, sonriente, encogiéndose de hombros.

—Es una promesa —le advirtió, apuntando con el dedo.

—Un juramento —asintió ella.

—En ese caso...

De pronto, la soltó para ir a arrodillarse frente a ella, y la joven abrió mucho los ojos y la boca, de par en par, conteniendo el aliento y notando que el corazón se le detenía. ¿Darío iba a...?

—Vanessa Sáez, ¿me concederías el inmenso honor de casarte conmigo?

Y ella respondió con un grito, tirándosele encima con tal ímpetu, y sumándole el vaivén del barco, que acabaron en el suelo.

—¿Eso es un sí? —se rio él, mientras ella, colocada encima de él, lo llenaba de besos.

—¡Sí! —exclamó—. Tal vez parezca una locura porque nos conocemos desde hace poco tiempo, pero...

—Para mí es más que suficiente —la cortó, girándola para tumbarla sobre su espalda y haciéndolo él a su lado, cerca, abrazándola—. No necesito más para saber que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. Y, además, ya tenemos un hijo y no estamos para jugar.

Los ojos de Vanessa se llenaron de lágrimas al instante, y Darío la besó suavemente, con devoción.

—Darío...

—Sé que Alejandro no es mi hijo —murmuró—, pero deseo cuidarlo como si lo fuera, guiarlo, aconsejarlo... Sabes que lo quiero mucho...

—Sí —asintió ella, incapaz de decir nada más.

—Y, a ti, con toda el alma, muñeca, te quiero con locura.

La joven alzó el rostro y buscó sus labios. Estaba tan conmovida que no podía hablar, y no encontraba forma mejor de demostrarle todo lo que estaba sintiendo.

—Dime... —dijo él cuando sus bocas se separaron—. ¿Debo hablar con tu padre para que...?

—A la única persona a la que debes pedirle permiso es a... Alejandro —concluyeron la frase los dos a

la vez.

—Entendido —sonrió él, buscando en su bolsillo el teléfono.

—¿Ya? —preguntó Vanessa, emocionada.

—Al mal paso, darle prisa —recitó él.

Recibió un palmazo por parte de la joven, aunque él le dio un sentido beso antes de centrar su atención en el móvil.

—Hola, Matilde —saludó, activando el altavoz—. ¿Podría hablar con Alejandro? —le preguntó.

—Claro que sí, Darío. Dame un segundo.

A lo lejos, se escuchaba la voz de la mujer, llamando al niño, quien acudió corriendo.

—Hola. ¿Cuándo volvéis? —demandó el chico con la voz entrecortada a causa de la carrera.

—Mañana, cariño mío —respondió Vanessa.

—Escucha, Alejandro —habló ahora Darío—. Tengo que preguntarte algo. Es bastante serio.

—Vale —fue la escueta respuesta del niño, aunque con un tono de voz muy formal.

—Quisiera tu permiso para casarme con tu madre —le soltó de golpe, y el niño guardó silencio unos instantes.

—¿Mamá volverá a llorar? —preguntó, tocándoles el corazón a ambos con su inocencia.

—Solo si es de alegría —respondió el joven, como tantas veces le había dicho a ella.

—Mamá, ¿tú quieres casarte con él? —dijo, como si quisiera asegurarse, y ella sonrió llena de ternura.

—Sí, Alejandro.

—Entonces, te doy permiso —contestó el niño.

—Gracias, campeón —sonrió también Darío—. Vete pensando a quién quieres invitar.

—Guay —se rio Alejandro.

—Nos vemos mañana, cariño —se despidió Vanessa, antes de colgar.

—Asunto arreglado, ¿no? —decidió él, guardándose el teléfono.

—Eso parece.

—A falta de un detalle —añadió el batería, y la joven se echó a reír al comprender a qué se refería.

—Por eso tu hermana insistió tanto ayer para que la acompañara al mercado —cayó en la cuenta.

—Quería darte una sorpresa —afirmó con sonrisa pícar—. Espero que te guste mi elección.

Entonces, echó mano a otro bolsillo del pantalón y así, tirados en la cubierta de aquel barco, sacó una pequeña cajita con un precioso anillo de zafiros, de un azul brillante, en su interior.

—Me recordó a tus ojos —susurró mientras se lo ponía, y ella sintió que se le llenaban de lágrimas.

—Es como el azul de este mar...

—Sí —admitió él, secando la humedad de sus mejillas con el pulgar—. Un mar en el que nunca creí

que volvería a navegar. Y, aquí estoy, en medio de esta ría que me vio crecer, a punto de hacerle el amor a la mujer que me ha devuelto la otra mitad de mi vida.

—Es que, yo no quiero solo una mitad —musitó la joven, traspasándolo con su brillante y azulada mirada—. Te quiero todo, completamente, y para mí.

—Así me tendrás, siempre —murmuró Darío, buscando sus labios, en un beso lleno de promesas.

Y testigo de ello fue aquel mar que los mecía, inmenso, infinito, eterno... como su amor.

*FIN*

## *Agradecimientos*

En primer lugar, mi eterno agradecimiento a mis queridas gallegas: Eva Malvar, Sabela Vázquez y Vanesa Vázquez, por haberme transmitido la esencia de vuestra tierra con fotos, mails, vídeos, incluso anécdotas. Pero, sobre todo, a Elena García. Te he dicho muchísimas veces que la mitad de esta novela es tuya, porque has sido mis ojos, mis oídos, mi tacto, hasta mi olfato y mi gusto... creo que puedo imaginarme a la perfección cómo sabe el pulpo *a feira*... A través de ti, he llegado a amar tu tierra, y espero transmitir ese mismo amor a quienes lean la novela. Pero, lo más importante de todo, lo que te agradezco de corazón, es que hayas sido mi apoyo, mi confidente, mi amiga... Gracias por haber tenido siempre una palabra de aliento para mí y por animarme a seguir escribiendo cuando lo único que deseaba era esconderme bajo la sábana y no asomar la cabeza. Temo no haber estado a la altura, haberte fallado en tus malos momentos... Te pido perdón, siento haberme parado demasiado tiempo a lamer mis heridas y no prestar tanta atención a las tuyas... pero aquí me tienes para lo que te haga falta, siempre, pasé lo que pasé. Te quiero, mucho.

A Yolanda, porque si hubiera tenido una hermana, me habría gustado que fueras tú. Gracias por haber sido un apoyo tan importante para mí y por animarme a buscar la luz al final del túnel.

A Vanessa, porque muchos de mis logros son gracias a ti. No me permites rendirme, me obligas a seguir adelante, y sabes que no me refiero solo a los libros. Gracias por no dejarme sola, por haber sido mi paño de lágrimas y una muy buena amiga. A partir de ahora todo irá a mejor... para las dos.

A Patricia y Pilar, a toda la gente del Ayuntamiento de Aldaia que me ha brindado su apoyo y han apostado por mí. Lo de “ser profeta en tu tierra” es posible si alguien te da la oportunidad, y vosotros lo habéis hecho. Mil gracias, de corazón.

A Magda, por esas tardes de cafés, niños y sinceridad, algo que valoro muchísimo y que no se encuentra tan fácilmente. Amistad de la verdadera, sin aderezos.

A Romina, ¡tú no puedes faltar! A pesar de estar tan ocupada con la recta final de tu carrera, siempre he podido contar contigo y, aunque estemos algunos días sin hablar, nuestra amistad está por encima de esos silencios. Que te quiero un montón y estoy muy orgullosa de tus logros.

A Rosi, por tus buenos consejos y por brindarme todo tu apoyo y tu amistad en estos momentos tan duros. “Lo que sucede, conviene”, eso sueles decirme, y poco a poco me voy convenciendo de que tienes razón.

A mi familia, nunca hay que olvidarla, porque es la que siempre está ahí; en las buenas y en las malas. Sobre todo en las malas. De aquí y de allí.

A Tania Castaño por esa preciosa portada de la que ya todo el mundo empieza a hablar. Es el broche de oro, y no me refiero solo a la portada, sino a tu generosidad y tu compañerismo, a tu gran corazón. Esta novela ha visto la luz tan pronto gracias a ti. Te deseo el mayor de los éxitos, amiga mía. Te lo mereces.

A mis chicas ARI: Raquel, Meg, Yolanda R., Yolanda G., Ro, Vanesa, Tamara, Tania, Mar, Claudia, Chris, Leila, Emma, Alba, Laura, Cristina, Amaya. En ARI he encontrado apoyo, buenos consejos, palabras de aliento, amistad... Es un orgullo para mí formar parte de este proyecto en común que



llegará muy lejos. Y a todas las que pertenecisteis al grupo en su día, fue un honor trabajar a vuestro lado y os deseo lo mejor.

A mis chicas Atenea... Porque vuestro cariño va más allá de vuestro trabajo. Gracias por todo lo que habéis hecho y seguís haciendo por mí, por nosotros.

A todas mis princesas de la saga de Los Lagos y mis ángeles de Extrarradio... mis queridas lectoras...

¿Qué sería de mí sin vosotras? Gracias por quedaros cerca, día tras día, por no dejarme sola ni un minuto, apoyándome en lo que hago y ayudándome a levantarme cada vez que me caigo.

¿Y qué sería de Ángel si nadie quisiera consolarlo y le dijera que debe ir en busca de Sofía? ¿O ponerse en la piel de Vanessa y decirle que confíe un poco más en Darío? ¿Y qué hacemos con Raúl y Diana? De vosotras depende que conozcamos su historia, vosotras le dais la vida, y llenáis de felicidad la mía; contactando conmigo, charlando, dándome ideas para que mis novelas lleguen a lo más alto, o con un simple “me gusta”... muchas ya no sois lectoras, sois mis amigas porque sois tan generosas que me brindáis vuestro cariño a cambio de las locuras que teclean mis dedos. Así que ¡GRACIAS! Sin vosotras, esto no tendría ningún sentido. Os adoro.

Ahora, voy a tomar aire...

Eva María Rubio, Ana María Serrano, Gemma Riancho, Ester Fernández, Almudena Díaz, Arantxa Hernández, Paula Hernández, Elena Martín, Almudena Azogue, Ana María Pavez, Samantha Kerr, Kris L. Jordan, Manoli Madroño, Rei Richardson, Emi Adán, María del Pilar Aguado, M Luisa BT, Estefanía Llinares, Eva Gil Soriano, Naitora McLIne, Vero Thorne, Feli Ramos, Dama Beltrán... Gracias por vuestros mensajes, llamadas, Whatsapps, por vuestras palabras de aliento en este último tiempo, vuestra generosidad. Por hacerme saber que estáis ahí, para no sentirme sola. Gracias por interesaros en mi trabajo y en mí, simplemente en mí. Gracias.

A mis blogueras, sabéis perfectamente quiénes sois porque me seguís la pista y, apenas están mis libros publicados, y ya me estáis mandando un privado ofreciéndoo a reseñármelo. Gracias por vuestro apoyo incondicional y vuestra ayuda para que mis novelas lleguen un poquito más lejos.

A todos esos lectores en la sombra, que leen mis historias pero que no hacen ruido para no molestar o no interrumpir... A vosotros también os agradezco que nos permitáis entrar en vuestra vida, a mis personajes y a mí. Gracias.

## *Próximamente*

### *Serie Extrarradio 3*



Primero, Ángel y Sofía. Después, Darío y Vanessa... Todo indica que Raúl y Diana deberían ser los siguientes, ¿verdad?

No, no y no, responderían ellos con rotundidad... si no se hubieran besado.

Solo ocurrió un par de veces, y una de ellas no cuenta porque fue un accidente sin importancia... ¿o sí la tuvo? Porque ambos podrían negarlo si no hubiera sido porque, en ambas ocasiones, el universo se detuvo a su alrededor mientras se besaban.

Pero centrémonos, que hay dos bodas en vistas. Ángel y Sofía parece que se lo han tomado con calma, no así Vanessa y Darío, y verse inmersa en los preparativos de una boda, aunque sea la de su amiga, hace que Diana se sumerja en los fantasmas de un pasado que parece no querer abandonarla jamás. Y huir hacia donde está Raúl no es la mejor opción... sobre todo cuando a él lo persiguen sus propios demonios...

Raúl se empeña en negar lo evidente. No quiere tener ningún tipo de relación con Diana, y verla no hace más que ponerlo en riesgo de enamorarse de ella. ¿Por qué entonces no sale corriendo en dirección contraria? En cambio, sus pasos siempre lo llevan hasta ella... ¿Y por qué no ha dicho que no a tan descabellada proposición?

No, no y no... Lo negarán hasta la saciedad.

Sin embargo, el universo seguirá deteniéndose a su alrededor cada vez que se besen.



## *Ya a la venta*

### *Lágrimas de ángel – Serie Extrarradio 1*

Ángel Escudero «Jano» es el líder de Extrarradio, la banda de rock que despunta en el panorama musical. Tiene fama, éxito, dinero, mujeres... y, a pesar de eso, sabe que jamás podrá ser feliz.

Aunque sí lo era siendo un chaval de barrio marginal, pues, sin tener casi de nada, la tenía a ella... Hasta que la fatalidad le hizo renunciar a esa felicidad.

Sofía lo había querido toda su vida, pero nunca supo por qué se fue trece años atrás, sin despedirse, sin dejarle ninguna pista de dónde encontrarlo. Y entonces se convirtió en Jano, en alguien inalcanzable para ella, a quien ya no podría acercarse, ni tampoco olvidar...

Ahora, el destino, y la casa discográfica, obligan a Ángel a volver a sus raíces, teniendo que enfrentarse a todos esos fantasmas, de los que había estado huyendo, y a ella.

¿Puede un amor de juventud ser lo suficientemente fuerte como para vencer los obstáculos de la vida? Ángel no lo creía así y, sin embargo, ¿durante cuánto tiempo podrá resistirse a ese amor tan profundo que siente por Sofía?



## MI CORAZÓN EN TUS MANOS – La Saga de Los Lagos I

Cuando la Princesa Gabrielle descubre que debe casarse con el desconocido Rey Nicholas en busca de una alianza que proteja su Reino de los ataques invasivos del Rey Balkar, piensa que su vida se acaba de convertir en un infierno. Su querida prima, la Princesa Claire, decide acompañarla a conocer a su futuro esposo al Reino de Los Lagos, donde se encontrará con el Príncipe Erick, el primo del Rey, quien no puede evitar interesarse en ella sin saber que alguien más ha puesto sus ojos en Claire.

Pero ambas jóvenes no han realizado ese viaje solas. Dada la amenaza que pesa sobre el Reino de Asbath, Jordan, el guardia personal de la Princesa Gabrielle también las acompañará con la intención de protegerla. Aunque será él mismo quien deba protegerse de la atracción que despierta en él la Princesa Agatha, la hermana del Rey Nicholas, surgiendo entre ellos sentimientos encontrados a la vez que prohibidos.

Historias de amor tan distintas... aunque hiladas bajo un mismo designio:

Los inexorables dictados del corazón.



## ENTRE EL SOL Y LA LUNA – La Saga de Los Lagos II

La vida sigue tras los últimos acontecimientos sucedidos en el Reino de Los Lagos, aunque nadie dijo que fuera a ser sencillo.

Erick vive preocupado por el embarazo de Claire; Agatha angustiada por no poder darle un hijo a Jordan; y Gabrielle debe enfrentarse a un parto inesperado y prematuro, un nacimiento que marcará un antes y un después en su vida... y en la de todos.

Porque una ancestral profecía marcó el Fin de los Días desde el inicio de los tiempos, y para algunos, el heredero de Los Lagos y Asbath es realmente el Hijo de la Sizigia, aquel que vendrá a destruir el Mundo.

Así lo creen en el lejano y desconocido Reino de Häe, cuyos soberanos harán hasta lo imposible para detener el apocalipsis que los amenaza. No dudarán en destruir el Reino de Los Lagos, todo su mundo, con tal de que prevalezca el suyo. Y para ello, contarán con unos aliados cuyas ansias de venganza pueden ser tan mortíferas como la peor de las profecías.



## SIZIGIA – La Saga de Los Lagos III

La Szigia es el momento mágico en el que la Luna, en su fase de Plenilunio, está directamente en línea con la Tierra y el Sol, entrando en perfecta conjunción, oposición y armonía todos los orbes... el eclipse perfecto... Fue señalado desde tiempos inmemoriales en la Profecía del Fin de los Días, anunciando un apocalipsis cuyo inicio vendrá marcado por el nacimiento de un niño justo en el momento de la Szigia: Ilsik de Los Lagos y Asbath.

Desde entonces, los Reyes de Hæe, con ayuda de Hrodgar y Moira, acechan tras los muros de Adamón, a la espera del momento idóneo para evitar que se cumpla esta profecía. Y, para ello, no dudarán en arrasar Los Lagos, en un intento de que su dios, el Astro Sol, reine para siempre.

Sin embargo, nadie en Los Lagos es consciente de la letal amenaza que pende sobre ellos. ¿Cómo defenderse entonces? ¿Cómo evitar que el Reino de Hæe lleve a cabo sus planes de destrucción si ignoran que el peor de los enemigos ha traspasado sus murallas hasta lo más profundo del reino?

Amor, pasión, traición y un desafío mortal...

Se acerca la Szigia... la lucha entre las Fuerzas del Bien y del Mal.



## *Sobre la autora*



Juani Hernández nació en 1976 en Aldaia (Valencia), aunque pasó la mayor parte de su infancia en Picassent (Valencia).

Finalizó la carrera de Arquitectura Superior en la Universidad Politécnica de Valencia, se define como arquitecta de profesión y escritora por devoción.

Su primera incursión en la novela romántica fue “Mi corazón en tus manos”, la primera parte de la saga de Los Lagos y que fue publicada en diciembre de 2013. Tras haber finalizado esta saga, está trabajando en una serie de tres novelas de género contemporáneo, la serie Extrarradio.

Actualmente vive en Aldaia, donde su principal ocupación es cuidar a sus dos preciosos hijos, aunque siempre se las ingenia para hacerse con un buen puñado de ratos libres y seguir escribiendo.

Si quieres contactar:

[www.facebook.com/Juanihernandezautora](http://www.facebook.com/Juanihernandezautora)

@JuaniHdezAutora

Para más información sobre la Saga de Los Lagos:

[www.lasagadeloslagos.blogspot.com](http://www.lasagadeloslagos.blogspot.com)

Y búscanos también en el grupo de facebook de “La saga de Los Lagos” y “Los Ángeles de Extrarradio”